

EVANGELIO
EN TRIUNFO

B2145

.E82

E8

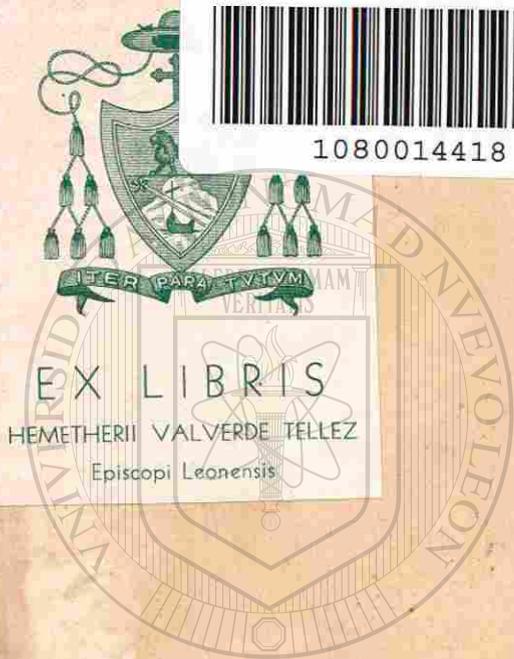
v. 1

1834

008238



1080014418



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

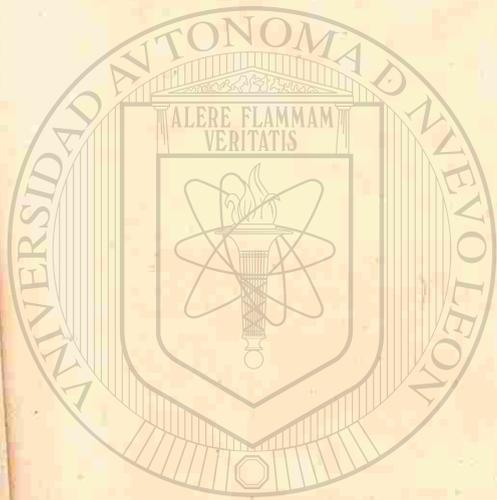
Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ALEGORÍA
DE TODA LA OBRA DEL EVANGELIO EN TRIUNFO.

EL
EVANGELIO EN TRIUNFO,

6

HISTORIA

DE

UN FILÓSOFO DESENGAÑADO.

PRIMERA EDICIÓN MEJICANA.

TOMO I.

MÉJICO.

IMPRESA DE GALVAN

A cargo de Mariano Arévalo, calle de Cadena N. 2

1834

44900

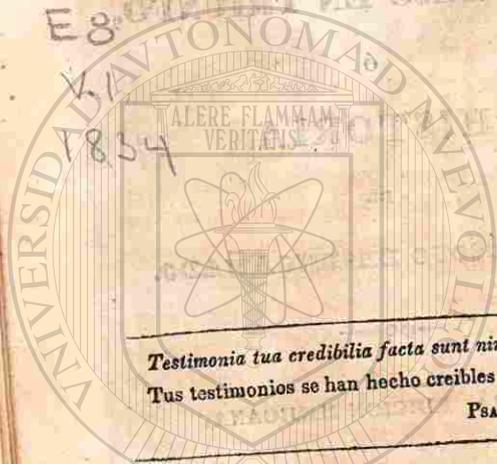


FONDO EMERITARIO
 VALVERDE Y TELLAS

B 2145

E 82

E 8



Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.

Tus testimonios se han hecho creibles en gran manera.

PSALM. XCII. 6.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

PRÓLOGO DEL AUTOR.

UN destino tan triste como inevitable me condujo á Francia, mejor hubiera dicho, me arrastró. Yo me hallaba en Paris el año de 1789, y ví nacer la espantosa revolucion que en poco tiempo ha devorado uno de los mas hermosos y opulentos reinos de la Europa. Yo fui testigo de sus primeros trágicos sucesos; y viendo que cada día se encrespaban mas las pasiones, y anunciaban desgracias mas funestas, me retiré á un lugar de corta poblacion.

Mi designio era ocultarme á la vista de objetos tan terribles, y apartarme de los peligros y de las contingencias; mi deseo vivir ignorado, repasar en la amargura de mi corazon los ya pasados días de mi vida, y meditar los años eternos. Mas ¡ay! la discordia, el desórden y las angustias se habian apoderado hasta de los rincones más ocultos, y no quedaba asilo para la paz del alma.

A pesar de la distancia y de la ausencia, mi corazon estaba continuamente destrózado. Las funestas noticias con incesante y rápido progreso se

008233

repetian y multiplicaban; los correos se atropellaban unos á otros, y todos traian nuevos motivos de asombro y de dolor.

Nos referian las sediciones, los incendios, las devastaciones y la no interrumpida efusion de sangre de que era teatro toda la nacion. Nos contaban los nuevos decretos que lo trastornaban todo, echando por tierra los establecimientos mas útiles y respetables. Lamentamos la muerte trágica del rey, la de su familia desgraciada, y las de otras muchas víctimas ilustres é inocentes, dignas de suerte ménos desventurada.

Pero lo que acabó de colmar la medida de tantos horrores fué el repentino abandono, la abolicion súbita y entera de la religion y de su culto. Yo vi que un dia, sin orden y por un movimiento popular que excitaron algunos impíos, el templo en que habiamos derramado tantas lágrimas de compuncion y amor á los piés de Jesucristo, la iglesia en que celebrábamos todos los dias los terribles misterios, fué transformada en templo profano que llamaron de la Razon.

Este abominable espectáeulo no era mas que una repeticion de lo que se hacia en todas partes. Desde aquel fatal dia todos los altares de la Francia fueron despojados con violencia de las estatuas de los santos para ser consagrados á los ídolos. Marat y Pelletier ocuparon los nichos de que se sacó con oprobio á San Pedro y San Pablo.

El Dios de los cristianos y sus ministros fueron arrojados del sagrado recinto, y en vez de los himnos religiosos que se entonaban al Dios de los ejércitos, no se escucharon ya mas que cánticos profanos, cantares lúbricos... En fin, las casas de oracion se convirtieron en teatros inmundos destinados á fiestas sacrílegas y óbscenas.

¿Quién podia imaginar que en una nacion de las mas ilustradas se pudiese ver trastorno tan horrible; que se hallasen en ella tantos individuos que á la voz de algunos incrédulos se prestasen con tanto furor á tal extremo de iniquidad; que la masa del pueblo mas numerosa y ménos corrompida viese casi con indiferencia ultrajar una religion santa y antigua, la misma que despues de tantos siglos habian abrazado sus mayores? Esto parece increíble; pero lo cierto es que el movimiento fué tan violento y general, que las muchas almas religiosas que lloraban en secreto insultos tan execrables, no pudieron resistir á este torrente de depravacion.

No era difícil conocer que la causa de todo esto era el funesto influjo de los modernos sofistas. Muchos años ántes con la licencia de los escritos se habia multiplicado el número de sus sectarios, sobre todo entre las gentes de cierta clase, que con mas fortuna y otra educacion, querian vivir á gusto de sus pasiones, y aspiraban á distinguirse por opiniones atrevidas. Pero aunque esta fuese la

causa principal, yo creí descubrir otra mas inmediata en la ignorancia de los pueblos. Poco instruidos de su religion, nada enterados de los fundamentos que persuaden su divinidad, miraban con cierta indiferencia los graves daños que se les hacian.

En la viveza de mi dolor yo acusaba al gobierno de haber dejado propagar esta secta impía y destructora; me quejaba del clero, que no conoció el peligro ó no supo á tiempo tomar medidas eficaces para precaverle; me consternaba al ver que la muchedumbre por ignorancia y por no tener una idea viva y segura de la verdad de la religion, la dejaba envilecer, y sufría con frialdad la cesacion de todo culto, sin presentar la menor oposicion á excesos tan horribles; y empecé á sentir qué falta era la de no haberla instruido, y qué riesgo corren las demas naciones que no lo están.

Pero lo que me sorprendió mas que todo es que yo mismo considerando los medios de mejorar esta tan importante, ó para decirlo mejor, la única parte esencial de la instruccion pública, no pude encontrar entre los libros que conozco uno á mi satisfaccion, que por sí solo pudiese dar una idea completa del sublime plan del cristianismo, enseñando al mismo tiempo las innumerables pruebas que demuestran con evidencia su verdad.

No ignoraba que todas las naciones cristianas tienen sus catecismos, y que entre ellos hay mu-

chos excelentes. Habia leído el de Trento y otros; pero esto no me bastaba, porque estas admirables instrucciones enseñan lo que se debe creer; pero no enseñan con la extension que exigen las circunstancias de estos tiempos calamitosos la razon por qué se debe creer; esto es, no explican los motivos de nuestra creencia, ni exponen las razones evidentes y los incontrastables fundamentos en que estriba la religion cristiana, y que convencen de su divinidad y certidumbre.

Tampoco ignoraba que hay muchos libros en que pueden aprenderse estos puntos, y que los hombres instruidos lo conocen; pero no se me ocultaba que los que los saben no han podido adquirir este conocimiento ilustrado de su fe sino con mucha aplicacion y estudio; que el pueblo no tiene tiempo ni proporciones para hacerlo, y que si se desea que aprenda los fundamentos de su religion, es menester recogerlos y ponérselos en la mano, dándoselos en un libro conciso, con un método claro y en estilo simple y proporcionado á su inteligencia.

Este debia en mi juicio ser un libro clásico, elemental, que era menester propagar en todas las clases del estado hasta llegar al pueblo. Me parecia que si todos estuvieran persuadidos por convencimiento íntimo de que la religion viene de Dios, no solo su fe seria mas viva y constante, no solo sus costumbres serian mejores, sino que no

causa principal, yo creí descubrir otra mas inmediata en la ignorancia de los pueblos. Poco instruidos de su religion, nada enterados de los fundamentos que persuaden su divinidad, miraban con cierta indiferencia los graves daños que se les hacian.

En la viveza de mi dolor yo acusaba al gobierno de haber dejado propagar esta secta impía y destructora; me quejaba del clero, que no conoció el peligro ó no supo á tiempo tomar medidas eficaces para precaverle; me consternaba al ver que la muchedumbre por ignorancia y por no tener una idea viva y segura de la verdad de la religion, la dejaba envilecer, y sufría con frialdad la cesacion de todo culto, sin presentar la menor oposicion á excesos tan horribles; y empecé á sentir qué falta era la de no haberla instruido, y qué riesgo corren las demas naciones que no lo están.

Pero lo que me sorprendió mas que todo es que yo mismo considerando los medios de mejorar esta tan importante, ó para decirlo mejor, la única parte esencial de la instruccion pública, no pude encontrar entre los libros que conozco uno á mi satisfaccion, que por sí solo pudiese dar una idea completa del sublime plan del cristianismo, enseñando al mismo tiempo las innumerables pruebas que demuestran con evidencia su verdad.

No ignoraba que todas las naciones cristianas tienen sus catecismos, y que entre ellos hay mu-

chos excelentes. Habia leído el de Trento y otros; pero esto no me bastaba, porque estas admirables instrucciones enseñan lo que se debe creer; pero no enseñan con la extension que exigen las circunstancias de estos tiempos calamitosos la razon por qué se debe creer; esto es, no explican los motivos de nuestra creencia, ni exponen las razones evidentes y los incontrastables fundamentos en que estriba la religion cristiana, y que convencen de su divinidad y certidumbre.

Tampoco ignoraba que hay muchos libros en que pueden aprenderse estos puntos, y que los hombres instruidos lo conocen; pero no se me ocultaba que los que los saben no han podido adquirir este conocimiento ilustrado de su fe sino con mucha aplicacion y estudio; que el pueblo no tiene tiempo ni proporciones para hacerlo, y que si se desea que aprenda los fundamentos de su religion, es menester recogerlos y ponérselos en la mano, dándoselos en un libro conciso, con un método claro y en estilo simple y proporcionado á su inteligencia.

Este debia en mi juicio ser un libro clásico, elemental, que era menester propagar en todas las clases del estado hasta llegar al pueblo. Me parecia que si todos estuvieran persuadidos por convencimiento íntimo de que la religion viene de Dios, no solo su fe seria mas viva y constante, no solo sus costumbres serian mejores, sino que no

seria tan fácil desquiciarlos de su creencia en las turbaciones inseparables de la inconstancia de las cosas humanas. Si el pueblo frances hubiera estado mas instruido de la verdad de su religion, la falsa filosofia no hubiera hecho tantos progresos, ó á lo ménos hubiera encontrado una gran resistencia á sus insultos.

Pero si este libro existe, ¿cómo ó por qué no está en mano de todos? Y si no existe, ¿cómo los que por interes ó por amor desean que la religion se conserve, no se apresuran á producirle y propagarle? ¿No es ya tiempo de precaver peligro tan horrible? ¿No estamos en el caso de que se tomen las medidas mas eficaces? Hubiera dado mi vida por tener las luces y el talento suficiente para formar un libro tan precioso, tan necesario, y que consideraba como el mejor preservativo; pero esta empresa tan fácil para otros era muy superior á mis alcances.

La Francia estaba entónces cubierta de terror y llena de prisiones. En ellas se amontonaban millares de infelices, y los preferidos para esta violencia eran los mas nobles, los mas sabios ó los hombres mas virtuosos del reino. Yo no tenia ninguno de estos títulos, y por otra parte esperaba que el silencio de mi soledad y la oscuridad de mi retiro me esconderian de tan general persecucion; pero no fué así: en la noche del 16 de abril de 1794 la casa de mi habitacion se halló de re-

pente cercada de soldados, y por orden de la junta de Seguridad general fui conducido á la prision de mi departamento.

En aquel tiempo la prision era el primer paso para el suplicio. Procuré someterme á las órdenes de la Divina Providencia; pero mientras llegaba el término fatal, buscaba algun objeto en que ocuparme; el tiempo es siempre largo en una prision, y la ociosidad le haria eterno. Lo primero que me presentaba mi imaginacion era este libro necesario; pero ¿pobre de mí! ¿y qué podia yo hacer? Viejo, secular, sin mas instruccion que la muy precisa para mí mismo, y encerrado en una cárcel, con pocos libros que me guiasen y ningunos amigos que me dirigiesen.

Buscaba otras ideas; pero como el enfermo que sufre algun dolor, por mas que para divertirse piense en otros objetos, no puede olvidar lo que le aflige, así volvia yo al deseo que me atormentaba. La obrita del abate Lamourette que yo tenia á la mano, al mismo paso que me daba algunas ideas para ejecutar mi pensamiento, encendia mas mis deseos; pero el cielo que favorece las buenas intenciones, dispuso que en la misma prision tuviese en mis manos un manuscrito que contenia la historia reciente de un filósofo muy conocido, en una serie de cartas escritas por él mismo y por algunos de sus amigos. Este era un hombre que no dejaba de tener algun talento, y que

nació con muchos bienes de fortuna; pero habiendo recibido en su niñez la educacion ordinaria, habia aprendido superficialmente su religion, no la habia estudiado despues, y en su edad adulta casi no la conocia, ó por mejor decir, solo la conocia con el falso y calumnioso semblante con que la pinta la iniquidad sofistica.

Era consiguiente que se dejase alucinar con sus delirios, y que se abandonara largo tiempo á sus pasiones. Un infortunio le condujo á donde pudiese escuchar las pruebas que persuaden su verdad, y á pesar de su oposicion natural, y lo que es mas, de sus envejecidas malas costumbres, no pudo resistir á su evidencia; y despues de quedar convencido, tuvo valor, con la asistencia del cielo, para mudar sus ideas y reformar su vida.

No me fué posible desconocer la mano de la Providencia, que en aquellas circunstancias me ofrecia mas de lo que yo deseaba; pues aquel manuscrito no solo expone las pruebas fundamentales de la religion que desengañaron y convencieron al filósofo, sino que este puso en práctica los medios que la misma religion enseña para recobrar la gracia, y se aplicó en los últimos años de su vida á juntar con las virtudes cristianas el ejercicio de las civiles y el desempeño de todas las obligaciones de su estado: así, pues, su conducta ofrece ejemplos muy útiles y saludables para todas las situaciones de la vida.

Parecióme tambien que este método histórico tenia la ventaja de exponer la instruccion sin el tono frio y dogmático que desagrada tanto al que no la busca. Es difícil que un ánimo pervertido se entregue á la lectura de un tratado didáctico, que no esconde su pretension de enseñar y convertir; pero una historia que no pretende mas que contar, sostenida con los hechos, y animada por los diálogos, puede tal vez despertar la curiosidad, interesar á los lectores y aficionarlos á su doctrina.

Lo que sobre todo me animó fué la conformidad de nuestras ideas en la necesidad de que se instruya mejor á los pueblos, y se les entere de la certidumbre y divinidad de su religion; y recibí mucha complacencia cuando leí los medios prácticos que aconseja á los príncipes, al clero, á los predicadores, universidades y padres de familia de las naciones cristianas, para que se reunan, y contribuya cada uno eficazmente con los medios mas activos á la propagacion de una enseñanza tan importante á la felicidad de todos.

Comprendí, pues, que podia ser útil la publicacion de estas cartas, especialmente en España, donde el cristianismo tiene su mejor trono. Esta nacion generosa abunda de ingenios superiores, que á los ejercicios prácticos de la religion junta todas las luces para escribir este libro necesario, y ella misma se compone de un pueblo que es cristiano desde la cuna y religioso por instituto y por

ejemplo. Me pareció que le recibiría con gusto y con respeto, y que entónces añadiendo un convencimiento ilustrado á la natural solidez y constancia de su carácter, sabría sostener y conservar su culto aun en medio de los trastornos que pudiera acarrear la vicisitud de las cosas humanas, ó por decirlo mejor, su instruccion impediria y cortaria de raiz semejantes turbaciones.

Con estos deseos y estas esperanzas me dediqué á poner en órden estas cartas, persuadido de que pueden ayudar al fin que me propongo, y cuando ménos excitar á otros á mejorar mi pensamiento. Yo no tengo la ridícula manía de autor; lo que deseo únicamente es ser útil, y por eso he ingerido en ellas algunos pasages del libro ya citado. Yo no aspiro sino á hacer conocer la solidez y la hermosura de la religion á una nacion que amo, y me parece que este es el mejor camino para precaverla de los prestigios de la política destructora de nuestros dias. Por otra parte, creo que pueden ser útiles á toda especie de lectores, porque los principios y máximas que se siembran en ellas, se derivan de la fuente pura del Evangelio, y el agua que mana de este divino manantial es necesariamente saludable, es la única corriente en que el alma puede beber los bienes de que el hombre es capaz en la tierra, la paz del corazón y el reposo de la conciencia.

Estas memorias contienen tres partes: la pri-

mera es el tiempo de las ilusiones del filósofo, sus disputas con un eclesiástico docto y piadoso, y al fin su convencimiento. En ella se exponen los sofismas de la falsa filosofía, las respuestas del eclesiástico, y las incontrastables pruebas con que este le convence de la divinidad de la religion. Esta parte debe aprovechar á todos, porque los que la saben pueden refrescar las especies, y tendrán aquí reunido lo que les seria preciso buscar en muchos libros: los que las ignoran las aprenderán facilmente, y tendrán el inesfable consuelo de saber (que es la mejor manera de creer) que la religion en que viven viene de Dios, y que le deben el inapreciable beneficio de conducirlos por el verdadero camino de la felicidad.

Miéntas se hagan otros libros elementares y mejores, considero serán útiles estas cartas, y aun despues de hechos siempre lo serán á cierta clase de gentes.

La segunda contiene lo que hizo el filósofo por consejo del eclesiástico para salir del abismo y entrar de nuevo en el buen sendero. Esto no puede dejar de ser útil tanto á los que quieren volver de la incredulidad á la fe, como á los que deseen reformar sus costumbres, y empezar una vida cristiana.

La tercera expone lo que practicó el filósofo para desempeñar el cumplimiento de las obligaciones propias de su estado y el ejercicio de las

virtudes civiles. Como era hombre rico, que por su nacimiento tenia una casa que gobernar, hijos, tierras y vasallos, le fué preciso ocuparse en cumplir con la administración de todos estos cargos. Sus ejemplos pueden ser útiles á los que se hallan en las mismas circunstancias, mostrándoles el uso que deben hacer de sus bienes; y esta parte no es la ménos importante; porque si los mas distinguidos de un estado practicaran las virtudes que su situacion les permite y que la religion les prescribe, estimularian con su buen ejemplo todas las demas clases.

En estas memorias pueden ver que un hombre que nació con talento y muchos bienes de fortuna, miéntras fué incrédulo y se abandonó á sus pasiones, fué malo, despreciable, y no solo infeliz, sino que hacia tambien infeliz á cuanto dependia de él ó le rodeaba; pero que desde que tomó por regla el Evangelio, se transformó en un filósofo justo, amable, útil en todo para todos, que no solo consiguió ser feliz él mismo, sino que hacia felices á cuantos estaban en la esfera de su influencia, y que se le vió tan buen ciudadano, tan buen padre y tan buen amo, como habia sido malo cuando le gobernaba la filosofía del siglo; de modo que hallarán reunida la fuerza de la razon con la prueba práctica de la experiencia.

Bien sé que la incredulidad es una enfermedad terrible que resiste á todos los remedios; que el

amor propio, el deseo de mostrar valor, el orgullo de manifestar un espíritu superior al vulgar, atropellan todas las fuerzas de la razon, y hacen cerrar los ojos para no ver la luz; pero estas memorias les podrán mostrar que no hay honor ni buena filosofía en la incredulidad; que todo hombre de buen carácter, de juicio sano y de corazón honrado debe amar y respetar el Evangelio; debe desear su propagacion, y que su moral justa, dulce y razonable sea la regla de gobierno para todos los hombres; que todo el cuerpo de su religion y de su doctrina es la filosofía mas sana, la mas elevada y la mas útil; en fin, la única que puede hacer felices á los mortales aun miéntras habitan en la mansion transitoria de la tierra.

Estas memorias deben advertir á los pueblos del peligro á que se exponen, si dan oidos á esas sirenas seductoras; deben despertar á los soberanos, haciéndoles ver que no puede ser estable ni tranquila la duracion de sus imperios, si no preservan á sus pueblos de este fatal contagio, y que el mejor preservativo es extender en ellos la instruccion y el estudio sólido y convincente de la verdad de la religion.

Ellas les harán conocer que la firmeza de los gobiernos, la respetuosa obediencia de los vasallos y la felicidad de todos dependen del amor y respeto que se tiene á la religion, y que estos sentimientos no pueden nacer en los corazones cuan-

do su fe es incierta, vacitante y poco segura; pero que la persuasión de la verdad del cristianismo y la adhesión á sus máximas, cuando se siguen con la exactitud de su pureza primitiva, son el resorte mas seguro, el impulso mas poderoso que puede dirigir un corazón. En fin, verán que la incredulidad todo lo atropella y trastorna; pero que tambien la superstición todo lo corrompe y envilece, y que solo el Evangelio es la regla que puede producir la felicidad universal.

Los incrédulos verán tambien en ellas que se engañan mucho cuando imaginan que el medio de ser felices en la tierra es sacudir la fe, para sacudir con ella la severa ley del Evangelio. Que lean y vean la diferencia del filósofo incrédulo al filósofo cristiano; que aprendan allí, que aquel que por huir de las amenazas de la religion busca en la incredulidad un sosiego que no le puede dar, se hace mucho mas infeliz; que aquel que por contentar sus pasiones se deja seducir por los halagos de una falaz filosofia, acumulando errores y delitos, no hace mas que cercarse de angustias y terrores; y que solo aquel que se echa en los brazos de la religion, puede encontrar en ellos el sosiego del espíritu, la paz del alma y la dulce satisfacción que dejan la práctica de la virtud y el ejercicio de la caridad.

Si por su dicha pudieran hallar en ellas la persuasión de estas verdades, tambien hallarian los

medios para salir del abismo. El modelo del instruido y fervoroso director que les proponen, les enseñaria á buscar otro semejante que los pusiera en el mismo camino.

Estas son las intenciones que hacen publicar este libro, que ademas de ser verdaderamente filosófico, levanta el alma á los objetos sublimes de la religion, y en su contexto las luces de la sana razon, de la buena filosofia y la experiencia, fortifican las consideraciones de la fe, la voz de la naturaleza se junta con la del Evangelio para convencernos de lo que el universo entero nos predica; esto es, que nosotros existiremos cuando el mismo universo dejará de existir.

Me parece que en él se exponen el espíritu y la doctrina de la fe con bastante profundidad, para que no la deban desdeñar los que quieren hallar en todo las luces de la filosofia y de la razon, y que los puntos principales del cristianismo estan presentados con la severidad y exactitud que requiere el carácter crítico y dificultoso del siglo.

Como no se habla en él sino de la doctrina del Evangelio, y que es imposible exponerla sin recordar los indelebles y primordiales principios de la razon, es preciso que se halle en él la sola filosofia verdadera, la única útil, la que solo puede alumbrar nuestra ignorancia y consolar nuestra miseria.

En una palabra, este libro me parece edifican-

te, pero sin soltar un momento la razon de la mano; devoto, pero sin dejar jamas de ser filósofo. El cristiano sencillo le encontrará sólidamente religioso, y los que se precian de crítica y buen gusto podrán mirarle como una produccion razonable y provechosa; por lo ménos podrá servir de estímulo para que otros, conociendo la importancia, le mejoren.

Así, á pesar de los defectos que puede tener en su forma y estilo, estoy seguro de que su lectura puede ser útil á muchos: porque este libro no hace otra cosa que aclarar y extender los pensamientos del libro que nos vino del cielo; del mejor libro que ha caído en las manos de los hombres; de aquel libro en que Dios nos dictó nuestras obligaciones, y nos reveló los destinos futuros; de aquel libro que llena el corazon de luces y de esperanzas; del Evangelio, en fin, que contiene el arte de ser felices en la tierra, y que enseña á adquirir la gloriosa inmortalidad. ¡Dichoso yo si con tan ligero trabajo consigo propagar verdades que desengañen á algunos, y que hagan á otros virtuosos y felices!



INVOCACION.

O Dios del tiempo y de la eternidad! Tú eres el solo que existe por sí mismo; tú eres el único que es grande y excelente por su propia naturaleza; tú eres la fuente incorruptible de donde se deriva todo lo bueno, verdadero y útil; el manantial inagotable de lo que merece ser deseado en la tierra y en el cielo. ¡Con qué placer, con qué delicia mi alma te reconoce, te admira y adora como la única fuerza que sostiene al universo, como la única sabiduría que regla sus movimientos, como el solo fanal que ilumina mis tinieblas, mostrándome el último destino de mi existencia, y enseñándome el uso de los bienes y males de esta vida!

¡O Dios mio, eterno y soberano principio de todas las inteligencias! qué consuelo siente mi corazon cuando postrado ante el trono de tu inmensa Magestad, reconoce el divino seno de que ha salido, y cuando considera que presto volverá á unirse con él, sumergiéndose en el insondable piélago de tus esplendores y tu gloria!

¿Qué, mi Dios? ¿Yo seré eterno como tú? ¿Tú eres la medida interminable de mi duración y el modelo de mi existencia? ¿No es delirio de mi orgullo que yo nací destinado á vivir contigo aun despues de la ruina de los imperios, de la destruccion de las grandezas, de la aniquilacion de las pasiones, de la extincion de los astros, y cuando ya toda esta máquina visible haya vuelto á entrar en la noche tenebrosa de su destruccion? ¿Es verdad que á pesar de todas las vicisitudes con que tu providencia puede probar mi vida, si me mantengo constante en amarte y servirte, me veré irrevocablemente incorporado en la sociedad de tu reino y de tu gloria? ¿Qué pensamiento! ¿Qué esperanza! ¿Dónde estás, hombre, cuando no estás contigo mismo, cuando buscas otra gloria que tu propia grandeza? ¿Qué puedes encontrar fuera de tí que valga más que lo que puedes ser? ¿De qué te aprovecha esa inquietud de tu imaginacion, esa turbacion de pensamientos, esa infatigable variedad de deseos? ¿Qué puede ganar tu corazon con todo ese estruendo de tu orgullo? ¿Qué esperas hallar en esos espacios en que corres siempre vago y nunca satisfecho? Si quieres ser feliz, busca á tu Dios, que nunca está lejos de tí. Toda la naturaleza te le muestra, toda ella canta su santo nombre; pero tú no la escuchas, porque el tumulto de tus pasiones te

ensordece. Desciende á tu corazon; allí habita, y allí te hablará con mas intimidad; pero tú no puedes oírle, porque siempre andas huyendo de tí mismo. Sus incesantes dones te indican la mano de donde vienen; esa vida en que le desconoces, te prueba su amor, pues que te la conserva. Tú duermes tranquilo reclinado en su seno paternal; pero olvidando la mano protectora que te sostiene, te entregas á los delirios de sueños engañosos que te halagan con falsas ilusiones.

Una flor te interesa, la amenidad de un campo te complace, todo lo ingenioso te admira, todo lo hermoso te agrada, y tú atento y curioso todo lo reconoces, todo lo examinas; lo único que se te esconde es el grande poder que ha sabido criarlo. Parece que la misma hermosura de los objetos es el velo que te encubre la mano que los hizo; porque detenido en el embeleso con que los gozas, te olvidas de su Autor: la luz que debia alumbrarte es la que mas te ciega; fijas los ojos en los beneficios, y nunca los levantas para reconocer al Bienhechor. ¡Deplorable mortal! Tú no ves mas que fantasmas, y sola la verdad te parece ilusion.

¡Desdichado de tí, pues esclavo de tus errores y abandonado á tus sentidos, vives sin Dios, sin esperanzas ni consuelos! ¡O Dios mio, dulce Dios! dichoso únicamente el que te adora y busca! ¡Mas dichoso el que te halla, cuando tu blanda mano enjuga su amoroso llanto, y le llena el pe-

cho de ardores fervorosos! ¿Pero cuál será aquel día sin noche, en que tu luz indeficiente brille á nuestros ojos, é inunde nuestros corazones con el torrente de sus delicias inefables? ¡Dios de bondad! mis entrañas se estremecen con tan sublimes esperanzas, y mi alma exclama en el ardor de sus deseos: ¡Quién como tú, Dios mio?

Tú, Señor, me has inspirado á hablar de tí y de las riquezas de tu gracia: tú sueles mostrar el poder de tu influjo en la debilidad del instrumento: tú sabes el motivo que dió impulso á mi celo: péntrame, pues, de tu ardor divino; préstame tu auxilio para que pueda mostrar tu luz á los ojos débiles que se deslumbran con los mismos resplandores de la fe, para que desengañe á los incautos, que con afán inútil y penoso buscan una felicidad que no pueden hallar fuera de tí, y para que descubra á todos la abundancia, la solidez y la dulzura que encerró tu bondad en los tesoros de la santa religion.

CARTA I.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

AMIGO mio: apenas llegué á esta casa, después de una muy larga ausencia, cuando me entregaron una carta tuya muy atrasada. ¿Qué vivas y diferentes impresiones ha producido en mi corazón! ¿Cuántos recuerdos tiernos! ¿Pero ay, cuántas memorias dolorosas! Sí, las ideas de nuestra dulce amistad, tan antigua como nuestra existencia, me han despertado las sensaciones mas dulces y cariñosas. ¡O qué crueles y voraces han sido los remordimientos de mi corazón con la memoria de tantos años como hemos malogrado, ocupándonos en delitos cuyo recuerdo me causa horror, y de que quisiera verte tan arrepentido como yo lo estoy!

Este estilo debe parecerse muy extraño, y quizá pasada la primera sorpresa te reirás, me creerás en delirio y me verás con lástima. No esperabas seguramente que te hablase así el cómplice, el compañero y aun caudillo de nuestra desordenada conducta. Digo el caudillo, porque aunque todos los amigos que formábamos nuestra desen-

cho de ardores fervorosos! ¿Pero cuál será aquel día sin noche, en que tu luz indeficiente brille á nuestros ojos, é inunde nuestros corazones con el torrente de sus delicias inefables? ¡Dios de bondad! mis entrañas se estremecen con tan sublimes esperanzas, y mi alma exclama en el ardor de sus deseos: ¡Quién como tú, Dios mio?

Tú, Señor, me has inspirado á hablar de tí y de las riquezas de tu gracia: tú sueles mostrar el poder de tu influjo en la debilidad del instrumento: tú sabes el motivo que dió impulso á mi celo: péntrame, pues, de tu ardor divino; préstame tu auxilio para que pueda mostrar tu luz á los ojos débiles que se deslumbran con los mismos resplandores de la fe, para que desengañe á los incautos, que con afán inútil y penoso buscan una felicidad que no pueden hallar fuera de tí, y para que descubra á todos la abundancia, la solidez y la dulzura que encerró tu bondad en los tesoros de la santa religion.

CARTA I.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

AMIGO mio: apenas llegué á esta casa, después de una muy larga ausencia, cuando me entregaron una carta tuya muy atrasada. ¿Qué vivas y diferentes impresiones ha producido en mi corazón! ¿Cuántos recuerdos tiernos! ¿Pero ay, cuántas memorias dolorosas! Sí, las ideas de nuestra dulce amistad, tan antigua como nuestra existencia, me han despertado las sensaciones mas dulces y cariñosas. ¡O qué crueles y voraces han sido los remordimientos de mi corazón con la memoria de tantos años como hemos malogrado, ocupándonos en delitos cuyo recuerdo me causa horror, y de que quisiera verte tan arrepentido como yo lo estoy!

Este estilo debe parecerse muy extraño, y quizá pasada la primera sorpresa te reirás, me creerás en delirio y me verás con lástima. No esperabas seguramente que te hablase así el cómplice, el compañero y aun caudillo de nuestra desordenada conducta. Digo el caudillo, porque aunque todos los amigos que formábamos nuestra desen-

frenada sociedad hemos vivido hasta aquí sin regla ni razón, habiendo perdido toda idea de religión, todo temor de Dios, y sin pensar más que en satisfacer á nuestras pasiones y sentidos: debo confesar que Manuel y yo éramos los peores entre todos, y los dos éramos, digámoslo así, las cabezas de la banda; éramos los más fecundos en inventar ideas detestables, que cuando eran más delincuentes, nos parecían más deliciosas; en fin, éramos los más impíos, los más disolutos y atrevidos, que proponíamos, alentábamos y hacíamos ejecutar los más horrorosos y execrables excesos.

¡Cuánto debe sorprenderte que este hombre, tu amigo desde la niñez, que conoces tanto, que has sido testigo y casi discípulo de su disolución y su impiedad, que ahora tres meses te perseguía para acabar de corromperte, y era el odioso escándalo de los que le conocían, pueda en tan corto intervalo haberse mudado tanto, que se atreva á escribirte en un lenguaje, que á no ser tan serio sería ridículo, y que aun puede parecerle tal, porque todavía estás embriagado con las falsas dulzuras del mundo y sus errores!

Pero ¡ay amigo! en el corto intervalo de estos tres meses en que tú no me has visto, yo he visto mucho, yo he oído mucho. He corrido países inmensos, he viajado por tierras dilatadas, he atravesado abismos desconocidos, he descendido al infierno, he subido al cielo, y por fin he vagado por

las inconmensurables regiones que empiezan con el tiempo y acaban por esconderse en la eternidad: Teodoro mio, ¡cuántas cosas he aprendido que ignoraba! ¡De cuántos errores he salido! ¡Cuántas ilusiones y extravíos de mi espíritu se han disipado! ¡Cuántas tinieblas que me tenían ciega el alma han desaparecido! ¡Cuántas nuevas verdades he visto! Yo me figuro hallarme como un hombre que después de haber pasado una larga vida en una cueva oscura, donde no penetraba luz ninguna, sale de repente á ver al sol. ¡Ah Teodoro! Si supieras por qué medios, por qué vías me ha conducido la Providencia á esta región de luz y de felicidad que me era tan desconocida, cómo admiraras las divinas misericordias, y cómo puede ser que á pesar de la ceguedad en que vives, quisieras aprovecharte de ellas!

Pero, amigo, no te considero ahora en estado de entender, y ménos de gustar la mayor parte de las verdades saludables con que se ha dignado el cielo ilustrarme; espero que algun día llegue el momento de piedad que te reserva. Cuando su bondad se ha compadecido de mí, el peor de los hombres, espero alcanzará también á tu corazón, ménos malo que el mio; pero mientras llega este día de misericordia, que yo imploraré en tu favor, quiero proponerte una verdad sola, porque es más proporcionada á tu situación y más conforme al deseo inquieto con que nos agitamos para ser

felices: sí, Teodoro. Tú, Manuel, yo, cuantos componian nuestra sociedad, y cuantos hombres ciegos son esclavos de sus pasiones, no buscan la satisfaccion que producen los placeres, sino porque imaginan hallar en ella la felicidad. ¡Pero cuánto se engañan, y qué prueba mayor que nosotros mismos!

Nosotros hemos nacido con espíritus vivos, con corazones sensibles y capaces de fuertes impresiones. La naturaleza nos dotó de sus mejores dones; nuestros padres nos dieron un nacimiento distinguido, grandes riquezas, y todos los medios que facilitan en el mundo el goce de sus delicias y placeres: creimos que jóvenes, ricos, estimados, y pudiendo satisfacer todos nuestros gustos, debíamos llegar al colmo de la humana dicha. Nada nos ha faltado: ni nombre ilustre, ni salud robusta, ni libertad, ni fuerza, ni dinero, ni cuantos atractivos pueden contribuir á hacer mas agradables las lisonjas del mundo.

Para que nada se opusiera á nuestro deseo de gozar, supimos de valor intrépido adoptar esta filosofia temeraria, que para desprenderse de toda inquietud sacude sin temor las pocas ideas de una religion que regularmente se aprende muy mal en la primera infancia, y por consiguiente apartá- bamos nuestra vista de una vida futura, y sacudiamos el freno saludable de un Dios justiciero. Considerábamos los males venideros como mentidas

ilusiones, y los bienes presentes como los solos estimables. En fin, deshaciendo todos los lazos y soltando todas las cadenas, no pensábamos mas que en llenar los días y las noches con los falsos placeres del momento, y á trueque de gustar de sus delicias, atropellábamos todos los estímulos de la justicia y la razon.

Entremos, pues, en cuenta con nosotros mismos, y consultemos nuestra larga experiencia. Yo he pasado ya la mayor parte de mi vida, y tú una gran parte de la tuya: uno y otro no la hemos consumido sino en buscar esta felicidad tan anhelada en la abundancia de gozos y placeres. Ademas de los medios naturales con que nos han favorecido la naturaleza y la fortuna; ademas del esfuerzo que hicimos para desprendernos de toda idea de Dios y de su justicia, nacimos uno y otro con pasiones vehementes para gustarlos, y debemos confesar que pocos hombres han podido disfrutarlos, ni tan abundantes ni tan exquisitos.

Acuérdate cuántas veces en la embriaguez de nuestro corazon y para que ninguna amargura nos pudiese turbar, blasfemando decíamos los unos á los otros: No hay Dios; ó si le hay, ¿qué le puede importar el que sus criaturas se diviertan? Todas las religiones son invenciones humanas, artificios de impostores que han sabido alucinar con ellas á los pueblos para dominar á los fatuos. Acuérdate como estas ideas, que nacen fácilmente en un

corazon amante del placer, porque quiere gozarse sin zozobra, se fortificaban en nosotros con la lectura de los filósofos del día, sobre todo con la del intrépido Voltaire, caudillo de la irreligion, y la causa mas principal de la perversidad de nuestro siglo con la propagacion de la impiedad y de los vicios.

Así, pues, si los placeres fueran el camino de encontrar la felicidad, pocos mortales hubieran podido hallarla con tanta facilidad como nosotros; ninguno tendria mas derecho para ser y llamarse feliz. Querido Teodoro, tú no puedes negarme ninguno de estos hechos; pues bien, ahora te pregunto: ¿Has sido, eres feliz? Yo me lo he preguntado á mí mismo muchas veces, y mi corazon siempre me ha respondido: No: ni lo soy, ni nunca lo fui. Por el contrario, cuantas veces me he dicho: Los que desde su oscuridad admiran el resplandor de mi opulencia, la suntuosidad de mi palacio, la riqueza de mis muebles, la abundancia de mi mesa, y la incesante variedad de mis diversiones, me llaman un mortal dichoso; pero ¡ay! el tranquilo artesano que siente estremecer su taller humilde con el rápido y tumultuoso estrépito de mi coche dorado, está muy léjos de pensar que yo soy mas infeliz que él.

Entonces, amigo mio, yo no podia conocer por qué los placeres del mundo léjos de contentar al alma, producen en ella este vacío que la disgusta

y tantas displicencias que la fastidian; pero ahora conozco que este es un favor especial del cielo. Dios ha dispuesto por un orden justo de su sabiduría que cuando él no reina en nuestro corazon, y este se abandona á la tiranía de sus turbulentas y desarregladas pasiones, él mismo sea nuestro mas implacable enemigo, y el mas continuo perturbador de nuestros fútiles placeres.

Este es un efecto de su misericordia; porque mientras no llega el día del irrevocable decreto, y cuando con la vida deja abierta la puerta al arrepentimiento y al perdon, las amarguras que vierte sobre los placeres del insensato que lo desconoce y olvida, no son los tormentos de un juez que condena al delincuente; son sí las tiernas diligencias de un padre, que pesaroso de nuestra pérdida, ordena á todo lo que no es él que nos despida de sí para arrojarnos en su seno; son los esfuerzos de un amigo, que hace inútil nuestro conato de ser dichosos huyendo de su bondad, para obligarnos por este medio á reconocer que solo Dios puede llenar un corazon tan grande como el que él mismo ha dado al hombre.

Así, Teodoro, tú te engañas á tí mismo, si quieres persuadirte que eres feliz. Todo lo que hay en tí, todo lo que pasa cerca de tí, todo lo que sientes te debe convencer de que esta felicidad que quisieras aparentarte, es el delirio de las ilusiones que te engañan; que correrás tras ellas sin jamas

alcanzarlas; que la dicha que esperarás mañana, será tan frívola y amarga como la que sientes hoy. Tú fueras el primero desde la creación del mundo que hubiera conciliado la paz y el reposo del corazón con el desorden de las pasiones y el abandono de la virtud.

Salomon había gozado de mas delicias que tú podrás nunca disfrutar. Monarca sabio y poderoso pasó por todos los grados de la grandeza humana; gozó de todo sin que hubiese placer nuevo para su corazón, y dejó escrito: (1) *El que sacude el yugo del deber y de la regla, es infeliz.* El mismo Salomon derramando su vista sobre la historia de su reinado y de su gloria, de su magnificencia y sus placeres, exclama con tono dolorido (2) que todo es vanidad, tormento y aflicción del espíritu; que todos los tronos de la tierra no pueden dar una felicidad comparable al amor y posesión de la virtud.

Examina bien, Teodoro, el carácter, la especie ó la naturaleza de esa felicidad que puede procurarte la satisfacción de tus pasiones, y hallarás que para gozarla necesitas de aturdirte y huir de tí mismo. ¡Triste felicidad! El corazón virtuoso para estar contento no ha menester tanto esfuerzo, tanta disipación y movimiento. Muy desdichado es el que no sabe á donde volverse, para descargarse del peso insoportable de sí mismo.

(1) Sap. iii. 11. (2) Eccli. i. 11.

Solo puede ser feliz el que en sí mismo lleva el manantial de sus placeres; el que sin deseos que le inquieten ni remordimientos que le aflijan goza de una tranquilidad dulce y profunda, que le permite divertirse con las recreaciones mas simples é inocentes. No son los objetos exteriores los que dan á su corazón la dulce y apacible serenidad que se manifiesta en su semblante y sus discursos; es su corazón mismo el que dirigido por Dios adorna todo lo que le rodea, imprimiendo á cuanto dice y hace la hermosura y riqueza de su propio fondo.

Por el contrario los idólatras del mundo y sus placeres: como estan desprovistos de fuerzas y recursos propios, ponen toda su esperanza en los que pueden venirles por de fuera; por eso sus deseos son tan impacientes y apasionados, sin que jamas los sepan moderar. Todo lo solicitan con ansia, todo lo anhelan con furor. Su corazón no se para hasta que todo lo devora, y se desengaña. Su ardor es impetuoso hasta en su reposo y su silencio. Nada los detiene hasta que llegan al extremo, y que no pueden ir mas adelante. Sus fiestas son confusión y estruendo, porque necesitan de una alegría loca y tumultuosa; y una alma desordenada ha menester poner mucha violencia en todos sus movimientos para distraerse de la vista y de la vergüenza de su propio interior.

Muy infeliz es el que emplea precauciones tan

extrañas para esconderse á sus mismos ojos: muy enfermo está el que recurre á medios tan violentos para no ver su corazón. Si esta es la dicha que puede dar el mundo, es necesario huirla, y temblar de ser feliz. El hombre pacífico y modesto que nunca ha conocido los favores de la fortuna, no pudiera tener mayor desgracia que perder la dulce felicidad de que goza con adquirir la opulencia y miseria de los poderosos del siglo.

Esto es muy claro, Teodoro; y si tú hasta ahora no has conocido la triste suerte de los que se llaman dichosos en el mundo: si hasta ahora no has conocido ni te ha lastimado la tuya propia, es porque hasta ahora no has probado otro estado mas dulce; es porque imaginas que tus males personales son una inevitable imperfeccion de la naturaleza. Creyéndote incurable, no buscas los medios de curarte; y la costumbre de vivir y agitarte en la puerilidad de las pasiones, te ha cegado de manera que no ves la posibilidad de vivir sin ellas.

Esto era lo que por mí pasaba, y ni siquiera apercibía la degradacion extrema á que el desorden de los sentidos reduce á la razon. Yo juzgaba de todo con ligereza y sin discernimiento. Nada pensaba, nada prevenia, nada consideraba, y era continuamente mártir de una inconstancia que no me era posible contener. El reposo y el trabajo me eran igualmente fastidiosos. Me emba-

razaban todos los instantes que componian la duracion de mi existencia. Mi alma divagaba en un tropel de proyectos quiméricos, de esperanzas ridiculas y de ideas extravagantes.

Mi vida pública era un estudio continuo de vanidades y delirios, un papel fastidioso de ostentacion y orgullo, un afan importuno de ocultar con adornos brillantes mi vergonzosa corrupcion, dando un colorido de dignidad y de decencia á la baja de mis vicios. Mi vida privada se ocupaba toda en las convulsiones de la envidia, en las tinieblas de una melancolía dura y de mal humor, ó en las agitaciones de una impaciencia imperiosa y violenta, que me hacia intolerable hasta á mis propios dependientes. Mis criados estaban condenados á soportar las erupciones del volcan inflamado que me devoraba el corazón, de modo que yo era el escándalo y el suplicio de cuantos habitaban en mi casa.

Ve aquí mi retrato, querido amigo, y temo en parte sea tambien el tuyo. No es mucho que se parezcan los efectos cuando son tan parecidas las causas. Examínale bien; y si hallas que en efecto se te parece, considera si es hermoso, si es digno de tí, si es digno de un filósofo y de un hombre. ¡O virtud! ¡qué no pierde el que abandona ó no conoce tus caminos cómodos y derechos! ¡O Teodoro! ¡mucha desdicha es envejecer en la vi-

leza del vicio, y morir sin haber gustado una vez las dulzuras de la virtud!

Pero aun hay mas; porque ¿quién puede responderte de que envejecerás? ¿Quién puede determinar el intervalo que separa el momento presente de tu último suspiro? ¡Ay, amigo! aquí toco una circunstancia de la vida humana, que es la que mas consterna á los que se abandonan á sus gustos. Pero ¿por qué la filosofía, que tanto permite y tanto promete, no alcanza con sus sofismas á presentar ménos terrible la pavorosa imágen de la muerte? ¿Por qué no sabe consolarnos de la triste necesidad de bajar al sepulcro en breve tiempo? ¡Y qué puede valer una felicidad que nos abandona en la situación mas importante de la vida, haciéndonos aborrecer un término de que ninguna fuerza nos puede libertar!

¡O muerte! ¿qué amarga es tu memoria al que no pone su esperanza sino en los tesoros y placeres! Por mas que se haga sordo, la importunidad de tu voz austera, de tu grito terrible, penetra hasta su corazon, y le hace estremecer en medio de sus contentos delincuentes. No da un paso sin ver los espantosos atributos de tu violencia destructora, sin hollar las victimas con que cubres el globo y que la justicia divina entrega á tu insaciable saña.

Dime, Teodoro: ¿no oyes algunas veces esos tañidos melancólicos que desde las torres de los

templos se esparecen en los aires, y cuya severa magestad domina sobre el tráfago confuso del ruido y los negocios de los hombres? ¡Ay, amigo! si los oyes, no te distraigas del horror saludable que producen. Ellos se hacen entender con acentos eficaces, y hablan con estilo poderoso al alma, que conserva todavía un resto de su primitiva elevacion. Su impresion de terror y tristeza en un corazon que aun no está muerto, es un indicio de que puede volver á la virtud; es el crepúsculo de la religion, que quiere amanecer y derramar en él todas sus luces.

Observa como estos mensajes de muerte que nos vienen continuamente del santuario, nos refieren con su triste elocuencia la fragilidad y la inconstancia de la vida. ¿Con qué fuerza y dignidad publican la eterna inmovilidad de este Dios inmutable, que ve, deja pasar y sobrevive á todo lo que existe! ¿De este Dios que nunca se muda en medio de las revoluciones y ruinas con que su brazo agita, altera y descompone al universo! ¿Quién, Señor, os es semejante? ¿Quién tiene esta fuerza de existir y durar, que da un carácter tan povoroso á la sentencia de muerte que pronunciais contra los hijos de los hombres; y produce una idea tan formidable de la espantosa entrevista que cada uno de ellos debe tener con vos al instante que exhale el último suspiro?

Si, Teodoro, todo se desvanece, todo pasa. El

tiempo devorador con su paso tardo pero seguro, ha destruido hasta las ruinas de los tronos, ha borrado hasta los vestigios de los monumentos de su gloria; pero la duracion del imperio divino, tan eterno como indestructible, no está comprendida como la de los estados y potencias de la tierra, en periodos que se dividan y se puedan medir. Su origen y su término se pierden en aquel mismo insondable infinito en que se pierde nuestra imaginacion cuando quiere considerar lo que habia ántes de que existiera el mundo, y se extienden y prolongan en la perpetuidad de la esencia divina y de su esplendor inaccesible; de suerte que la historia de la eternidad absorbe y se traga la de todos los reinos y sucesos humanos, como el oceano se bebe las gotas que las nubes destilan en los aires.

¿Qué se puede, pues, pensar del insensato que consume los pocos dias que se le dan para vivir, en placeres frivolos y pasajeros, ofendiendo al que le dió la vida que malogra? ¿Qué nombre se le puede dar sino el de monstruo efimero y feroz, que no se aparece en el mundo sino para desvanecerse en un instante, y que al paso que va cediendo á la fuerza que lo empuja al sepulcro, se atreve á insultar al poder soberano que lo crió para hacerle feliz?

¿A quién se puede comparar sino á un estúpido, que arrebatado por una corriente impetuosa cuando va á sepultarse en los abismos, tiene el in-

creible frenesí de ultrajar y rechazar la mano benéfica que se le presenta para salvarlo de aquel riesgo? Para decirlo mejor, amigo: la ceguedad de espíritu con que hemos vivido hasta aquí, no se puede comparar á nada; solo Dios con su infinita luz puede apreciar toda la estúpida insensatez de un corazon que se cierra á las luces de la religion y á los encantos de la virtud.

Bien sé que mis profanos labios, tan recientemente manchados con tantas blasfemias y delitos, no son dignos de pronunciar tan santos nombres. Tú mismo podrás hallar ridiculo que el que no ha mucho te excitaba á los mas delincuentes horrores, te hable ahora de la religion y de la virtud; pero, amigo, no lo extrañes, y admira las misericordias de Dios. Sus divinas luces han mudado mi corazon: tres meses de reflexiones continuas y profundas con los auxilios interiores de su divina gracia, me han inspirado mucho horror de mis desórdenes pasados. Tú podrás, Teodoro, reirte; tú podrás decir que he perdido el seso, que se me ha vuelto el juicio. Esta es la ordinaria salida de los que bien hallados con su pereza y con sus vicios, no quieren hacer un esfuerzo para salir de tan mal estado; y cuando no pueden negar la conversion de un hombre instruido, por ocultar su propia vergüenza, atribuyen á debilidad de ánimo la nueva luz de un santo desengaño.

También podrás decir que mi carácter siempre

extremado en todo, pasa súbitamente de la incredulidad al entusiasmo, del desenfreno á la devoción; en fin, tú dirás lo que quisieres; pero yo te digo con toda la seriedad de que soy capaz, que he conocido nuestros deplorables errores, que estoy desengañado y en la firme resolución de consagrar en esta casa de campo, la ménos suntuosa de las mías, el poco resto de vida que me puede quedar, en llorar los desórdenes de la pasada, expiando en los brazos y con los auxilios de la religion, tanto mis innumerables excesos, como los que he inducido á que cometan otros. Aquí imploraré la piedad del cielo por tantos ciegos, que arrastrados por la incredulidad y las pasiones, corren precipitados á su perdición: principalmente por tí, querido Teodoro; por tí á quien amo tanto; por tí á quien he dado malos consejos y peores ejemplos; por tí, finalmente, cuyo excelente natural es digno de conocer la verdad y profesar la virtud.

No me vuelvas á escribir de tus diversiones y desvarios, ni de esos objetos de seducción, cuyos halagos me han sido tan funestos: yo no debo acordarme de nuestra disolucion sino para llorarla. Tu correspondencia me será agradable, porque siempre te amaré con la amistad mas tierna; pero no debe mezclarse en ella nada que altere la pureza en que deseo establecer mi corazon. A Dios, querido amigo. El te envíe un rayo de

aquella luz con que se ha servido iluminarme, y te haga por su misericordia encontrar la verdadera felicidad que léjos de él buscas tan en vano. A Dios otra vez, Teodoro mio.

CARTA II.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Amigo mio: tu respuesta me ha consolado mucho; yo no esperaba mas que irrisiones, ironías y escarnios de tu parte. Este es el estilo ordinario de los que afectan el insensato valor de despreciar los remordimientos, para no avergonzarse con la bajeza de sus vicios. Tú de buena fe, con mas rectitud en tu corazon y mas candor en tus labios, me confiesas sinceramente que á pesar de la juventud y las riquezas, que te presentan tantos medios de multiplicar tus placeres, jamas te encuentras satisfecho; que en medio de ellos sientes en tu corazon un vacío que derrama sobre tu vida un fastidio intolerable, y que no pocas veces te sorprende en el alma una inquietud que te atormenta, porque ciertos relámpagos, que atraviesan rápidos por tu imaginacion, te descubren un por-

extremado en todo, pasa súbitamente de la incredulidad al entusiasmo, del desenfreno á la devoción; en fin, tú dirás lo que quisieres; pero yo te digo con toda la seriedad de que soy capaz, que he conocido nuestros deplorables errores, que estoy desengañado y en la firme resolución de consagrar en esta casa de campo, la ménos suntuosa de las mías, el poco resto de vida que me puede quedar, en llorar los desórdenes de la pasada, expiando en los brazos y con los auxilios de la religion, tanto mis innumerables excesos, como los que he inducido á que cometan otros. Aquí imploraré la piedad del cielo por tantos ciegos, que arrastrados por la incredulidad y las pasiones, corren precipitados á su perdición: principalmente por tí, querido Teodoro; por tí á quien amo tanto; por tí á quien he dado malos consejos y peores ejemplos; por tí, finalmente, cuyo excelente natural es digno de conocer la verdad y profesar la virtud.

No me vuelvas á escribir de tus diversiones y desvarios, ni de esos objetos de seducción, cuyos halagos me han sido tan funestos: yo no debo acordarme de nuestra disolucion sino para llorarla. Tu correspondencia me será agradable, porque siempre te amaré con la amistad mas tierna; pero no debe mezclarse en ella nada que altere la pureza en que deseo establecer mi corazon. A Dios, querido amigo. El te envíe un rayo de

aquella luz con que se ha servido iluminarme, y te haga por su misericordia encontrar la verdadera felicidad que léjos de él buscas tan en vano. A Dios otra vez, Teodoro mio.

CARTA II.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Amigo mio: tu respuesta me ha consolado mucho; yo no esperaba mas que irrisiones, ironías y escarnios de tu parte. Este es el estilo ordinario de los que afectan el insensato valor de despreciar los remordimientos, para no avergonzarse con la bajeza de sus vicios. Tú de buena fe, con mas rectitud en tu corazon y mas candor en tus labios, me confiesas sinceramente que á pesar de la juventud y las riquezas, que te presentan tantos medios de multiplicar tus placeres, jamas te encuentras satisfecho; que en medio de ellos sientes en tu corazon un vacío que derrama sobre tu vida un fastidio intolerable, y que no pocas veces te sorprende en el alma una inquietud que te atormenta, porque ciertos relámpagos, que atraviesan rápidos por tu imaginacion, te descubren un por-

venir, que aunque oscuro, te parece rodeado de lúgubres objetos.

Me añades que á tu pesar y en mediada tus mismos placeres solia turbarte la idea de una vida frágil, de una muerte cierta y de una existencia futura, que por mas que tú quieras pintártela á tu gusto y con los colores de una filosofia lisonjera, no deja de imprimirte algun terror por la poca luz y seguridad que pueden dar las ideas humanas. En fin, me pides que te haga una relacion fiel de lo que me ha pasado en estos tres meses de ausencia, para ver si puedes hallar direccion mas segura en la nueva carrera que yo emprendo, y si podrás acomodarte con esta felicidad de que yo me manifesto tan gozoso.

Es difícil, Teodoro, reducir á método y describir con orden la historia de estos tres meses, que comprende una innumerable multitud de ideas. Discurre cuánto habrá sido menester para arrancar de mi corazon pasiones dulces que tanto le halagaban, y opiniones envejecidas que tanto le seducian; cuántos medios y esfuerzos habrán sido necesarios para que despues de tanto tiempo de tinieblas y horrores, un esclavo de los vicios mas viles, abandonado de los espíritus juiciosos, despreciado de los hombres de bien, y que tenia perdida su reputacion; un miserable, digo, que buscaba en la extravagancia de sus mismos excesos un funesto remedio contra el hastío que ocasionan

los placeres desmedidos, haya podido abandonar tan imperiosas costumbres, y reformar tan tarde una vida larga y toda consumida en los extremos de la depravacion. ¡Dios eterno, qué memoria! ¡Y eres tú, Señor, el que conservabas esta misma vida de que yo no me servia sino para despreciar tus avisos y ultrajar tu paciencia!

Si, Teodoro; han sido menester grandes y repetidos golpes del cielo, muchos medios gobernados por su Divina Providencia, muchos esfuerzos de su misericordia, muchos auxilios interiores de su gracia, muchos exteriores en los ejemplos de la santa sociedad á que me condujo, y en las exhortaciones del sabio ministro que me deparó, para que se pudiera hacer en mi alma este trastorno, esta conversion, esta renovacion total de inclinaciones y de ideas.

¿Cómo, pues, decirte todo lo que ha pasado por mí? ¿Cómo explicarte el modo progresivo con que llegó á ablandarse este empedernido corazon? ¿Cómo esta cabeza llena de tantas ilusiones y errores pudo poco á poco dar entrada á la luz de tantas verdades? ¿Cómo un monstruo de abominacion vislumbró la hermosura de la virtud, y cómo en fin, un temerario, tan imbuido de todos los sofismas de esta moderna fatal filosofia, ha podido deponer sus falsas ilusiones, empezando á entrever la dignidad, la grandeza y la magestad de la religion?

Ya concebirás cuán difícil es este empeño; pero como puede serte útil, y quién sabe si también podrá serlo á alguno de los muchos que viven tan descaminados; como la resurrección del mas muerto de los hombres debe contribuir á la gloria de Dios; y como la renovacion de estas ideas me dará á cada instante motivo para levantar mi corazon y repetir mis gracias al autor de mi nueva vida . . . voy á emprenderlo, y confio en que el mismo que convirtió mi corazon, sabrá gobernar mi mano para su gloria y para ejemplo de otros infelices como yo.

No hallarás aquí flores, sino frutos. No esperes estudio ni eleccion en las palabras y frases; pero hallarás sentimientos verdaderos, y tales como los experimentó mi corazon en cada circunstancia. En vez de discursos elegantes hallarás sensaciones, y verás sus efectos; pero como son muchos, temo que su reunion será numerosa, y que la historia de tres meses produzca un libro. Si así fuere, ten paciencia: mas quiero ser prolijo que diminuto, porque no pudiera callar nada sin suprimir un beneficio del cielo, y una demostracion de su bondad; en este caso admira en mi conversion *el triunfo de la misericordia de Dios contra el corazon mas perverso*. Ayúdame á darle gracias, como yo le pido que te penetre de las mismas lúces, y escucha que ya empiezo.

Ya te acordarás de la última noche en que, se-

gun nuestra costumbre, nos reunimos en tu casa para gozar de aquellos placeres infames, que eran entónces nuestra única felicidad. Harás memoria de que solo Manuel no concurrió, porque habia salido al anochecer en su coche á su casa de campo. No ignoras el motivo que le conducia, que no era otro que disponer las cosas para el dia siguiente en que yo y otros queriamos ir á consumir una atroz iniquidad con ultraje de la confianza y abuso de la inocencia: su recuerdo me llena de horror.

Tambien debes hacer memoria, que aquella noche por la primera vez vino á tu casa aquel magnífico y brillante extranjero, que fué siempre objeto de mi antipatía: siendo hombre de nacimiento, habiendo traído recomendaciones superiores, y sosteniendo su dignidad con mucho gasto y grande esplendor, le fué fácil hallar entrada en las principales casas de la ciudad.

Tambien sabes mi antipatía á su carácter arrogante; y que á pesar de las muchas insinuaciones que hizo para ser mi amigo, yo le opuse siempre una cortesía fria y reservada. Mi genio orgulloso no podia sufrir sus aires superiores, y me inquietaba de que un hombre que no habia nacido entre nosotros, viniese á ofuscarnos; fuera de que su tono satisfecho y aire altivo no podian conciliarse bien con la mal sufrida viveza de mi genio; pero viéndole en tu casa, y admitido á

nuestras mas íntimas y secretas partidas, me fué preciso disimular mi displicencia.

Nos pusimos á jugar el faraon. El segun su estilo queria con su petulancia avasallar todo: jugaba noblemente, con mucha soltura y despejo; pero con modo tan insolente, que parecia querer despreciar el juego y burlarse de los jugadores.

Yo empezaba á soportar con trabajo estos aires de dominacion, y en un lance en que yo tenia interes, y reclamaba un derecho, él se atrevió á exponer su opinion contraria á mis pretensiones.

Entónces el enfado me transporta, y me arranca no sé qué palabras duras que le dije con ceño y aspereza. Yo sentí el exceso de mi vivacidad; pero mi cólera fué mas activa que mi reflexion, y no habia remedio.

Lo singular es, que yo que esperaba una respuesta del mismo género, y me preparaba á todo, me sorprendí viendo que este hombre, que parecia tan intrépido y orgulloso, se quedó parado, que no me dijo una palabra, sino bajó los ojos y continuó su juego como ántes. Hice juicio que este era uno de los muchos fanfarrones que andan por el mundo, á quienes su orgullo y sus riquezas inspiran arrogancia; pero que se ponen en su lugar desde que encuentran la primer resistencia, y me aplaudí en secreto de haberle sabido imponer.

Se concluyó el juego despues de media noche,

y cuando todos bajamos la escalera para subir á nuestros coches, el extranero se me acerca, me llama aparte, y me dice: „Yo creo que el que se atreve á insultar á un hombre como yo, tendrá valor para darle satisfaccion, y espero que hoy mismo al amanecer vendréis á encontrarme á la puerta del arrabal, donde os estaré aguardando.” Yo sentí al instante todas las consecuencias de este contratiempo, que me era mas desagradable, porque no podia dejar de reconocer que mi viveza y mal humor eran la verdadera causa; pero como en lances de esta especie no permita réplica el honor mundano, sino es indispensable otorgar al instante, le aseguré que me hallaria en el sitio señalado á la hora que me indicaba. Esto pasó entre nosotros, sin que nadie lo percibiese.

Fuíme á mi casa, y me puse en el lecho. Fatigado de mis excesos, mi cuerpo necesitaba del natural descanso; pero á pesar de que la noche precedente la habia pasado en trasnochada, la oportunidad de mis reflexiones alejó al sueño de mis ojos. No me era posible ni descansar mis miembros ni soségár mi espíritu. Me afligia considerar que aquel encuentro podia quitarme la proporcion de ir al otro dia á casa de Manuel, y malograr una ocasion tan deseada, tan procurada, y que era entónces el mas ardiente objeto de mis deseos.

Preveia los riesgos de un desafio en un tiempo

en que el gobierno procuraba exterminarlos con la mayor severidad. No podía disimularme que el extranjero estaba bien visto, y que tenia muchos amigos y valedores; me consternaba la idea de que yo sin bastante motivo habia sido el agresor; que mi ciega antipatía y mi mal humor eran la única causa de mi imprudencia, y que todos los que estaban en el juego eran testigos y podian deponer de mi arrojo y de su moderacion.

Estas consideraciones me tenian inquieto y desasosegado. No temia las resultas del lance: mi superioridad en la esgrima me daba confianza en la destreza de mi brazo; pero no podia ocultarme los muchos peligros á que me exponia; y lo peor era que no habia remedio, pues era indispensable aventurarse á todo. Lo único que me proponia era valerme de mi habilidad para desarmarle sin herirle, y terminar el lance de un modo que sin serle funesto, me dejara con reposo y con gloria.

Fatigada mi alma con estas ideas, no hallaba un instante de descanso, y ya habia pasado una gran parte de la noche. Serian las tres de la mañana cuando siento en la sala que precede á mi alcoba pasos y ruido. Este extraño movimiento me sorprende; llamo y veo entrar despa- vorido, sin color ni figura de hombre á un eriado de Manuel, ministro ordinario de nuestras iniqui-

dades; se llega á mí, y con una voz trémula, que anunciaba su terror y sollozos, me dice que su amo acaba de morir súbitamente.

¿Cómo podré pintarte el efecto que me produjo esta terrible y no esperada nueva? Yo no podia creer ni á mis oidos ni á mis ojos. ¿Qué? le respondí con precipitacion, ¡Manuel! Sí señor, me replica: acabo de verle morir tan arrebatadamente, que no ha podido decir una palabra. Yo mismo estaba á su lado en el coche: no habia dado el menor indicio de estar malo. Le creia dormido; pero de repente hizo un movimiento extraordinario, y este movimiento ha sido su postrer suspiro. Nuestros esfuerzos han sido vanos; no le hemos podido observar el menor aliento, y viéndole ya cadáver, los demas han seguido con el cuerpo á la casa de campo, que ya estaba cerca, y yo he venido á daros el aviso.

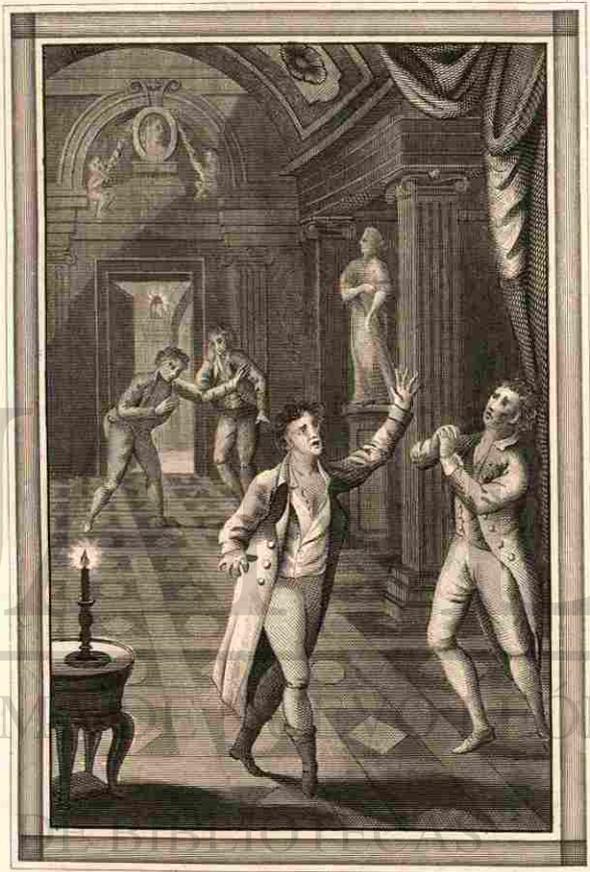
Mi sobresalto era tan extremo, y la confusion de mis ideas tanta que apenas podia percibir lo que escuchaba. Salto del lecho sin saber lo que hago; quiero hablar y no puedo; deseo preguntarle é informarme, y no hallo como articular palabra. Las ideas se me atropellan de manera, que las unas empujan á las otras, sin poder fijarme en ninguna; me visto prontamente, corro descompasado por el cuarto, no alcanzo á proferir mas que voces interrumpidas y mal articuladas: ¡Manuel, Manuel es muerto! ¡Mi mejor amigo! ¡Manuel!

y estos acentos espantosos son acompañados de ojeadas vagabundas y despavoridas.

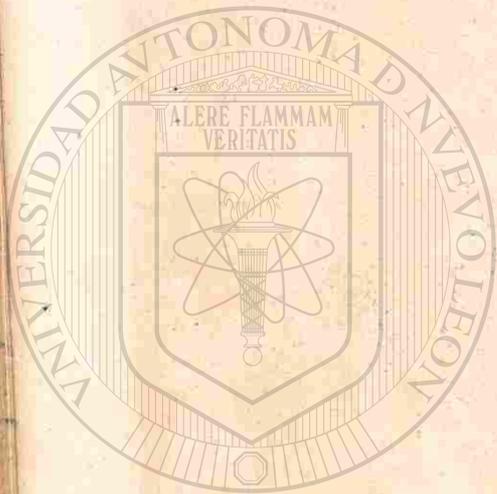
Gritaba sin cesar: ¡Manuel, Manuel ha muerto! Los dos habíamos pasado el mismo día en los horrores de la mayor disolución, y nos habíamos preparado á pasar el siguiente en desórdenes aun mas execrables. Esta memoria daba á las convulsiones de mi despecho un carácter tan extravagante y feroz, que me hacia terrible á mis propios criados. Estos se esforzaban á darme algun consuelo; pero yo no veía mas que muertes y sepuleros. Los movimientos de mi respiracion eran cortos y penosos, y cada uno de ellos me parecia el último.

No podia sufrir la vista de mi cuarto, ni veía en él mas que objetos pavorosos: los muros, á pesar de las ricas decoraciones que los adornaban, se me representaban cubiertos de un pavor sepulcral. Este pasage tan impensado y rápido, con que Manuel salió del seno de los deleites para entrar en el abismo de la eternidad, me presentaba una imágen tan espantosa, que para sacudirla y aliviarme del horror con que me atormentaba, corría como un miserable, dando gritos que parecían aullidos, semejantes á los que pueden dar las fieras, cuando acosadas por los cazadores se ven cogidas y sin camino para evitar su plomo destructor.

Quando mis criados me vieron en esta especie



Gritaba sin cesar ¡Manuel, Manuel es muerto! ¡mi mejor amigo! Manuel!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

de delirio, quisieron con lágrimas y ruegos exhortarme á la moderacion; pero yo estaba incapaz de escuchar un consejo. Mi primer movimiento fué volar con socorros á ver si era posible algún remedio. El criado de Manuel me lo rogaba, los míos me lo proponían; pero la memoria del desafío y su proximidad me quitaban todos los arbitrios.

Al fin sentí la necesidad de tomar un partido. Hice un esfuerzo sobre mí, y sentándome después de algunos momentos en que procuré calmar mi agitacion, di orden á un criado de mi confianza para que tomando un coche, y acompañando al de Manuel, fuesen á despertar al médico que les nombré, y le llevasen á Manuel por si era posible darle algún socorro. El criado de Manuel dudaba de la utilidad de esta diligencia, diciendo que era tarde, y que ya su amo había muerto; pero salieron ambos. Los demás empezaron á renovar sus exhortaciones; y yo que me cansaba de su presencia, con una voz que manifestaba mi autoridad y el respeto que me debían, les mandé que se fueran, y me dejaron solo.

Esta fué la primera vez que consideré cuán inútiles son los socorros humanos en los casos más importantes de los hombres. Estos fueron los primeros terrores que experimentó mi intrépido corazón; sin duda que Dios lo preparaba para que recibiera mejor las impresiones de su luz, como

espero que con la misma te ha inspirado el deseo de saber mi historia, y me da el valor de escribirte la milagrosa revolucion que ha hecho en mi alma, porque ya quiere preparar la tuya. Quizá tambien la relacion de mis dias tenebrosos, y de los dulces que ahora paso en el consuelo de mi arrepentimiento y de mis expiaciones, caerá en la mano de alguno que esté tan seducido como yo, y le excitará á buscar el mismo remedio á tan gran desgracia.

Luego que quedé solo cerré mi puerta, y me pareció que la soledad aumentaba mi terror y despecho. Es imposible que te diga, ni que yo mismo sepa la multitud de ideas que atravesaron mi imaginacion; pero todas eran confusas, ninguna distinguida, y sobre todo eran lúgubres y horrosas. La que me hizo mas impresion, porque me era mas nueva, fué acordarme de un cierto pariente, que yo veia poco, porque era justo y buen cristiano: no le veia nunca sin burlarme de su religion, que yo llamaba bobería, y sin reirme de sus virtudes, que llamaba simplicidad.

Ya te puedes acordar que este hombre, á quien su inocencia y religiosa conducta debian hacer respetable, era siempre el objeto de nuestras irrisiones. Yo habia trabajado muchas veces en seducirle con los sofismas de mis opiniones filosóficas, y no habiendo podido ganar nada sobre su sano juicio, le habia abandonado como un hom-

bre de cortos alcances, incapaz de salir de la esfera del vulgo; pero en aquel instante de terror no sé por qué se presentó á mi memoria con otro aspecto. Me parece que en aquel momento hubiera sacrificado toda mi opulencia por una paz y serenidad como la suya.

¡Ay Mariano! exclamaba en medio de las convulsiones que despedazaban mi corazon. ¡Ay Mariano! de quien me he burlado tanto: tú no eres tan desdichado como yo; tú vives tranquilo y sin pasiones; tu inocencia no teme nada; pero yo, esclavo de mis pasiones, ya empiezo á sentir sus efectos; y estas reflexiones me arrancaban un diluvio de lágrimas. Todos mis miembros se estremecian; el dolor me forzaba á sollozos, que me hubiera avergonzado de que los oyesen los compañeros de mis delirios, y que habia querido ocultar á mis propios criados á quienes fiaba todas mis flaquezas.

Pero ¿cómo podré explicarte el terror y sobresalto que sintió mi corazon, cuando de repente, y sin ningun precursor oigo el mas formidable trueno que jamas ha llegado á mis oidos, y que tras él sin intervalo siguen otros igualmente terribles y espantosos? Esta es la famosa tempestad de aquel dia, de que debes hacer memoria, porque causó muchos sustos y grandes daños. Yo no habia jamas tenido temor de un fenómeno tan natural; pero la circunstancia me le hizo parecer

horrible y pavoroso. Mis órganos ya irritados y trémulos no pudieron soportar estrépito tan espantoso.

Me parecía que yo solo provocaba este desorden de la naturaleza; que el que la gobernaba apuntaba contra mí sus iras, y atormentaba al cielo y á la tierra solo para castigarme. Cada relámpago que salía del seno de las nubes y entraba á iluminar lo interior de mi cuarto, me deslumbraba, dejándome una impresion de muerte: cada trueno me parecia disparado contra mí, y me arrojaba á tierra como para pedir que me escondiera en sus entrañas; en fin, yo mismo no me reconocia, y me avergonzaba de mí mismo; pero no me era posible resistir á la fuerza de estas impresiones.

Cuando la tempestad empezó á serenarse, ya el día estaba claro, y me corrí pensando que el extranjero podia ya esperarme; que tendria derecho para advertirme que llegaba tarde, y cuando podia haber gentes que nos embarazasen. Entónces abro la puerta apresurado, tomo mi espada, me embozo en una capa que encontré por acaso en la antesala, y corro á la puerta de la calle; me la hago abrir, y prevengo que no se diga á nadie mi salida, enfilo las calles de la ciudad, que estaban desiertas todavia, y en el tiempo debido llego al campo.

Ya encontré al extranjero que me esperaba.

Nos separamos un poco del camino, y presto llegamos al terreno que debia ser teatro del combate. Todas las ventajas estaban por él. Yo habia pasado dos noches sin dormir, y la última me tenia como enagenado y fuera de mí; con todo eso me quedó bastante razon y sangre fria para no querer quitarle la vida. Mi ánimo era vencerle sin matarle, y si era posible sin herirle; para terminar presto el combate, y volar al socorro de Manuel.

Pero ¡ay! su suerte no dependió de mi mano; pues apenas me ve en postura, y ya preparado á la defensa, cuando se avanza contra mí con tanta violencia, con ímpetu tan precipitado, que él mismo se envasó en mi espada, sin que me fuese posible preservarle. Léjos de que yo le atacase, me fué preciso retirar mi acero para que no quedase atravesado. Doy algunos pasos atras para entrar en conferencia, él no quiere escucharme, y vuelve sobre mí con nueva furia; pero ya entónces le salia la sangre á borbollones. Con esta vista me horrorizo, y me retiro aun mas; pero él se avanza siempre hasta que desangrado cae en tierra. Corro á socorrerle; ¿pero qué podia hacer? le hablo, no me responde; le toco, y me parece muerto.

Entónces reflexiono toda la ligereza de mi conducta en no haber hecho ninguna prevencion para este caso ú otro semejante; condeno mi pre-

suncion de haberme fiado tanto en mi destreza, y no haber previsto lo que sucedia. Pero estas reflexiones eran ya tarde, y las mas urgentes me decian que ya el dia estaba muy claro, que si me veian seria fácil conocer que yo era el autor de aquella muerte, y que me exponia al mayor riesgo. Conocia todos los inconvenientes, pero no tenia valor para dejar aquel hombre sin auxilio.

Miéntas fluctúo en esta indecision, veo un paisano que venia á caballo, y al instante tomo mi partido. Me acerco á él, y dándole mi bolsillo le digo: Amigo, ved aquel hombre que se está desangrando, tomad este dinero, corred á socorrerle; llevadle á alguna casa donde se le pueda curar, y tened por cierto que si le salvais la vida, yo volveré á pagaros con liberalidad este servicio. El hombre queda sorprendido; pero yo le pongo el bolsillo en las manos, y sin esperar su respuesta me alejo de aquel sitio. No obstante, cuando estuve á cierta distancia, vuelvo la vista, y veo que el paisano estaba ya con el herido, que otro hombre se habia tambien juntado, y que ámbos trabajaban para hacerle montar.

Entónces no me detengo mas. Conociendo cuán necesario me era no dejarme ver de nadie, y alejarme de aquel sitio, me pongo á marchar con toda la celeridad que pude. No siéndome posible volver á la ciudad, me pareció que no tenia otro

partido por entónces que alejarme de ella lo mas que pudiera hasta que me informase del estado de las cosas; y para no ser visto ni encontrado por nadie, dejé el camino público, y me metí en lo interior de los campos, atravesando sin senda la campaña, sin mas objeto que el de alejarme del poblado.

Así corrí muchas horas sin idea ni designio fijo, hasta que sintiendo que ya no podia mas, y que mis fuerzas necesitaban de algun descanso, detuve un poco el ardor de mi fuga. Derramo la vista por todas partes, y me parece estar en un desierto; solo diviso á alguna distancia un edificio, me acerco poco á poco, y con pasos ya cansados al fin llego al umbral, y reconozco que es un convento que está solo en medio de aquel desierto. Este descubrimiento me desagrada. Ya conoces nuestra fiera antipatía á todo lo que puede ser eclesiástico ó monacal; pero no habia remedio. Ni allí habia otro asilo, ni yo tenia fuerzas para poder buscarlo.

Entro, pues, sin que nadie me detenga, atravieso un pórtico, y lo primero que se presenta á mi vista es un espacioso patio rodeado de largos y desiertos corredores. A pesar de la aversion con que veia todo lo que era claustro, la extrema agitacion de mi alma me hizo sentir algun consuelo, cuando ví la calma y profundo silencio que reinaba en aquel vasto espacio. Me pareció

que mi corazón se penetró del sentimiento serio y melancólico que produce la inmovilidad de los sepulcros; pero comparando la tranquilidad y sosiego de aquel sitio con la turbación y desorden de mi espíritu, sentí más el peso de mis propias angustias. ¡Ah! me decía, ayer vivía en la grandeza y esplendor, ayer rebosaba de placeres y riquezas, y hoy á pesar de tantos medios y de las presunciones de mi orgullo, corro vagabundo buscando un asilo, y no encuentro otro que el de un claustro, cuando yo hubiera querido exterminarlos todos.

La fatiga me hizo sentar en uno de los bancos que había en aquellos corredores. Allí me sumergí en profundas reflexiones, que nadie interrumpía, y que no podía distraer ningún rumor. Allí hubiera querido trocar mis casas magníficas y sus aposentos cubiertos de oro, por un ricon obscuro de aquella mansion pacífica y tranquila; hubiera dado sus salas brillantes y suntuosas, en que tanto se anidan las inquietudes y las penas, por un recinto humilde en que hallase la paz con el reposo. Pero á pesar de estas ideas naturales era tan fuerte el tedio de mi corazón contra todo lo que podía ser eclesiástico ó religioso, que me affigia de que el acaso, este era entonces mi lenguaje, me hubiera conducido á aquel convento. Hubiera preferido la casa de un labrador, ó cualquiera abrigo de otra especie; y mi enconada ra-

bia me engañaba tanto, que mi intención era descansar un poco, y salir á buscar otro asilo, sin sentir todavía la entera degradación de mi salud y fuerzas.

La lectura de los libros filosóficos había pervertido enteramente mis ideas. Yo había concebido no solo el más alto desprecio, sino también la aversión más activa contra todo lo que pertenecía á la Iglesia. Creyendo que el cristianismo era una invención humana como todas las otras religiones, no podía mirar la Iglesia sino como el hogar ó centro de sus principales ministros, que abusaban de la credulidad en favor de sus intereses. Todas sus sociedades me parecían cavernas de impostores, sus ceremonias ridículas, sus ritos irrisorios. Cuanto más estaban constituidos en dignidad me parecían más despreciables, pues los imaginaba ministros del error y cómplices de la seducción.

No me podía figurar que personas en quienes por otra parte reconocía talentos, fuesen capaces de creer fábulas tan absurdas, y suponía que contribuían por interés á seducir los pueblos. Todo lo que ellos llamaban jurisdicción ó derecho, me parecía usurpación y abuso de la crédula simplicidad de los ignorantes. Nada deseaba tanto como verla atropellada y abatida. Cada clérigo me parecía un bárbaro, cada fraile un monstruo, cada devoto un simple, cada creyente un igno-

rante, y el que mejor libraba en mi opinion era un buen hombre de corto talento, que no habia sabido sacudir el yugo que le impusieron desde niño. Las comunidades monacales me parecian congregaciones perniciosas de ociosos, absurdas en politica y fatales al estado, y como un medio de que muchos con ridiculos pretextos viviesen inútiles á costa del trabajo ageno. Los votos religiosos eran para mí imprudentes y bárbaros, y todas sus costumbres viles y groseras.

Yo habia leido con delectacion y complacencia todo lo que la historia cuenta de sus desórdenes y excesos, inseparables de la fragilidad humana, pero que la malignidad ha exagerado, y que mi propia corrupcion exageraba aun mas; y por los excesos de pocos con mala lógica condenaba á todos, sin examinar como debia, las austeridades, los martirios y las virtudes de tantos eclesiásticos dignos de la mayor veneracion. ¡Pero qué caso podia hacer yo de virtudes que no estimaba por tales, que creia bajezas y extravagancias, y que en mi concepto merecian mas la indignacion que el aprecio? En fin, yo conocia y trataba pocos sacerdotes ó ninguno, porque no podia verlos sin saña y sin furor: así cuando por casualidad me encontraba con alguno, le trataba con el desprecio mas ultrajante, y si la circunstancia me lo permitia, lo hacia objeto de mi burla y escarnio. Me divertia con él hablándole con ironía y mofa, lo

procuraba ridiculizar, y mostraba en mis discursos y mi gesto la baja opinion que tenia de su persona y de su estado.

Con estas preocupaciones ya puedes concebir que deseaba salir de aquel retiro, y buscar otro que fuera ménos repugnante á mis ideas; y entretanto en el reposo á que me forzaba mi fatiga, mi alma daba entrada á diferentes reflexiones. Volvia á compararme con los que habitaban aquel sosegado retiro, repasaba todas mis ventajas de nacimiento y de fortuna, me suponía mucho mas ilustrado que ellos, y con todo decia suspirando: Ellos estan mas tranquilos que yo, ellos respiran sin las penas y sustos que yo sufro, y son infinitamente mas dichosos; sin duda que tienen ménos luces y que viven con falsas ilusiones; pero este mismo error que los engaña, esta misma falta de talento que los ciega, es el principio de su felicidad, pues consumen sus dias en estos asilos del reposo léjos de los afanes y pasiones, y al fin, cuando llegue la muerte, habrán sacado mejor parte que yo, que con todos mis conocimientos vivo con tantas inquietudes, y me encuentro expuesto á tan grandes peligros. ¡Ay Manuel desdichado!

Tú has acabado (continuaba) una corta vida, en que como yo, buscando siempre los placeres, no has encontrado como yo mas que tormentos y aficciones. ¡De qué te han servido ni tu filosofia ni tus prendas? Tú parecias como una nave bien

anclada, que desafia á las tempestades y las ondas, y con todo has desaparecido de repente; una ola inopinada te ha arrojado en la profundidad de los abismos. ¡Infeliz extranjero, víctima involuntaria de mi mano! yo he cortado en su primavera el hilo de tu vida; yo he regado á mi pesar con tu sangre la tierra que debe arrojarme de su seno. Ve aquí en pocos instantes dos plantas que parecían tan lozanas, arrancadas, marchitas y convirtiéndose en ceniza. Ve aquí dos vidas que no han tenido entre sus placeres y su muerte mas intervalo que el de un suspiro. ¡Pobre Manuel! tú corrías por servirme á nuevas iniquidades, y en un instante el destino te separa de mí para siempre. ¡Extranjero desgraciado! mi altivez, mi mal humor, mi genio violento y envidioso te han hecho víctima de mi feroz arrogancia; pero uno y otro tendréis el consuelo de que el suplicio sea el término de mis excesos, y si no me alcanza quedaréis mas vengados, pues mis propios remordimientos me harán padecer tormentos mas crueles.”

Quando bebía el cáliz de estas amargas reflexiones, oigo el tañido de una campana, y al instante aquel profundo silencio y soledad se convierte en un movimiento vivo y continuado: á un tiempo se abren todas las puertas de los cuartos que rodean los claustros, y sus tranquilos habitantes salen presurosos, encaminándose, como despues supe,

á la iglesia. El corazon me dió un vuelco, y no pude dejar de decirme: „Hombres ilusos, hombres pacíficos, á pesar de vuestras ignorancias y errores, ¡cuán superior es la paz de vuestro corazon á las angustias que padece el mio! Vosotros érais el objeto de mi desprecio y de mi saña; ahora lo sois de mi envidia.” Y en este mismo momento aquel espectáculo tan serio y tan sencillo me interesó mas que todas las pompas del mundo.

Uno de los que pasaban junto á mí, viendo allí un hombre desconocido, ó advirtiendo quizá en mi semblante algunas señales de las agitaciones de mi espíritu, se me acerca, y con tono dulce y comedido me pregunta qué es lo que deseo, y si puede servirme en algo. Le respondo que la fatiga de un largo viaje me ha obligado á sentarme allí, y que no deseo mas que un poco de reposo. Me deja, se incorpora con los otros, y oigo que despues de algunos minutos empiezan todos á cantar salmos y cánticos con unción y reverencia. El concierto acorde y magestuoso de tantas voces me sorprendió, y no dejó de causarme una impresion de respeto; pero arrastrado por el ascendiente de mis antiguas ideas, me dije: „Hombres simples y crédulos, vos derramais vuestras voces al viento, vos celebráis al que no puede oiros. Si existiera el Dios que cantais, él os exigiera sacrificios mas útiles: ¿de qué podrán servirle vuestros cantos y alabanzas? ¡Ah! si no hiciérais ma-

por mal en el mundo, mereceriais mas compasion que cólera; pero miéntras algunos de vosotros cantan, otros se ocupan en turbar al mundo, en seducirlo y dominarlo.

Aquellos eclesiásticos consumieron en aquellos oficios mucho tiempo, y yo me sentí mas agrava- do con el peso de mis fatigas, de modo que cuando salieron para retirarse otra vez á sus estancias, yo estaba todavía absorto é inmóvil en el mismo puesto. El mismo eclesiástico que me habló la primera vez, se me volvió á acercar, y con ademán mas dulce y expresivo me dijo: „Me parece, caballero, que algun cuidado grave ó que alguna inquietud viva os tienen agitado: si vuestra pena es de naturaleza que la compasion, la caridad y el celo la pueden remediar, yo os ofrezco los consejos, los oficios y los esfuerzos de cuantos estamos congregados en esta casa: quizá Dios, que todo lo gobierna con su providencia, os ha conducido á ella, porque quiere su bondad hacernos la gracia de que podamos contribuir á vuestro alivio.” Dejádme, padre, le dije yo con un tono muy rudo: yo no conozco ese Dios de que me hablais; yo no creo que exista, porque si existiese, yo no viviria, y si le hay para vos, no le hay para mí.

El buen eclesiástico se quedó sorprendido oyéndome un discurso tan insensato. Se persuadió sin duda que mi razon estaba enagenada; y con

todos los miramientos de una caridad atenta y delicada, me propuso que no estábamos bien en aquel claustro; me añadió que él estaba encargado de cuidar de los forasteros que venian de cuando en cuando á hacer los ejercicios en aquella casa, que por consiguiente podia disponer de los aposentos destinados á este objeto; que si yo queria venir, podia ponerme en uno de ellos, donde estaria con toda libertad, y que despues de haberme recobrado, podria hacer lo que quisiera.

Mi situacion era dificil, porque al fin la irritacion de mis nervios y tantas convulsiones violentas que habia sufrido mi alma, me habian encendido en una fiebre que me devoraba. El se apercibió, y tomándome el pulso, me dijo: „Venid, señor, venid conmigo, pues aquí estais mal, y en esta casa hallaréis todos los socorros del arte y de la caridad;” y diciendo esto me toma por el brazo, y con una dulce violencia me arrastra á uno de los aposentos que estaban cerca.

Yo estaba ya sin accion y sin fuerzas; me dejó conducir; me lleva á un lecho sencillo, pero aseado, y entónces no pudiendo sostenerme, me acuesta en él como casi fuera de mis sentidos. No hago memoria de lo que pasó por mí desde aquel momento; pero el padre me ha dicho despues que á poco rato entré en un delirio frenético; que no hablaba mas que de muertes y sepulcros; que me veia con horror á mí mismo, que llamaba muchas

veces á Manuel; que otras me enfurecia contra uno que llamaba extranero y causa de todas mis desgracias; que el nombre de Teodoro era repetido por mis labios como si le pidiera compasion, y que algunas veces tambien invocaba á Mariano; pero que mis discursos no eran seguidos, que las palabras eran interrumpidas y tumultuosas, sin que nunca terminara la frase; que despues de haber pasado mucho tiempo en estas agitaciones violentas, caí en un letargo profundo sin dar la menor señal de movimiento; que al fin despues de mas de veinte y cuatro horas de este estado de insensibilidad con todos los síntomas de muerte, la fuerza de mi temperamento me sacó, haciendo que la naturaleza se desahogase con un sudor crítico y copioso, que me hizo volver á la salud y á la razon.

Lo único de que yo puedo hacer memoria es, de que habiendo vuelto en mí como á media noche, el primer objeto que se presentó á mi vista fué aquel mismo eclesiástico, que á la luz de una lámpara, puesto de rodillas delante de un crucifijo, exhalaba suspiros tiernos y doloridos con el semblante inundado en llanto. A pesar de la flaqueza en que me hallaba todavía, este espectáculo tan nuevo y tan tierno conmovió mucho mis entrañas. La primera idea que me vino fué la de que yo, que no habia conocido jamas la virtud ni me habia querido persuadir de su existencia, aho-

la veía en su misma persona; que la veía por la primera vez en un eclesiástico que no me conocía me trataba con tanta caridad.

En medio de mi debilidad y mis angustias esta ista derramó una impresion de dulzura sobre mi alma, vertió un bálsamo saludable sobre mi corazon. Sentí como un consuelo de encontrarme engañado, de haber al fin hallado esta virtud que yo creia, de ver que alumbraba ya con los primeros rayos de su luz celestial las tinieblas de mi vida, y que me estaba ofreciendo todos sus tesoros. Mi emocion fué tan viva, que dí un grito, y aquel santo varon, interrumpiendo su ejercicio, corrió lleno de júbilo á mi lecho. Yo queria explicarle una parte de las ideas tumultuosas que me agitaban, sin poder articular ninguna, y sin formar una frase arreglada: él me representó que despues de un ataque tan fuerte, todo esfuerzo me seria dañoso, que el médico habia prevenido que no se me permitiese hablar; me pidió que callase, y solo me recomendó el sosiego.

Parece que ya su alma empezaba á tomar ascendiente sobre la mia, pues no me atreví á desobedecerle. Desde entónces empezó entre nosotros un comercio de señas, con que me indicaba lo que debía hacer para restablecerme, sin permitir que le respondiera. No es posible, Teodoro, que yo te refiera el celo, la vigilancia, la afliccion y ternura con que me servia este hombre in-

comparable, y bajo sus órdenes los enfermeros y dependientes; yo me admiraba de un ardor tan constante, y de un interes tan amistoso por un desconocido.

Tres dias de cuidado, de remedios y de un alimento simple y sano bastaron para ponerme en disposicion de tomar un partido. En todo este intermedio no me dijo una palabra que no tuviese por objeto mi salud; y cuando yo impelido de mi gratitud ó no pudiendo contener las inquietudes de mi situacion, queria desahogar con él algunos de estos sentimientos, él los atajaba, diciéndome que aun no tenia fuerzas suficientes, y que era menester esperar á tenerlas.

Entre las reflexiones que me atormentaban, la que en mi espíritu tenia mas fuerza por entónces era un sentimiento de vergüenza. Me parecia que yo no era digno de tantas atenciones; que no merecia todos los desvelos de aquel hombre cuyo carácter y profesion habia yo despreciado, y á quien en caso trocado hubiera abandonado con desprecio, ó cuando mas le hubiera hecho servir con desden. Por otra parte, la diferencia de nuestras opiniones, la poca conformidad de nuestra conducta, la idea de que si él conociera mi modo de pensar y mis acciones; que si supiera que yo acababa de dar la muerte á un infeliz y todo lo demas de mi conducta, me miraria con horror en vez de tratarme con caridad tan amistosa; todo en

fin, me hacia parecer que yo le robaba sin pudor su beneficencia y atenciones.

Una mañana, sintiendo ya mis fuerzas y no pudiendo contener mas los ímpetus de mi corazon, cuando se acercó á mi lecho para informarse del estado de mi salud, tomando sus manos entre las mias, y mojándolas con mi llanto, le dije: Hombre angelical, ¿cuál será tu dolor y tu arrepentimiento cuando conozcas el monstruo en quien derramas cuidados tan repetidos y afectuosos? No solo usas conmigo de una caridad fervorosa, sino que veo en tus acciones y en tus ojos interes, ternura y amistad. Yo te diera toda la mia, si fuera digno de la que me ofreces; pero tú me verás con horror el dia que me conozcas; tú me confundes y avergüenzas, porque empiezas á hacerme conocer mis injusticias. No: nosotros no hemos nacido el uno para el otro, ni podemos habitar juntos bajo del mismo techo.

Vos sois un ángel, yo un demonio; vos creéis un Dios, le amais y le servís; yo no creo que le haya, y esta idea me sostiene, porque si le hubiera, no pudiera ser mas que mi enemigo. Vos adorais á Jesucristo, yo le aborrezco; vos seguís su religion, yo la abomino; vos pasais vuestra vida en la virtud y la inocencia, ya mas de cincuenta años que yo arrastro las cadenas de las pasiones mas vergonzosas; vos respirais con un corazon tranquilo y sosegado, nada os turba, na-

da os inquieta; porque no temeis las desgracias, porque estais seguro de hallar en ellas el socorro de vuestras ilusiones: vuestros consuelos son falsos, son fingidos; pero al fin son consuelos.

Yo con mayor luz, con conocimientos mas exentos de error, no puedo hallar mas que furores y despechos. Yo soy el mas infeliz de los hombres, y lo peor es que no puedo hallar en mi corazon remedio contra lo que sufro y lo que me amenaza. Yo quisiera ser ignorante y crédalo: yo envidio ahora vuestra simplicidad; pero todas mis luces, todas mis costumbres, todas mis experiencias se resisten. Mi corrupcion es inveterada y profunda, los vicios no me han dejado nada sano, han penetrado hasta la médula de mis huesos, y siento que todos estan circulando en mis venas con mi sangre.

Diciendo estas palabras, sin interrumpirme un instante, mis sollozos se precipitaban, y extinguieron mi aliento. Cansado de aquel esfuerzo no sé cómo mi cabeza se recostó sobre el pecho de aquel ángel; pero ¿cuál fué la dulzura y consuelo que recibí, cuando me apercibí de que sus manos puras me estrechaban contra su inocente y caritativo corazon, cuando sentí caer sobre mi frente lágrimas dulces y amorosas de sus tiernos ojos, y cuando ví que el dulce llanto del justo se confundia con el llanto amargo de un miserable! Los dos quedamos largo tiempo inmóviles en esta

postura. Y tú, Dios eterno, tú que dabas tan diferente impulso á nuestras almas, tú mirabas desde tu alto trono este abrazo en que te complacian las virtudes del santo, y empezaban las esperanzas del inicuo; tú mirabas este espectáculo obscuro como mas digno de la admiracion de los ángeles y de los hombres, que cuantos celebra la vanidad de las historias de los reyes; tú bendecias estas primicias del triunfo que preparaba tu misericordia contra la dureza y malicia de mi corazon.

Teodoro, las lágrimas me sofocan, el recuerdo de esta tierna y patética escena me enternece de nuevo, y me derrite en llanto; necesito de algun descanso, y reservo lo demas para la carta que seguirá á esta. A Dios, amigo mio.

CARTA III.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

QUERIDO Teodoro: ántes que continúe la relacion que dejé pendiente, debo decirte, que hasta entónces mi nuevo y oficioso amigo no se habia presentado á mi espíritu, sino como un hombre

da os inquieta; porque no temeis las desgracias, porque estais seguro de hallar en ellas el socorro de vuestras ilusiones: vuestros consuelos son falsos, son fingidos; pero al fin son consuelos.

Yo con mayor luz, con conocimientos mas exentos de error, no puedo hallar mas que furores y despechos. Yo soy el mas infeliz de los hombres, y lo peor es que no puedo hallar en mi corazon remedio contra lo que sufro y lo que me amenaza. Yo quisiera ser ignorante y crédalo: yo envidio ahora vuestra simplicidad; pero todas mis luces, todas mis costumbres, todas mis experiencias se resisten. Mi corrupcion es inveterada y profunda, los vicios no me han dejado nada sano, han penetrado hasta la médula de mis huesos, y siento que todos estan circulando en mis venas con mi sangre.

Diciendo estas palabras, sin interrumpirme un instante, mis sollozos se precipitaban, y extinguieron mi aliento. Cansado de aquel esfuerzo no sé cómo mi cabeza se recostó sobre el pecho de aquel ángel; pero ¿cuál fué la dulzura y consuelo que recibí, cuando me apercibí de que sus manos puras me estrechaban contra su inocente y caritativo corazon, cuando sentí caer sobre mi frente lágrimas dulces y amorosas de sus tiernos ojos, y cuando ví que el dulce llanto del justo se confundia con el llanto amargo de un miserable! Los dos quedamos largo tiempo inmóviles en esta

postura. Y tú, Dios eterno, tú que dabas tan diferente impulso á nuestras almas, tú mirabas desde tu alto trono este abrazo en que te complacian las virtudes del santo, y empezaban las esperanzas del inicuo; tú mirabas este espectáculo obscuro como mas digno de la admiracion de los ángeles y de los hombres, que cuantos celebra la vanidad de las historias de los reyes; tú bendecias estas primicias del triunfo que preparaba tu misericordia contra la dureza y malicia de mi corazon.

Teodoro, las lágrimas me sofocan, el recuerdo de esta tierna y patética escena me enternece de nuevo, y me derrite en llanto; necesito de algun descanso, y reservo lo demas para la carta que seguirá á esta. A Dios, amigo mio.

CARTA III.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

QUERIDO Teodoro: ántes que continúe la relacion que dejé pendiente, debo decirte, que hasta entónces mi nuevo y oficioso amigo no se habia presentado á mi espíritu, sino como un hombre

de buen juicio, de candor y de benevolencia, pero simple y de carácter sencillo. No había visto en él nada que le pudiese recomendar particularmente; pero al instante que se separó de mis brazos, me pareció que su semblante se había vestido de una expresión mas animada, y á pesar del tedio con que miraba á todos los de su especie, me inspiró una idea tan noble de su persona, que se acercaba al respeto.

Mirándome con ojos en quienes brillaba mucha alegría, extendió su mano sobre mí, y con voz llena de júbilo me dijo: El dedo de Dios está aquí. Despues se sienta á mi lado, y con tono blando me añadió: El que gobierna la naturaleza conduce todos los sucesos con medios invisibles, y pues os ha traído aquí, no será en vano. Al instante comprendí que el buen hombre se había figurado que yo era una de aquellas ovejas que ellos llaman perdidas, y que él era el pastor destinado á conducirme al rebaño. En efecto, empezó á decirme muchas cosas, que no puedo repetir, porque las escuché sin atención y sin pensar mas que en el modo de desembarazarme de un hombre capaz de una pretension tan ridícula.

Sabia ya que los eclesiásticos y religiosos miran como una particular gloria el hacer conversiones, y no dudé que este buen varon queria honrarse con la mia. Entónces sentí mas mi desgracia de haber caído en aquella casa. Pero á

pesar de esta prevencion, y del fastidio que me causaban sus discursos, no podia dejar de reirme, admirando su simplicidad y el tono de confianza y persuasion con que me hablaba: me sorprendian tambien la elocuencia y la facilidad con que me embanastaba los argumentos que ellos tienen preparados para cuando se les presentan las ocasiones de su oficio; en fin, preví que el cándido y moderno apóstol me molestaria mucho con su importunidad.

Para cortar de raiz sus esperanzas, me determiné á hablarle con claridad y desengañarle prontamente. Me pareció que si me oia hablar con la instruccion y conocimientos con que me era fácil explicarme, el buen hombre no seria tan mentecato que persistiese en su ridículo empeño; que conoceria al instante que yo no era de aquellos crédulos que se dejan alucinar con racionios frívolos; que al contrario, el pobre iluso se veria muy apretado para desembarazarse de mis reflexiones, y no me pareció imposible que el convertidor fuese el convertido. Así, dejándole hablar mientras yo hacia entre mí estos cálculos, en un momento en que me hablaba de la religion y de la misericordia divina, le interrumpí y le dije: ¡Ah padre! ¡qué bueno seria todo eso si fuera cierto! ¡pero qué léjos de la verdad estan los hombres! Cada uno piensa haberla hallado, y quizá todos se engañan. La mayor parte créelo que

se le ha enseñado en la niñez, y como despues se les ha radicado esta opinion con los ejemplos, con las costumbres y con el trato de aquellos con quienes viven, poco á poco se forma cada cual una creencia, que no es ya posible alterar, porque desde entónces ni se disputa ni se duda. Como por otra parte la sola duda es un delito que merece castigos eternos, ve aquí al hombre tímido y miserable enlazado con cadenas indisolubles.

La opinion que se formó en su infancia con la autoridad de sus mayores, se refuerza con el terror que hace delincuente hasta el exámen; y esta es la razon por qué tantos ingenios, tan ilustrados en otras cosas, muestran en la religion una credulidad tan insensata. Ve aquí por qué hombres ilustres que han parecido y eran sabios en otras ciencias, en asuntos de creencia fueron siempre niños.

¡Qué mucho, pues, que pueblos enteros poco instruidos y ménos propios para el exámen de objetos tan oscuros y complicados, vivan siempre en la creencia que encontraron! Pera sacudir ilusiones nacidas en la infancia y sostenidas por el ejemplo comun, es menester un espíritu de órden superior, un ingenio elevado, que junte con la extension de las luces la fuerza y el valor de un carácter generoso: es menester tambien que viva en un gobierno que no sea fanático, porque cuan-

do la autoridad persigue la libertad de la razon, no hay quien quiera ser mártir, ni exponer el reposo de su vida en sacrificio de la verdad.

Así es necesaria la reunion de muchas circunstancias dificiles para que se forme un filósofo; y ve aquí por qué son tan raros. Pero los pocos que han venido al mundo, ¡cuántos bienes han hecho á la humanidad? Ahora es cuando su número se multiplica; y si, como es de esperar, sus luces se propagan, ¡cuántos pueden hacer en adelante? Sacarán á los hombres de su eterna niñez; no se verán tantos ancianos con los terrores ridículos de la infancia; gozarán sin temor de los presentes que les hace la naturaleza; gozarán de la vida sin amargarla con el espantoso aspecto de otra vida futura; en fin, vivirán con las reglas que la razon les inspira.

En cuanto á mí, yo no he aprendido á creer; lo que mas he sabido es dudar, y es imposible persuadirme lo que repugna á mi razon. Muchos dicen que no hay Dios: yo sé que en rigor no está demostrada esta verdad, y que hay varias razones filosóficas para dudar de su existencia: con todo eso me persuado que hay una causa primera que lo ha criado todo. Esta opinion me parece mas natural y mas conforme á mi razon, porque no puedo imaginar que este grande universo que se presenta á mis ojos no háya sido hecho por alguno. No concebí obra sin obrero ni efecto sin

causa; pero supuesta esta verdad, que basta para explicar todo el mundo físico y moral, todo el reino de la naturaleza y de los espíritus, lo demás es inútil, y no puede tener otro origen que la imaginación y el artificio de los hombres.

Esta verdad basta también para hacerme conocer que pues me ha criado debo adorarle; que debo vivir con las reglas que me inspira la razón que me ha dado, grabando en mi corazón amor á la virtud, y aborrecimiento al vicio. De aquí puedo inferir que no muero todo cuando mi vida acaba, pues no puede darme estas nociones sino para darme idea de sus recompensas y castigos; pero cuáles sean estos yo lo ignoro: puede ser que los sepa algún día. Entre tanto lo que debo pensar es, que siendo como no puede dejar de ser, un Dios infinito y grande, será piadoso; que habiendo hecho al hombre tan débil, no puede castigarle con rigor inflexible y eterno; en fin, que pues es soberanamente bueno, debe tratarnos con bondad. Hasta aquí puedo llegar con mi razón, y más allá no puede haber más que ilusiones imaginarias. Todos los que dicen más de lo que puede enseñarles esta luz natural, ó están engañados ó son impostores. Bien sé, padre, que no son estas vuestras opiniones: vuestro trage, vuestra conducta y vuestro estilo me lo manifiestan. Vos me habláis de un Dios elemento con algunos y eternamente severo con otros, y Dios jamás puede ser

ni inexorable ni inflexible. Vos me habláis de su hijo Jesucristo, y Dios no es de carne para que pueda tener hijos. Vos decís que este Jesús es un mediador, y Dios no necesita de mediadores para gobernar y perdonar á los hombres. Vos creéis misterios incomprensibles, porque pensáis que Dios los ha revelado, y Dios no puede hablar para que ninguno le comprenda. Vos creéis cosas contradictorias, y el Autor de la verdad no se puede esconder entre las mentiras. En fin, vos seguís el sistema que aprendisteis en la niñez, y que siguen con vos todos los que viven en esta casa. No lo extraño. Las ideas primeras forman en el alma fuertes impresiones, que es imposible borrar cuando las radican los ejemplos. Vos os creéis dichoso, porque sufriendo muchas austeridades, esperáis una gloria interminable. Yo no me opongo; no pretendo quitaros una idea que os consuela: no os opongais tampoco á que yo siga el impulso que me da el Autor de la naturaleza, y quedémos como estamos. Vos no seriais feliz con mis ideas, y yo seria muy desdichado con las vuestras.

Lo único que no puedo comprender es, que si existe ese Dios que adorais, y si él gobierna vuestras acciones y palabras, cómo es posible que os deje sumergido en esas opiniones tan supersticiosas, que degradan al hombre de su excelencia y dignidad, al mismo tiempo que os reparte un es-

espíritu de caridad tan activo y generoso, que trata con fidelidad al suyo! Si, respetable bienhechor, yo veo mas á Dios en vuestras obras que en vuestros discursos. Si en estos veo obscurecida la luz natural con que se dirige la razon, en vuestras acciones y beneficencia veo los sentimientos magnánimos y paternales con que me figuro á la Divinidad. Vos me habeis conservado la vida, y me habeis tratado con todos los esmeros de una amistad antigua y merecida: pueda la suerte presentarme la ocasion de mostraros mi gratitud; y pues me hallo mejor, permitid que me esponga á partir mañana.

El venerable varon escuchó este discurso tan insensato y ridículo sin levantar los ojos del suelo y sin dar la menor señal de extrañeza ó impaciencia. Me pareció que ántes de responderme levantó los ojos al cielo, y despues volviéndose á mí con rostro apacible y risueño, me dijo: La verdad, señor, no viene de los hombres, su luz viene del cielo; Dios la muestra ó la esconde segun los designios de su adorable providencia. ¿Cuánto tiempo estuvo oculta á muchos de aquellos que despues la vieron con mayor claridad? ¿Cuántos no la han visto sino tarde? Su misericordia tiene señalados los momentos, y yo espero que no os ha conducido á esta casa sin designio.

Pero dadme licencia para que os haga una pregunta: ¿Este sistema que acabais de manifestar.

me, y qué me parece el deismo, hoy tan seguido por los nuevos filósofos, es una resulta de vuestra conviccion y de vuestro estudio? ¿Habeis examinado esta materia á fondo? ¿Habeis pesado bien las razones y fundamentos en que apoyan los cristianos su creencia, y por haberlos juzgados fútiles ó mal probados, habeis venido al deismo y á la religion natural?

Esta pregunta no dejó de embarazarme; pero le respondí: A la verdad yo no he hecho un exámen serio y seguido de la religion, esto que se llama un estudio laborioso y continuo. En el mundo no es fácil dedicar el tiempo á tan ingrata ocupacion, que por otra parte no me parece necesaria. Poca reflexion basta para conocer la flaqueza de lo que no tiene fundamento sólido: una tela de araña por sí misma manifiesta su débil estructura; pero si yo no he hecho este exámen que os parece necesario, otros le han hecho, y estos son los filósofos. Ellos han estudiado la religion, han visto su flaqueza, y nos la demuestran en sus libros: y para decir la verdad, aunque yo no haya emprendido este estudio seriamente, no por eso he dejado de ser amante de la lectura.

Desde mi niñez no ha habido libro de alguna reputacion que no haya leído; sobre todo los de los filósofos, en que renovaba mis impresiones y adquiria todos los dias nuevos desengaños. Os puedo asegurar que siempre he cultivado mi es-

píritu en todo lo que se llama instruccion, literatura y filosofia; y me parece que cuando se ha nacido con un espíritu justo, y se tienen á la mano los materiales que los filósofos han preparado, se está en estado de juzgar con rectitud. El padre me respondió sin alterar su voz:

Es difícil y peligroso en materias de esta importancia fiarse en las luces ó en la buena fe de otros. Pero despues de todo, para proceder con imparcialidad, seria menester por lo ménos leer tambien los libros que se escribian contra los filósofos y en defensa de la religion. ¿Habeis, pues, leído los que Bergier y otros muchos han escrito contra Voltaire, Rouseau y los demas filósofos de nuestros dias?

Estos libros, le dije yo, no llegaban á nuestra noticia; escritos por hombres retirados, que no eran conocidos en el mundo, apenas salian del círculo estrecho de los devotos; y si por acaso llegaba á nosotros la noticia, se nos decia que era un libro pesado, lleno de discusiones y citas, que no estaba escrito con espíritu, gentileza ó gracias; en una palabra, que era muy docto, pero que no era divertido: con esto no nos tomábamos el trabajo de leerle, y no me acuerdo de haber leído ninguno.

Pero, señor, me replicó el padre, para poder juzgar con imparcialidad, era indispensable leerlos. Yo los he leído muchas veces, y me acuer-

do de haber visto que en ellos no solo se respondia victoriosamente á las mas especiosas objeciones de los corifeos de la irreligion, sino que tambien se les convenia de malignidad, de falsedad y de mala fe. Está demostrado que Rouseau, uno de los mas célebres, no tuvo ideas fijas, y que á cada paso incurre en contradicciones manifiestas. A Voltaire, el caudillo de todos, se le ha probado la pasion encarnizada, el odio injusto con que por perseguir la religion, abusando de la poca instruccion de la mayor parte de sus lectores, usa de los medios mas indignos de un corazon honrado; pues alteraba los hechos, falsificaba los textos, fingia doctrinas para combatirlos, y mentia hasta con la misma verdad, pues con su ingenio satírico y chocarrero la daba un falso colorido ó la cubria con un barniz ridiculo. Caballero, si una parte de esto fuera cierto, estos hombres fueran muy malas guias para dejarse conducir por ellos en asuntos de tan alta importancia.

Yo le respondí: Bien sé que dicen eso sus enemigos ó los ilusos y supersticiosos; pero ¿quién puede imaginar que hombres de tan superior ingenio, los primeros de su siglo y la gloria y honor del espíritu humano, sean capaces de ignorancias y contradicciones que apenas pueden caber en los mas ordinarios? Así yo he mirado siempre estas invectivas como calumnias de los devotos.

Pero era muy fácil desengañarse, dijo el pa-

dre, porque esto no consiste sino en hechos y con poco trabajo, que se reduce á examinar.... ¿Qué necesidad, interrumpí yo, hay de ese trabajo? ¿Quién puede dudar que los citados y otros de su especie han sido los mas hábiles y sabios de sus respectivos siglos? ¿Cómo, pues, se les podia esconder lo que sabian esos escritores oscuros y cubiertos con el polvo de sus escuelas? ¿Podeis imaginar que esos defensores de la religion la conocian mejor que un Voltaire y que un Rousseau?

El padre me respondió modestamente: Yo creo que sí: puede ser que en todos los otros objetos fuesen ménos instruidos; pero en materias de religion las entendian mejor, porque las estudiaban mas. Seria muy extraño, volví á decirle, que esos clérigos y frailes, que no han aprendido en sus frívolas escuelas mas que á torcer la rectitud natural del juicio, supiesen mejor la doctrina cristiana y el catecismo que los mas descollados ingenios del universo. Yo dije estas palabras con tan viva emocion, que el padre lo advirtió, y añadiendo mas dulzura á su gesto y mas blandura á su voz, me dijo:

No niego, señor, que el cielo diese á esos hombres y á otros de su especie muchos talentos, que los han hecho eminentes en la literatura y las ciencias: sus obras lo acreditan; yo he leído muchas con placer y admiracion; ademas los he conocido personalmente, he tratado mucho con los

mas de ellos, principalmente con Rousseau y Voltaire; pero tanto por la lectura de sus libros, como por lo que he oido en sus discursos y en sus conversaciones, llegué á formar juicio de que (no sé si me atreva á decirlo) los puntos de religion eran los que trataban con ménos instruccion y superioridad. No hay mas que leer sus argumentos contra la religion, y ellos mismos manifiestan á las claras que no la conocian.

No es extraño. Los hombres son limitados, no pueden saberlo todo, y es natural que sepan ménos lo que descuidan mas. Si me atreviera á declararos mi pensamiento, os diria que cuando esos ingenios elevados hablaban ó escribian en asunto de su inteligencia, tanto en prosa como en verso, encantaban, arrebatan, admiraban, y era preciso reconocerlos como prodigios de elocuencia, de talento y de gusto; pero que cuando se introducen á hablar de religion, el cristiano ménos instruido los halla muy superficiales.

Yo hice un extraño é involuntario movimiento sorprendido de ver tratar asi á unos hombres que veneraba por los mas sobresalientes, y sentí un despique interior; pero conteniendo mi viveza con mi gratitud y con el respeto que me inspiraba aquel hombre, me contenté con decirle: ¿Pues qué tanto tiene que saber un catecismo, que los mayores de los hombres no hayan podido aprenderle? Vos sois, padre, el primero que los halla

dignos de enviarlos á la escuela. El padre con su modesta dulzura me respondió.

Yo he hecho justicia á su mérito, pero tambien la debo á la verdad; y si vos tuviérais el tiempo y la paciencia necesaria, me seria muy fácil haceros ver que las mas de las objeciones, especialmente las que hace Voltaire, cuando no son de mala fe, nacen de defecto de instruccion, y que si hubiera estado mejor instruido, hubiera tenido rubor de presentarlas. No podemos disimularnos el mal método con que por lo comun se enseña la religion en la niñez, y que esta edad no puede comprender bien tan elevados objetos. Apénas se les hace aprender de memoria algunos documentos secos, y se les dice que los deben creer; pero al crecer en edad no se les explican, como se debia, los motivos ó los fundamentos porque deben creerlos.

En efecto, esto pide mas edad y mas reflexion, y debia ser el primer estudio y el mas serio de los jóvenes desde que su razon está formada. Sin esta nueva y cuidadosa aplicacion, ¿qué puede aprovechar la corta y estéril instruccion de su primera infancia? Así se ve que muchos por no haber tenido este cuidado, no saben mas que por rutina las fórmulas del catecismo; pero jamas adquieren una idea justa ni del plan sublime de la religion ni de las elevadas miras con que su Divino Autor ha encadenado sus verdades, ni aun la de

los objetos morales, que son el fruto de su práctica. Ménos saben las evidentes y multiplicadas pruebas, los irrefragables documentos con que su Fundador divino ha demostrado su mision, hasta hacer inexcusables á los incrédulos. ¿Qué es lo que resultá de esta corta enseñanza casi general? Que muchos, ó por ménos atentos, ó por mas ocupados, se quedan siempre en una culpable ignorancia; que creen muchos la religion cristiana como hubieran creido cualquiera otra, ó por mejor decir, que dicen que la creen, pero que no la entienden ni pueden dar razon de ella, y la tienen tan colgada en el aire, que basta el menor soplo para desvanecerla.

Que otros sabiéndola mal, y no conociendo ni la totalidad de su conjunto ni la elevacion de su espíritu, no pueden verla mas que á medias, y tienen unas ideas inconexas, escondiéndoseles su armoniosa y concertada conformidad; que solo ven misterios incomprensibles á que la razon no se acomoda fácilmente; preceptos duros y penosos de que se resiente el corazon; y no sabiendo las pruebas que evidencian su necesidad, estan muy expuestos por estas razones y sus malos hábitos á mudar fácilmente de creencia.

Por la historia y por sus experiencias han aprendido muchas ilusiones de la razon humana, y no conociendo las pruebas que distinguen á la religion, se figuran que esta puede ser una de tantas.

A esta oscura posibilidad se añade la jisonja de distinguirse del vulgo, la de mostrar un valor de espíritu que los otros no tienen, una superioridad de luces á que pocos alcanzan; y si por su desgracia logran con este medio alguna celebridad, se perdió todo, pues ya no se desea mas que aumentarla. Crece el atrevimiento, se multiplican las novedades, se insulta la religion con mas desca- ro, y esta pasion degenera en frenesí. Ve aquí como he visto que se han formado los incrédulos mas famosos que he conocido.

Me pareció, Teodoro, que habia alguna verdad en lo que decia el padre. No obstante le repliqué que era increíble que hombres sabios, que con tanto empeño atacaban una religion tan generalmente recibida, no la estudiasen bastante, cuando no fuera mas que para impugnarla con mas acierto; y que si esta religion podia presentarles pruebas tan claras como decia, era natural que talentos tan distinguidos la hubieran reconocido.

¡Ah, caballero, me respondió, no conoceis la fuerza de un espíritu preocupado que emprende un estudio con ánimo de no encontrar sino lo que desea! No hay duda, y yo me atrevo á asegurarlo con firmeza; no hay hombre de juicio medianamente recto, que si de buena fe y con ánimo sincero se pone á examinar la religion, no vea con tanta claridad como la luz del dia que trae su origen del cielo: se asombrará de ver el plan mas

vasto, el mas hermoso, el mas digno de Dios, el mas conforme al espíritu y á las necesidades del hombre; en fin, el mas capaz de hacerle feliz en la tierra y en el cielo; y verá que este plan tan grande, tan magnífico y tan sublime, tan superior á todas las ideas de que los hombres son capaces, es tan verdadero, tan evidente y demostrado, que bastan pocos dias para que un talento mediano, si se aplica, pueda quedar convencido, y se rinda como por fuerza á su evidencia, si no cierra de propósito los ojos para no ver la luz. Yo me atrevería á apostar....

Padre, le interrumpí admirando su ilusion, no habéis tan firme: yo pudiera reconveniros un dia con esta jactancia. Siempre estaré á vuestras órdenes, me respondió; y una persona del talento que os veo y de la buena fe que os supongo, no tardaría en verificar mis esperanzas; pero no pueden hacerlo así los filósofos, en quienes la vanidad y el orgullo son los principios de su incredulidad; porque una vez que se han propuesto distinguirse por la singularidad y arrojo de sus opiniones, ya no buscan la verdad, no desean instruirse para formar un juicio, toda su aplicacion se dirige á corroborar y persuadir los errores que les han producido su celebridad.

Así no se les ve atacar de frente el plan y la contextura entera del cristianismo. Fuera de que la empresa no es tan fácil; esto seria muy serio,

pediria trabajo, y hallarian pocos lectores. Si escriben, es para ser leidos y aplaudidos; saben que el mayor número de los que leen son superficiales, y que no leen mas que para divertirse. ¿Qué hacen, pues? Buscan todo lo que puede facilitar la irrisión y la sátira. Se llenan de regocijo cuando encuentran cosas que tienen apariencia de contradicción; tratan de dar un ridículo barniz á lo que les parece puede recibirle; no se embarazan acerca del fondo; no se hacen cargo de las costumbres antiguas; les basta que no sean las nuestras, y que puedan parecer extravagantes. O callan las causas que las hacen respetables, ó si es menester fingen otras; se alteran los textos, se exasperan los hechos, se calumnian las intenciones, no se respeta nada, se acomoda todo al designio, y con estos materiales se hace un libro.

Es verdad que este libro está lleno de falsedades y mentiras; ¿pero qué importa? Está lleno de chistes, de ironías y de gracias; el lector se divierte, y no pide mas. Tampoco el autor busca otra cosa; hace reir, vende su libro, adquiere fama de hombre superior, y está contento. Los defensores de la religion escriben contra él, y reducen su libro á polvo; demuestran la futilidad de sus sofismas, la falsedad de sus noticias y hasta la mala fé de sus citas; pero esto tampoco les importa; ellos desprecian á sus antagonistas. No

los leen, y si los leen es con desprecio, porque saben que los leerán pocos: por eso, como si nadie les hubiera respondido, vuelven á reproducir por sí ó por sus amigos las mismas falsedades; y este combate jamas se termina, porque las gentes del mundo que leen con tanto ardor sus ligeras producciones, no leen las respuestas, y por lo mismo no parece posible que se desengañen.

Aquí, señor, quisiera yo que hiciérais conmigo una reflexion. Supuesto que hay un Dios, no nos puede quedar mas que una duda: ¿O Dios ha hablado á los hombres ó no? ¿ó Dios ha revelado una religion ó no la ha revelado? ¿ó nos deja errar á la ventura sin mas socorro que la ley natural, ó nos ha dado una ley positiva, prometiendo recompensa á quien la crea y la guarde, y amenazando con castigos á quien la viole ó no la crea? Una de estas dos proposiciones es necesariamente verdadera. ¿Y no os parece, señor, esta duda de bastante importancia, para que cuantos estan en este mundo en la edad de la razon se apliquen con todo esmero y con todo el estudio de la vida á averiguar esta verdad?

¿Cuál otra puede ser la primera obligacion de una alma que conociendo su propia existencia, confiesa que hay un Criador supremo á quien la debe? No puede ser otra que la de adorarle y pagarle un tributo de adoracion y amor. Y si se la dice que este Criador ha publicado una ley

con amenazas y promesas, ¿cuál puede ser su mayor interes sino el de examinar si es verdad que esta ley ha sido publicada; si el que la publicó tenia mision divina; si ha probado esta mision por pruebas tan irresistibles y evidentes que puedan comprenderlas todos? Como, por ejemplo, si ha hecho milagros tan ciertos y tan claros que ningun juicio sano pueda ponerlos en duda; en fin, si se ha valido de otros medios no ménos persuasivos, y tales que despues de haberlos visto y considerado por todos lados, no dejan puerta alguna á la incredulidad.

Vuelvo á decir que no puede haber mayor interes en esta vida que el examinar la verdad ó falsedad de esta ley, porque si es falsa, se sale una vez de inquietud; pero si es verdadera, debe uno arreglar su conducta conforme á sus máximas.

Si hay en el mundo nociones simples y justas, lo son estas; si hay intereses importantes y grandes, ninguno puede ser comparable con este; si hay hombre sobre la tierra en este caso, nadie lo está mas que el cristiano, á quien se confirió el bautismo, y desde la primera edad se le hizo saber la existencia de una ley y la venida de un Legislador divino. No puede dudar que en todos tiempos por obedecerla muchos hombres han hecho grandes sacrificios; los unos se han retirado á los desiertos, y han vivido con una austeridad que asombra á nuestra naturaleza, solo por no ex-

ponerse al riesgo de violarla; los otros han sacrificado su vida con los martirios mas horribles por confesarla y sostenerla. Ve tambien que en nuestros dias hay muchas personas ilustradas y de gran talento, que despues de mucho estudio y reflexiones manifiestan y prueban su creencia por la severidad de su conducta, por una vida justa y religiosa, por la mortificacion de sus pasiones, por el abandono de las grandezas y placeres del mundo, por su desinteres, pobreza y otros sacrificios.

Quando se les pregunta por qué hacen una vida tan penosa y contraria á todos los estímulos de nuestra concupiscencia, responden que aunque les cuesta mucho trabajo, y pasan grandes amarguras, lo hacen porque así lo enseña el Evangelio, y porque el Divino Salvador lo practicó asimismo despues de haberlo enseñado; que este Salvador era el mismo Dios, y que ellos estan convencidos de esta verdad por todos los medios que pueden persuadir á la razon humana. Añaden que las pruebas de esto son tan evidentes, que es menester cerrar los ojos para no verlas, tapiar los oidos para no escucharlas, y despues de haber manifestado una conviccion tan íntima y segura, concluyen diciendo: El que quiera escucharme quedará tan persuadido como yo.

¿Cómo, pues, es posible que un hombre pueda saber y oir esto, y que en materia que tanto le interesa no quiera una vez en su vida detenerse el

poco tiempo que es menester para desengañarse, escucharlos y ver al fin si son locos y estan ilusos, ó si hay en lo que dicen alguna vislumbre de razon? Esto parece increíble, y con todo es lo que sucede. Yo apelo á vos mismo. Vos estais ya en edad avanzada; Dios os ha dotado de ingenio y de talentos; en cualquiera otra materia pareceis bien instruido, y manifestais haber tenido muy buena educacion; no os ha faltado ni el tiempo ni los medios de examinar este negocio tan importante, y con todo vos mismo me decís que nunca os habeis aplicado seriamente al estudio de la religion.

Asimismo añadís que no creéis nada, porque juzgais que todo es invencion humana, que así tambien os lo han persuadido ciertos libros trabajados por grandes hombres, que se hallan conformes con vuestro modo de pensar. Y cuando se os dice que estos sabios son malos jueces; que otros no ménos sabios y mas instruidos en aquellas materias les han respondido, haciendo ver que han escrito con pasion y por captarse la gloria humana; cuando se os promete demostrar sus ignorancias, falsedades y mala fe, os contentais con responderme que esto no es natural, y que vos no leéis semejantes libros, porque no son divertidos.

Esta saeta era muy penetrante para que yo no la sintiera: no era posible desconocer la justicia

de aquel baldon; pero procuré disimular su fuerza, y le dije: Sin duda que hay en esto falta de reflexion, y que no es proceder con toda la exactitud del juicio; pero el mundo y sus ocupaciones nos arrastran, y no puedo dejar de confesaros, porque es verdad, que ni yo ni ninguno de nuestros amigos los ha leído, y creo tambien que los que viven en el mundo los leen poco.

¿Cómo, pues, me dijo el padre, pueden juzgar la religion? Y ya que os dignais de perdonar las osadías de mi celo, permitidme otra reflexion. Decidme, señor, y llamad á vos toda vuestra cordura: ¿podréis concebir que se puede hacer un ultraje, un desacato, una injuria mayor á la Divinidad, que reconocerla, confesar que existe, oír que ha publicado una ley, que ha hecho conocer el culto con que manda que sus criaturas la adoren y obedezcan, y no querer ocuparse un rato ni tomarse el menor trabajo para averiguar si esto es verdad? El que se somete y obedece, aunque no sepa los motivos que le obligan, á lo ménos cumple y está en el buen camino; ¿pero no es una temeridad insensata tomar el partido de no creer sin saber por qué, y solo porque así lo persuaden las pasiones á la ligereza del espíritu? ¿no es exponerse visiblemente á faltar al respeto que se debe á la autoridad divina, y á todas las consecuencias que pueden resultar?

¿Puede haber tampoco mayor imprudencia que

preferir sin convicción propia las opiniones de pocos hombres, por la mayor parte disolutos y viciosos, á las de tantos hombres grandes de todos los siglos, los unos santos y los otros sabios, que atestiguaron su persuasión con su sangre, ó la aprobaron con los sacrificios mas penosos! ¿Y cómo puede verse sin horror que una religion que subyugó la filosofia del siglo de Augusto, que convenció á los Clementes, los Justinos y á los demas filósofos de aquel tiempo, que produjo los Agustinos, Crisóstomos y otros muchos varones, prodigios de virtud y ciencia, se vea hoy ligeramente despreciada por un jóven que ni siquiera se digna de aprenderla?

El Dios que este temerario reconoce, y que la dió á los hombres para que le sirvan como quiere ser servido y para que puedan ser felices, dándoles al mismo tiempo todos los medios para que se puedan convencer de su verdad, ¿no se ofenderá de su fria indiferencia, y mucho mas de su inexcusable presuncion? En cuanto á mí, señor, yo no concibo que se pueda hacer mayor desprecio de la grandeza de sus beneficios y de la soberanía de su Magestad.

Así, en mi juicio, el que no se aplica seriamente á este estudio, falta á Dios y á su propio interes. Si la religion es falsa, podrá entregarse á sus pasiones sin el ansia, compañera inevitable de la duda, si es verdadera, logrará con ella su feli-

cidad; y si á pesar de esta convicción la fuerza de sus pasiones le arrebatara, la misma religion le enseñará á salir de su mal estado, y entre tanto vivirá con el consuelo y la esperanza de que un dia se calmarán, y podrá volver á su Dios y á las sendas de la virtud.

No puede ser buena disculpa decir: Yo me imaginé que no era verdadera, porque no me acomodaba; ó yo me dejé persuadir por otros á quienes no acomodaba tampoco; porque, señor, es forzoso confesar que si Dios es justo, que si nos ha enseñado una religion, y que para conocer su Divinidad basta estudiarla un poco, no puede dejar de castigar al que no la halla digna de tan corto trabajo.

Este discurso me turbó, porque sentí su fuerza, y no encontraba nada que responderle; así le dije: Vos me haceis temblar, padre, porque no es posible desentenderse de la evidencia de vuestros raciocinios: confieso que jamas habia hecho estas reflexiones que me condenan tanto como á la mayor parte de las gentes del mundo, que tampoco las hacen: vos me haceis conocer nuestro culpable olvido, y me espanta una ceguedad que seria increíble á no ser tan comun.

¡Ah señor! me respondió el padre, yo no me espanto: tanto el hombre es miserable; y quien considere las muchas causas que hay para la indiferencia de los unos y la incredulidad de los otros,

léjos de irritarse contra ellos, no los podrá mirar sino con lástima. Quisiera, padre, le dije yo, oiros algunas de estas causas. Y él me respondió: Lo haré con mucho gusto; pero como hoy es el primer día de vuestra convalecencia, y que todavía necesitais de reposo, lo dejaremos para mañana; y yo tambien lo dejo aquí, Teodoro, para continuar mi historia en la primera que te escriba. A Dios por hoy, amigo mio.

CARTA IV.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: difícil me será referirte todo lo que el padre me dijo al otro día: temo haber olvidado mucho, y lo que mas me aflige es que me es imposible repetirte sus discursos con aquella uncion modesta, y con aquel apacible tono de convicción con que me los decia: así no esperes mas que un cadáver de lo que para mí estaba lleno de hermosura y de vida.

El padre dijo: El primer principio de que nace la incredulidad consiste en las pasiones de los hombres. La religion cristiana al mismo tiempo que somete al entendimiento, pretende reformar

el corazon; no solo nos propone la creencia de misterios profundos, sino tambien la práctica de obligaciones penosas. El moral del Evangelio se reduce á reprimir el orgullo, la sensualidad, el amor de las criaturas por sí mismas, á no desear mas que los bienes invisibles, á no aspirar mas que á Dios, á no vivir ni hacer nada sino por contribuir á su gloria.

Este es el compendio de sus máximas; y si Jesucristo es Dios, si su palabra es verdadera, no hay remedio, es menester sujetarse á estas leyes, ó incurrir en las penas espantosas con que amenaza á los transgresores. Discurred ahora, señor, con qué ojos pueden ver esta alternativa unos hombres, que dominados por el orgullo, y devorados por la ambicion, no conocen otra felicidad que la de los sentidos: concebid cuán activo es el interes que tienen en rechazar una religion que les estorba, ó les emponzoña todos sus placeres; y teniendo ellos tanto interes en hallarla falsa, ¿quién puede admirarse se lo persuadan así con facilidad?

La mayor parte de los hombres hallan en su ingenio recursos que los engañan, cuando sus pasiones impiden atender á la verdad. Las ideas que lisonjean nuestras inclinaciones, nos dejan impresiones mas fuertes que las que nos desagradan; y esta depravacion que nace con nosotros, y nos sigue á pesar nuestro toda la vida, nos arras-

léjos de irritarse contra ellos, no los podrá mirar sino con lástima. Quisiera, padre, le dije yo, oiros algunas de estas causas. Y él me respondió: Lo haré con mucho gusto; pero como hoy es el primer día de vuestra convalecencia, y que todavía necesitais de reposo, lo dejaremos para mañana; y yo tambien lo dejo aquí, Teodoro, para continuar mi historia en la primera que te escriba. A Dios por hoy, amigo mio.

CARTA IV.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: difícil me será referirte todo lo que el padre me dijo al otro día: temo haber olvidado mucho, y lo que mas me aflige es que me es imposible repetirte sus discursos con aquella uncion modesta, y con aquel apacible tono de convicción con que me los decia: así no esperes mas que un cadáver de lo que para mí estaba lleno de hermosura y de vida.

El padre dijo: El primer principio de que nace la incredulidad consiste en las pasiones de los hombres. La religion cristiana al mismo tiempo que somete al entendimiento, pretende reformar

el corazon; no solo nos propone la creencia de misterios profundos, sino tambien la práctica de obligaciones penosas. El moral del Evangelio se reduce á reprimir el orgullo, la sensualidad, el amor de las criaturas por sí mismas, á no desear mas que los bienes invisibles, á no aspirar mas que á Dios, á no vivir ni hacer nada sino por contribuir á su gloria.

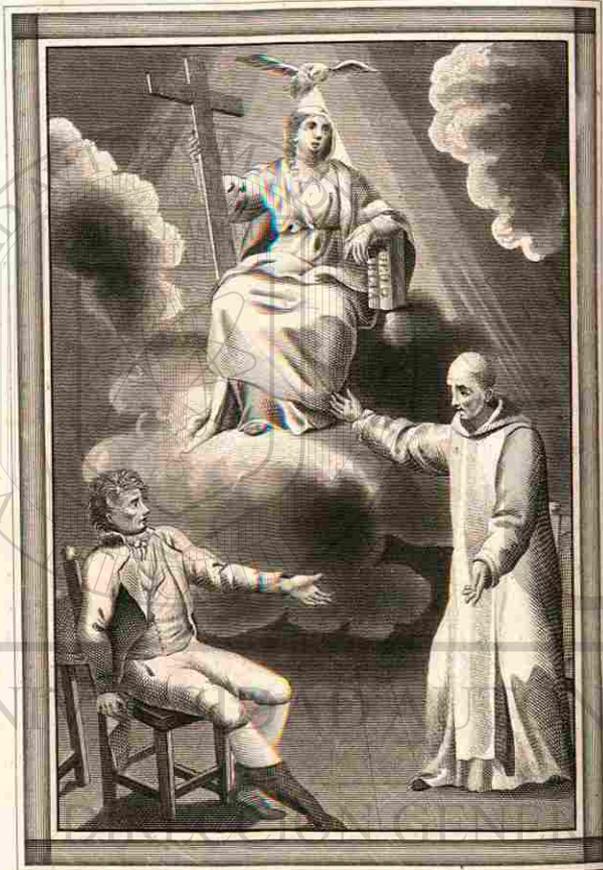
Este es el compendio de sus máximas; y si Jesucristo es Dios, si su palabra es verdadera, no hay remedio, es menester sujetarse á estas leyes, ó incurrir en las penas espantosas con que amenaza á los transgresores. Discurred ahora, señor, con qué ojos pueden ver esta alternativa unos hombres, que dominados por el orgullo, y devorados por la ambicion, no conocen otra felicidad que la de los sentidos: concebid cuán activo es el interes que tienen en rechazar una religion que les estorba, ó les emponzoña todos sus placeres; y teniendo ellos tanto interes en hallarla falsa, ¿quién puede admirarse se lo persuadan así con facilidad?

La mayor parte de los hombres hallan en su ingenio recursos que los engañan, cuando sus pasiones impiden atender á la verdad. Las ideas que lisonjean nuestras inclinaciones, nos dejan impresiones mas fuertes que las que nos desagradan; y esta depravacion que nace con nosotros, y nos sigue á pesar nuestro toda la vida, nos arras-

tra á grandes extravíos. Para juzgar de un objeto sanamente, es menester considerarle por todos sus aspectos, comparar todas sus calidades: por eso juzgamos mal tantas veces; y es que desde que el hombre se preocupa de lo que le agrada, ya no mira el objeto sino por aquel lado que le gusta, ya no se aplica sino á desenvolver, apreciar y añadir todo el valor que puede á lo que lisonjea aquel gusto; le sería áspero y duro detenerse á considerar lo que pudiera quitarle esta dulce ilusión.

De aquí nacen estas distracciones, estos olvidos voluntarios y tantas ignorancias afectadas de lo que pudiera encaminarlos á la verdad. Y si esta verdad, que para penetrarla necesita un exámen serio y desinteresado, arroja por acaso en un momento de serenidad un rayo de su luz, este resplandor es débil, y no basta para iluminarnos; suele bastar, sí, para turbarnos; pero el deseo del reposo nos hace buscar al instante ideas mas dulces que le disipan, y volvemos á quedar en el error.

Por eso cada pasión tiene sus opiniones propias. El sensual mira sus placeres como una ley de la naturaleza, que sería injusto acusar de delito: el ambicioso estima su deseo de elevarse, como carácter propio de las grandes almas, como un fuego capaz de inflamar á los grandes talentos, para ilustrar los pueblos y engrandecer los estados. El lujo que confunde las condiciones, corrompe



*Tratado de la Religion Christiana y su
Divinidad, por toda la Carta IV y sig.^{tes}*

las costumbres, y que pasando sus justos límites, prepara con su falso resplandor la decadencia de los reinos, no parece á los políticos errados, sino medio de circular rápidamente las riquezas, y dar perfeccion á las artes.

Este es el principio por que el mundo tiene un estilo tan contrario al de la verdad, y es que siempre se conforma con la opinion que le sugieren sus pasiones. Cada cual tiene la suya; y si cada una puede obscurecer la verdad que la es contraria, ¿qué fuerza no tendrán todas las pasiones reunidas contra una religion inexorable que á ninguna da acogida?

Y esta es la verdadera causa porque los incrédulos serán siempre malos jueces en materia de religion. Y si no decidme: ¿Por qué las leyes recusan por jueces á los que tienen relacion con alguna de las partes? Porque saben que los hombres de ordinario juzgan mas con el corazon que con el entendimiento, que para juzgar bien es menester juzgar sin interes, que cuando el entendimiento está apasionado, no hace otra cosa que buscar arbitrios para dar mas color á sus errores. Ahora apliquemos estos principios: los incrédulos aborrecen la religion: sus pasiones les inspiran este odio, desean con ardor que sus promesas sean vanas, para que sus amenazas sean fabulosas; por consiguiente no pueden ser buenos jueces; el odio desacredita su juicio. Quiero supo-

nerles las luces mas extendidas, los mayores talentos; con esto serán enemigos mas peligrosos, pero no mejores jueces, ni mas competentes.

Examinemos ahora cómo ó por qué los mas se hacen incrédulos. Todos nacemos con las reglas de la ley natural grabadas en el corazon: el Criador imprime hasta en el impío esta divina luz; y despues habiendo sido educado en la creencia de la religion, se le dió una grande idea de Dios, de sus misterios sublimes, de su admirable moral tan conforme á la miseria del hombre y tan necesaria para su felicidad; él recibió en su niñez esta fe, que debia respetar despues por tantos títulos; adoró sus santas y misteriosas obscuridades, siguió sus ritos, se sujetó á sus leyes, temió sus castigos, y esperó sus recompensas. ¿Por qué, pues, ha mudado? ¿De donde viene esta espantosa y total revolución que se ha hecho en sus pensamientos? ¿Por qué todos esos oráculos que ahora poco le parecian descendidos del cielo, no le parecen ya mas que fábulas inventadas por la política ó por la supersticion de los hombres?

Se me dirá que su sumision no fué fruto de sus reflexiones: yo lo creo, y confieso que en la edad adulta debe aspirar á una fe mas ilustrada; pero tambien es claro que siendo este el punto de que depende su felicidad ó su desgracia eterna, debe poner el mayor conato para no engañarse en asunto tan capital, y cuyas consecuencias son tan gra-

ves. Que me diga, pues, cuál es el exámen que ha hecho de la religion cristiana; si para hacerle bien ha impuesto silencio á sus pasiones y apetitos; si ha hecho sus indagaciones de buena fe y con deseo sincero de reconocer la verdad.

Que me diga si ha leído con cuidado los escritos que prueban la certidumbre y divinidad de esta religion, y los que explican la economía de su moral y de sus misterios; si por muchos estudios precedentes y por un grande uso del racionio, se ha puesto en estado de pesar las pruebas, de sentir su conexion y la reciproca fuerza que se comunican; si por el contrario no ha confundido lo falso con lo obscuro, lo incomprendible con lo contradictorio; si en las dificultades ha tenido la balanza igual; si en las dudas ha consultado personas mas instruidas; si nunca ha precipitado su juicio; finalmente, si puede su conciencia darle testimonio de que en el estudio de la religion ha ocupado todo el tiempo, imparcialidad y aplicacion que exige un negocio de tan alta importancia.

Si lo ha hecho así, yo le aseguro que no será incrédulo: es imposible que Dios oculte la verdad á quien la busca con sincero deseo de encontrarla. La desgracia es que pocos quieren tomarse este trabajo, y quizá no ha existido un incrédulo que pueda establecer sobre estos fundamentos la seguridad de que ellos se jactan. Son

muy diferentes los principios que forman á los incrédulos de nuestros dias.

Unos no tienen mas conocimientos ni mas instrucción que aquellas noticias superficiales que recibieron en la infancia; apénas se les enseñaron los dogmas que se deben creer, sin explicarles jamas los motivos. Al primer movimiento de las pasiones se sintieron como reprimidos de la autoridad de la ley, y desearon sacudirla: los ejemplos y los discursos de los otros incrédulos los alentaron; pasaron de la fe á la vacilacion, de la vacilacion á la duda; empezaron por el deseo de ser incrédulos, y acabaron por la vanidad de parecerlo.

Otros, arrastrados por el torrente del mundo, y sin otro estudio que el de sus placeres, se forman una especie de erudicion de todas las dudas y objeciones que han aprendido, y que no eran capaces de formar; y siendo de un carácter mas temerario y arrojado que los hombres comunes, las proponen á cada paso con mayor osadía.

Hay hombres estimables sin duda por sus talentos, pero que solo se han ocupado en las ciencias profanas, que no han glorificado á Dios en su corazón, que no han buscado en sus estudios sino lo que podía lisonjear su orgullo ó satisfacer su curiosidad, y por lo mismo han sido abandonados de Dios. Los de esta clase, queriendo pasar por sabios, son unos verdaderos insensatos.

Hay otros que pretenden haber leído, haber examinado, esto es, que han recogido con miserable afan todos los hechos ridículos, todos los sofismas capciosos, todas las extravagantes paradojas que ha inventado una filosofia destructora para dar colorido á sus pretensiones absurdas; que han echado algunas ojeadas rápidas y curiosas sobre nuestros libros santos, no para instruirse, sino para criticarlos; no para edificarse, sino para endurecerse; y esto es lo que llaman sus estudios y meditaciones. En fin, hay diferentes especies de incrédulos; pero cuando se examinan de cerca, se ve que todos ellos no han meditado con la seriedad debida un asunto tan importante, y que todos sus errores tienen por origen las pasiones.

Y si estas pasiones no los cegaran, ¿cómo se atrevieran á sostener un sistema tan arriesgado con temeridad tan peligrosa? Porque, en fin, examinen cuanto quieran las dificultades incomprendibles de la religion, por lo ménos no pueden dejar de confesar que hasta ahora no se ha podido demostrar nada contra el divino origen de sus dogmas, que no se ha podido tildar nada á la sublime santidad de su moral, ni desmentir en un ápice la verdad de su sagrada historia.

Por el contrario, deben confesar la vida y la muerte de su Divino Fundador, la sabiduría y pureza de sus preceptos, la grandeza y sublimidad

de nuestras Escrituras, los testimonios de vista de tantos hombres apostólicos, la sangre de tantos mártires, el cumplimiento de tantas profecías, la sonora voz de los milagros, la tradicion de todos los siglos, la conversion del mundo entero, la perpetuidad de la fe, la imperturbable firmeza de la Iglesia su depositaria; y estas con las demas pruebas del cristianismo debieran á lo ménos ser de un grande contrapeso en la balanza de su razon.

Porque, señor, consideradlo con reflexion. A vista de tantos documentos, si queda la menor equidad en sus juicios, deben confesar que ya que no quieran ver tantas demostraciones, ¿por qué aun con la mas ligera apariencia de duda se determinan por el partido contrario y únicamente peligroso? ¿Que por pocos y rápidos placeres que degradan el alma, por la triste ventaja de vivir como las bestias, que no piensan mas que en contentar el cuerpo sin otros deseos ni esperanzas; por la vil satisfaccion de entregarse por poco tiempo en la tierra á sus vicios sin rubor ni remordimiento, aventura el hombre los destinos eternos que puede haber, los deja entre las manos del acaso, se expone á perder el bien supremo y á sufrir suplicios que nunca acaban! Pesadlo, señor, y decidme si no es esto el colmo de la ceguedad y de la pasion.

Pero, padre, le interrumpí, las pasiones y la corrupcion de las costumbres son y han sido de

todos los siglos, y los cristianos no han estado ni estan exentos. Apénas se extinguió el fuego de las persecuciones en la Iglesia primitiva, cuando la relajacion se introdujo, y los cristianos fueron tan desarreglados como los otros, sin ser por eso incrédulos. Es claro, pues, que la filosofia, que casi no existia entónces, no pudo ser la causa de aquella corrupcion: así solo lo fueron las pasiones, sin que ella tuviese parte alguna. Es verdad que las artes y las ciencias vinieron despues, y que de ellas nació la filosofia, que ha extendido tanto la incredulidad. Pero si de estos hechos puede resultar alguna consecuencia, no es otra sino que la incredulidad debe sus progresos á las luces y á la razon.

No entro, me respondió el padre, en la cuestion de si las costumbres públicas han sido siempre igualmente depravadas: basta para vuestra reflexion (y yo lo confieso) que hay y nunca han faltado cristianos inconsecuentes, cuya fe está en contradiccion con su conducta; hombres que viven de una manera opuesta al Evangelio, profesando en público la religion que los condena. Pero porque las pasiones no conducen siempre á la incredulidad, porque hay viciosos que no son incrédulos, porque la religion no siempre preserva de los vicios, ¿podeis inferir que sea inútil, y que la filosofia no añada mucha corrupcion á la que el corazon tiene en sí mismo?

Yo saco consecuencias diferentes, y digo: Si el corazón humano es tan frágil, que á pesar de los estímulos de la religion, á pesar de sus promesas y amenazas, de sus terrores y remordimientos, y de cuantos motivos ella le presenta para contener el impulso con que lo arrastra su flaqueza, cae tantas veces, y corre desbocado al precipicio, ¿qué será cuando perdiendo todo temor y todo freno, no tenga nada que le reprima, y se entregue sin ningun embarazo á todo el ardor de sus pasiones?

Yo digo: Mientras los hombres no son mas que frágiles, no se abandonarán á todas las licencias y á todos los excesos: habrá algunos que no se atreverán á cometerlos; y si la violencia de las pasiones los arrebatara, pueden esperar que algun dia se calmen, y que entónces la religion les hable con su voz imperiosa y terrible, que oigan el incesante grito del remordimiento, y llegue al fin el instante de la correccion. ¿Pero qué se puede esperar de aquel á quien su razon engañada ha persuadido que todo terror es vano, y toda enmienda ridícula?

A estas tan naturales consecuencias añado otra no ménos legítima, y es que si para ser vicioso, á pesar de la religion que se profesa, basta ser frágil; para atreverse á luchar contra la misma religion, para pretender destruir lo que tantos siglos y tantos hombres grandes han respetado, para osar erigir en principios y reducir á sistema la corrup-

cion de una moral pura y la prevaricacion de las costumbres; en fin, para querer quitarse á sí mismo y quitar á los demas hombres todo estímulo de virtud, toda esperanza de arrepentimiento, es menester un grado de perversidad mucho mayor, una particular y muy infeliz disposicion de entendimiento, bien sea un carácter mas arrojado, ó una curiosidad mas temeraria, ó un gusto mas vivo de la independenciam, ó un ardor mas insensato de distinguirse por esta vanidad, ó un genio mas brutal en quien las pasiones dominan con absoluto imperio á la razon, ó en fin, todo esto junto.

Os confieso que cuando los hombres por la resurreccion de las artes y ciencias aumentaron sus conocimientos, tambien se aumentaron sus desórdenes; pero no fueron ellas la causa de este daño, sino los hombres mismos por el abuso que hicieron de ellas. Desde que empezaron á conocer las ventajas de la ilustracion, léjos de encaminarla al blanco de su utilidad verdadera, se extraviaron con ella á los objetos que les indicaba el amor propio. Su vanidad mudó de término, la reputacion de sabio pareció la mas lisonjera; las naciones que hasta allí no se habian disputado mas que la superioridad de las armas, lidiaron por la de los talentos, y los mismos que poco ántes habian puesto una especie de gloria en la ignorancia, la pusieron entónces en la ciencia. El hombre siempre se excede; rara vez se mantiene.

en el medio justo; y en aquella efervescencia general de los espíritus exageró todos los principios, sacó falsas consecuencias, y se cegó miserablemente con la misma luz que le debía alumbrar.

Por ejemplo, la sana física le advirtió que en la investigación de la naturaleza debía desconfiarse de las opiniones recibidas, y dudar de todo para no engañarse en nada; que debía consultar, no el juicio de otros, sino las propiedades de las cosas mismas, y no admitir sino las que su razón podía percibir con claridad. Estos principios eran arreglados en el exámen de los objetos físicos ó naturales; pero el hombre atrevido quiso aplicarlos á la ciencia de las cosas divinas, haciendo de ellos un uso insensato; puso en la misma línea las opiniones de los filósofos antiguos sobre los objetos materiales y sobre los dogmas divinos de la revelacion, y quiso discurrir del ente incomprendible é infinito del mismo modo que discurría de los entes criados y visibles.

El mas despreciable metafísico se atrevió á decir á Dios: Por mas que te procures esconder, yo fijaré mis ojos sobre tí; yo someteré á la luz de mi razon tu esencia, tus atributos, tus designios, y negaré sin embarazo todo lo que no pueda comprender. Dicen que te has manifestado á los hombres, y que les has revelado cosas sublimes; pero yo no me ocuparé en examinar si las pruebas que

alegan de esta revelacion son ciertas ó no; si estan ó no probadas: esto es inútil; porque si no son conformes á mi razon, si no la satisfacen, no pueden ser verdaderas. Voy, pues, á consultarla, y ella sola me dirá lo que debo creer. Toda revelacion que se oponga ó sobrepase mi razon, es necesariamente falsa, y sin mas exámen no debo darla entrada. Por mas que me digan que los hechos que la establecen son indubitables y demostrados, no los creeré; diré que son mentiras, ó pondré en la clase de fenómenos naturales los que me presenten con el mas brillante carácter de prodigios y milagros; en fin, yo debo pasar por todo ántes que pensar que mi razon pueda engañarse.

Ve aquí lo que dicen en substancia todos estos sabios, que abandonando la tradicion y las pruebas del cristianismo, no toman otra guia que la de su débil y obscura razon; y ve aquí como las ciencias. . . . Aquí le interrumpí diciendo: No haceis, padre, honor á vuestra religion, pues atribuis los errores á las ciencias. ¿Quisiérais, pues, que hubieran durado los siglos de barbarie? ¿pensais que la ilustracion sea la que ha extendido la incredulidad? ¿la religion cristiana no puede conciliarse con la luz de la razon?

Estoy, señor, me respondió, muy distante de pensar así. Yo os he dicho que ni los progresos de las ciencias, ni los conocimientos que se adqui-

rieron con ellas fueron la causa de la incredulidad, sino el abuso que se hizo de estos dones de Dios, sacándolos de su esfera y dándoles una aplicación impropia. Lo que digo es que esta falsa filosofía, á pesar de sus ilusiones y sofismas, no hubiera podido jamas obscurecer los principios luminosos en que la fe se apoya, si las pasiones no la hubieran ayudado, corrompiendo ó abusando de la luz de las ciencias; y que léjos de que estas puedan contribuir á la ruina de la religion, basta dejarlas en sus justos límites, y aplicarlas al uso en que pueden ser útiles, para que ellas mismas disipen todas las nieblas del prestigio en que se encubren los errores.

Tended la vista sobre todos los anales de la religion, y veréis que jamas ha temido ni las luces de la razon ni la perfeccion de las ciencias. Si alguna vez derramó lágrimas doloridas, fué quando el mas astuto de sus perseguidores prohibió á los cristianos el estudio de las ciencias humanas, que les era necesario para acabar de abrir los ojos á los gentiles. Para conocer una religion tan elevada y sublime como la cristiana, para concebir el vasto y magestuoso sistema que la compone, y para combinar todas sus partes enlazadas con admirable simetría y proporcion, es menester mucha inteligencia; y si su luz ha podido pasar hasta nosotros al traves de tantos siglos de ignorancia y barbarie, se debe á los hombres grandes que

entónces se ocupaban de esclarecer y fortificar su verdad.

Habia entónces vicios y pasiones; pero estas no habian tomado la direccion á que despues las ha conducido la filosofia moderna. Nuestros mayores, á pesar de sus flaquezas, respetaban los dogmas: nuestro siglo ha mudado de estilo; el orgullo de los sabios de hoy desdeña una carrera en que reducido al mérito de crear, no puede tener la gloria de inventar.

No pude contenerme, y le dije: Padre, me parece duro y quizá poco caritativo mirar la incredulidad como un error necesariamente dependiente de la prevaricacion del corazon. No dudo que habrá muchos de esa especie, incrédulos de deseo mas que de persuasion; incrédulos seducidos mas bien por su corazon que por su entendimiento; pero ¿cómo podeis negar que haya tambien otros muchos que lo sean por reflexion y convencimiento íntimo?

Aun suponiendo que han caido en el error, ¿qué hombre no está sujeto á ilusiones y delirios? ¿por qué se ha de suponer malicia en lo que puede ser engaño? Yo puedo aseguraros que he conocido muchos que son hombres de bien, y no lo fueran si afectaran sin persuasion propia estas opiniones. Conozco muchos honrados, sinceros, llenos de excelentes prendas, y dotados de calidades morales respetables; ¿y cómo es posible que no las tu-

viesen tantos escritores insignes que han sido la gloria de su patria y la antorcha de su siglo?

Ya os he dicho, señor, respondió el padre, que he tratado á los mas famosos, que he leído casi todos sus libros, que aprecio sus talentos como merecen, y que es lástima que hayan abusado de tantos dones del cielo, no sirviéndose de ellos mas que para perderse á sí mismos y á otros muchos; pero tambien os repito que esos hombres tan ilustrados y sabios en las ciencias profanas, estaban evidentemente ciegos en la ciencia de la religion, y que las especiosas ilusiones con que captan á sus lectores, no merecen otro título que el de seducción.

Vos decís que eran honrados; no lo dudo, pues que vos lo decís; pero entendámonos, porque esta calidad tiene mucha extension. Si para ser honrados basta no caer en los vicios groseros ó en los delitos vergonzosos, que hasta el mundo mismo cubre de infamia, sin duda que hombres instruidos y celosos de su reputacion no caerán en ellos, y en este caso teneis razon de llamarlos honrados. Si la religion cristiana no exigiera mas que esto, yo tambien los llamara, y ellos mismos no la combatieran, porque no tendrian interes en hacerlo.

Pero, señor, el cristianismo pide mas: no solo condena esos delitos groseros que el mundo tambien reprueba, sino otros muchos que el mundo

celebra: su moral es mas extendida, y esos filósofos no lo ignoran. No solo amenaza con suplicios eternos al cruel que sacrifica otro hombre por venganza, al violento que oprime al débil, al injusto que despoja al huérfano, y al calumniador que quita la honra, sino tambien (y esto es lo que mas les duele) al sensual que pone su felicidad en los placeres de los sentidos, al orgulloso que solo es benéfico por ostentacion, al que no busca mas que su propia gloria y no la de Dios, al que no le consagra con humilde gratitud los dones que le debe; y en fin, no solo al que obra mal, sino tambien al que no obra bien. Esto les incomoda, y sobre todo la máxima de que todas las virtudes morales que no son inspiradas por la fe y acompañadas por la caridad, no son merecedoras de la vida eterna.

No es mi ánimo ni humillarlos ni ofenderlos; pero yo lo dejo á vuestra consideracion. Pensad vos mismo, recordándoos de su conducta pública, si sus costumbres eran conformes á estos principios; si estos pueden ser de su gusto, y si no tienen interes en desacreditarlos. Pensad tambien si para merecer el título de hombre de bien y poder servir de ejemplo, basta no cometer esos grandes delitos, ó no tener esos vicios groseros, y si no hay ademas otros que por ser mas ocultos y pertenecer solo al espíritu, no son igualmente culpables.

No creas, decia Bosuet, que solo los sentidos seduzcan á los hombres; la intemperancia del espíritu no los lisonjea ménos; ella tiene placeres ocultos, y se irrita contra la resistencia. El soberbio piensa que se eleva sobre los otros y sobre sí mismo, cuando se eleva sobre una religion tan largo tiempo respetada; se imagina superior á los demas, insulta á los espíritus vulgares que siguen la práctica comun, se mira con complacencia, y se transforma en ídolo de sí propio.

He aquí, señor, una de las raices mas dilatadas y fecundas de que nace con frecuencia este terrible mal; el orgullo, el indomable orgullo es el que ha hecho los mas famosos de los incrédulos. Os repito que los he conocido, que los he tratado, y no se me puede ocultar que el orgullo los inflamaba con una sed devorante de fama y reputacion, con un deseo desenfrenado de pasar por espíritus superiores que habian sacudido el yugo de los terrores populares, y con un frenético conato de producir una revolucion en las opiniones.

Este es el estímulo seductor por que han prostituido sus talentos y vigiliias al monstruo de la incredulidad. Todo su anhelo era adquirir gloria, satisfacer su vanidad, y dejar un nombre ilustre; pero si me hubiera sido permitido hablar con libertad á alguno de ellos, dejando el estilo del Evangelio, que no entienden, para explicarme en

el lenguaje del amor propio, que es el suyo, les hubiera dicho:

Tú aspiras á la gloria, y por ella te afanas tanto; ¿pero esa que buscas es la verdadera? Reflexiona un poco, y mira si por lo ménos entiendes mejor los intereses de tu vanidad que los de tu salud eterna. Yo temo que te engañes en los unos y en los otros. Con los ricos presentes que has recibido de la naturaleza, te era tan fácil obtener nuestra admiracion, como merecer nuestra gratitud: sin esas tachas de irreligion con que te manchas, tu nombre hubiera pasado á la posteridad como un astro brillante.

¡Infeliz! ¿cómo no consideras que por algunas frívolas alabanzas de tus contemporáneos, tan disolutos ó tan engañados como tú, la parte mas numerosa de la tierra en este y en los futuros siglos maldecirá tu nombre, odiará tu memoria, y privará de la mejor recompensa á tus escritos, desterrándolos de la educacion pública? Los padres virtuosos, las madres cristianas, los ayos vigilantes los arrancarán de las manos de la juventud, y los denunciarán á las generaciones sucesivas como los corruptores de las costumbres y como pestes de las sociedades. Tus funestos principios solo serán aplaudidos, citados y seguidos por los soberanos injustos, por los hijos ingratos, por los esposos perjuros. Tú vas á ser el apóstol de los malvados, el legislador de los perversos.

sos, que aprenderán en tus obras el abandono de todos los deberes y la apología de todos los vicios.

Así es, señor, que estos abogados de la irreligion no lo son las mas veces sino para adquirir una infeliz celebridad; este interes es el móvil principal de sus afanes. Sus discípulos, que los escuchan con tanta complacencia, y se entregan al encanto de sus novedades, no tienen otro sino es satisfacer sus pasiones, disipando el terror que los asusta. Así es visible el interes de todos; y siendo así, ¿qué peso puede tener su autoridad? ¿de qué sirve ponderar su habilidad y la extension de sus conocimientos? Esto mismo nos debe hacer mas cautelosos, porque tantas luces y tantos talentos son mas peligrosos en sus manos, como que son medios mas activos para fascinarnos los ojos, y dar á la impostura el colorido de la verdad.

Pero hablemos mas claro, señor; permitid que me explique con toda la sinceridad de mi alma. ¿Los conocimientos y la inteligencia que han mostrado en materias de religion son tan vastos y tan sublimes como vos suponeis? ¿Y no será este el caso en que se verifica lo que dijo Bacon, que un poco de saber dispone á la incredulidad, pero que la mucha ciencia conduce á la religion? Examinemos esto mas de cerca sin mal humor ni parcialidad; veamos los estudios que han hecho, con-

sideremos las pruebas que nos han dado de su ciencia y de sus profundas meditaciones en los objetos de la religion, tengamos á la vista sus escritos, ¿qué hemos visto en ellos hasta ahora?

Que han recogido con cuidado y publicado con malignidad todas las obscuridades ó dificultades que los santos libros presentan relativamente á la historia, á la crítica y á la cronología. Pero esto no es mucho saber, porque ántes que ellos las habian producido para resolverlas los doctores católicos, y otros muchos escritores modernos se han desengañado y rendido á la fuerza de la verdad. No les costaba, pues, mas que recogerlas, y han tenido la mala fe de reproducir las objeciones, desentendiéndose de las respuestas. ¿Qué mas han hecho? Repetir hasta fastidiar las añejas y calumniosas imputaciones de Celso, Porfirio y Juliano; pero si hubieran leído las apologías de Orígenes, San Justino y otros, tuvieran rubor de producir objeciones tantas veces reducidas á polvo.

¿Qué mas han hecho? Se han servido de muchos sofismas para desquiciar la certidumbre de los misterios; pero jamas han podido probar que Dios no los ha revelado, ó que Dios debia á los hombres la demostracion de los misterios que les revela. Han acumulado con ostentacion y complacencia todos los males que en los siglos de la supersticion y fanatismo han hecho los hombres en el mundo con pretexto de la religion; ¿pero

acaso proceden con justicia, ó conocen bien esta religion, cuando pretenden hacerla responsable de las mismas acciones que reprueba, y á las que amenaza con castigos eternos? ¿están de acuerdo entre sí mismos cuando por una parte calumnian su santidad, acusándola de inhumana, y por otra se exasperan de la severidad de sus castigos y de la austeridad de sus preceptos? Pretenden que la religion cristiana es falsa, porque no hace buenos á todos los cristianos. Que digan, pues, que las leyes civiles son tambien inútiles y viciosas, porque no estorban todos los delitos ni producen todas las virtudes.

Pero lo que repiten con mayor deleite es el escarnio y la mofa con que producen ciertas doctrinas falsas y peligrosas, ciertas prácticas fútiles ó usos supersticiosos que se han introducido entre los pueblos cristianos.

En el fondo tienen razon; pero proceden de mala fe cuando no confiesan que semejantes abusos, nacidos del interes de unos y de la ignorancia y simplicidad de otros, son extrangeros á la religion, y tan contrarios á la pureza de sus dogmas como opuestos á la santidad de sus ritos; que la Iglesia, guiada únicamente por la Escritura y por la tradicion, los reprueba sin cesar, así por la voz de sus pastores y ministros fieles, como por la ilustrada y pura devocion de sus hijos instruidos. Si los incrédulos, pues, no ignoran que

la religion es la primera que llora estos abusos, ¿con qué cara se atreven á imputárselos?

Aquí me ocurre una reflexion que creo importante. La revelacion estriba sobre la verdad de ciertos hechos; nosotros los creemos mas probados y ciertos que ninguno de los que refiere la historia. Tambien se apoya con documentos y usos que vienen de Jesucristo hasta nosotros, monumentos existentes que no solo demuestran su antigüedad y origen, sino tambien la no interrupida y constante sucesion con que la tradicion y la práctica continua nos los ha conservado.

Así, el medio fácil y el mejor camino para combatirla seria ó demostrar la falsedad de estos hechos, ó la no existencia de los monumentos y de los documentos, ó la novedad de estos usos, indicando el tiempo ó la época en que se introdujeron. ¿Por qué, pues, ninguno de los incrédulos se ha atrevido á esta empresa? ¿por qué en vez de atacar el tronco se contentan con andarse por las ramas? Porque el tronco es inexpugnable, porque no pueden hallar hechos que sean contrarios á hechos ciertos, porque la evidencia de los documentos no permite la duda, y porque no es posible indicar una época moderna á usos que por una sucesion continua acreditan la antigüedad de su origen.

¿Qué hacen, pues? Contra todos los principios de la buena lógica en materias históricas y positi-

vas, á falta de otros medios, recurren á razones vagas de dudar, las mismas que pudieran conducirlos al Pyrronismo universal: quieren someter la certidumbre de los hechos á las reglas de la verosimilitud, los usos antiguos á las costumbres presentes, los designios de Dios á la razon de los hombres, y con método tan contrario á la sana manera de proceder, es indispensable que caigan en continuos paralogismos.

Añaden á esto historietas chistosas, aventuras malignas, sarcasmos picantes, chanzas burlescas y ridículas ironías, que vierten á manos llenas; y ve aquí como ofrecen una lectura entretenida, que la juventud y los hombres frívolos se tragan con ardor, porque gustan mas de los chistes que de la verdad, y porque no leen para ilustrarse sino para divertirse.

Esta es la sustancia de sus libros; y pues vos los habeis leído, citadme uno desde Bayle, que fué el primero de nuestros tiempos, hasta el mas moderno de nuestros dias, que no esté escrito ó con este espíritu ó con este estilo. Nombradme uno solo que haya combatido la religion de frente y en su totalidad, que se haya propuesto destruir este armonioso y arreglado plan, que empieza con la creacion del mundo y llega hasta nosotros los hijos de la Iglesia, este admirable conjunto que no puede ser mas que obra de Dios, pues fué predicho, anunciado y esperado; pues

los tiempos posteriores verificaron lo que los primeros oráculos habian prometido; pues es finalmente un edificio tan sublime, tan bien enlazado en todas sus correspondencias, tan divinamente encadenado en todas sus partes, que léjos de poder ser creacion de los hombres, asombra, espanta y sobrepuja á todas sus ideas.

Para combatir, pues, la religion, era menester trabajar en destruir su antigüedad, su autenticidad y toda esta armoniosa y completa proporcion con que manifiesta su excelencia. ¿Por qué no nos prueban que los libros de Moises son falsos, indicándonos cuándo y quién los escribió? ¿que sus milagros fueron prestigios, y que las fiestas y cánticos que usaron los judíos, y que se conservan aun, son todos ilusion? ¿que á los judíos no se les prometió ni ellos esperaron un Mesías? ¿que Jesucristo no lo fué? En fin, que nos prueben solamente que Jesucristo no resucitó.

Ve aquí el fondo y la substancia de nuestra religion; y para contrastarla era menester demostrar la falsedad de alguno de estos hechos fundamentales; pero esto es lo que no harán jamas: y como los pigmeos, que no se atreven á atacar á Hércules de frente, porque no los aplaste con su masa, van por detras á ver si le pueden arrancar algun despojo, cuando pueden encontrar alguna contradiccion aparente, alguna dificultad intrínseca, y sobre todo alguna idea que dé flanco á la

mofa ó á la risa, cantan el triunfo, mientras que el que conoce la magestad y solidez se rie de sus ridiculos esfuerzos.

Y estos hombres, señor, son los que pretenden ser los preceptores, los amigos del género humano y las antorchas de su siglo. ¡Infelices! ¡Pobre del mundo, si pudieran lograr sus culpables esfuerzos! ¡Qué seria de los hombres, si consiguieran con su infame conspiracion arrancarnos el don inestimable de la fe? Ellos quisieran que todos fueran filósofos, esto es, destruir la religion; ¡y qué conseguirían sino relajar y deshacer todos los cimientos de la sociedad, trastornar el orden público, y quitarnos hasta las últimas nociones de justicia y decencia? ¡Cuál fuera la suerte de las costumbres, de la buena fe, de la seguridad de los estados y aun de los particulares mismos, si los hombres pudieran persuadirse que todo perece con el cuerpo, y que la nada es el último término del vicio y de la virtud?

Però, le dije: ¿No ha habido muchos hombres que sin religion han tenido virtudes? Tito, Marco Aurelio, Antonio y otros muchos; no han sido humanos, benéficos, justos y generosos? Pero esos que me citais, me respondió, profesaban una religion, aunque no la verdadera. Por otra parte puede ser que se encuentren hombres de un temperamento mas propio para la virtud. También hay otros que quieren parecer virtuosos, aun-

que no lo sean, por orgullo; esto es, que por dominar ó por adquirir un gran nombre sacrifican las demas pasiones: esto es posible, aunque los ejemplos sean muy raros.

¿Pero se puede esperar contener en los mismos términos á una multitud grosera y desenfrenada? ¿Se puede imaginar que despues de haberles quitado todas las barreras de la religion y sus terrores saludables, sea posible con ideas filosóficas, con nociones abstractas de justicia y orden, contener la furia de tantas pasiones? Esto fuera desconocer la naturaleza del hombre, esto seria exigirle que hiciera de valde el sacrificio de su felicidad, y los buenos serian los mas desdichados.

La virtud no es otra cosa que el amor bien entendido de nuestros verdaderos intereses, la solicitud justa de nuestro bienestar. Si no hay que temer ni esperar despues de la muerte, el verdadero interes es gozar en esta vida. Si la razon no espera hallar en la otra la recompensa de sus sacrificios, los sentidos deben tener aquí la preferencia. En vano querrá la filosofia exagerar las ventajas que la virtud encuentra en sí misma; la corta y pobre recompensa de la admiracion agena no basta á desquitarla de sus trabajos y combates, y el interes presente y personal hará siempre mas peso en la balanza.

¿De qué aprovechará creer un Dios, si el mas virtuoso no tiene que esperar de su bondad, ni el

mayor malvado tiene que temer de su justicia? Desde que se destruyen la esperanza y el temor, que son los únicos resortes de la conciencia, no puede quedar estímulo á la virtud, y desde entonces ya no hay obligacion, ó si hay alguna, no puede ser otra que la de amarnos, y no amar mas que á nosotros mismos.

Ve aquí el terrible caos en que pretenden meternos los filósofos, y este seria el fruto de sus afanes y sus tristes victorias. Ellos enseñan á los hombres á entregarse sin remordimiento ni rubor á deleites que embelesan la naturaleza, á no temer á Dios, y hollar los principios de la equidad cuando se pueden ocultar á la vigilancia de las leyes; enseñan á los soberanos y poderosos á no conocer mas regla que su poder, su voluntad y sus pasiones. Han armado al hijo contra el padre, al esposo contra la esposa, al criado contra el amo; al vicio le han quitado sus frenos y remordimientos, á la virtud la han despojado de sus apoyos y motivos, y al corazón de sus consuelos y esperanzas. ¡Santo Dios! si esto es lo que producen sus verdades, que nos dejen con nuestros errores.

Peró, padre, le interrumpí, me parece que hay alguna exageracion en vuestras quejas. Confieso que tenéis razon en mucha parte, pero tambien me parece injusto acusar de tanto horror á todos los incrédulos. Yo conozco muchos que lloran

tan amárgamente como vos esos excesos, que ciertamente no son conformes con sus principios. Puede ser, señor, me respondió, que haya habido algunos á quienes la experiencia haya forzado á avergonzarse de sus triunfos; pero cómo no conocieron que destruyendo la religion rompian el freno mas poderoso de las pasiones, aniquilaban el único remedio que puede sanar el corazón, quitaban la única barrera que puede contener á la multitud, y abrian la puerta á todos los vicios para inundar la sociedad?

¿Cómo llamándose sabios, cómo diciéndose filósofos, pudieron ignorar que los hombres no pueden hallar ni en su rectitud natural, ni en su educacion, ni en sus estudios, ni en su propia vanidad estos preservativos, que la incredulidad dice que deben suplir á los resortes del Evangelio? ¿Cómo no comprendieron que reduciendo todos los apoyos de la virtud á especulaciones elevadas, que solo pueden entender los talentos superiores, no dejaban al comun de los hombres ningun estímulo para ser virtuosos?

¿Cómo podrán justificarse de haber hecho hasta la apología del suicidio? Como si no les bastara haber abierto á nuestras almas los abismos de la aniquilacion, que todavia quisieran apurar todas las fuerzas de su ingenio, para hacer que cuanto ántes nos precipitemos en ellos. Como si no les bastara haber quitado á los malvados el

terror de la eternidad, quisieran quitarles tambien el temor de las leyes, y hasta el amor de la vida, para aumentar con esto los delitos.

¿Quién, pues, puede mirar como bienhechores á hombres que trabajan por volvernos al poder de las tinieblas, despues que Dios nos ha alumbrado con las luces de su religion? Discurrid, señor, si merecen ser nuestras guias los que ó son tan malos que tienen este intento, ó tan ciegos que no lo conocen. Solo su necia é intrépida jactancia pudo tratar de preocupacion y de flaqueza nuestra adhesion al cristianismo.

Pero si hay una preocupacion absurda y deplorable, es la de preferir á nuestros grandes motivos de credulidad la autoridad de estos nuevos maestros, y considerarles mas luces que á tantos cristianos sabios, que en todos los siglos la creyeron con firmeza y la defendieron con gloria; y por fin, dejarse alucinar por sus sofismas, y creer lo que tal vez no creen ellos mismos.

Digo esto, señor, porque hay muchas razones para dudar de su sinceridad. Sin duda que no se cansan en repetir, en reproducir y volvernos á repetir sus principios destructores; pero este mismo incesante prurito, este infatigable conato es tal vez lo que hace su buena fe mas sospechosa. Parece que no habiendo podido fortificarse todavía bastante contra los terrores de su conciencia, mueven mucho ruido para atolondrarse y buscar

compañeros que apoyen su vacilante persuasion.

¡Cuántos he conocido que se hallaban en este caso! ¡Cuántos he visto que se esforzaban á parecer incrédulos, porque deseaban serlo! ¡cuántos que cuando sanos parecian intrépidos, en el tiempo de la afliccion y los reveses, en las pérdidas de la fortuna y en las enfermedades han venido á buscar en la religion consuelos que no podia darles su filosofía! ¡y cuántos finalmente á la hora de la muerte pálidos y trémulos han abjurado sus errores, implorando los socorros de la Iglesia que tanto habian despreciado!

A mas de esto, señor, ¿cómo es posible que esten verdaderamente persuadidos unos hombres que no tienen principios estables ni opiniones firmes? Como no tienen basas seguras, fluctuan en todo, y ellos mismos se desmienten y contradicen segun la inconstancia de los humores ó la osadía de los espíritus. Apenas podemos creer á nuestros propios ojos cuando leemos en sus escritos esta anarquía de discursos, este conflicto de doctrinas, y esta contrariedad de opiniones en los puntos mas esenciales.

Uno propone con frialdad la cuestion: si hay un Dios; y la deja sin resolver. Otro la resuelve, y lo niega con firmeza, y baldona al deista la pusilanimidad de no atreverse á cortar de raiz este que llama error popular. Llega un tercero que toma á su cargo probar la existencia de un Ser

supremo, pero con condicion de que no se euide de nosotros, y viva en el **repose** y la indolencia.

Viene otro filósofo, y **declara** que en un siglo tan ilustrado como el **nuestro** es ridiculo creer que haya otra vida; que **admitir** una Providencia es sujetar al Autor de la naturaleza á penosos y continuos afanes por objeto tan poco digno como la conservacion del universo. Otro dice al contrario, que la idea de un **Dios** que premia y castiga, debe estar grabada en todos los corazones, porque mejor seria ser gobernados por demonios que por ateistas.

Un libro nos enseña que la religion natural basta para todo; otro nos asegura que no hay ni puede haber religion natural, porque toda religion está en contradiccion con la naturaleza. Los unos prueban que los milagros **son** imposibles; los otros declaran que es menester encerrar como locos á los que niegan la posibilidad. Los incrédulos furiosos atribuyen á la religion los horrores de la política y el fanatismo de los últimos siglos; otros mas modernos reconocen que aquellos excesos fueron el abuso y no el espíritu del cristianismo: así jamas estan de acuerdo ni tienen un dictámen seguro.

Me seria imposible referir todas sus contradicciones; baste deciros que los apologistas de la revelacion han formado volúmenes de las que se hallan entre los escritores mas modernos; y aquí

permitidme que os pregunte: ¿Cómo es posible que despues de una demostracion tan completa, estos filósofos no han podido formar un sistema regular, capaz de suplir al de la religion: despues de haber visto que estan tan divididos, y son tan inconsecuentes, que lo que fabrican unos derriban otros; que ellos mismos destruyen sus propias ideas; que las opiniones de ayer las contradicen hoy; que no han sabido establecer ni fijarse en nada, y siempre opuestos entre sí, los unos se burlan de los otros? ¿Cómo es posible, digo, que hombres de esta especie hayan podido hacer tanto efecto y adquirir crédito y autoridad?

Preveo, padre, le dije, que quereis forzarme á confesar que su fuerza y su luz consisten en la flaqueza y las tinieblas de sus lectores. Yo creo, señor, me respondió, que no tuvieran un solo partidario si no los patrocinaran las pasiones, y si los cristianos estuvieran mas instruidos en los fundamentos de su religion; pero este es el gran mal, y, lo repito con dolor, son pocos los que se aplican á instruirse. Los negocios ocupan, y los momentos de descanso se emplean en diversiones; la opulencia y la grandeza arrastran á los placeres y alejan de las cosas sólidas; la curiosidad se entretiene con las ciencias profanas, desenreda el caos de las costumbres y religiones extrañas, y descuida de la sola en que ha nacido y de que depende su felicidad.

Apénas hay quien lea los libros santos dictados por el Espíritu de Dios, ni los de los sabios que explican su sentido sublime y misterioso, ni tampoco los escritores que han juntado las pruebas de su verdad, y han confundido los sofismas de los incrédulos con tanta fuerza como claridad. Sin mas instruccion que la de su niñez, con el enemigo interior de nuestra propia inclinacion, con el deseo secreto de que no sea verdadera una religion que nos contiene y nos amenaza, con el maligno placer que causan los discursos que la desacreditan, ¿qué mucho es que tantos se dejen deslumbrar por la vana erudicion, por la elocuencia y por los dichos picantes de los filósofos?

Lo peor es que una vez hecho el daño, es sumamente difícil el remedio. Yo no veo cómo ni cuándo podrán desengañarse y volver al seno de la religion, porque cada día con la corrupcion de sus costumbres se aumenta la densidad de sus tinieblas. ¿Será cuando se instruyan mas? Pero ellos no se quieren instruir, ni siquiera se dignan aprender los fundamentos en que se apoya la fe. ¿Será en la madurez de la edad y cuando las pasiones empiecen á enfriarse? Pero la vejez que debilita los sentidos no purifica el corazon, deja en su fuerza la imaginacion y la memoria, y aun que impide á los sentidos la ejecucion de lo que la ley prohíbe, pero no les hace amar lo que manda. ¿Y cómo en el tiempo del desaliento y de la

pereza se podrá examinar, estudiar y aprender lo que se ha desdeñado en el de la curiosidad y del vigor?

Cada día se aumentan en el hombre las dificultades, sea por la mayor fuerza de los hábitos, sea por la mas antigua tenacidad de las ideas, sea en fin, por la insensible debilidad de las facultades: así es imposible que la naturaleza por sí sola pueda alcanzar á tanto esfuerzo. Solo Dios y su omnipotente gracia pueden obrar esta resurreccion; él es quien tiene la linterna en la mano, y la abre cuando quiere; él es quien envia su Espíritu, que va y sopla donde le parece. ¡Dichoso el escogido para ser vaso de misericordia! Pero me parece, caballero, que ya es tarde, y que ahora tendréis necesidad de reposo.

Yo le respondí: Vos me habeis instruido de muchas cosas nuevas para mí: todas me dejan una fuerte impresion; espero que otra vez volveremos á hablar de ellas. Ahora permitidme que os dé gracias por tantas finezas como os debo. Entonces nos dimos las buenas noches, y yo tambien te las doy. A Dios, Teodoro, hasta otra carta.

CARTA V.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

QUERIDO amigo: desde que el padre me dejó solo, entré en batalla conmigo mismo, y examinando de buena fe mi vida, la de nuestros amigos, la de tantos incrédulos, y particularmente la de los mas celebrados filósofos; considerando la conducta de todos, y el estilo ordinario de las gentes del mundo, no pude dejar de conocer que habia mucha verdad en lo que me habia dicho sobre las causas mas ordinarias de la incredulidad.

Repasé tambien en mi memoria algunos de sus libros, y especialmente los que pasan por los mas celebrados contra la religion, y hallé que aquel buen religioso los habia resumido con fidelidad, y que los retratos que me hizo así de ellos, como de sus autores, no dejaban de ser parecidos.

Me asombraba de que un eclesiástico, que me habia presentado el acaso, estuviese tan instruido, cuando yo creia que todos eran ignorantes, fanáticos y crédulos, sin crítica ni discernimiento. No me podia figurar que un hombre retirado en un claustro fuese capaz de unos racionios tan

justos y de una lógica tan sana como la que manifestaba. Yo habia creido burlarme de su ignorancia y su simplicidad; pero encontré en él mucho talento y un espíritu vivo y penetrante.

Lo que mas me sorprendió fué, que estuviese tan enterado, no solo de los libros filosóficos, sino que conociese tan á fondo á sus autores; porque yo creia que si habia ilusos y crédulos, era porque ignoraban ó no habian visto las nuevas luces con que la filosofia ha desengañado á los hombres. Me parecia imposible que un hombre dotado de mediana razon, y esclarecido por las muchas reflexiones que estos libros producen, pudiese creer todo cuanto se nos imbuye en nuestra infancia.

No comprendia, pues, cómo este padre, que por otra parte me parecia dotado de juicio sano y razon despejada, pudiese ser tan crédulo, y me decia á mí mismo: Ve aquí el efecto de la educacion y de la invencible tenacidad que adquieren las primeras ideas de la infancia. Aunque los hombres nazcan con talentos, en vez de buscar con ellos la verdad, no los emplean sino en dar colorido á los errores adoptados y persuadirse de las opiniones mas monstruosas. Este buen padre confiesa que la religion es un agregado de misterios incomprensibles y oscuros, y con todo pretende que ella se puede demostrar con evidencia. Es menester tener el juicio pervertido para

no conocer una contradiccion tan palpable. ¿Cómo es posible mostrar con evidencia lo que ni siquiera se puede entender?

Este buen varón, que es capaz de tragarse este monstruo, ha leído todos los libros filosóficos, y no solo no se ha dejado penetrar de la fuerza de sus convencimientos, sino que los trata de frívolos y sofisticos. Esta es la arrogancia y satisfaccion con que se explican. . . . Sus autores son los primeros ingenios del universo, y este buen hombre habla de ellos con desprecio y lástima, los llama ignorantes, y tiene por superiores y mas ilustrados á los que como él no saben sacudir el yugo que les impusieron sus toscos padres: este es el extremo de miseria á que puede llegar la razon humana.

Y pues la suerte me ha traído aquí, y la prudencia me dicta permanecer todavía, lo mejor que puedo hacer es sacar partido de la necesidad, y desengañar á este pobre iluso. Entraré en disputa con él, y le haré ver sus ineptias y futilidades. Parece que tiene luces naturales, y es posible que sienta la fuerza de la verdad; y á lo ménos me divertirá viéndole embarazado con mis reflexiones, porque no sabrá desembarazarse sino con miserables subterfugios que yo se los haré palpables.

Estaba haciendo entre mí estos discursos cuando vino el padre; y despues de los cumplidos or-

dinarios, le dije: Muchas veces, padre, me habeis repetido que la religion cristiana merece nuestra admiracion y creencia; que su plan es magnífico, bien ordenado, fácil de comprender, y tan capaz de producir la evidencia, que obliga á la persuasion. Os confieso que esta asercion me parece muy arrogante, y ciertamente es contraria á todas las ideas recibidas; porque todos saben que la fe es oscura, que presenta misterios incomprensibles, y yo añado que propone cosas que no solo repugnan á la razon, sino que tambien la contradicen.

Los mismos cristianos aseguran que en esta dificultad consiste su mérito; pues á pesar de las contradicciones y repugnancias que aparecen á la razon, debe sacrificarse ella misma para no escuchar más que las voces de la fe. Esta es la batalla de la fe y de la razon; y yo creo que en esta lucha cuando el miedo y la credulidad dominan, la fe vence; pero cuando la filosofia reina, la razon triunfa. Por otra parte, para creer es menester juzgar que lo que se cree es cierto; para juzgar es menester entender. ¿Cómo, pues, entender lo que no solo no se puede comprender, sino que nos parece contradictorio y absurdo?

Ved aquí, señor, me respondió, una objecion que os parece especiosa. Hallais contradiccion en que se vea con claridad lo que es obscuro, en que se crea lo que no se entiende, y en que se pueda de-

mostrar con evidencia lo que no se puede comprender. Os diré de paso que de este carácter son casi todas las objeciones de los filósofos. Presentan un aspecto formidable, porque confunden las ideas; pero cuando una sana lógica las desentraña, y pone cada cosa en su lugar, entónces se desploma el aparente edificio, que solo ha podido asombrar al que no tiene ojos para discernir la verdad de su apariencia; y vos lo vais á ver.

Señor, en la religion hay dos cosas: el hecho y el derecho. El hecho es, que Dios la ha revelado; el derecho, lo que Dios ha revelado. El primero es claro, y se puede probar con evidencia que Dios es su autor: lo segundo en parte es claro, porque hay muchas cosas que Dios nos ha permitido entender; y en parte obscuro, porque hay otras que ha escondido á nuestra inteligencia.

Para que nuestra razon se satisfaga y conozca que la religion es divina, Dios nos ha dado pruebas y documentos tan evidentes y seguros, que cuando se miran de buena fe es imposible al que abre los ojos no ver el resplandor de tanta luz. Por eso es culpado el que no la cree, porque de su aplicacion depende convencerse de su verdad; y si no se convence porque no se aplica, entónces su omision ó negligencia en materia tan importante es un grave delito: aquí no hay obscuridad alguna.

Es verdad que en lo que llamo derecho, esto es,

en lo que Dios ha revelado, hay misterios incomprendibles, no porque contradigan la razon, pues siendo de un órden divino, no estan en la esfera de sus alcances, sino porque la exceden y sobrepujan; pero Dios puede revelarnos lo que quiere, y escondernos lo que le parece, segun el órden de su inefable sabiduría, y con la medida que quiere poner su Providencia.

La razon siempre humilde y reverente á los divinos decretos, debe someterse adorando lo que no entiende, y creyendo sin entender lo que se le manda creer sin que lo entienda. No tiene derecho para pedir á Dios cuenta de sus disposiciones, y debe hacerse cargo de que Dios reserva la manifestacion de estos secretos para el dia de la eternidad; que seria una insolencia quejarse de no saberlo todo; que Dios la ha hecho saber todo lo que la es necesario para conocerle, adorarle, servirle en esta vida y gozarle en la otra, y que acaso no le seria conveniente saber lo superfluo, y lo que solo pudiera contentar su orgullo y vanidad.

Si se quisiera, señor, con buena fe tener presente esta distincion, se evitarian los equívocos y la confusion con que de ordinario obscurecen los incrédulos este asunto; se veria que las expresiones de misterios que contradicen y repugnan á la razon, no son exactas; que aquí la luz no está en oposicion con la obscuridad, pues la luz está en

una cosa y la obscuridad en otra; que la razon debe hacerlo todo hasta ver la verdad de la revelacion, pero que cuando la llegó á ver debe respetar su obscuridad; que para decirlo así, si en el primer exámen debe hacer el primer papel, en el segundo no puede hacer mas que el último.

Mientras se examina si Dios es verdaderamente el autor de la religion, si es cierto que ella viene del cielo, y que la haya revelado á los hombres, la razon lo hace todo. Ella examina bien las pruebas, compara los testimonios, rechaza todo lo que no le parece evidente, ó lo que no juzga probado; solo admite lo que mira demostrado, y á cuya fuerza no puede resistir; indaga, contradice, apura. Ella es el juez, es el árbitro; este es su oficio; Dios mismo se lo impone, pues no la ha dado sino para eso; porque quiere que su misision sea un obsequio razonable, y no lo fuera y dejara de ser virtud si ella no quedase persuadida.

Pero si despues de haber visto bien, bien examinado, queda al fin convencida; si las pruebas que la religion la ha presentado, la parecen tales que no puede ya dudar de su extraccion divina, entónces hace el último papel, y se somete humilde y reverente. Ya toda duda seria sacrilegio, todo exámen insulto á la verdad de Dios, toda indagacion mas allá de lo que se la ha querido revelar, una temeridad. Se hace cargo de que la obscuridad no es un defecto, sino una dis-

posicion divina; que la incomprendibilidad no es una excusa, pues sabe que no puede comprender lo que es de un órden superior tan excéntrico á su inteligencia.

Pero como ya no duda que la religion viene de Dios, al instante se postra, adora y se somete; da gracias al Autor soberano, y en las muchas cosas que entiende, admira la magestad y la bondad divina. Si en otras percibe obscuridades, si se la presentan misterios, si le parece que hay cosas que no hubiera podido adivinar, que no hubiera alcanzado con sus propias ideas, no se espanta, porque conoce su pobreza, sabe que es limitada, se acuerda de la grandeza de Dios, de su sabiduría, de la profundidad de sus designios, y entónces se humilla y calla: tanto como fué lince para examinar si es verdaderamente Dios el que la ha manifestado, otro tanto ahora que ya lo sabe, es ciega para creer y adorar; y ve aquí cómo la razon y la fe estan siempre de acuerdo. La razon no cree fácilmente un origen divino; es menester mucho para hacérceelo ver; pero cuando le ve, ya no sabe mas que creer y obedecer.

Así, cuando se trata de religion, sola una cuestion se debe examinar; todo se reduce á saber si en efecto las pruebas de que se gloria, si los fundamentos en que se apoya son de tal naturaleza que no pueden venir mas que de Dios. Supongamos por un instante que yo pudiese demostrar á un

incrédulo que Jesucristo es Dios, y que Jesucristo nos dió el cristianismo en su Evangelio: ¿os parece, señor, que supuesto que el incrédulo convencido se viera forzado á confesar esta verdad, le estaría bien venir á proponerme objeciones que le embarazaran? ¿podría con pudor decirme que su corazón encuentra dificultades, que su espíritu no puede comprender misterios tan oscuros, ni acomodarse con aquella doctrina?

Yo le diría: ¡Hombre pequeño y miserable! ¿cómo á la vista de tu Dios te atreves á hablar de tu razón? Tu razón no ha debido servirte sino para saber que Jesucristo tu Dios se ha dignado de hablarte; y cuando ella te lo ha persuadido por pruebas á que no pudo resistirse, ¿qué te queda que hacer sino humillarte y adorar la alteza de su saber? ¿Pretendes medir las insondables profundidades divinas con los estrechos límites de tus alcances? ¿aspiras á encerrar el incommensurable oceano de la eterna sabiduría en la breve concha de tu inteligencia?

Tu razón hizo ya lo que debía; ella empleó todos sus esfuerzos, toda su sagacidad en examinar si Jesucristo es Dios; indagó si los documentos que lo acreditan eran auténticos y seguros; puso grande estudio en saber si no había seducción ó engaño; consideró con atención prolija y cuidadosa si Jesucristo probó su misión de una manera tan clara y tan irresistible que no quede lugar á la menor duda.

Después de tan serio y tan profundo exámen, no pudo hallar pretexto para no rendirse; ella misma se juzgó inexcusable si no cedía á la fuerza de tantos y tan altos motivos. Esto es lo que debía hacer y penetrar, y esto es lo que han hecho para dicha tuya; pues sin este exámen apurado, sin esta discusión tan prolija, no hubieras podido tener mas que una fe incierta y vacilante, una fe vaga sin principios ni consistencia; pero pues una vez quedó convencida tu razón, si su orgullo te pretende inquietar con nuevas dudas, hazla callar, y obligala á que adore y crea.

Este exámen, señor, es necesario y útil, tanto para consolar y corroborar al que cree, como para desengañar al incrédulo. Por otra parte, el Príncipe de los apóstoles nos exhorta á satisfacer á los que nos piden razón de nuestra creencia y de nuestras esperanzas; porque debemos estar en estado de justificar que nuestro proceder es el mejor y mas seguro, mostrando los títulos firmes é indestructibles de nuestra confianza: mas una vez alistados en las banderas del Evangelio, no debemos escuchar los nuevos gritos de una razón inquieta, y todo mi estudio debe dirigirse á saber lo que él dice para creerlo y practicarlo.

Si en este Evangelio que ya adoro, hay misterios, venero hasta su obscuridad; ¿y cómo puede penetrar la sublimidad de los misterios el que á cada paso se encuentra cercado de tinieblas en la

contemplacion de las cosas naturales? Las ve, las palpa, y sin poder dudarlas, no puede entenderlas. ¿Pero qué importa? Una razon justa y modesta sabe que la tierra no es el pais de los conocimientos; que llegará el momento en que empezará el dia interminable de la luz, y que lo que la importa saber es que debe creer y observar lo que se la prescribe.

Aquí debéis observar como esta fe es al mismo tiempo clara y obscura: clara hasta la evidencia en los motivos de creer; clara en los documentos que la fundan; clara en las invencibles pruebas que la establecen; pero obscura en algunos de sus misterios; y esto era necesario para que fuera fe, porque su esencia es no ver y creer lo que no ve. Tambien debía serlo para ser meritoria, porque no hay mérito en creer lo que se ve. Esto no cuesta, y se hace sin esfuerzo ni sacrificio. Jesucristo dijo (1): „Dichosos los que no vieron y creyeron.”

Así es, señor, como la fe y la razon, cuando esta se conduce bien, saben aliarse; porque cada una se pone en su lugar. La razon da los primeros pasos, y puede mostrar que la religion viene de Dios, porque viene de Jesucristo que lo es; que Jesucristo ha fundado una Iglesia á quien dejó su autoridad, prometiéndola su asistencia; que

(1) Joan. xx. 29.

todos los artículos que la fe propone han sido revelados por Dios, creidos y sostenidos por su Iglesia.

Puede añadir, que siendo Dios incapaz de error ó de mentira, todo lo que dice es soberanamente verdadero; y que como lo que dice la Iglesia es la palabra de Dios, no es ménos cierto, y así exige una igual y entera adhesion de nuestro corazon y de nuestro espíritu. Ve aquí hasta donde la razon alcanza; ve aquí los objetos de que debe ocuparse, y que puede descubrir con sus propias luces.

Pero cuando ha llegado á estos conocimientos, y se rinde á la fuerza de la verdad, entónces se aparta, se pone á un lado, y cede á la religion todo el lugar; entónces la fe es la única que domina, y propone sus verdades particulares, que la razon no podia descubrir. Es cierto que estaban ocultas, y que son de una esfera superior; pero la razon las oye sometida, conociendo su poca luz para penetrar arcanos tan altos y tan secretos. Si tal vez incitada por la indocilidad de su orgullo, se emancipa á mostrar alguna repugnancia, al instante la fe la oprime con el peso de su autoridad, la reduce á silencio, y la tiene cautiva.

Si vuelve inquieta á preguntar ¿por qué esto? ¿por qué aquello? la religion la tranquiliza diciendo: Acuérdate de que Dios lo ha dicho, y calla. La razon se humilla; pero es una humillacion saludable para que no se descamine ni se vuelva,

como dice San Pablo (1), á todo viento de doctrina, y porque la contiene así en los límites de que no debe salir. De esta manera la fe es firme, sin perder nada de su obscuridad, y es obscura sin perder nada de su firmeza.

Supuesto, pues, que la razon haya una vez quedado convencida de los principios de la fe, si después olvidada ó loca me viene á preguntar: ¿Cómo es posible concebir que un Dios se haga hombre, sin dejar de ser Dios; que sea mortal al mismo tiempo que inmortal, pasible é impasible; que reciba en su persona toda la gloria de un Dios con todas las enfermedades de un hombre? ¿Cómo es posible entender que este hombre Dios venga y esté presente en los altares, escondido en las especies de pan y vino, y otras dificultades de este género? La fe me responde lo que Dios dijo al mar: „Tú llegarás hasta allí, pero allí te detendrás: allí quebrarás tus olas, y abatirás las hinchazones de tu orgullo (2).”

Esta sentencia fué absoluta, y contra ella la razon humana no tiene que oponer ni puede replicar; ántes la produce grandes ventajas, pues por ella puede el hombre hacer el sacrificio de su razon con la fe, así como hace el de su cuerpo con la penitencia, y el de su corazón con el amor. Cuando con la penitencia le sacrifica su cuerpo,

(1) Ad Ephes. iv. 14.

(2) Job xxxviii. 11.

glorifica á Dios como soberanamente justo; cuando le sacrifica el corazón con su amor, le glorifica como soberanamente amable; y cuando le sacrifica su razon con la fe, le glorifica como soberanamente verdadero.

De aquí podeis inferir cuán útil es la fe para la tranquilidad del corazón. Considerad cuán dulce es y cuán ventajoso tener una regla segura, que con una palabra sola tranquiliza las agitaciones de una razon inquieta; esta regla es la fe. En efecto, señor, sin una fe dócil y sometida, todas las luces de mi razon, en vez de sosegarme con la eleccion de un partido, y dejarme el espíritu en reposo, no harán otra cosa que arrojarme cada día en muchos embarazos, y causarme nuevas turbaciones.

¿Quién ignora que la razon humana, si se le deja tomar vuelo, es variable en sus ideas, y que recibe y acoge todos los errores de la imaginacion? De modo que hoy piensa de una manera y mañana de otra; lo que hoy la gusta, mañana la desagrada; no bien resuelve una dificultad, cuando viene á agitarla otra duda.

Por eso se ve á tantos filósofos en una incesante perplejidad, asiéndose de todo, y sin hallar firmeza en nada. Esto es lo que deploraba S. Agustin cuando decia que no estudiaba sino para hallar la verdad, y que en esto empleaba toda su filosofia; pero que después de mucho afán, des-

pues de haber caído en errores groseros, quedaba siempre incierto y vacilante sin encontrar donde fijar el pié. ¿Por qué? Porque no tomaba otra guía que la de su razón, y que esta no bastaba para alumbrar su entendimiento; que esta fué la causa de tantas mudanzas y de tantos trabajos inútiles; que por eso pasó por tantos sistemas diferentes de que se dejó alucinar, y que no se desengañó sino cuando se entregó á la conducta de la fe. ¿Cómo llora en sus confesiones la ceguera en que vivió tan largo tiempo! ¿y cómo da gracias á Dios de haber deshecho el hechizo de las ciencias profanas que le tenían fascinados los ojos, y de haberlos reducido á la santa sencillez de la fe!

En efecto, señor, cuando la razón se ha sometido ya á la fe, y que una y otra están de inteligencia, conteniéndose cada cual en la esfera que la corresponde, las dos se prestan un auxilio recíproco. Esto es lo que tranquiliza al cristiano, y le hace invencible. Que venga á combatirle el que quisiere: sea el espíritu tentador con sus astucias, sean los incrédulos con sus sofismas, sean mis pasiones con sus atractivos, sean en fin, mi propia ligereza, ó el orgullo y la indocilidad de mi razón; yo tengo á la mano una respuesta corta y decisiva que satisface á todo; yo digo lo que Jesucristo dijo al demonio cuando le tentó en el desierto (1): „Escrito está:” Dios lo ha di-

(1) Matth. iv. 4.

cho: sí, escrito está, que hay un Ser supremo, y que no hay mas que uno, que es invisible, eterno, omnipotente, que ha criado el mundo, le conserva y gobierna. Yo le interrumpí diciéndole: Hasta ahí va bien, padre mio; y mientras solo esté escrito que existe un Dios, podremos acomodarnos; pero decidme: ¿Está escrito que Dios es uno y tres? ¿que este Dios se parte en tres porciones? ¿que es uno y que no es uno porque es tres? ¿que es tres y que no es tres porque es uno? En fin, padre, ¿es posible que un hombre de razón, no digo instruido ni filósofo, sino que solo tenga el sentido comun, pueda creer y adorar cosas tan visiblemente increíbles y contradictorias? Si se ha podido alucinar al pueblo rudo que no considera, ¿cómo se puede pretender tratar con el mismo desprecio á los que deben entender mas y juzgar mejor? ¿Qué puede ser una religion que empieza por un misterio que á primera vista manifiesta una contradicción?

Si los cristianos, señor, me respondió, dijeran haber inventado ó haber descubierto este misterio que os parece tan increíble, tuviérais razón para despreciarle, y vuestra razón seria juez competente para decidir de su invención ó su descubrimiento. Entónces pudiérais decirles con justicia: Vuestra invención es loca, y repugna á la razón: vuestro descubrimiento es increíble, porque contradice á todas las ideas y conocimientos de los

hombres; pero los cristianos dicen que Dios lo ha revelado, y pretenden probarlo con pruebas y razones que dicen ser evidentes y claras. En este caso ya veis que ni podeis argüirles con su obscuridad, ni baldonarles lo que llamais su contradiccion, ni tampoco debeis ocuparos del exámen interior del misterio, ó de la conformidad ó disonancia que puede tener con vuestras ideas. Lo único que podeis examinar es si es verdad que Dios lo ha revelado; si las pruebas, las razones y los monumentos que los cristianos alegan son tan ciertos, tan auténticos y evidentes como lo dicen.

La razon de esto es porque todos los objetos que pertenecen á la region del infinito, ó á un órden superior á nuestra capacidad, no deben ser regulados por las ideas de los hombres, ni el fundamento de su creencia puede estribar en su conformidad con las percepciones de una inteligencia limitada. Sin subir á la altura de lo sobrenatural, á cada paso encontramos verdades naturales, totalmente excéntricas á la esfera de las nociones humanas.

¿Quién sabe, por ejemplo, cómo ó por qué el cuerpo obedece á los simples deseos del espíritu? ¿Quién comprende cómo ó por qué la materia inerte y tosca es capaz de animarse con el movimiento? ¿Quién, finalmente, entiende la mayor parte de los fenómenos que obran en nuestros sentidos cada instante, sin que jamas pueda penetrar-

los la razon? Los efectos son sensibles y los principios son ocultos; y si la razon los ejerce sin comprenderlos, es porque no puede contradecir la evidencia de sus sensaciones.

¿Cuánto mas deben ser inaccesibles á todo el esfuerzo de su penetracion los objetos que ni aun siquiera pueden percibir nuestros sentidos? Así, desde que se nos proponen, apoyados sobre un testimonio divino, no debemos considerar si son ó no son incomprensibles, si parecen ó no contradictorios; solo debemos examinar si el testimonio en que se apoyan viene verdaderamente de la region á que se atribuye; y si se puede demostrar la verdad y la seguridad de su origen, es ridículo dejar de creerlos porque presentan muchas dificultades,

Importa poco que el entendimiento lo apruebe ó lo rechace, que le parezca conforme ó disonante con sus ideas, porque no son ellas las que pueden juzgarlo: ya se le ha dicho que estan fuera de su esfera, y que pertenecen á un reino divino; por consiguiente, lo único que puede hacer es examinar si en efecto las pruebas que se alegan son ciertas, y vienen de esta region divina; en una palabra, si es verdad que Dios se ha dignado de revelarlas á la tierra.

Ve aquí la razon por qué no puede ya emplear sus luces sino en averiguar esta verdad; y ve aquí tambien por qué altera su naturaleza y sobrepa-

sa sus funciones, cuando se atreve á querer penetrar en los misterios, cuando intenta elevarse á la contemplacion de objetos, cuyos principios quedan en los insensables abismos de su esfera sobrenatural.

El infinito es necesariamente incomprendible, tanto en el modo de su esencia, como en cualquiera de sus atributos. En el orden de las verdades naturales, á medida que cada objeto se desenvuelve, se presenta mas á nuestro entendimiento, y su imagen se graba mas en él; pero en el infinito todo se agranda á medida que se particulariza, y nuestro entendimiento se confunde tanto con su totalidad, como con una de sus propiedades ó atributos.

Por eso la incomprendibilidad es esencial á todo lo que pertenece á este orden, que es por su naturaleza inaccesible. Es imposible que el Eterno nos hable ó nos dé una idea perteneciente á su carácter, sin que nuestro entendimiento sea sumergido en el oceano, donde nuestra razon no puede por sí sola fijarse. Por consiguiente, toda revelacion desde que se acredita la verdad de su existencia, no puede ya ser mas que objeto de nuestra adoracion y de nuestro amor.

El Eterno es de un orden único. Su lenguaje no se puede parecer á los nuestros. Lo que alcanza á descubrir el racionamiento humano, no puede ser divino: cada cosa tiene la marca y la im-

presion específica de su esfera; y la incomprendibilidad es la marca y el carácter distintivo de todo lo que es divino y sobrenatural.

Estos principios son muy claros, y es menester estar ciego para no ver su evidencia; nada puede ver el que no ve tanta claridad; ménos vista tiene que el que nunca abrió las párpados á la luz del dia; no habrá poder que le haga recibir la verdad y practicar la virtud, pues no siente diferencias que el buen sentido debe por sí solo descubrir.

No excusa, pues, á la incredulidad decir que un misterio es increíble, y que una Trinidad de personas en la unidad de la esencia divina destruye las ideas de la filosofia, porque esta misma dificultad debe fortificar las otras razones de creer. A ménos que se nos explique cómo lo que es tan increíble pudo ser inventado por unos hombres, y creído por una innumerable multitud de otros, no se puede concebir que ideas tan inauditas y extraordinarias se pudieran presentar al espíritu humano, y ménos parece que se haya esperado el persuadir las á los demas. Esta debe ser una nueva razon para indagar con mas solicitud el origen que se las atribuye.

En efecto, la impostura puede fabricar sistemas y urdir fábulas; pero todas las invenciones de los hombres tienen siempre alguna relacion con las ideas de su espíritu, y por algun lado se pare-

cen á los objetos que ellos mismos conocen. No cabe, pues, en la naturaleza humana haber inventado esta Trinidad: el dogma me asombra menos de lo que me asombraría, ó la fraude que le inventara, ó el arrojó que le persuadiera. Cuesta ménos á mi razon recibirle y adorarle, que tenerle por fruto de una maquinacion humana.

Es seguro que cada efecto debe tener una causa que corresponda al carácter que le distingue; y por mas que yo lo medite, sola la verdad puede parecerme motivo suficiente para que la Trinidad Divina pudiese entrar en el entendimiento de los hombres: así para mí y para todos los demás cristianos su misma inverosimilitud es otra prueba de su verdad. Me parece que la sana razon puede discurrir así, y que no se apartaría de los principios de una buena lógica; pero los cristianos dicen mas, y prueban que todos los artículos de su creencia han sido revelados por Dios. Así dicen: Escrito está que en este Ente incomprendible con la mas simple unidad hay sin confusion una Trinidad de personas; que esas tres personas son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo iguales entre sí; que la persona del Hijo vino á la tierra para redimir á los hombres; que siendo Dios y sin dejar de serlo, se hizo hombre; que vivió entre nosotros, que murió en una cruz, que resucitó, y que subió á los cielos.

Escrito está que este Salvador divino, querien-

do quedarse con nosotros hasta la consumacion de los siglos, nos dejó su sagrada carne y su preciosa sangre bajo las especies de pan y de vino, que ofrecemos en sacrificio, y que uno y otro son la comida y bebida con que se alimentan nuestras almas.

Escrito está que habrá un juicio universal, en que todos compareceremos; que allí seremos juzgados con arreglo á la ley del Evangelio; que los que la hubieren observado gozarán de una bienaventuranza eterna; pero que los que no la hayan creído ó la hayan violado sin haberse arrepentido, serán castigados sin medida ni fin.

Escrito está. . . . ¡Y qué, padre, le volví á interrumpir, os atreveis á asegurarme que podeis probarme con evidencia que el mismo Dios ha revelado al hombre esas cosas que parecen tan absurdas, tan monstruosas y tan poco dignas de la Divinidad? Sí, señor, me respondió; y no extraño que vuestra razon, que no se ha detenido á indagar los principios, se rebele cuando escucha prodigios que la son tan superiores: sin duda que estas deben ser para vos novedades extraordinarias, misterios oscuros y verdades terribles.

Pero el que vea, sin poder dudarle, que está escrito, esto es, que Dios lo ha dicho; el que sepa que Jesucristo es Dios por pruebas tan evidentes, que seria locura no reconocerlo, ¿qué puede hacer sino rendirse y bajar la cabeza al respeto

de su infalible autoridad? El único exámen que le queda es saber si **es** cierto que Jesucristo lo ha dicho; pero desde **que** depone esta duda, calla y se somete, porque **sabe** que su razon puede engañarse, y que **Jesucristo** es la verdad misma.

Bien pueden ofrecérsele argumentos á que no halle salida, racionios de que no pueda desembarazarse; nada le **hace** titubear un instante, y desde entónces dice con el Apóstol (1): „O profundidad de los tesoros de la sabiduría divina! sus juicios son incomprensibles, y sus caminos superiores á nuestra inteligencia. ¿Quién ha penetrado los pensamientos del Señor? ¿quién ha entrado en sus consejos?“ Así resuelve el cristiano todas sus dificultades; así disipa todas sus dudas; así se desembaraza de **todas** las reflexiones peligrosas, se aquieta, vive **en paz**, y solo se ocupa en practicar las **máximas** que el Evangelio le enseña.

Pero, padre, le dije, **no** es posible que el entendimiento del hombre **adopt**e lo que no alcanza á ver; es imposible que **crea** lo que no entiende. Ese es, me respondió, el **orgullos**o clamor del espíritu humano, porque **no** quiere hacerse justicia y reconocer su flaqueza. ¿Cómo es posible que entienda cosas sobrenaturales, que estan fuera de la esfera de sus conocimientos, y para cuya inte-

(1) Ad Rom. xi. 33 y 34.

ligencia no tiene órganos proporcionados? ¿No le basta saber, que Dios es quien las dice, diciéndole al mismo tiempo llegará dia en que separado de la materia adquirirá la aptitud para entenderlas?

¿Y qué, señor, esta misma razon no abraza tambien las cosas naturales? ¿Cuántas cosas hay en el universo, cuántas pasan á nuestra vista, sin que podamos dudar de su existencia, y sin que tampoco podamos comprenderlas, y con todo seria menester ser locos para decir que porque no las entendemos no son verdaderas?

Porque no hemos comprendido hasta ahora el flujo y reflujo del mar, ¿se puede dudar de este movimiento de las aguas tan regular y tan constante? Porque nadie sabe todavía la causa por que el iman se dirige siempre al Norte, ¿se dudará de fenómeno tan útil? ¿Cuántas obras de la naturaleza se esconden á nuestra penetracion! ¿Cómo, pues, podemos sorprendernos de que los misterios de Dios esten fuera de nuestros alcances! ¿y cómo se puede decir no los creo, porque no los entiendo?

Seria muy temerario el mortal que pretendiera robar al cielo los secretos que le quiere esconder. El mismo Dios ha amenazado de oprimir con su gloria al que se acercare demasiado á registrar su magestad (1). Dios nos ha descubierto

(1) Proverb, xxv. 27.

todo lo que nos era necesario, así para conocerle y servirle en esta vida, como para vivir con él en la otra eternamente dichosos; y á fin de hacernos ver que la revelacion es suya, y que no nos queda excusa, nos ha dado señales tan caracterizadas, que nadie las puede dudar, y cualquier espíritu mediano las puede entender: esto es lo que nos basta. Lo demas ha querido reservarlo para el dia de la gloria, en que el hombre entrará en su santuario eterno, y cuando se le manifestará con todo el esplendor de su magnificencia; entónces pasaremos de esta fe tenebrosa á la mas luminosa claridad. No digo por esto que Dios repruebe el prudente conato de una razon modesta y contenida: él nos la ha dado como un farol que nos alumbra en esta vida; pero quiere que no salga de su esfera, que se contente con llegar á lo que alcanza, y que cuando él habla, cierre los ojos y se humille delante de la fe. Así lo ha arreglado el Señor por nuestro propio bien, y seria....

Pero, padre, le interrumpí, ¿no es verdad que Dios ha impreso en el corazon del hombre un sentimiento íntimo y natural, un discernimiento claro de lo bueno y lo malo, en fin, las ideas de la virtud y del vicio? Pues si esto es así, ya tiene todo lo que necesita, ya puede conducirse por sí solo, y adquirir los premios ó evitar los castigos, si los hay; esta es la ley natural. Dios le da con

ella el conocimiento de la ley, y le da la razon para que la obedezca por su propio interes. Dios no multiplica los entes sin necesidad, ni hace cosas superfluas; y siendo estos medios suficientes para el gobierno del hombre, la revelacion es inútil. ¿Para qué grabar en piedra leyes que nos grabó en el corazon? ¿De qué sirven libros ni profetas á quien tiene en sí mismo una luz interior que le dirige?

El padre respondió: ¿Pensais, señor, que basta la razon para enseñarnos todo lo que la revelacion nos enseña? Vos la haceis demasiado honor; y cuando la considereis de mas cerca, veréis que no lo merece. La religion está llena de verdades sublimes, de conocimientos elevados, que ella sola nos pudo descubrir, y que jamas sin su auxilio hubiera alcanzado la razon; y esto solo basta para demostrar cuán insuficiente era para dirigir á los hombres, y cuán necesaria les era la revelacion.

¿Qué es, señor, la pobre razon, cuando está sola y abandonada á sus propios esfuerzos? Considerad que la primera obligacion y el mayor interes del hombre es conocer su origen, su naturaleza, y sobre todo su último fin. ¿Y os parece que el entendimiento humano, tan terrestre, tan limitado y débil es capaz por sí mismo de alumbrarnos en la obscuridad de objetos tan intrincados y difíciles?

Juzgado por la experiencia; ved lo que ha alcanzado en los siglos pasados; considerad todos los que han precedido á Jesucristo; recorred las naciones mas cultas que tuvieron mas recursos y se aplicaron con mas actividad; preguntad á sus sabios, á sus filósofos, á los mas instruidos, si el hombre es obra del acaso, ó si debe su ser á un Criador; si le crió en un estado mas excelente ó en el mismo á que hoy está reducido; si el mundo es eterno, ó si ha sido sacado de la nada; si Dios ve las acciones de las criaturas; si exige un culto de ellas, y cuál es el culto que exige; y veréis con asombro que sobre estas cuestiones tan interesantes, sobre asuntos tan estrechamente enlazados con nuestras obligaciones, nuestra seguridad y nuestros destinos eternos, los descubrimientos de cuarenta siglos no produjeron mas que conjeturas timidas ó errores monstruosos. Veréis que, exceptuando la Judea, en donde Dios habia manifestado la gloria de su nombre, la teología de todas las naciones de la tierra no era mas que una masa indigesta de fábulas y de absurdos, de supersticiones groseras, de misterios indecentes y de abominables sacrificios. Veréis en todos los pueblos los horrores del politeísmo, y en los grandes los de la impiedad.

Estas tinieblas eran tan generales, que penetraron hasta en las escuelas, y las asambleas de los sabios yacian en una noche igualmente pro-

funda. Los mismos que en Atenas, Corinto y Roma se hacian distinguir por otros muchos y eminentes talentos, cuando hablaban de la religion parecian ciegos, y pensaban como niños. Ellos son la prueba mas visible de los cortos alcances de la razon humana; pues multiplicando aquellos sabios sus meditaciones y disputas, no hicieron mas que multiplicar sus errores y delirios.

Es cierto que algunos vislumbraron verdades útiles; pero no pudieron mas que entreverlas con obscuridad y confusion, y esta pequeña luz no bastaba á satisfacer su razon y fijar sus incertidumbres. Por eso redujeron los dogmas mas importantes á la clase de problemas ó de cuestiones curiosas, que solo podian entretener á los filósofos y ejercitar su ingenio. Ellos mismos confesaron que la verdad era una especie de fósforo, que brillaba un momento y se obscurecia al instante: ellos mismos dijeron que su razon era como una nave batida por la tempestad, y empujada por vientos contrarios, sin piloto ni timon en el vasto piélago de las humanas opiniones.

No es posible resistir contra la autoridad de una experiencia hecha en toda la tierra, que ha durado mas de cuatro mil años, y que convence de la necesidad de una revelacion. A vista de esto ¿quién puede persuadirse que el pueblo pueda formarse á sí mismo un cuerpo de doctrina

útil y bien ordenado, cuando los hombres más célebres de todos los tiempos no han podido producir más que opiniones vacilantes, y algunas verdades mutiladas y estériles, sin union ni sistema, sin motivos y sin autoridad?

Los que pretenden dar á la razon tanta fuerza, se valen de las mismas luces que deben á la revelacion, para hacerla inútil; pero sus racionios no merecen detenernos, y son más aptos á probar los límites que la extension del espíritu humano, pues con los mismos esfuerzos que hacen para acreditarlo, demuestran más su triste insuficiencia. Creed, señor, que la razon es ciega, y que sola la religion la puede abrir los ojos; que la razon es inconstante y variable, y que sola la religion puede fijarla; que es débil, y que sola la religion puede sostenerla; que en fin, es muy desigual entre los hombres, y que sola la religion puede suplir lo que falta á unos para igualarla en todos.

Solo Dios podia remediar estos defectos de la razon humana: por eso dió á todos los hombres el mismo culto, les propuso los mismos misterios, y les intimó las mismas leyes. Estas leyes, estos misterios y este culto forman el cuerpo de la religion, y desde que la razon advierte que vienen de Dios, no la queda otro arbitrio que el de adorar, creer y practicar.

Aquí le dije: Yo en verdad, padre, no sé lo que le diga: puede ser que á fuerza de haber cai-

do en tantos errores los hombres, llegasen al fin á discurrir este plan que ahora os admira tanto: así para probar que la religion cristiana viene de Dios, no basta decir que los hombres durante muchos siglos divagaron en diferentes opiniones; vuestra asercion necesita de pruebas más positivas, y esto no me parece tan fácil.

Sin duda, señor, me respondió, que son menester pruebas de otra especie, y lo que he dicho de la insuficiencia de la razon, solo sirve á fundar la necesidad de la revelacion; pero en cuanto á las pruebas de su verdad, no dudeis de su claridad y de su fuerza. Dios se debia á sí mismo y debia á los hombres, cuando les descubrió verdades tan superiores á las luces de su razon, y cuando les intimó leyes tan contrarias á su naturaleza; debia, digo, darles medios de reconocer con evidencia que de él solo, como Autor de la naturaleza y de la gracia, se derivan unas y otras.

El hombre seria excusable de no creerlas y de no obedecerlas, si Dios no hubiera dado á sus testimonios tal grado de fuerza y claridad, que no se pueden esconder á la razon, cuando las pasiones no la turban ó no la prevarican. Dios no fuera justo en castigar á quien no pudiera redargüir con la evidencia de estas pruebas; pero su justicia tal vez esconde la luz á los soberbios, y la muestra á los humildes y sencillos. Para conocer la fuerza de estas pruebas, y para penetrarse de su luz,

es menester oírlas con deseo sincero de saber la verdad, y con ánimo dispuesto á hacerla todos los sacrificios necesarios: el que no las oiga preparado de este modo, no podrá recibir su impresion, como un paladar que la enfermedad ha viciado, no puede hallar grato el sabor de los mas dulces alimentos.

Todo eso podrá ser bueno, le dije yo; pero jamas me persuadiréis que sea posible probar la verdad de ninguna religion con evidencia. ¿Cómo objetos sobrenaturales, misteriosos y oscuros, que vos mismo decís estar fuera de la esfera de la razon, pueden sujetarse á las leyes del cálculo ó del raciocinio, de modo que deban convencer á una razon que ni siquiera alcanza á entenderlos? No olvido la distincion que habeis hecho entre las pruebas de la revelacion y la revelacion misma; confieso que ha sido para mi nueva, y que me parece justa. Vos pretendéis que las pruebas de que es Dios quien la ha dado, pueden ser claras, aunque su fondo no lo sea, y añadís que esto debia ser así para que la fe fuese meritoria. Enhorabuena: yo os lo concedo, y reconozco que esto es posible y no contradice á la razon; pero con la misma sinceridad os digo que nosotros no estamos ya en el caso ni en la posibilidad de juzgar estas pruebas, porque no podemos examinarlas á causa de la inmensa distancia que nos separa de los tiempos, de los testigos y los lugares en que todo ha pasado.

Para poder juzgar sanamente de objetos tan importantes y oscuros, seria necesario por lo ménos estar cerca de ellos, y los muchos siglos que median entre Jesucristo y nosotros, nos han puesto muy léjos. Los hombres tienen la vista corta, que no alcanza á tan larga distancia: vos que-reis acercarme un poco para que vea; pero no podeis serviros mas que de medios falibles, ó de los testigos que yo no he oido, ó de libros escritos por otros hombres siempre engañosos, ó de tradiciones populares que no son seguras, y que han debido ser alteradas ó exageradas en el transcurso de tantos siglos.

Todos estos recursos, y no puede haber otros, ni son practicables ni son ciertos. No son practicables, porque si para convencerse de la verdad de una religion fuera necesario estudiar, comparar y pesar todos los testimonios y pruebas derivadas en los libros y monumentos, aprender las lenguas necesarias, y adquirir toda la erudicion de estudio tan vasto y tan difícil; ¿quién pudiera convencerse sino un corto número de hombres laboriosos y hábiles? ¿Qué seria de la muchedumbre sin educacion, y que está forzada á dar todo su tiempo al trabajo de manos para subsistir? ¿Y quién puede imaginar que Dios haya dado una religion de que todos los hombres no sean capaces, y que no sea evidente por sí misma, sin necesidad de discusiones tan intrincadas y penosas?

Tampoco pueden ser ciertos. Toda tradición es falible: por antigua, por numerosa que sea jamás puede adquirir autoridad; porque excepto los primeros que la testifican, todos los otros no son sino ecos que la han repetido: no añaden prueba ni fuerza; la verdad ó la falsedad está únicamente en el primero. Aunque lo repitan millones, han podido ser engañados por sus predecesores, como yo puedo serlo por ellos; así es claro, que desde que yo no he sido testigo, y que es menester que crea autores que son todos hombres y falibles, ó crea tradiciones que pueden ser fábulas, me es imposible hallar un punto seguro en que apoyarme, y que no es dado al hombre juzgar bien, y ménos probar con evidencia la verdad de los hechos, que están lejos de sus propios sentidos.

Yo dije otras muchas cosas sobre esto: el padre las oyó con paciencia; y cuando entendió que había acabado, me dijo: Vuestras reflexiones, señor, nos conducirían al mayor de los inconvenientes, que sería á establecer el pirronismo. Si para estar seguro de un hecho es necesario haberle visto, rompamos y borremos todas las historias. Nuestros mayores fueron muy simples reoigiendo y pasándonos todos los hechos de su tiempo, y nosotros no lo somos ménos cuando instruimos de los nuestros á nuestros venideros. Cada edad, cada generacion no podrá saber ni aun la historia de sus dias, y apenas cada familia sabrá lo que

pasa con ella. César y Alejandro pueden ser una fábula; y cuanto se ha escrito hasta aquí, á pesar de los testimonios, de los testigos oculares, de los monumentos subsistentes que se erigieron con aquel motivo, y de los usos, ceremonias ó ritos que le debieron su origen, deberá ser confundido con los rumores populares, que no presentan estos documentos auténticos de su verdad. Yo os pido, señor, que vos mismo seais juez de una doctrina que nos arrastraría á tanto exceso.

Vos decís que no puede ser divina una religion que para convencerse de su verdad necesitaria un estudio que todos los hombres no pueden hacer, en especial los simples y los que viven de su trabajo: teneis razon, señor. Así no es este el método de que nos valemos para persuadirla á esta especie de gente. Dios nos ha dejado una manera de instruirnos mas acomodada á nuestra corta capacidad, ó á la fatiga de nuestras ocupaciones, y vos veis cuán útil es, pues que basta á tantos pueblos y naciones para crearla y practicarla con respeto y sumision.

Pero si hay entre ellos algunos espíritus, que ménos dóciles ó mas críticos dudan ó quieren enterarse de los motivos de su fe; si hay otros soberbios, que no queriendo dar crédito mas que á las voces de su altiva razon, nos vienen á inquietar en la tranquila y pacífica posesion de nuestra creencia; si en fin, algun infiel, algun herege ó

algun filósofo nos viene á preguntar nuestros motivos, ¿qué podemos hacer en estos casos, sino mostrarles los documentos, las pruebas y los testimonios de todos los siglos, que han pasado hasta nosotros con fidelidad este depósito sagrado?

Así esta religion, que por su santidad persuade al simple, que por su elevacion admira y somete al dócil, no teme tampoco el exámen del crítico; por el contrario, desea que este la examine, la indague, la registre, segura de que hallará en ella pruebas evidentes de su genealogia divina. Ella le mostrará cuan inexcusable es el que si tuvo la desgracia de hallar en su soberbia razon dificultades que le alejaban de ella, no tuvo bastante aplicacion para estudiarla y conocerla, pues hubiera podido fácilmente desengañarse y salir de su error.

Añadís que la tradicion por numerosa que sea, no añade prueba ni fuerza, porque todos no hacen mas que repetir lo que dijeron los primeros, y tambien teneis razon; pero nosotros no los producimos como testigos que prueban, sino como testigos que confirman, que es verdad que lo dijeron los primeros, y esto es lo que nos basta. Por ejemplo, los cristianos del segundo siglo no pudieron ver á Jesucristo ni ser testigos de sus milagros; pero casi todos habian hablado con sus primeros discípulos que lo habian visto, habian sabido de ellos los hechos y las circunstancias, y

ademas de esto los veian hacer á ellos mismos otros milagros en nombre y por la virtud de Jesucristo: así lo que nos refieren no es solo una repeticion, sino una confirmacion auténtica de lo que contaron los primeros testigos, y de la fe y confianza de que eran dignos.

Los del tercer siglo no pudieron ver ni á Jesucristo ni á sus primeros discípulos; pero sabian toda su historia por sus padres, que la habian aprendido de ellos; así su testimonio tampoco es una repeticion desnuda, sino una certificacion de que verdaderamente sus mayores les habian transmitido la noticia de aquellos hechos atestiguados por los que los vieron, y de este modo han venido sucesivamente hasta nosotros, que los pasaremos tambien á nuestros descendientes. Nosotros les certificaremos que los hemos recibido de nuestros padres, que de mano en mano los habian recibido de los suyos, que los recibieron de los otros hasta llegar á los testigos de vista; así por una cadena nunca interrumpida llegaremos en todo tiempo hasta los apóstoles.

Por esto nosotros no somos ni podemos ser testigos oculares de los hechos que refiere el Evangelio; pero somos los depositarios de su verdad: nosotros certificamos que nos la han transmitido nuestros mayores tal como la han recibido de los suyos; y de este modo cada generacion no solo repite lo que ha dicho la pasada, sino certifica y

acredita que recibió de sus mayores la tradición que estos la pasaron, que es la misma sin alteración que la que ellos habían recibido, y que ha sido siempre la misma hasta llegar á la noticia original de los testigos primitivos. Y ve aquí como todos los siglos no hacen mas que repetirse; pues no solo atestigua cada uno que la cadena de testimonios no se ha interrumpido jamas, sino que tampoco se ha alterado, que se ha conservado con fidelidad y exactitud, y que lo que nosotros creamos ahora es aquello mismo que los testigos de vista escribieron y comunicaron á los primeros que convirtieron.

Eso puede ser, repliqué yo; y es natural que lo que hoy se cree sea la misma cosa que creyeron los primeros cristianos. Es verosímil que en materias que la superstición respeta como sagradas, no sea fácil alterar nada, porque no se pudiera hacer sin excitar el clamor general; pero probar que una tradición sea la misma ó se conserve entera, no es probar que sea cierta: me parece muy ridícula la pretension de que nosotros por una tradición creamos lo que no quisieron creer los judíos, que eran testigos de los hechos.

No es verdaderamente risible que se quiera hacernos creer por relaciones de otros lo que no se pudo persuadir á los mismos que vieron lo que se nos refiere á nosotros? Pues ellos á vista de

los hechos, no solo no los creyeron, sino que los despreciaron, y condenaron á Jesucristo como impostor y malhechor, ¿cómo es posible pretender, aun suponiendo que sean ciertos, que deban persuadirnos á nosotros despues de tantos siglos? ¿Cómo pueden ser evidentes hechos que no pudieron convencer á los mismos testigos?

Y observad la diferencia de nosotros á ellos. Para conocerla transportémonos al tiempo en que Jesucristo vivia: los judíos esperaban un Mesias; su tradición verdadera ó falsa era que por instantes debia ya nacer el Libertador de Israel. Es imposible imaginar que no estuviesen todos con la impaciencia y atención que pedia tan alto interes. Viene Jesucristo, y dice á los judíos: Reconocedme, yo soy el Redentor que esperais, el Libertador prometido á la casa de David: comparad todas mis circunstancias con lo que os han anunciado los profetas; observad la multitud de los prodigios que hago; ved como sano todas las enfermedades con el imperio de mi palabra; cómo arrojo al espíritu impuro; cómo profetizo lo porvenir; cómo resucito los muertos, y cómo yo mismo he resucitado y triunfado de la muerte.

¿Os parece, padre, que si la menor de estas cosas fuera cierta, que si los judíos la hubieran visto con sus propios ojos, era posible que cuando no deseaban ni pedían mas que la venida del Mesias prometido, le hubieran desconocido hasta

el extremo de tratarle como malhechor? ¿que la Sinagoga, mas instruida que el pueblo, le hubiera condenado á la muerte mas afrentosa? ¿Qué prueba mas clara de que ellos no vieron ninguno de los milagros que se han contado despues? Ellos eran contemporáneos, ellos fueron los jueces, los acusadores y los testigos: ellos tenian el mayor interes en averiguar la verdad; y pues ellos le creyeron un impostor, ¿cómo podemos nosotros creer que era nada ménos que Dios? Su incredulidad justifica la nuestra.

No me opongais ni los muchos pueblos cristianos ni el gran número de mártires que despues le han creído; su fe, que puede ser hija del entusiasmo ó de la seduccion, no merece hacer contrapeso en la balanza contra el testimonio de los mismos testigos. Los gentiles, que fueron los primeros convertidos, ni podian entender como ellos el verdadero sentido de las profecías, ni podian conocer con tanta exactitud las circunstancias de los hechos que no vieron, y que no podian juzgar por sí mismos sino por relaciones de otros. Así toda la presuncion está en favor de los judíos que no creyeron, contra los idólatras que dijeron haber creído; y es ridículo pretender que nosotros creamos que era un Dios el que tuvieron por impostor los que le vieron de mas cerca.

Ve aquí, señor, una dificultad que os parece

terrible, y en efecto es espiciosa, porque como simple y natural, agrada y contenta, sobre todo á los perezosos, que quieren con poco exámen tomar un partido y decidirse. Però examinémosla poco á poco, y veamos si es sólida. Primeramente supone que los hombres no pueden dejar de convertirse viendo un milagro, y esto no es tan cierto. El mal rico pedia á Abraham que enviase alguno de los de la otra vida á advertir á sus hermanos para que evitasen venir al lugar de horror en que él estaba, y Abraham le responde que sus hermanos tienen la Ley y los Profetas, y que si no creen á estos, tampoco creerán á nadie que vaya milagrosamente á prevenirles (1). En efecto, señor, los milagros no pueden persuadir sino á aquellos que libres de intereses y de pasiones, desean sinceramente conocer la verdad; pero los que tienen un interes vivo en no creerlos, ó los que esclavos de una fuerte pasion desean que no sean ciertos, hallan mil pretextos para eludirlos.

Supongamos un hombre en este caso, y que se le presente á la vista un milagro estupendo, sin duda quedará atolondrado y no sabrá qué decir; pera si un interes poderoso ó una pasion activa le hacen desear que no sea verdadero, despues de dar algun tiempo á la sorpresa y al asombro, po-

(1) *Luc. xvi. 30.*

co á poco irá buscando razones ó motivos para debilitar su impresion, y procurará persuadirse ó que aquello ha podido ser engaño de sus sentidos, ó que debe atribuirse á otras cosas que su pasión le hará considerar mas verosímiles; y esto es precisamente lo que sucedió con los judíos.

Jamas estos dudaron de los milagros de Jesucristo que veían; pero los atribuían á un mal principio; su realidad les era tan patente, que ni pudieron negarla entonces, ni disimularla á sus sucesores. Así estos, que tampoco han podido negar lo que confesaban sus mayores, se han visto forzados á decir en el Thalmud: Que Jesucristo habia descubierto la inscripcion del nombre de Dios, y con este nombre misterioso que sabia pronunciar, toda la naturaleza le obedecia como al mismo Dios; con otras mil ineptias de esta especie, en que no insisto por no molestaros con tan ridículos absurdos. Pero esto solo basta para convenceros que ni los judíos de entonces, ni los de hoy se han atrevido á negar los milagros de Jesucristo. No era posible que negasen lo que todos veían; y no puede haber prueba mas evidente de su existencia que la necesidad en que se vieron unos y otros de recurrir á invenciones tan frívolas como absurdas; pues es claro que si aquellos milagros no hubieran sido tan notorios como evidentes, hubieran dicho que no eran ciertos, y con esto los desmentian fácilmente.

Esto es, padre, interrumpí yo, lo que aumenta la dificultad. Pues si es cierto que el pueblo y la sinagoga veían estos milagros de manera que no podían dudarlos, ¿cómo es posible que con tanta constancia se hayan obstinado, no solo en no reconocerle, sino en crucificarle? Mi respuesta es fácil, dijo el padre: yo os he insinuado que unos y otros atribuían á Beelcebú, príncipe de los demonios, los milagros que no podían dejar de ver; y con este principio que les sugería su pasión, se creían autorizados no solo á no creer, sino á perseguir á Jesucristo. Aunque hablando con rigor fuera de este pretexto, se hallaban ellos en otras disposiciones que podían contribuir á su engaño.

Para conocerlas, examinemos la situación de los judíos, y veréis que en esto no hay dificultad. Es verdad que ya esperaban al Mesías; las profecías le habian anunciado para aquel tiempo; el estado de su gobierno lo indicaba; ya, segun la profecía de Jacob, el cetro habia salido de la tribu de Judá; ya no tenían ni poder, ni autoridad, ni magistrados; el Sanedrín estaba degradado, y sus miembros habian pasado de jueces á ser simples doctores; los romanos se habian apoderado del poder de la vida y de la muerte, y no quedaba á los judíos otro derecho, que el de decidir en asuntos de religion.

La nacion oprimida y descontenta veía con do-

lor esta triste situacion, sin otra esperanza que la del Mesías, que ya esperaban por instantes; y se habia figurado que este Redentor debia restituirla su esplendor antiguo; que al modo de los conquistadores del mundo, traeria consigo fuerzas y poder para domar sus enemigos; que abatiria á Roma, que domaria á los gentiles, y que estableceria un imperio en que los judíos serian los dueños de la tierra, y gozarian de todos sus bienes y riquezas. ¿Sobre qué fundaban los judíos estas esperanzas? Sobre las profecias; pero era interpretándolas á gusto de sus necesidades, y no segun el orden que tenian entre sí, y que los sucesos han manifestado despues.

Porque Jesucristo vino, pero en un orden muy diferente de aquellas orgullosas esperanzas. Su nacimiento obscuro y su estado humilde no excitaron atencion alguna; no promete á sus discipulos ni las grandezas que el mundo admira, ni los bienes que ama; su doctrina es santa y elevada, pero austera y penosa; sus acciones son grandes y sublimes, pero sin fausto ni ostentacion; sus promesas son magnificas, pero se reservan para la otra vida: esto bastaba para que no le reconociesen por el Mesías aquellos hombres soberbios y groseros, de unos corazones terrestres y carnales, que no estimaban mas que el placer de los sentidos, y cuyo único objeto era gozar de los bienes de la tierra, y subyugar con las armas á

los enemigos que los oprimian. Ve aquí el error que engañó á los judíos y los hizo tan obstinados; y esta razon es clara, tanto por la historia como por el genio y carácter conocido de la nacion misma.

Todo eso, padre, puede ser así, le dije yo; pero es imposible comprender que una nacion entera por una preocupacion de orgullo ó de intereses haya podido resistir á la fuerza poderosa de tantos milagros: confesad que no se puede concebir tan monstruosa ceguedad. Con todo, señor, me respondió, sin salir del punto que tratamos ¿cuántos ejemplos de ella estamos viendo cada dia? ¿No vemos en el seno del cristianismo unos espíritus bastante ciegos que se escandalizan y avergüenzan de la pobreza y humilde condicion de Jesucristo, sin que su orgullo pueda conciliarla con lo que la fe les enseña? No dudan de los milagros de Jesucristo, saben que son ciertos, y no obstante esto miden con su débil imaginacion los consejos de Dios, y á pesar de todos sus prodigios, casi les parece ménos decente su pasion y su muerte. ¿Qué hicieran pues si como los judíos desearan, que pareciese grande para salvar el estado, y socorrerlos en la opresion vergonzosa que sufrían?

Pero voy á satisfaceros mas directamente. Vos me preguntais por qué los judíos no creyeron, aunque los milagros de Jesucristo fuesen tan re-

petidos como evidentes; y yo os respondo, que esto era para que se cumpliesen las profecías, porque estaba predicha su incredulidad, y que la venida del Mesías, que debía ser la salud del universo, sería la reprobacion del pueblo judío: estaba profetizado en el Deuteronomio, en Isaías y Jeremías, que este pueblo deplorable debía tener ojos y no ver, oídos y no oír, corazón y no comprender.

Los demas profetas estan llenos de estas amenazas. A cada paso se encuentra en ellos que el Mesías sería dado, pero que sería desconocido y maltratado por los judíos. Su dureza y su castigo estaban predichos; la historia lo ha confirmado todo, y hoy mismo son un ejemplo vivo y una prueba subsistente de aquellas profecías. El nuevo pueblo de creyentes que se debía levantar sobre sus ruinas, está tambien pintado con colores tan vivos y tan parecidos al retrato, que no es posible desconocer la Iglesia cristiana, que ha sucedido á la infiel sinagoga. De modo, señor, que si teneis razon para asombraros de la incredulidad de los judíos, la teneis mucho mayor para deponer toda duda cuando veis tan exacta conformidad entre las predicciones y los sucesos.

Sin duda que Dios tuvo justas razones para condenar á los judíos á tan severa proscripcion; pero observad como la obstinada resistencia tanto de los que persiguieron á Jesucristo como de

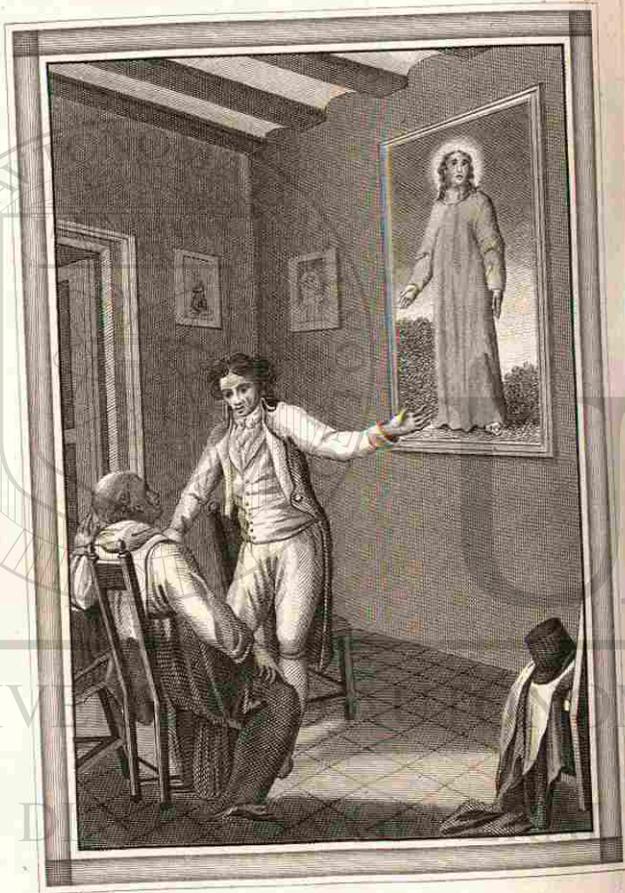
sus descendientes, que sufren hoy mismo la pena de su incredulidad, es una de las pruebas mas victoriosas de nuestra fe, y parece que debía entrar en el órden de la dispensacion divina. Porque como dice Pascal, si todos hubieran sido convertidos por Jesucristo, no tuviéramos mas que testigos sospechosos; si Dios en castigo los hubiera hecho desaparecer de la tierra, no tuviéramos ninguno; pero dejándolos en ella como monumentos subsistentes de la verdad de las predicciones, y confesando los milagros, aunque blasfemen de la mano que los hace, su existencia sola acredita lo uno y lo otro, y sin quererlo, nuestros mayores enemigos se trasforman en nuestros defensores.

Ademas de esto, no todos los judíos fueron rebeldes, muchos reconocieron á Jesucristo, aunque fueron la menor parte; pero por ellos empezó la Iglesia. Los gentiles no viaieron sino des, pues, como estaba tambien predicho. En Jerusalem se formó el primer rebaño, pequeño á la verdad en su principio, pero que se aumentó mucho despues del milagro de la resurreccion. Los apóstoles hicieron conversiones cuyo número espanta: en dos dias ocho mil con el corazón compungido pidieron á S. Pedro que los bañase con el agua santificante; y estos nuevos cristianos hicieron á otros, los que convirtiendo muchos nuevos, multiplicaron en poco tiempo su número.

Así no es cierto que todos los judíos hayan resistido á la fuerza de los milagros. Los que hacen esta objecion se engañan, porque no ponen la vista sino en los descendientes de los judíos rebeldes; pero no deben olvidar los muchos que se incorporaron en la Iglesia, y de que tantos cristianos son hoy la posteridad.

Aquí repliqué yo: Ya os entiendo, padre. Vos me explicais el motivo secreto que indisponia el corazon de los judíos contra los milagros, aunque no pudiesen dudar de su certeza. Vos lo atribuis á la natural repugnancia que debian sentir viendo la bajeza exterior de Jesucristo; su orgullo acostumbrado á las ideas ambiciosas que se habia formado de la grandeza de su libertador, no queria reconocerle en un hombre tan obscuro y abatido.

Esto puede ser; pero léjos de resolver la dificultad la añade mayor fuerza; porque es claro que los judíos tenian razon. ¿Cómo era posible reconocer al Enviado del Señor, prometido desde el origen del mundo, al Salvador que los profetas habian anunciado con tanta pompa, al Mesías vencedor de todas las naciones, cuya gloria debia penetrar hasta las islas desiertas en un hombre miserable que vivia triste y pobremente, que sabian haber nacido en una familia obscura, que se ocupaba en los bajos ejercicios destinados á la miseria? ¿Quién podia imaginar que el San-



¿Quién podía imaginar que el Santo de Israel, el Redentor del género humano pudiese venir con tanta pobreza?

to de Israel, el Redentor del género humano pudiese venir con tanta pobreza?

No ignoro que me responderéis que las vías de Dios no son las nuestras, y que no podemos penetrar la profundidad de sus designios. Esta es la salida ordinaria con que se pretenden eludir todas las dificultades que no se pueden desatar; pero con respuestas tan frívolas se pueden justificar todos los delirios. Lo cierto es, que aunque haya infinita diferencia entre la sabiduría divina y la nuestra, tenemos con todo principios seguros para juzgar sus obras.

Uno de los mas claros es, que Dios no puede hablar á sus criaturas de una manera equívoca que deba necesariamente engañarnos; y es visible que los judíos debían engañarse si el Mesías nacía en la bajeza y miseria, despues que los profetas le habían anunciado con tanta gloria y magestad. La contrariedad no podía ser mas fuerte, y la seducción era inevitable; así los judíos no pudieron, ni nosotros le podemos reconocer.

Yo dije esto con un aire de satisfacción: en efecto, me parecia imposible responder bien á una demostracion tan simple, y en secreto me complacia presintiendo el embarazo de aquel sencillo padre; pero por desgracia en aquel instante sonó una campana, y el padre se levantó diciéndome: Ve aquí la voz de Dios que me llama; mañana si quereis, continuaremos este asunto, y es-

pero que esta dificultad, que os parece tan invencible, quedará tan disuelta como las otras. El padre se fué, y yo quedé picado de ver que se jactase de deshacer una objecion que yo encontraba indisoluble. Decia entre mí: Este hombre tiene talento y persuasion, pero á pesar de toda su habilidad, por esta vez espero vencerle; y pues está tan satisfecho, no le he de dar cuartel, verémos cómo sale. ¡Y quién sabe si al fin le haré confesar cuán ridículo y absurdo es su sistema! Con esta idea esperaba impaciente el otro dia, cuyas resultas sabrás por la carta que seguirá á esta. A Dios, amigo mio.

CARTA VI.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: cuando vino el padre, despues de las primeras cortesías, me dijo: Ayer, señor, nuestra conversacion quedó pendiente: vos me habeis propuesto una dificultad que consistía en decir que si los profetas habian predicho que el Mesías vendria con grandeza y gloria, los ju-

dios tuvieron razon en no reconocer á Jesucristo, que se manifestó con la mayor humildad y pobreza. Creo que esto es en sustancia; pero esta dificultad, que á primera vista parece tan terrible, toma toda su fuerza de un equívoco, y este se esconde en la verdadera aplicacion de la palabra grandeza.

Los hombres se engañan mucho en su genuina inteligencia. Hay muchas especies de grandezas, unas verdaderas y otras falsas: por lo comun nosotros no llamamos grandeza sino á lo que le parece así á la imaginacion y á los sentidos. El nacimiento ilustre, la autoridad, la opulencia, las hazañas y las demas cosas de esta especie son por lo comun lo que con afrenta de la razon alucina y seduce á los hombres, y esta pudiera llamarse la grandeza sensible. Tambien distinguen otra, que se puede llamar espiritual porque pertenece al espíritu: como es un grande ingenio, talentos extraordinarios, reflexiones profundas, vastos conocimientos, el don de la invencion, la elocuencia, la fecundidad de la imaginacion, y otros dotes de esta naturaleza.

Pero son pocos los que distinguen, y ménos los que admiran otra grandeza que hay mas oculta, y que sin duda es superior y debe ser preferida á todas: esta es la que consiste en la santidad. Ya se ve que estas tres especies de grandeza son diferentes, y que su distancia es infinita: la prime-

pero que esta dificultad, que os parece tan invencible, quedará tan disuelta como las otras. El padre se fué, y yo quedé picado de ver que se jactase de deshacer una objecion que yo encontraba indisoluble. Decia entre mí: Este hombre tiene talento y persuasion, pero á pesar de toda su habilidad, por esta vez espero vencerle; y pues está tan satisfecho, no le he de dar cuartel, verémos cómo sale. ¡Y quién sabe si al fin le haré confesar cuán ridículo y absurdo es su sistema! Con esta idea esperaba impaciente el otro dia, cuyas resultas sabrás por la carta que seguirá á esta. A Dios, amigo mio.

CARTA VI.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: cuando vino el padre, despues de las primeras cortesías, me dijo: Ayer, señor, nuestra conversacion quedó pendiente: vos me habeis propuesto una dificultad que consistía en decir que si los profetas habian predicho que el Mesías vendria con grandeza y gloria, los ju-

dios tuvieron razon en no reconocer á Jesucristo, que se manifestó con la mayor humildad y pobreza. Creo que esto es en sustancia; pero esta dificultad, que á primera vista parece tan terrible, toma toda su fuerza de un equívoco, y este se esconde en la verdadera aplicacion de la palabra grandeza.

Los hombres se engañan mucho en su genuina inteligencia. Hay muchas especies de grandezas, unas verdaderas y otras falsas: por lo comun nosotros no llamamos grandeza sino á lo que le parece así á la imaginacion y á los sentidos. El nacimiento ilustre, la autoridad, la opulencia, las hazañas y las demas cosas de esta especie son por lo comun lo que con afrenta de la razon alucina y seduce á los hombres, y esta pudiera llamarse la grandeza sensible. Tambien distinguen otra, que se puede llamar espiritual porque pertenece al espíritu: como es un grande ingenio, talentos extraordinarios, reflexiones profundas, vastos conocimientos, el don de la invencion, la elocuencia, la fecundidad de la imaginacion, y otros dotes de esta naturaleza.

Pero son pocos los que distinguen, y ménos los que admiran otra grandeza que hay mas oculta, y que sin duda es superior y debe ser preferida á todas: esta es la que consiste en la santidad. Ya se ve que estas tres especies de grandeza son diferentes, y que su distancia es infinita: la prime-

ra es fútil y terrestre; la segunda, aunque ménos grosera, puede ser vana, y es peligrosa; sola la tercera es sólida y sublime.

Los hombres suelen apreciarlas mal; pero ellas tienen en sí mismas un mérito intrínseco y propio, que consiste en el aprecio con que Dios las estima. Todas las grandezas terrestres y sensibles reunidas no pueden elevarse jamas al valor de una sola operacion del entendimiento, y todos los mas elevados conceptos del ingenio no equivalen al precio de una accion sobrenatural. Para los que saben subir á los principios de las cosas, estas son verdades claras y evidentes.

Añadid á esto que todas estas grandezas, que solo pueden ser apreciadas por la razon, aun quando no sean incompatibles entre sí, por lo regular cada uno aprecia la que le agrada, despreciando á la que no tiene ó no desea. Por ejemplo, el que no busca mas que los placeres del cuerpo, se embaraza poco del estudio, de los descubrimientos ó de los embelesos del entendimiento. El que no piensa mas que en estos, no se afana ni se cree miserable por no tener el fausto y resplandor con que pretende distinguirse el primero; y para uno y otro son muy indiferentes los actos de virtud y justicia, á que da tanto aprecio el que aspira á ser santo.

Estos son tres órdenes distintos, y cada cual tiene sus gustos y grandezas separadas: el prime-

ro no quiere ser grande sino á los ojos de los hombres sus émulos: el segundo á los de los sabios: el último á los de Dios; y cada uno es ó puede ser grande en su género. Alejandro lo era como conquistador, Platon como filósofo, S. Pablo como cristiano: apliquemos estos principios á vuestra dificultad.

Vos decís: Jesucristo no podia ser el Mesías, porque ha parecido en un estado vil. Es como si dijérais: Alejandro no podia ser grande porque no fué gran filósofo, orador ó poeta. Vos veis que discurrendo así hariais un juicio erróneo, buscando en él una grandeza que no correspondia á su carácter: así juzgais mal de Jesucristo, extrañando que no tenga una grandeza que no era propia suya. Para poder juzgar de la grandeza ó bajeza de una persona, es necesario considerar si su estado es conforme ó contrario al orden de grandeza de su destino, de su instituto ó de su mision: este es el único principio justo que nos debe conducir en este exámen.

Para saber, pues, si Jesucristo ha tenido la grandeza que debia tener, solo se debe considerar el fin para que ha venido. Ahora bien, considerad que Jesucristo no vino sino para hacer volver al rebaño las ovejas que se habian extraviado del aprisco, para convertir á los hombres, para enseñarles el camino del cielo, para librarlos de sus pasiones y de su amor propio, para dar-

les lecciones y ejemplos de virtud, para mostrarles los bienes verdaderos y eternos, y lo despreciables que son estos bienes transitorios, para instruirlos en la verdadera adoracion de Dios, y que le tributasen un culto digno de su santidad, para perdonar los pecados del mundo, para proporcionarnos socorros eficaces y correspondientes á nuestra flaqueza, en fin, para preservarnos ó hacernos levantar de nuestras miserias: ve aquí su destino y el único objeto de su divina mision; y ve aquí la sola grandeza que le correspondia, esto es, la abundancia y proporcion de los medios convenientes para tan altos fines.

¡Ah señor! ¡si vos conocierais mejor á Jesucristo, si os hubierais aplicado á examinar su nacimiento, su vida y sus acciones, vos veriais si es grande en el órden que le era propio! Es verdad que nació pobre, humilde, que no reinó, que no dió batallas, que no ganó victorias; ¡pero qué importa? Nada de esto le era necesario; al contrario, todo eso hubiera repugnado á los principales objetos de su mision. Si yo os dijera que Platon no fué un gran filósofo porque no fué de ilustre nacimiento, ni poseyó grandes dominios, vos me diriais con razon: ¡Qué importa que fuese de alta ó vil extraccion, pobre ó rico, libre ó esclavo? nada de esto puede aumentar ó disminuir su gloria, porque él no es grande sino en el órden de los talentos.

Lo mismo os digo, señor: ¡qué importaba á Jesucristo la pompa mundana, ser rey ó conquistador? El no queria ni debía parecer grande sino en el órden de la santidad; toda otra grandeza, y mucho mas la falsa de que venia á desengañarnos, era extranjera y aun contraria á su institucion. El debía ser santo, porque no venia mas que á formar santos; ¡y quién lo ha sido tanto! ¡quién ha mostrado tanta perfeccion en sus ejemplos y preceptos!

Aquí pudiera detenerme para haceros ver que en su aparente bajeza se ve mas la alta grandeza que convenia á su mision, y cuánto en esta fué sublime y superior á cuanto el mundo ha podido jamas admirar en todos sus héroes; pero esto nos detendria mucho, y espero que vendrá un dia en que pueda haceros conocer su vida y su doctrina con mas oportunidad; ahora no quiero ocuparme mas que en responder á vuestras objeciones.

Pero padre, le dije yo, vos no habeis respondido completamente á la mia. Confieso que puede haber equivoco en la idea de la grandeza, y que Jesucristo, á pesar de la humillacion con que vino, pudo tener la única que convenia á sus designios, así no insisto mas en esta parte; pero la dificultad queda en pié, porque es cierto que los profetas anunciaron al Mesías como revestido de esa grandeza sensible: le llaman rey, conquistador, dicen que sojuzgará todas las naciones, y de

aquí resulta una alternativa inevitable: ó los profetas se engañaron, ó Jesucristo no es el Mesías. Ved cómo podeis desembarazaros de este dilema.

Este dilema, me respondió el padre, tendrá la misma suerte que los otros; escuchadme. Es cierto que los profetas en muchos de sus textos representaron al Mesías poderoso, glorioso y vencedor; pero también lo es que los mismos profetas en otros textos le representaron pobre, humillado, y condenado á muerte. Es menester pues decir, ó que estos profetas se contradecian, ó que en sus expresiones, en apariencia contrarias, había un sentido oculto, con cuya inteligencia se conciliaba todo.

Los judíos groseros y carnales, y por otra parte oprinidos con las vejaciones y el yugo que padecian, olvidaron los rasgos con que se les había pintado su Mesías en estado de abatimiento y de pobreza, y solo se acordaban de aquellos que le pintan poderoso y triunfante; por eso cuando vieron á Jesucristo humilde y abatido se obstinaron tanto en no reconocerle. Pero los cristianos, esto es, los que creyeron en él, entendieron este sentido, y léjos de que esta contradicción aparente los alejase de la fe que le debian, ella era la que les persuadía con mayor fuerza, porque en ella sola encontraban la conciliación de cosas que parecian tan opuestas.

Sabian que Jesucristo había dicho que su rei-

no no era de este mundo. Sabian que el Mesías debía ser grande, poderoso y vencedor; pero también sabian que debía sufrir, ser por antonomasia el hombre de dolores, y al fin morir con una muerte afrentosa entre dos ladrones. Estas cosas eran contrarias entre sí, y solo se podian conciliar en el sentido verdadero, esto es, que su grandeza no seria tal como el mundo se la figura, de pompa brillante y exterior, sino de virtud, santidad y milagros; que su poder no seria tal como el de los hombres, que todo lo dominan con la fuerza de las armas, sino el de dominar los corazones con la fuerza de su doctrina y de sus palabras; en fin, que sus victorias no podian ser contra las naciones enemigas, sino contra la idolatría, contra las pasiones y los vicios.

Así los judíos que querian entender á la letra los textos en que figuradamente se hablaba del Mesías como de un glorioso vencedor, en el sentido en que se podia dar este título á Ciro ó Alejandro, necesitaban de olvidar ó no hacerse cargo de los otros en que se les pintaba en el último abatimiento y como el oprobio de los hombres; por consiguiente era preciso que se engañasen, y solo podian reconocerle los que sin olvidar nada y haciéndose cargo de la contrariedad aparente, hallaban en ella un sentido oculto, pero verdadero, pues era el único con que todo quedaba compuesto y conciliado.

Los cristianos, pues, no podían engañarse, por que su raciocinio era demostrativo y evidente, y se reducía á esto: Es verdad que el Mesías debe ser grande, poderoso y vencedor, y Jesucristo no parece mas que humilde, pobre y abatido; pero esto tambien está predicho del Mesías. Por otra parte vemos que Jesucristo está lleno de virtudes, que nos enseña la mas santa doctrina que los hombres han podido jamas imaginar, que dueño y señor de la naturaleza la domina á su arbitrio, pues al imperio de su palabra sanan los enfermos y resucitan los muertos. Hombre que tiene tanto poder, no le puede tener mas que de Dios, pues Dios solo puede comunicarle; y si le tiene de Dios, es evidente que Dios le autoriza, y que es indispensable creer cuanto nos diga, porque Dios no puede autorizar ni la mentira ni al mentiroso.

Si es menester creer cuanto nos diga, es menester pues creer que es Hijo de Dios, que es el Mesías, porque nos lo dice. Es verdad que nosotros nos habíamos figurado que vendría con fausto y aparato, que sería gran conquistador, que sojuzgaría las naciones, y tendría el imperio de la tierra, porque así lo habían dado á entender los profetas; pero viéndole ahora mas de cerca, reconocemos que esto no podía ser, pues los mismos profetas han dicho que sería tratado con desprecio, ultrajado y condenado á una muerte

afrentosa, y estos dos extremos son incompatibles.

Es pues indispensable entender que hay en estas palabras un sentido oculto y espiritual, que es el que puede conciliarlas; esto es, que la grandeza, el poder y las victorias prometidas al Mesías son de otra especie que las que entiende la ambicion grosera, y que tienen un carácter mas elevado y superior, ó que aluden á la segunda venida.

Véamos ahora á Jesucristo, y dejando aparte que llega y nace precisamente en el tiempo anunciado, y en que toda la nacion le esperaba, olvidando tambien los milagros que precedieron á su nacimiento y los testimonios de su precursor, no nos detengamos á examinar mas que su propia persona. ¡Qué virtudes! ¡qué doctrina! y sobre todo ¡qué milagros tan repetidos y tan evidentes! ¡Quién puede hacer tantas maravillas sino Dios, ó aquel que nos habla en su nombre? ¡y cómo se puede dejar de creer al que Dios tan visiblemente favorece? Pues Jesucristo dice tan claramente que él es el Mesías, sin duda lo es. ¡Pero cómo puede serlo, estando tan pobre y humillado? Sin duda que la grandeza, el poder y las victorias prometidas son de otro carácter. Véamos, pues, si en él se manifiestan algunas que puedan persuadirnos, completando por una mejor inteligencia la idea que nos dan las profecías.

¿Qué grandeza hay en Jesucristo? Exceptuando la pompa exterior que es falsa y frívola, ¿qué especie de grandeza sólida y verdadera falta á Jesucristo? ¿Qué virtudes tan heróicas y sublimes! ¿qué leyes tan santas y tan nuevas! ¿qué doctrina tan elevada y superior! Sobre todo, ¿qué paciencia tan inimitable en sus persecuciones! ¿qué constancia tan nunca desmentida en la mas dolorosa de las muertes! ¿qué desinterés! ¿qué amor! ¿qué sacrificio por los hombres! El que ha vivido y muerto de este modo, es sin duda muy grande, y esta grandeza es de un orden muy superior á toda la idea que la grosera ambicion podía imaginar.

¿Cuál es su poder? Los hombres mandan á hombres; pero Jesucristo manda á los ángeles, sujeta y arroja á los demonios, y al imperio de su voz la naturaleza entera se trastorna y obedece. Este poder es sin comparacion mas alto, y sin duda mas digno del Mesías. ¿Y cuáles son sus victorias? No serán como las de Alejandro y Cyro, porque él mismo ha dicho que no vino para ser servido, sino para servir (1); porque en otra ocasion dijo tambien que los príncipes del mundo dominan á los hombres; pero que no debia ser así entre sus discípulos, sino que los primeros debian ser los últimos (2); y porque los enemigos que debia vencer eran, aunque invisibles, mas terri-

(1) Matth. xx. 25.

(2) Ibid. V. 25. 26. et 27.

bles, mas tenaces, y necesitaban de un esfuerzo superior al humano; estos eran la idolatría, los demonios, las pasiones y los vicios; y estas son las victorias que obtuvo el divino Triunfador.

Ve aquí, pues, la grandeza, el poder y las victorias prometidas al Mesías; y ve aquí como el cristiano entiendo cumplidas las profecías, que es imposible verificar de otro modo. El solo ha descubierto, digámoslo así, el sentido del enigma. Esta es la razon porque los judíos toscamente atenedos á la letra no le pudieron descifrar; esto es porque los incrédulos hallan contradiccion en una cosa, que así la vida como la muerte de Jesucristo, con los demas sucesos posteriores, han explicado con tanta claridad; pero nosotros tenemos la dicha y el consuelo de conciliar lo que á unos y otros parece tan contradictorio.

Confieso, padre, le dije yo, porque voy de buena fe, que vuestra solucion, supuesta la verdad de las profecías, me hace fuerza; porque yo sé que segun las reglas de crítica, cuando un autor fidedigno refiere cosas que parecen opuestas, si se puede encontrar un sentido en que puedan conciliarse, y de que resulte una inteligencia justa, clara y natural, la contradiccion desaparece, y se debe creer que las dijo en aquel sentido. Así en esta parte no tengo dificultad de confesar que los cristianos tienen grande razon contra los judíos, porque unos y otros suponen la inspiracion de los

profetas; pero á mí no me puede satisfacer, porque es menester empezar por probarme la verdad de esta inspiracion, lo que no me parece tan fácil.

¿Quién ignora que los profetas de los judíos no son otra cosa que un remedo de los oráculos de los gentiles? Todas las naciones han pensado siempre que sus dioses vaticinaban lo venidero; los pueblos los consultaban, y ellos predecían los sucesos futuros: este es un hecho positivo y conocido en la historia. Y yo os pregunto: ¿O era Dios el que hablaba por el órgano de aquellos sacerdotes paganos, ó era el diablo? Si era Dios, es consiguiente que entónces las profecías no pueden distinguir la religion verdadera de las falsas; si era el diablo, yo os diré que ¿por qué él mismo no habrá podido dictar las que vemos en los libros canónicos de los judíos? Y no me digais que los sacerdotes del paganismo engañaban á los pueblos con respuestas astutas, porque yo os diré lo mismo de los profetas de los hebreos. Veamos si os podeis desembarazar de este dilema tan fácilmente como del otro.

El padre me respondió: No me será mas difícil. Esta es una dificultad antigua, que parece simple y natural: Celso la propuso á Orígenes; este le respondió y la deshizo, y no obstante todos la han repetido, porque esto es lo que sucede con todas las objeciones que los filósofos de mala fe renuevan, olvidando las soluciones; y la

mayor parte de los hombres se fijan en la dificultad, porque es simple y corta, y no quieren tomarse el trabajo de profundizar la respuesta, porque esta es necesariamente mas larga y complicada; pero vos vais á ver cuán frívola es vuestra última objecion. No entraré ahora en la cuestion de examinar si ha habido en efecto verdaderos oráculos entre los gentiles, porque esto pide larga discusion; quiero suponerlo, porque para desengañaros me basta haceros ver la diferencia de unos á otros.

Las respuestas de los ídolos eran tan notoriamente fútiles y engañosas, que no habia entre los gentiles mismos ningun hombre medianamente instruido que no se burlase de ellas, y no supiese que eran dictadas por los sacerdotes interesados en mantener el culto de sus dioses. No solo los filósofos en particular, pero las sectas enteras, excepto la de los estóicos, hablaban en público de ellas con desprecio: así se lo dice á Celso Orígenes. Se dejaba al pueblo esta ilusion, porque la multitud es crédula, le agrada lo prodigioso, y esta idea de que el cielo se interesaba por ella, era un medio de mantenerla en el culto autorizado.

Pero las personas instruidas conocian toda la impostura. Enomaus se burlaba de Apolo, y criticaba sus respuestas: no solo se mofaba del oráculo de Delfos; no solo decia que era un hombre

quien hablaba en él, sino un hombre tan poco diestro, que no sabia cubrir su engaño con apariencias verosímiles. Ciceron decia lo mismo, y hasta Porfirio, el mayor enemigo del cristianismo, se vió obligado á confesar públicamente que todo era un artificio ridículo. Muy clara era sin duda la impostura, pues no se atrevió á negarla un gentil que en otras cosas fué el mas tenaz de los idólatras.

Y esto fué mas visible cuando habiendo sido condenados los mismos sacerdotes impostores por la justicia de las leyes, segun refiere Eusebio, autor contemporáneo y testigo del hecho, confesaron haber engañado la credulidad de los pueblos con respuestas fingidas en nombre de sus dioses. Estos infelices descubrieron los artificios de que usaban, y no pudo quedar la menor duda; así perdieron su crédito para siempre, y esto hace verosímil que todos los oráculos que se habian publicado hasta entónces, eran de la misma especie.

¿Qué diferencia de estos oráculos á los de los judios? ¿Cómo se puede hacer tan injusta comparacion? Los profetas no tenian ningun interes en hablar en nombre del Dios de Israel: su ministerio no era lucrativo ni lisonjero; y léjos de esperar recompensas, la muerte era el fruto de su celo. Elías y su sucesor Eliseo son amenazados y perseguidos; Isaias, á pesar de su ilustre nacimiento, es el escarnio del pueblo y de su monar-

ca; y muere en los tormentos mas crueles; Miqueas pasa su vida en la prision; Zacarías es apedreado; Ezequiel come el pan que empapaba en sus lágrimas; Daniel es dos veces entregado á los leones; en fin, todos anuncian desgracias, y todos eran víctimas de su pueblo ingrato y furioso.

La memoria estaba tan viva y era tan fresca, que Jesucristo increpa á los judios por haber dado la muerte á todos los profetas que le habian precedido. Los impostores no se encargan de ministerios tan tristes y tan peligrosos; y si los profetas lo hubieran sido, no hubieran anunciado tantas desgracias á un pueblo que no deseaba mas que predicciones agradables. Hubieran hecho como los sacerdotes idólatras, que no se ocupaban mas que en lisonjear las pasiones de sus principes, hasta el extremo de alabar al sanguinario y feroz Falaris.

Ve aquí una grande diferencia entre otras muchas. Los oráculos de los gentiles eran ambiguos, equívocos y susceptibles de muchos sentidos; así siempre presentaban un aspecto á que todo acontecimiento podia convenir: no propondré mas que un ejemplo. Creso, rey de Lidia, ántes de empezar la guerra consulta si será dichosa ó funesta: se le responde que si ejecuta su proyecto, destruirá un grande imperio. Creso imagina que se le ofrece la victoria y ataca á los persas;

pero en vez de triunfar es vencido, y destruye su propio reino.

El mismo Enomaus ya citado explica la afectada y astuta anfibología del oráculo. El que lo dictaba veía dos grandes reyes armados el uno contra el otro: en aquel tiempo las guerras ocasionaban de ordinario la total ruina de los imperios; era, pues, probable que uno de los dos fuese destruido: cuál, él lo ignora; pero todo se compone con una prediccion que tiene dos sentidos, y con semejante artificio en todos los asuntos, el oráculo será siempre cumplido. Los griegos habian llegado á percibir tanto esta astucia, que llamaban á su Apolo oblicuo y falaz; y Ciceron decía que siempre se guardaba una puerta excusada para salir por ella.

Los profetas hebreos no eran así. Sus oráculos no podian dejar de ser oscuros, porque hablaban de cosas futuras, que solo el tiempo podia aclarar; pero no eran ambiguos ni equívocos; y cuando el suceso los verificaba, se veía en ellos una precision y unidad de sentido, que no podia convenir sino al suceso mismo. Describian las revoluciones de las ciudades y de los imperios con tanta precision y tantas circunstancias, que no era posible aplicar sus vaticinios sino al objeto de que hablaban. Los tiempos estaban señalados con fechas exactas, los lugares indicados con señales características, que no podian convenir á

otras, y muchas veces nombrados por su propio nombre.

Por ejemplo, ántes que Nabucodonosor naciera, Isaías anuncia la gloria y el imperio orgulloso de este príncipe; pero al mismo tiempo predice su ruina y destruccion. Cuando el profeta hablaba, Babilonia era un lugar humilde; pero él anuncia su futura grandeza, añadiendo que luego que llegue al mayor punto de su elevacion, veria castigado su orgullo con su ruina. „Yo voy, decía Dios por la boca de Isaías (1), yo voy á suscitar los Medos.... La grande Babilonia.... esta reina de las ciudades del mundo, que ha dado tanto orgullo á los Caldeos, será destruida como Sodoma y Gomorra.” El que destina el cielo para vencer esta nacion soberbia, será Cyro; y el profeta no solo le ve y anuncia doscientos años ántes de que nazca, sino que le nombra por su propio nombre. El Señor añade (2) que ha escogido á Cyro, el cual ejecutará su voluntad en Babilonia, y será su brazo entre los pueblos de la Caldea.

¿Puede haber, señor, equívoco, subterfugio ó trampantojo en una profecía tan determinada y positiva? Todo está indicado con una precision tan individual, que no puede convenir sino al suceso. Muchos siglos ántes de que pasen, estan

(1) Isaí. xiii 17.

(2) Ibid. xlv. 28.

anunciadas revoluciones de hechos que no podían preverse, porque no existían todavía ni el teatro ni los actores. Babilonia no era nada, y era menester que se formara ántes en ella un imperio que diese lugar á su orgullo y su ruina: Nabucodonosor no habia nacido, que era el que debia ser castigado con ella; y el vengador, el ministro del cielo, el brazo que destinaba para humillarle, estaba todavía en los secretos de la Providencia. A pesar de tanta obscuridad, todo lo ve Isaias, todo lo predice y lo nombra. Mirad si oráculos de este carácter pueden venir de otro que de Dios y si se les pueden comparar los groseros y mal encubiertos artificios de impostores ignorantes y falaces.

Me seria muy fácil multiplicar las citas de esta especie, porque todas nuestras profecías son del mismo género; pero esto pide mucho tiempo, y cortaría el hilo de vuestras objeciones. Si queréis, dejemos aquí doblada esta hoja, otro dia la desenvolverémos; y yo prometo hacer ver con evidencia que es hacer mucha injuria á la verdad confundir los oráculos profanos con nuestras divinas profecías, que los sacerdotes de los dioses falsos no se atrevían á pronunciarlos en presencia de los cristianos ni aun de los Epicúreos, porque estos no creyendo en los dioses, se burlaban de ellos, y aquellos adorando al verdadero Dios, conocían sus engaños.

Tambien veréis que sus oráculos se contradecian entre sí; que lo que decian en Delfos era contrario á lo que decian en Dodona; que habiéndoles sorprendido en estas contradicciones, ó que habiendo muchas veces desmentido el suceso la esperanza de la prediccion, Apolo para excusarse se vió precisado á confesar que habia mentido, porque el destino le habia forzado; que estos bárbaros pedían sacrificios de hombres, y algunas veces de ciudades enteras; que otras veces ordenaban ceremonias impuras, incestos, adulterios, danzas disolutas, y horrores que no pueden decirse sin rubor.

En fin, veréis que entre todos los oráculos que se citan no hay un solo ejemplo de uno que haya predicho claramente un hecho futuro y dependiente de causas contingentes y libres: todos se reducen á hechos actuales que estaban léjos del lugar en que se pronunciaban los oráculos; pero que podían saberse ó conjeturarse; y adivinar esto, no era posible solo al demonio, sino á hombres hábiles y astutos.

Pero qué comparacion se puede hacer de esta pobre y mezquina manera de engañar á pueblos ignorantes, á quienes por su propio interes debia secucir el gobierno, porque tenia en su mano á los sacerdotes, con las estupendas profecías de los libros divinos, que anunciaban ántes de siglos los hechos ménos capaces de ser previstos por al-

prudencia humana? Vos os asombraréis, señor, y no podréis dejar de reconocer que cosas tan grandes, tan contingentes y tan obscuras no las podían predecir sino hombres á quienes Dios las revelaba; pero vuelvo á deciros que esto es largo, y que yo no quisiera interrumpiros en las objeciones que me queréis hacer.

Parece, padre, le dije yo, segun el deseo que teneis de que os proponga mis dificultades, que estais seguro de vencerlas; pero puede ser que os engañeis: consiento en que dejemos aparte este objeto para despues, aunque ya me habeis dicho lo bastante para que yo entrevea lo que os queda que decir; dejémosle, pues, por ahora á un lado, y pasemos á otra cosa.

No ignoro que despues de las profecías y de su cumplimiento los cristianos se fian mucho en sus milagros y sus mártires, sin hacerse cargo de que no hay religion, por absurda y ridícula que sea, que no abunde en uno y otro. En efecto, no hay cosa mas fácil que inventar y hacer creer á los pueblos cuanto la imaginacion puede concebir; porque ó ya que la ignorancia sea de ordinario mas crédula y ménos apta para reflexionar, ó ya que por la flaqueza de su espíritu ame naturalmente lo que la asombra, ó que en fin, la parezca que con esto extiende mas sus conocimientos; la experiencia acredita que la multitud está siempre con la boca y el corazón abierto para creer todo lo prodigioso sin exámen ni crítica.

Los historiadores, los políticos, los sacerdotes y los reyes se han aprovechado en todos tiempos de esta disposicion para hacer creer á los pueblos todo lo que les interesaba; y hoy mismo ¿cuántos milagros estan repetidos, que los hombres de buen sentido saben ser falsos, ó que los mas instruidos atribuyen á efectos naturales? Pero tal es el carácter de la humana credulidad, que un hombre solo supersticioso ó interesado persuade á mil, y estos persuaden despues á otros millares, el tiempo los consagra y les imprime con la antigüedad el sello de la veneracion. El cuerdo ó se deja arrastrar, ó no se atreve á oponerse al torrente, y ve aquí como las mentiras adquieren una apariencia de verdad; ve aquí tambien como todas las religiones estan llenas de milagros, que creidos por los entusiastas se transforman en mártires.

No son estos, pues, medios propios para vencer á un filósofo que conoce el origen, la causa y la falsedad de semejantes hechos; y los milagros no pueden persuadir al que sabe que las religiones absurdas se autorizan con ellos. ¿Por qué los milagros de Jesucristo han de ser mas ciertos que los de Apolonio de Thyanea y de otros semejantes? El filósofo, pues, suspende su juicio; y como es imposible hacerle ver con evidencia la certidumbre de los milagros que se le citan, está en derecho de ponerlos todos en la misma clase, y no creer ninguno.

Yo creo, señor, me respondió el padre, que se debía sacar una consecuencia contraria, y que sería mas justa. Yo diria: Pues hay tantos milagros falsos, es necesario que los haya verdaderos; y si hay religiones que han fingido milagros para autorizarse con ellos, es preciso que haya una verdadera que los tenga ciertos. Porque los milagros falsos no son mas que una imitacion de los verdaderos, como las falsas religiones no son mas que un remedo de la verdadera, como las falsas profecias suponen las divinas, y en fin, como de ordinario lo fingido supone lo que es real. Pues sin esto faltaria á los hombres el modelo sobre que fabricar sus invenciones; y como decia Pascal, si no existiera nada de esto, fuera imposible que unos hombres lo imaginasen, y otros lo creyesen. Así me parece, que léjos de concluir que no hay verdaderos milagros, porque muchos son evidentemente falsos, se debería concluir que pues hay tantos falsos, es preciso que los haya verdaderos, y que solo estos han podido ser la ocasion ó la causa de que haya los otros. El estudio del sabio debe ocuparse en discernirlos.

Es imposible que por ahora entremos en la discusion de cada uno de los milagros; pero si quereis echar una vista por mayor sobre los de Jesucristo, veréis cuánta injuria sería confundirlos con los otros que deben su origen á la impostura y la credulidad. Examinad muy por menor todos los

que cuenta la historia profana, y veréis en ellos defectos esenciales que los hacen manifestamente despreciables.

Se cuentan, se refieren, pero ninguno dice haberlos visto: unos citan á otros; pero jamas se llega á un testigo de vista, fiel, imparcial y fidedigno; jamas á este milagro se sigue otro que confirme ó quite las dudas que ha podido excitar el primero, y siempre quedan vagos y mal individualizados; no hay dos relaciones conformes; los autores varian en la narracion, y se contradicen en las circunstancias. Basta leerlos para reconocer que toda aquella narracion es frívola y fabulosa, y que está destituida de todo apoyo, autoridad y verosimilitud. No exagero, señor; y si no que se me cite uno solo en que no sean visibles estos defectos.

¡Pero qué diferencia en los milagros de Jesucristo! La mayor parte de ellos se hacen en público y en presencia de una multitud de testigos. No solo eran públicos, sino repetidos y de especies diferentes. No era posible que tantos se engañasen, sobre todo cuando se repetian con tanta frecuencia, y los presenciaban sus mismos enemigos, que no pudiendo negarlos los atribuian á Beelcebú.

Pero lo que es mas, sus discípulos, que despues de su muerte contaban los milagros de su maestro á otros que no los habian podido ver,

hacen otros iguales en distintas partes del mundo, y obligan muchas naciones á que los crean. ¡Y con qué individualidad estan todos escritos! Todo está circunstanciado en el Evangelio: el tiempo el lugar, los testigos, las personas, su clase, su nacimiento y hasta su nombre. Este Evangelio se publica, y corre en el mundo en el tiempo en que estaba todavia fresca la memoria de los hechos; nadie los contradice, porque todos saben que eran verdaderos y públicos: ¿cómo, pues, se pueden comparar con las fábulas que los ignorantes creen sin exámen ni pruebas?

A esto respondí: Para juzgar, padre, estos milagros, seria menester haberlos visto, y tan de cerca que se hubieran podido examinar todas las circunstancias; y á pesar de toda diligencia seria todavia posible engañarse: porque ¿quien conoce todas las fuerzas de la naturaleza? ¿quién puede tener bastante perspicacia para descubrir todos los artificios secretos de los impostores hábiles? Y si los testigos mas ilustrados pueden ser seducidos, ¿cuánto mas lo pueden ser los que no los saben sino por testimonios ajenos?

Vos no quereis con razon que los hombres se fien en las opiniones de los sabios, para entregarse á la incredulidad; y vos quereis que se fien en la relacion de milagros que han podido ser creidos por ignorantes ó débiles, para reglar por ellos su creencia: esto me parece inconsecuente.

Lo mismo digo de los mártires. ¿Qué me importa que haya habido hombres ilusos ó fanáticos, que por tenacidad ó por falsas ideas hayan preferido á la vida el teson de sostener una religion y sus dogmas, cuando yo veo que el mundo ha estado siempre lleno de espíritus ilusos, que han hecho el mismo sacrificio por errores que eran evidentes? ¿Qué religion por absurda que sea no tiene hoy sus penitentes, y no ha tenido sus mártires? Si el martirio fuera, pues, una prueba decisiva, todas las religiones fueran verdaderas, y la cristiana no seria por eso mejor que las otras.

Lo mismo pienso de otra prueba que los cristianos fundan en los progresos rápidos de su religion; pues todas las otras pueden alegar los mismos, y mayores. El filósofo no extraña esto, porque sabe que el hombre es naturalmente tímido y supersticioso; y que toda nacion que está todavia en el rudo estado de la naturaleza, adoptará sin necesidad de mucho esfuerzo cualquiera religion que se la presente, temblará de sus amenazas, y se consolará con sus ilusiones.

Así, pues, su extension no puede probar su divinidad; el paganismo tuvo mayor extension que la religion cristiana. Pero sin subir tan alto, ¿qué progresos no ha hecho casi en nuestros dias el mahometismo? En poco tiempo se propagó como un fuego devorante casi en toda el Asia, en la mayor parte de Africa y en no pequeña parte

de la Europa: ¿diréis por eso que es la verdadera? Estos son hechos, y no como los vuestros, antiguos y contados por otros, sino palpables y subsistentes: es, pues, ridiculo fundarse en pruebas tan fútiles y equivocadas; y debemos confesar que sola la religion natural viene de Dios, y que todo lo demas procede de los hombres.

Vos habeis, señor, reunido, me respondió, muchas objeciones: yo voy á responderos con separacion. En cuanto á los mártires, pudiera decirlos desde luego que en ninguna religion los ha habido jamas sino en la de los judios y de los cristianos, y si vos conoceis otros, hacedme la gracia de nombrádmelos. La historia pagana en su inmensa extension no cuenta mas que uno solo, que fué Sócrates: no se ve en ella ejemplo de ningun otro que por causa de religion haya sufrido no solo la muerte, pero ni siquiera persecuciones ó tormentos. La razon es muy simple, porque los filósofos gentiles, inventando ó adoptando sistemas religiosos, no pretendian sacrificarse por ellos; su objeto no era mas que mostrar ingenio y adquirir reputacion. Era principio establecido entre todos, que en la práctica ó la conducta era menester conformarse con la del pueblo: así adoraban en público los dioses de que se burlaban en secreto. Los discípulos de Epicuro, que no creían en ninguno, frecuentaban los mismos templos, y celebraban las mismas fiestas que los

de Sócrates, que habian llegado á reconocer la unidad de Dios. Disputaban en las escuelas, donde era permitido reducirlo todo á problema; pero en la práctica todos se conformaban con el culto recibido: así no habia ni era posible que hubiese mártires.

Pero para destruir de raiz vuestra reflexion, quiero concederos por un instante que haya habido algunos mártires no solo en todas las religiones, sino en cada una de sus sectas: ¿qué sacaréis de esto? ¿Acaso pretenden los cristianos que su religion es la verdadera solo porque sus mártires la han creído? No, señor, no es esto lo que dicen; lo que dicen claramente es que los hechos que refiere el Evangelio, y sobre los cuales se funda su religion, son verdaderos, porque los mártires primitivos que los vieron, los certificaron al tiempo de morir, y que no murieron sino porque los certificaron.

Observad, señor, que estos mártires no lo han sido por sostener meramente dogmas ó verdades especulativas de su fe, sino por atestiguar la verdad de los hechos en que no podian engañarse, y en que su fe se fundaba. Y de aquí debeis inferir la gran diferencia de estos mártires á los de las otras religiones, que no han podido morir sino por sostener dogmas especulativos en que se podian engañar; y debeis inferir tambien que cuando se supongan muchos mártires en las religiones

falsas, su multitud no puede destruir el testimonio decisivo y único en su género que dieron los apóstoles, los primeros discípulos de Jesucristo, y otros muchos fieles que murieron en los primitivos días de la Iglesia.

Vuestra objecion, pues, muda de medio, y altera el estado de la cuestion, pasando del hecho al dogma; compara los mártires de la mera doctrina con los que lo son ademas de la verdad de la historia; y porque en los anales de otras religiones se encuentran mártires de falsas doctrinas, vos quereis inferir que no se debe creer á los que aseguran á costa de su vida la verdad y subsistencia de los hechos porque mueren.

Ya veis que este raciocinio no es justo ni concluyente, y lo conoceréis mejor si os deteneis á considerar que estos testigos eran soberanamente creibles, pues no podian engafiarse sobre hechos notorios que ellos mismos habian visto, y cuya certidumbre aseguraban á costa de su sangre. Para quitarme la fuerza de esta demostracion, es menester probarme ó que á pesar de su multitud y su conformidad los hechos son falsos, lo que no es posible, ó que en las otras religiones ha habido muchos hombres reunidos, que se han dejado martirizar por otros hechos evidentemente falsos, lo que es mas imposible todavía.

Ademas que no puede haber cotejo entre los fanáticos, que mueren por las falsas sectas, y los

mártires de la religion cristiana. Pues aquí solo es donde se reconocen mártires sin número de toda edad, de toda condicion, de todo sexo, ricos, poderosos, personas de la mayor autoridad y sabiduría, que se ofrecen libremente al furor de los mas violentos perseguidores con asombro de los mismos verdugos, que admiran la fortaleza invencible con que sufren los tormentos mas atroces, y la alegría extraordinaria con que sacrifican su vida por Jesucristo; y cuantos mas mueren, mas crece el número de fieles, siendo la sangre de los mártires arrojada en tierra como una semilla fecundísima que convertia los gentiles mas obstinados, y multiplicaba al mismo paso los cristianos que los perseguidores intentaban extinguir, como lo advirtió Tertuliano, testigo ocular y nada sospechoso.

Vengamos ahora á la extension del paganismo y mahometismo. Cuando los cristianos proponen la del Evangelio, no piensan que esta sola sea una razon característica de su divinidad. Bien saben que si no fuera extendida, seria una señal de no ser divina; pero tampoco ignoran que no basta el serlo para probar su celestial origen. Esta circunstancia es necesaria; pero la verdad resulta de la fuerza de su reunion con todas las demas pruebas que la acompañan. Por sí sola seria sin fuerza; pero reunida á lo demas, completa el cuerpo de sus pruebas, y añade un grado de luz á su evidencia.

Vos comparais la extension y los rápidos progresos del mahometismo con los de la religion cristiana. Pero, señor, ¿qué diferencia! ¿Quién no sabe las causas por qué se propagó tanto la religion de este impostor? ¿Quién no sabe que todo lo debió á su valor, á su astucia y á la fortuna de sus armas? ¿Pero quién ignora tampoco las violencias, las mortandades y las perfidias de que se sirvió? ¿Quién ignora la ninguna prueba de su mision, sus contradicciones, sus fábulas ridiculas y los excesos inauditos de la ignorancia mas grosera?

¿Cómo es posible comparar una secta absurda propagada á fuerza de armas victoriosas y con la punta de la espada; una secta que abria todas las puertas á la ambicion y los deleites, con la fe cristiana, que no predica mas que la austeridad y la mortificacion de las pasiones, y que ha sabido extenderse en el universo sin mas armas ni mas fuerza que la persuasion, los sufrimientos y la paciencia? El prodigio, pues, no es solo que se haya extendido sobre toda la tierra, y aun mas que el mahometismo, pues este no ha ocupado ni ocupa todavia sino los lugares que ocuparon ántes los cristianos; el prodigio está en que se haya extendido tanto, á pesar de que repugna por sus leyes severas á la corrupcion general, y que lo haya hecho por medios que parecian tan opuestos á su logro.

No es, pues, el progreso del Evangelio ni de la Iglesia lo que debe admirar mas; sino que le haya conseguido contra toda apariencia de progresos, sin que la elocuencia le haya ayudado, sin que la autoridad pública le haya sostenido, sino por la sola predicacion de la cruz, que parecia una locura, y contra el torrente de todas las pasiones.

Si Jesucristo hubiera dado batallas como Mahoma, ó si este hubiera sido pacífico como el otro, entónces se les pudiera comparar á lo ménos por ese lado. Pero cuando uno corre el mundo con un ejército victorioso, forzando á que se le rindan cuantos encuentra, y el otro no hace mas que sufrir; miéntas que el uno arma en su favor los pueblos que induce á la rebelion, y el otro se ve abandonado de sus pocos discípulos; en fin, cuando el uno toma todos los medios humanos que son capaces de conseguir sus fines, y el otro no toma ninguno; ¿cómo es posible hallar un punto de comparacion entre los dos? Mas distancia hay entre ellos, que entre la tierra el y cielo.

Por otra parte, ¿quién ha dado la autoridad á este impostor? ¿Qué pruebas ha dado de la verdad de su mision? ¿Quién le ha anunciado ántes de que naciera? ¿Qué profecías le han prometido? ¿Cuáles ha hecho él mismo? ¿Qué milagros se le han visto? Ninguno. Es el único que se ha anunciado á sí mismo; él solo.... Aquí in-

terrupí yo diciendo: ¿Qué, padre, no ha hecho ningún milagro? ¿A lo ménos sus sectarios no dicen que haya hecho alguno? No, señor, me respondió; no lo dicen ni lo pueden decir, porque el mismo Mahoma dice positivamente en su Alcoran: „Yo he venido, no para hacerme seguir con la autoridad de los milagros, sino con la de las armas.” Así no ha sido posible desmentirle.

No ha hecho, pues, milagro alguno; á ménos de que no tengais por tal lo que él mismo decía: que el ángel Gabriel venia á tratar con él, que hacia bajar á su manga una parte de la luna, y que la hacia despues volver á su puesto, ó que él conversaba por la noche con un camello. Estas y otras cosas de esta especie contaba á sus secuaces; pero todos eran hechos propios que pasaban á solas y sin testigos: él los decía con la espada en la mano, y era menester creer ó morir, y lo mas seguro era creer.

Pero, padre, volví yo á decir, no podeis negar que si no hizo ningún milagro particular, sus grandes y rápidas victorias lo parecen. Gran milagro por cierto, respondió el padre, el que han hecho tantos conquistadores, entre quienes se cuentan tiranos, príncipes abominables, pueblos bárbaros y naciones idólatras. Los persas que adoraban el sol, los romanos tan supersticiosos los hicieron mayores en este género, y ántes los habian hecho tambien Nabucodonosor y Antiochó,

príncipes detestables. No eran así los milagros de Jesucristo.

¿Pero cómo se puede hablar seriamente de este asunto? Es imposible leer el libro en que publicó su ley, y que llamó Alcoran, sin asombrarse de que tantas ineptias tan insensatas y tan pueriles hayan podido encontrar partidarios; todo está lleno de absurdos, y lo que es mas, de contradicciones; á cada paso se descubre su ignorancia y su inconsecuencia. Por ejemplo, hablando de nuestros evangelistas, dice que fueron verdaderos, sinceros y santos; y el infeliz es tan necio, que no advierte que si esto es verdad, él mismo es un profeta falso, pues que no los sigue.

Decia que Jesucristo era el Mesías prometido, el Verbo de Dios, su Espíritu y Sabiduría, y despues de haber concedido esto, acaba diciendo que no era mas que un profeta. Reconocia la resurreccion de Jesucristo, y no solo sus demas milagros, sino que aun añadió otros muchos de que no hablan ni el Evangelio ni nuestra tradicion; y no veia que estos milagros eran una prueba contra él que no hacia ninguno; pero era un impostor atrevido que hablaba á pueblos groseros.

Era tan ignorante y tenia tan baja idea de Dios, que le atribuia un cuerpo, jactándose de que le habia tocado la mano, cuya frialdad, dice, que habia casi helado la suya. Del alma tambien tenia falsas ideas, pues la reputaba por un vapor, cuya

masa mas ó ménos extendida en su volúmen, hacia la diversa duracion de nuestra vida. Prometió á sus prosélitos un paraíso de felicidad, y no pudo concebir en él mas que los mas groseros placeres, á los cuales los conducia, permitiéndoles otros semejantes en la tierra por la poligamia; en fin, tan disoluto, que á pesar de la veneracion que le profesan sus partidarios, estan obligados á confesar hoy sus desórdenes, sus injusticias y violencias, no ménos que las de sus compañeros y primeros discípulos, hombres sin costumbres ni probidad, y á quienes permitia toda la licencia de los vicios.

¿Y qué, señor, este hombre y esta religion se compara á la de Jesucristo? ¿Se pueden poner en la misma balanza estos hechos y los del Evangelio? ¿Puede haber valor para medir con la misma vara y oponer gravemente estas ineptias, cuentos y delirios á la fe cristiana, tan santa, tan pura, tan divina, y que está sostenida con tantos milagros y tantos mártires, que han sellado la verdad con su propia sangre? ¿Cómo es posible.... Yo le interrumpí diciendo: Dejemos aparte la religion mahometana, porque eonozco realmente que no merece entrar en paralelo, y volvamos á la cristiana, que por otro lado parece tiene sus tachas. En efecto, vos fundais mucha confianza en los milagros de Jesucristo, y tuviérais razon, si pudiérais aseguraros de que son ciertos, pot-

que los verdaderos milagros no pueden venir mas que del poder divino; pero ¿quién puede darnos esta certidumbre?

Los únicos que nos los refieren son sus propios discípulos. Este canal es sospechoso, y debe serlo mas cuando sabemos que habia libros que combatian ó desmentian estas historias, y que ahora no es posible descubrir sombra ni vestigio de ninguno de ellos; prueba clara de que se ha tenido el cuidado de suprimirlos y aniquilarlos. Si no que se nos diga: ¿por qué los Evangelios han quedado solos? ¿Cómo el tiempo ha podido destruir todo lo que se escribió contra ellos, y los ha preservado de esta ruina? Es visible que el espíritu de partido sostenia el Evangelio, al mismo tiempo que devoraba todo lo que podia desacreditarle. Desde que el cristianismo se hizo poderoso, no quiso sufrir nada de lo que le podia hacer perjuicio; deshizo, destruyó todo lo que nos podia desengañar, y ahora triunfa de que no lo podamos convencer.

Pero, señor, respondió el padre, esas no son mas que conjeturas, y lo peor es que son muy débiles y contrarias á los hechos. Es verdad que los autores que han referido con mas individualidad la historia de Jesucristo, son sus apóstoles y evangelistas; pero nadie ha podido jamas dudar de la buena fe, del candor y la sinceridad de estos hombres, que por una parte eran santos, des-

interesados y contemporáneos, y por otra murieron por asegurar la verdad de lo que habían escrito.

Añadís que no ha quedado sombra ni vestigio de lo que se escribió contra el Evangelio en aquel tiempo; pero estais engañado. Leed la apología de San Justino, y en ella hallaréis todos los argumentos del judío Trifon contra la verificación de las profecías en la persona de Jesucristo; leed á San Ireneo, y veréis en él los sistemas y las pruebas de todos los hereges de los tiempos primitivos; leed á Orígenes, y veréis en él como copia hoja por hoja y línea por línea todos los discursos de Celso para responderle; y este Celso fué el enemigo mas hábil, mas astuto y mas docto de cuantos tuvieron los cristianos. Todos los argumentos mas capciosos, todos los mas ingeniosos y aparentes sofismas que se han hecho hasta ahora contra su fe, fueron inventados por este filósofo: las dificultades que hoy nos repiten los incrédulos, son las que él produjo, y nosotros no necesitamos mas que repetir las mismas respuestas.

Leed tambien á Tertuliano: la mayor parte de sus escritos es contra los judíos ó contra los hereges de entónces, ó contra los gentiles; y veréis como expone todas sus dificultades con escrúpulo, para refutarlas con fuerza. Lo mismo os digo de Minucio Félix, de Arnobio, de Lactancio y de Teófilo de Alejandria. Leed sobre todo á Eu-

sebio de Cesarea, y solo con echar la vista sobre los dos grandes libros que compuso en favor del cristianismo, observaréis los largos textos de Porfirio, que refiere á la letra. ¿Y qué hombre era este Porfirio? El paganismo no ha tenido un defensor tan vehemente ni tan instruido en nuestras historias; pero la Iglesia no ha temido conservar la memoria y el texto de sus ataques, á pesar de su astucia y de su fuerza.

Examinad tambien los escritos de San Cirilo, y hallaréis en ellos copiadas literalmente y con sus propias palabras las objeciones del emperador Juliano, sin omitir punto ni coma. Abrid á San Agustín, y veréis como expone sus combates con la secta de los maniqueos, tan contraria al Evangelio, y que no disimula ninguna de sus razones y dificultades. ¿Pero para qué me canso? Leed todos los padres de los primeros siglos, y si no hallais en todos ó casi todos largos pasages, fuertes y frecuentes objeciones, y algunas veces escritos enteros de los enemigos del cristianismo, no me creais jamas, y decid que yo os engaño sin pudor.

Pero, padre, le dije yo, ¿cómo es posible que ninguna de estas obras subsista original y en toda su integridad? El me respondió: La razon es muy sencilla. Es porque de ordinario se olvida, y no se hace caso de dificultades que quedan respondidas, y de cuya defensa despues de la muerte del

autor, nadie se encarga; es porque es natural que nadie se interese por una falsedad reconocida; es porque la Iglesia, después de haber vencido á los gentiles, tuvo que combatir á los hereges, y no quedando ya de los primeros, se ocupó solo en la conversion de los segundos; es porque las irrupciones de los bárbaros lo trastornaban todo, y la Iglesia en aquel tiempo de confusion y de horror no cuidaba de conservar sino lo que le era preciso: y seria muy injusto pretender que los cristianos respondan de los estragos del tiempo; y mas cuando la suerte de la mentira ó del error es durar poco, ser despreciado y disiparse como el humo.

Pero es fácil juzgar de estos escritos y de los demas que han podido perderse, por los largos y literales textos que nos han conservado nuestros apologistas. Estos escritos eran sin duda los mas célebres, pues obtuvieron la preferencia para ser respondidos; y es de observar en todos ellos que ninguno se atreve á combatir la verdad de la historia, empleándose solo en impugnar los dogmas. Ni Trifon, ni Celso, ni Porfirio, ni Juliano ni ninguno otro ha contradicho jamas los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles: así nuestros defensores no tuvieron que responder en esta parte, y supusieron siempre la verdad de estos hechos. Pero cómo podian atreverse á desmentirlos si eran públicos y notorios, si la una parte estaba

depositada en los registros públicos, y la otra era conocida y certificada por todos los pueblos?

Yo no veo documento que pruebe que alguno se atreviese entónces á contradecir la verdad de una historia tan pública; pero si alguno se atrevió, es preciso confesar que la contradijo muy mal, pues no pudo detener el celo de los mártires, que cada dia se redoblaba, ni el progreso con que la Iglesia añadía nuevas conquistas á Jesucristo, hasta obligar á los sabios, principes y soberanos á humillarse á los pies de la cruz.

Aquí volví yo á decir: Vos haceis, padre, mucho ruido con los milagros de Jesucristo, como si fuera el único que los hubiera hecho; pero consultad la historia, y hallaréis milagros en todos los tiempos. Para no perdernos en los muchos ejemplos, fijémonos solo en Apolonio de Tyanea, y observad de paso que vuestra historia no puede contar prodigio ni milagro que no cuente tambien la del segundo. Si Jesucristo nació rodeado de prodigios que distinguieron su nacimiento, Apolonio obtuvo la misma distincion; si aquel curaba los enfermos, este hacia lo mismo; si el primero resucitaba los muertos, á la voz del segundo se abrian los sepulcros; y si Jesucristo resucitó, Apolonio renovó el mismo prodigio.

Las virtudes y milagros de Jesucristo no le acarrearon tantos discípulos como á Apolonio: su número era infinitamente mayor, y su gloria mas res-

plandeciente llenó mas extendida parte de la tierra. En Antioquia, Babilonia, Aténas, Nínive, Efeso y Lacedemonia, en el Egipto, la Fenicia y Roma, en España y hasta en las Indias su nombre era glorioso y su persona fué adorada. Si Jesucristo tiene altares, Apolonio tuvo tambien templos, sacerdotes y culto, y hasta los emperadores le adoraron: si Jesucristo resucitado habló con sus discípulos, Apolonio tambien despues de muerto habló con Aureliano, y le detuvo cuando ya iba á destruir la ciudad de Tyanea.

Si Jesucristo ha profetizado lo futuro, Apolonio lo predijo tambien, y sus predicciones fueron justificadas por los sucesos: en fin, vos no me contaréis prodigio ni maravilla de Jesucristo, que yo no os pueda contar otra igual, ó tal vez superior, de Apolonio. Y si vos os jactais de la seguridad y certeza de vuestra historia, yo os diré lo mismo de la mia; pues todos sus hechos estan referidos por autores graves, los unos testigos oculares, los otros contemporáneos, todos sinceros, unánimes y desinteresados. En fin, ni la historia de Jesucristo puede ser mas auténtica, ni sus milagros son mas estupendos, mas públicos ni mas extraordinarios; y yo os deixo sacar la consecuencia para que conozcais la debilidad de vuestra prueba.

Peró si los milagros de Apolonio son falsos, á pesar de tantos historiadores y testigos contem-

poráneos y públicos, los de Jesucristo que no tienen mas apoyo, podrán tambien ser falsos; y si son verdaderos, os diré que pues los milagros de Apolonio no prueban su doctrina, los de Jesucristo no deben probar la suya. No habiendo diferencia en los hechos y en los motivos, no debe haberla en los efectos.

Si decis que él cielo se declaró por el Dios de los cristianos, yo os responderé que tambien se declaró por el de Apolonio, pues le dió su fuerza para tantos prodigios, y tan sobrenaturales. Si me decis que las maravillas de Apolonio eran efectos de la magia, que eran prestigios ó imágenes falaces, acusais á la Providencia, y transformais á Dios en un seductor, que presta su auxilio para engañar á los hombres y perder á sus propios hijos: consecuencia horrible, y que escandaliza á una alma religiosa.

Reconoced cuán poco segura es la prueba que quereis sacar de los milagros de Jesucristo en favor de la religion cristiana; porque ó Apolonio será Dios como Jesus, ó si la historia del primero es fabulosa, á pesar de la fe de la historia, ¿por qué no lo será la de Jesucristo, que no tiene ni otros ni mejores apoyos? El padre me escuchó con mucha paciencia, y cuando acabé me dijo: Yo no pensaba, señor, que quisiérais hacer una objecion seria contra lo que es tan seguro y evidente, con una historia fabulosa, palpablemente

ridícula. Este injurioso paralelo de un filósofo pitagórico con el Salvador del mundo, ha sido propuesto muchas veces; pero ha sido tantas respondido, y tan demostrativamente, que ya no es bueno sino para divertir á los que no quieren examinar nada; pero pues vos os dignais de renovarle, voy á repetiros lo que tantos han dicho.

La historia de Apolonio, segun las reglas de la crítica no tiene el menor crédito, porque sus autores no son dignos de fe. Veamos, señor, quienes son los que han pasado á la posteridad la noticia de hechos tan extraordinarios, de imágenes tan magníficas. Todos se reducen á uno, y este fué Filostrato, que fué el primero que los escribió, y que léjos de ser contemporáneo de Apolonio, no los escribió sino cien años despues.

Así no pudo ver nada de lo que escribió, y solo pudo repetir los rumores populares, siempre infieles y mas favorables á la exageracion que á la verdad. Ve aquí toda la autoridad de estos prodigios; y se podrá ella comparar con la nuestra? ¿Los cristianos, á quienes acusan de ser tan crédulos, nos apoyamos en fundamentos tan ligeros? Nosotros, señor, no nos fiamos en rumores populares, ni nos contentamos con un historiador que escribió tan léjos de los sucesos, sino que producimos muchos que fueron testigos oculares, y que escribieron (1): „Nosotros decimos lo que hemos

(1) 1. Joann. 1. 1. 2 & 3.

visto;” historiadores, en fin, que nadie ha desmentido, y que sin haberse concertado, estan concordes en todo lo sustancial. Para poder, pues. . .

Aquí le interrumpí diciendo: Me parece, padre, que en este punto no veo en vos la buena fe que he visto en los otros, pues aunque es cierto que Filostrato fué el primero que escribió la vida de Apolonio, y despues de cien años, tambien lo es que no la escribió repitiendo solo los rumores populares, sino sobre las memorias fieles y secretas de Máximo y Merágenes, y mas particularmente sobre las del Asyrio Dámis, que fué el compañero inseparable de Apolonio. Ve aquí, pues, discípulos, testigos y contemporáneos; Filostrato los produce como garantes de la verdad de sus discursos, y debeis confesar que su historia no está ménos apoyada que la de Jesucristo.

Ya iba, señor, á hablar de esto cuando me habeis interrumpido; pero volviendo á ello os diré que estos autores no son mas digno de fe que Filostrato. ¿Qué dice este? Que estas memorias habian estado secretas. ¿Y por qué? ¿qué motivo podia haber para este secreto? La vida de un hombre tan famoso, que habia captado la veneracion de los pueblos, no era vergonzoso escribirla, ni habia peligro en publicarla: se temia, pues, que fuese desmentida por los contemporáneos y testigos. ¿Y qué hizo este Dámis, este compañero inseparable de Apolonio? Se las dió á un amigo,

el cual las pasó á Julia, muger de Severo, y de la mano de esta emperatriz pasaron á las de Filostrato.

Esta es la genealogía ó sucesion de estas memorias. ¿Pero quién me asegura que Dámis era sincero; que era santo y hacia milagros como los apóstoles; que dió su vida por certificar la verdad de aquellos hechos? Supongamos no obstante que lo fuese; ¿quién me asegura de la fidelidad y exactitud de este tercero, de este amigo obscuro que nadie conoce, y que ni siquiera se sabe su nombre? ¿Este *quidam* no ha podido quitar ó añadir en un escrito de que era el único depositario? ¿Sería el primer impostor en el mundo? ¿y no ha podido ser cómplice ó exagerador de los artificios de Apolonio? Yo no lo sé; pero lo puedo sospechar: si quereis que os crea, debeis probarme, como nosotros hacemos con nuestras memorias, que aquéllas no estan alteradas, ni ha sido posible que lo fuesen.

De Dámis pasemos ahora á Máximo y Merágenes. ¿Pero qué confianza puedo tener en ellos, cuando el mismo Filostrato dice positivamente que no se puede fiar en la fe del segundo, y cuando por el testimonio de Eusebio sabemos que Máximo solo hizo una rapsodia ó noticia informe y diminuta de algunas particularidades de Apolonio? Ciertamente autores de esta clase no merecen crédito en asuntos tan extraordinarios. Y Fi-

lostrato, estando á su mismo testimonio, no tenia. ¿Pues qué, padre, imaginais, que Filostrato fingiese tantas y tan grandes aventuras solo por el gusto de fingir? ¿qué motivo se le puede suponer para acreditarlas, y dar tantas alabanzas á Apolonio, sino el de la verdad?

Primeramente, señor, respondió el padre, Filostrato no ha hecho nada, ni la historia me le pinta de tal manera que capte mi veneracion, y me obligue á darle crédito, sobre todo cuando me cuenta cosas tan increíbles. Esta sola razón me basta para no fiarme en su autoridad; pero si quereis escudriñar los motivos que ha podido tener para acreditar estas fábulas, los hallaréis visibiles en la historia. Filostrato queria ganar la estimacion de la emperatriz Julia y el favor de su marido Caracala; era notorio que uno y otro gustaban de todo lo que parecía prodigioso, y que se divertian en oirlo; era conocido el respeto y veneracion que tenia Caracala á Apolonio, y que hablaba de este hombre con entusiasmo; hasta levantar monumentos á su gloria, como se hacia á los héroes y hombres grandes: Dion con otros muchos lo dice, y su testimonio es decisivo.

Por otra parte, Julia era vana, ambiciosa de la reputacion de entendida, y curiosa de novedades; siempre estaba rodeada de poetas, sofistas, gramáticos, hasta geómetras; Filostrato era uno de estos sabios que componian su corte, y recibió de

ella las memorias que le habia dado el amigo de Damis; y es natural que las ordenase, añadiendo los rumores populares, para conformarse al gusto de la emperatriz. Los hombres, aunque sean filósofos, son de ordinario cómplices del gusto y de las flaquezas de los príncipes, porque es más cómodo y seguro lisonjearlos que desengañarlos.

Esta conjetura adquiere mucha fuerza cuando se lee su obra, pues se ve en ella, fuera de una adulacion servil, mucha vana ostentacion. En toda ella se descubré una afectacion ridícula de mostrar sin motivo ni oportunidad erudicion y saber, anegando su objeto entre digresiones que le pierden de vista, y que no tienen mas blanco que mostrar la ciencia del autor.

¿De qué sirven aquellas sus largas y fastidiosas discusiones sobre las panteras de Armenia, los elefantes, los sátiros, y hasta sobre la naturaleza del fénix? ¿A qué conducen sino á mostrar una instruccion frívola aquellas fastidiosas relaciones de los pigmeos que habitan en los subterráneos, de los vasos fabulosos, y que como los autómatas andan como si tuvieran piés; de los montes Tauro y Caucaso, de los rios Hipsalis, Nilo y Pactolo, y en especial de la fuente de Thyanea? ¿De qué utilidad podian ser, ni qué conexion tenian con su objeto tantas cuestiones frívolas que agita, discurriendo hasta no poder mas, y tratando con seriedad cuestiones pueriles, como si

la tierra es mas antigua que los árboles, ó estos mas que la tierra; si el agua ó el vino disponen mejor al sueño, y otras boberías de esta especie? Todo esto junto da una idea del poco juicio del autor, de su frivolidad, y del poco crédito que merece: esto solo bastaria para despreciarle; pero como veo, señor, que dais alguna importancia á su relacion, quiero que la examinemos por menor, para que vos mismo juzgueis si puede ser comparada á la que publicaron los discípulos de Jesucristo.

Vos decis.... Estando en esto sonó la campana, y el padre levantándose me dijo: Señor, nos llaman al coro, pero si me dais licencia, mañana renovaremos esta conversacion. Yo le aseguré que lo deseaba, y con esto se fué. Te confieso que quedé avergonzado de ver que hasta allí no habia podido embarazar con nada á aquel buen hombre, que con su voz suave y con su modesta blandura sabia desembarazarse de todo; pero me recogí para traer á la memoria otras nuevas dificultades que pudieran darle mas trabajo. En mi primera te contaré mis nuevos esfuerzos y sus resultas. A Dios, Teodoro.

CARTA VII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

AMIGO querido: ve aquí cómo el padre continuó la conversacion del dia anterior. Vos decís que Apolonio hizo mas y mayores milagros que Jesucristo. Examinemos los que refiere su único historiador, y empecemos por su nacimiento. Su madre estando en cinta supo de Proteo, que se le apareció en figura de un dios marino, que él mismo naceria de ella, y al mismo instante vió cisnes, cuyo quaac nunciaba la gloria del illustre hijo que debía parir.

Filostrato refiere este cuento, bueno para arrullar los niños, sin otra autoridad ni prueba, sino que así lo decía su madre: era ella sin duda oráculo infalible.... ¿Qué se dijera, señor, de los cristianos si no presentaran mas que fundamentos de esta especie? Considerad la diferencia de este nacimiento al de Jesús. Si decimos que los espíritus celestes le anunciaron, contamos un hecho que fué público y certificado por los mismos

pastores que lo oyeron y observaron; que en toda nuestra historia no hay un hecho que no tenga á la mano la prueba que le acredita, en lugar que Filostrato cuenta una cosa tan extraordinaria sin citar autor ni producir testigo. En esta ocasion ni siquiera tiene á su favor á Dámis, pues este no dice una palabra. ¿Cómo, pues, es posible comparar el nacimiento de Jesús con el de Apolonio?

Filostrato dice que Apolonio á su vuelta de Indias curaba todas las enfermedades. Yo desconfío desde luego de todas estas aserciones indeterminadas y vagas, y despues le preguntaré: ¿De dónde lo sabe? ¿quién se lo ha dicho? ¿qué autor? ¿qué testigo cita para justificarlo, si las curas son tantas? Si debe haber tantos testigos, ¿por qué no las refiere? ¿Cómo el universo las ha ignorado tanto tiempo? Pero aun cuando muchas fueran ciertas, ¿por qué no podrán ser naturales? ¿No hay un arte, una ciencia médica, un conocimiento y experiencia de remedios que pueden contribuir al recobro de la salud? ¿Apolonio en sus muchos viajes no pudo aprender secretos útiles y curiosos? En su larga reclusion en el templo de Esculapio de Exes, ¿no pudo instruirse en los medicamentos de que se servian los sacerdotes de aquel ídolo para curar la tropa de enfermos que conducia allí la supersticion?

Para probar que estas curas eran milagrosas,

era preciso que nos indicase las enfermedades, probando que eran incurables, y que sin aplicacion de medicina ni otro medio que el de su palabra, las habia curado súbitamente. Y esto es lo que han hecho los discípulos de Jesus, y esto es lo que ni los judíos ni los gentiles han podido negar. Eso es verdad, dije yo; pero no podréis negar que el hombre que resucita un muerto anuncia realmente un carácter de divinidad y un poder sobrenatural que quita toda duda: y esto es lo que hizo Apolonio, sin que pueda quedar réplica, pues se asegura que el hecho fué público, y que Roma entera lo vió con sus ojos. A lo ménos en cuanto á este milagro me confesaréis que la comparacion es exacta.

Si, respondió el padre, si estuviera probado; pero examinad la historia, que no tiene otro fiador que Filostrato, y lo que es mas, que ni él mismo lo asegura, y si quereis, consiento en que tomemos por juez al mismo Filostrato. Dice que Apolonio resucitó á una doncella que era hija de una casa consular; pero observad el modo y la variedad con que cuenta las circunstancias, y veréis que él mismo no lo creia.

Empieza por la admiracion y por levantar hasta las nubes el milagro, pero poco á poco muda de estilo y le disminuye. Al principio le llama sin titubear resurreccion; pero despues baja el tono, y como embarazado y vacilando se desmien-

te, y dice que no es mas que una especie de resurreccion. Explica que la doncella romana no estaba muerta, sino que le parecia: *obiisse videbatur*, dando á entender que una indisposicion la habia suspendido los actos y las señales de vida, y que Apolonio se aprovechó del feliz acaso de esta circunstancia.

Esto se acredita con evidencia por sus mismas palabras: *Puellam excitavit ex hac morte, qua videbatur obiisse*: y aun parece mas claro por las últimas con que concluye preguntando: ¿Quedaba todavía en aquella masa fria y aletargada alguna centella y algun principio del sentimiento que estaba entorpecido, ó Apolonio volvió á animar espíritus que ya estaban helados? No lo sé ni lo comprendo, como no lo pudieron comprender los mismos que lo vieron.

A vista de estas literales palabras, yo os dejo juzgar, señor, ¿si Filostrato creia verdaderamente este milagro? ¿Si estas dudas, si estas expresiones vacilantes y tímidas son propias de un hombre que está del todo persuadido? Es verdad que al principio dice redondamente que la doncella estaba muerta, porque esto era necesario para engrandecer la gloria de su héroe; pero poco despues, ó por un resto de pudor, ó por el temor justo de que se burlasen de su credulidad, empieza á titubear, quiere explicar el prodigio, y explicándole le destruye.

¿Qué diferencia de esta resurrección única contada por un solo autor, y tan mal contada, á tantas resurrecciones asombrosas de que la historia evangélica conserva la memoria! La hija de Jairo tenía ya preparada la pompa fúnebre; el hijo de la viuda de Naim ya iba conducido á la sepultura de sus padres: ninguna centella de vida les quedaba, y con todo Jesús sin hacer otra cosa que tomar la mano á la una y hablar al otro, los restituye de repente á la vida y á la salud. Lazaro estaba ya enterrado despues de cuatro días; no solo estaba muerto, sino corrompido: Jesús le llama, y sale inmediatamente del sepulcro embarazado con las ligaduras de su mortaja; un gran pueblo es testigo del milagro, que confiesan hasta nuestros enemigos; pues fué una de las causas por que apresuraron su muerte.

Ve aquí resurrecciones ciertas, patentes y milagrosas; y si la de Apolonio no fuera fabulosa, hubiera pasado hasta nosotros con el mismo carácter de seguridad; pues como observa Eusebio, suponiéndose este milagro en Roma, la primera ciudad del mundo, el emperador no podía ignorarle, los grandes, los filósofos y el pueblo debían saberle, todos le hubieran admirado, y hubiera pasado por muchas bocas á la posteridad.

Un hombre que hubiera dado tan alto testimonio de divino, no hubiera sido tenido por los mismos paganos por un magico infame; y sabemos

que esto era su reputacion entre los filósofos mas instruidos. Plinio el menor nos dice que su amigo Eufrate, á quien celebra y elogia sobremanera, le tenia por tal. Confieso que me cuesta rubor responder seriamente á fábulas tan despreciables.

Pero, padre, le volví á decir, ¿no es verdad que Apolonio tuvo un grande número de discípulos y partidarios que le seguian, y que todos los pueblos por donde pasaba le miraban con un respeto que se acercaba á la adoracion? Si esto es cierto, me parece por un lado que es injusto tratarle con tanto desprecio; pues sin un mérito extraordinario no se obtiene tanto aplauso; y por otra parte veo que los discípulos y el séquito de Jesucristo no prueban nada, pues un impostor tambien los ha tenido.

Señor, me respondió, nada de eso es verdad. Nosotros no conocemos á Apolonio sino por Filostrato: ¿y qué es lo que este dice? Que en Antioquia y Efeso no se le conocieron mas que seis ó siete discípulos, y que no todos le fueron fieles; que todos le abandonaron cuando les propuso ir con él á las Indias á buscar los Braemanes, que partió solo de Antioquia, y que despues solo se le agregó Dámis, á quien encontró en el camino por acaso.

Añade, que cuando desde Egipto se propuso penetrar en Etiopia, todos los suyos le abandona-

ron, prefiriendo el reposo y quietud de Alejandria á los incesantes viajes de un maestro tan inquieto y vagabundo. No se concibe cómo, cuando no hay otras memorias que las de este hombre, se le haya podido dar una estimacion que desmiente su propia historia. Por otra parte, cuando hubiera tenido muchos sectarios y discipulos, ¿cómo es posible compararlos con los de Jesucristo? Estos no solo mientras vivió no se separaron nunca de su Maestro, sino que despues de su muerte sufrieron los mayores suplicios por su gloria, y lo que es mas y único, le formaron otros discípulos nuevos en todo el mundo; en vez de que los de Apolonio eran una tropa de ociosos que le seguian por curiosidad, que no se ocupaban en extender ni su moral ni sus dogmas, y que se disiparon y desaparecieron al instante que murió.

Con todo, repliqué, se dice que en muchos reinos y ciudades se le erigieron estatuas, y aun se le consagraron altares y templos; esto supone mucha veneracion. Lo que supone es, respondió el padre, que se ha podido alucinar á pueblos ignorantes y supersticiosos. Esto nunca ha sido difícil: ved si la credulidad de los pueblos groseros os parece garante suficiente para obligaros á respetar lo que respetan ellos.

Pero se dice, volví á replicar, que predijo muchas veces lo venidero, y esto no es posible ha-

cerlo sin la asistencia del cielo. Es verdad, respondió el padre, pero para que lo creyéramos no basta que se nos diga vagamente; era menester que se nos individualizasen las profecias, y que se nos cerrase la boca con los sucesos que las verificasen. Si esto os basta, le dije de nuevo, Filostrato refiere que Vespasiano, habiendo consultado á Apolonio, se quedó admirado de los secretos que le reveló; que Apolonio convenció á un incestuoso descubriendo su delito y circunstancias, que ningun indicio ni testigo le podian descubrir; y en fin, que predijo á Nerva el imperio que obtuvo poco despues: si estos hechos son ciertos, me parece que deben contentaros.

Quando fueran ciertos, señor, respondió el padre, me parece que seria ridículo llamarlos predicciones. Es posible que Vespasiano consultase á Apolonio, pues es cierto que se encontraron en el alto Egipto el año de 69; pero quando fuera verdad que le aconsejase guardar el imperio que Dion y Eufrate le aconsejaban abandonar despues de la derrota del imperio, para restablecer la república, ¿este consejo de confianza y política se puede llamar profecía? Quando Apolonio hubiera descubierto los secretos y horrores odiosos de Menipo, ¿estoy obligado á creer que fué por una luz sobrenatural? y no pudo saberlos por un acaso ó un aviso? ¿quién ignora que la suerte de

los delitos es, que al fin se les quite la máscara con que se cubren?

Cuando hubiera predicho á Nerva el imperio, una adulacion tan comun y tan vil, pues excitaba un vasallo á la rebelion, ¿me le hará venerar como profeta? Lo que me excita es desprecio y horror; pero Apolonio no era delicado sobre la fidelidad que se debe al príncipe, pues ya habia amotinado una parte de España contra Nerón; y es burlarse de la credulidad humana el dar á estos hechos nombre de profecías. Vos rebajais mucho, padre, le dije yo, á un hombre que toda la antigüedad veneró como divino. Yo no le he pintado, señor, me respondió, sino con los colores de la historia; y si pudo engañar una parte del pueblo, los hombres sabios de todos los tiempos lo han figurado como yo. Eufrate, tan conocido por los elogios de Epicteto y de Plinio el menor; Eusebio, S. Agustin, S. Crisóstomo, Focio y Suidas han dicho lo mismo; y en nuestros tiempos Scaligero, Vosio, Luis Vives, Casaubono, Huet, Tillemon, Dupin con otros muchos le tratan de impostor, y á sus prodigios de ilusiones y engaños. Me parece que esta autoridad pesa mas que la de Filostrato, cuyos escritos manifiestan mas vanidad que juicio, mas ostentacion que amor á la verdad, y que á cada paso se contradice.

Peró dejando aparte los autores; yo os inter-

pelo á vos mismo: ¿Qué juicio podeis hacer de un hombre que se jactaba de entender el lenguaje de los pájaros? Nadie le podia desmentir, y todos podian decir lo mismo. No obstante, este hombre que entendia los pájaros no entendia á los hombres, pues en las Indias tuvo necesidad de intérprete. Este hombre está lleno de una vanidad tan insensata, que habiéndole mostrado un retrato del rey de los Partos para que se inclinara segun costumbre, respondió sin hacerlo: El que vosotros adorais será muy dichoso si merece que yo le estime.

El mismo se apellidaba el mas sabio de los hombres, y dijo á Demetrio el Cínico con una osadía sin ejemplo, que sabia todo lo que se podía saber. La arrogancia no puede ser mayor; y con todo, este hombre que sabia tanto, ni entonces dió pruebas de tanto saber, ni nos ha dejado el menor monumento de su grande ciencia; y ya podeis inferir que no ha sido por modestia,

Su doctrina ó no es conocida, ó no tenia ninguna: lo único que sabemos es, que creia en la metempsicosis ó transmigracion pitagórica, y que pretendió en Egipto que se debía adorar al leon, porque el alma del rey Amasis habia entrado en uno: esto solo basta para dar una idea de su ignorancia absurda. Por otra parte esta veneracion pública no es tan general como se supone; pues es constante que en el cuarto siglo no solo

no tenia templo ni altar, pero hasta su nombre estaba olvidado. Eusebio, que escribia en aquel tiempo, desafia á que se le indique el menor vestigio ó señal de su memoria. ¿Y un hombre de esta especie se quiere comparar á Jesucristo? ¿y se pretende confundir la supersticion pasagera y abolida de un culto grosero con la fecundidad del Evangelio, cada dia aumentada, y siempre subsistente?

A esto le dije yo: Confieso, padre, que tenéis razon: yo que no creo la posibilidad de los milagros, no podia creer los de Apolonio; y si os he hablado de ellos y de todo lo extraordinario que se cuenta de él, no es porque esté persuadido, sino para haceros ver, que si la antigüedad le ha creído un dios, tambien los cristianos lo pueden con el mismo error creer de Jesucristo; que si los milagros y demas hechos de Apolonio son falsos, tambien los de Jesucristo pueden serlo.

Esta era mi intencion; pero vos me habeis desengañado. Desmenuzando la historia, me habeis hecho conocer la diferencia del uno al otro, y confieso que no deben entrar en paralelo; pero esto no basta para resolver todas las dificultades, si volvemos á entrar en el fondo de la cuestion: y ve aquí como discurro. Os pido ántes toda vuestra atencion, porque me parece que no es fácil responder bien al raciocinio que voy á proponeros.

Desde luego no hablo mas de Apolonio, y confieso que merece desprecio: confieso tambien que la historia del Evangelio está apoyada en fundamentos mas sólidos; y para hacer mejor mi causa quiero confesaros que tiene á su favor todas las reglas de la sana critica, y que trae consigo todo el carácter que la razon puede exigir de la verdad; confesaré tambien si quereis, que es tan auténtica como los anales profanos que se tienen como mas auténticos; y que la historia de los siglos no tiene hechos mas ciertos, mas seguros y mas probados que los del Evangelio: me parece que no podeis pedir mas de mí.

Pues bien, padre, yo que quiero confesaros todo esto, para que veais cuán mala es vuestra causa á pesar de tanta condescendencia, digo: que aunque á las pruebas que os confieso añadiréis millares de otras mas fuertes, yo no pudiera creer en aquel libro.... Os espantais, pero tened paciencia, porque mi razon es clara y simple: es porque aquel libro contiene dogmas injustos, bárbaros, absurdos y contradictorios con que se amolina mi juicio y se desespera mi razon.

Yo desafio al cristiano mas sumiso, y á vos mismo, padre, que os veréis obligado á confesarme que el simbolo de vuestra creencia es un abismo insondable. ¿Quién que tenga la debida idea de Dios puede sin alterarse escuchar aquel dogma de que se castigue en toda su posteridad el deli-

to de un hombre solo? ¿quién puede creer que un Dios padece y muera? ¿quién es capaz de entender cómo el Verbo fué eternamente engendrado por el Padre? ¿y qué cosa es el Espíritu Santo, que procede de ambos? ¿y en fin, esta unidad de naturaleza indivisible en tres personas? Estos no son discursos, sino algarabías; con este agregado de palabras tan inexplicables como visiblemente contradictorias se puede alucinar á los espíritus simples y crédulos, y conducirlos á todos los extremos de la demencia. Y esto no es mas que una parte de vuestro simbolo: ¿á dónde no pudiera llegar si le corriera todo?

Pero esto sobra para demostrar que todas las pruebas humanas que se pudieran alegar en favor del Evangelio, no serian bastantes para persuadir su verdad por un principio de eterna evidencia; y es que todas esas pruebas no bastan á contrapesar, y ménos á superar la palpable contradiccion que contienen los misterios.

Todos los hombres que no tienen el juicio pervertido, conocen que en cualquier caso de duda se debe preferir lo que es mas claro y evidente á lo que es ménos; y que su razon no debe ceder sino al mayor grado de evidencia, que sin esta luz no puede estar seguro de nada, y se expone á todos los errores: este principio es tan innato como universal. Vos no me le podeis negar, y supuesta su certeza, ve aquí lo que os digo: Es

infinitamente mas evidente que los dogmas cristianos son falsos, que pueden ser evidentes las pruebas que se alegan para probarnos su verdad: tampoco me podeis negar esto. Consultad todos los cristianos mas sumisos, consultaos á vos mismo, y no podréis dejar de confesarme, que veis claramente que es mas imposible, por ejemplo, que un Dios muera, que no que Lázaro haya resucitado.

Siendo así, vos añadiréis á la certidumbre histórica de ese milagro tantas y tan evidentes pruebas como quisiéreis; yo os diré siempre, que sea lo que fuere de Lázaro, yo no puedo creer la muerte de un Dios: que tantos testimonios me hacen mucha fuerza en favor de lo primero, pero que me la hacen incomparablemente mayor mis propias luces, manifestándome la imposibilidad del dogma; que las pruebas no me dan mas que una certidumbre moral, pero que la obscuridad de los misterios me presenta una repugnancia intrinseca; que si me apurais mucho, padre, dudaré de las pruebas á pesar de toda su fuerza y su número, pero que jamas me será posible dudar de mi propia conviccion.

Y podré añadir, que para asegurarme de las pruebas necesito subir hasta su origen, hasta el nacimiento de la tradicion; seguirla, examinar el interes y el carácter de los autores, las circunstancias siempre inciertas y oscuras de los

tiempos, lugares y costumbres; que tambien me es necesario discernir lo verdadero de lo falso, lo que es auténtico de lo que es popular, pesar la autoridad del que afirma contra el que niega, y hacerme juez en materias dificiles y obscuras, poniendo aparte la influencia de mi educacion, y precaviéndome de toda seduccion: todo esto es muy dificil, y no hay hombre por instruido que sea que pueda lisonjearse de superar tantas dificultades.

Pero en cuanto á reconocer la contradiccion y la repugnancia de los misterios no es menester nada de esto. Sin ningun esfuerzo ni estudio su razon basta para hacerle ver desde luego la incompatibilidad de sus nociones; y á la primera vista ve lo que no puede dejar de ver. En fin, cuando quiere cautivarse y creer, conoce que confunde todas sus ideas, que trastorna todos los principios naturales, y que abandonando la evidencia, que es el carácter de la verdad, se entrega á todos los absurdos mas repugnantes y contradictorios; y de aquí infero que léjos de que pueda haber pruebas que convenzan la verdad del Evangelio, sus dogmas solos bastan para no poder admitir ninguna de ellas.

El padre me respondió: Yo conozco, señor, toda la fuerza de vuestras reflexiones; pero me parece que mirándolas á buena luz, no es difícil convenceros. Los misterios del Evangelio os pa-

recen tan absurdos, que todas las pruebas mas evidentes de milagros ciertos y notorios no os pudieran persuadir su verdad.

Este raciocinio se parece un poco al del orgulloso Rousseau en su libro del Emilio. En él trata de Jesucristo, admira sus virtudes, se asombra de su doctrina, no comprende cómo un simple judío en medio de una nacion tan ignorante y supersticiosa, pudiese descubrir y predicar tantas verdades, tan nuevas y tan elevadas; asegura que solo en su primer sermón de las Bienaventuranzas dijo mas verdades recónditas y sublimes, que cuantas han dicho los filósofos de todos los siglos, y no puede atribuir sino á una fuerza sobrenatural y divina haber hecho brillar tanta luz en medio de tanta obscuridad.

Despues compara á Jesucristo con Sócrates, y él mismo se avergüenza del paralelo. Examinando las circunstancias de ambos, concluye diciendo: Que si la vida y la muerte del Hijo de Sofonisba son de un sabio, la vida y la muerte del Hijo de María son de un Dios. Parece que despues de esta conclusion no queda mas que rendirse y decir: Si Jesucristo es Dios, es menester adorarle y creer cuanto nos dice en su Evangelio; pero este filósofo no lo hace así; al contrario, termina su discurso diciendo: Esto es verdad, ¿pero cuántos absurdos hay en el Evangelio? y no le encuentra digno de su respeto y creencia.

Ve aquí, pues, un ejemplo práctico de lo que decís: Rousseau había llegado á convencerse por las acciones, los milagros, la doctrina, la vida y la muerte de Jesucristo, que era Dios, y con todo no cree lo que ha dicho, ni tiene la religion cristiana por necesaria é indispensable, porque le parece que en el Evangelio hay muchos absurdos. Pero no se hubiera podido decir á este sofista muy elocuente, pero tambien inconsecuente y paradójico: ¿cómo, mortal miserable, tú reconoces que Jesucristo es tu Dios, tú te ves forzado á reconocerlo por las pruebas que lo acreditan, tú no dudas que el Evangelio es obra suya, que lo que contiene es su doctrina, y tú la desprecias, no la veneras ni la obedeces porque te parece que hay en ella absurdos?

¿Y quién eres tú para juzgar á tu Dios? ¿Cómo, cuando tu Dios habla, te atreves tú no solo á dudar, sino á contradecir? ¿Cómo osas calificar de absurdo lo que confiesas que es divino? ¿Y por qué te parece absurdo? ¿Quién es quien decide? Tu débil razon, que ha caido en tantos errores, que te ha precipitado en tantos extravíos. Tú que sabes que te has engañado tantas veces y en tantas cosas, ¿cómo no piensas que puedes engañarte en esta? ¿Cómo no imaginas que lo que te parece absurdo puede sobrepasar tu limitada comprension? ¿Tu inteligencia es el término de la verdad? ¿tu razon es mas segura que la palabra

de Dios? Entra en tí, hombre orgulloso, y pues has reconocido que Jesucristo es Dios, adora y obedece cuanto ha dicho. Me parece que se pudiera repetir lo mismo al hombre que suponeis, y que despues de quedar convencido por las pruebas de los milagros, dejara de creer la doctrina que sostiene y confirman, fiándose solo en la mayor evidencia de las contradicciones aparentes.

Pero no me contentaré con esta respuesta. Voy á desentrañar todas las partes de vuestro raciocinio, y espero haceros ver hasta la última evidencia que todo él no es mas que un agregado de sofismas. Primer sofisma: Vos decís que la religion cristiana no puede ser verdadera, porque sus dogmas son mas evidentemente absurdos, que pueden ser ciertos los hechos en que se funda, y que se debe preferir lo mas evidente á lo que es ménos. Yo digo que este principio es cierto, cuando los objetos son del mismo orden y género; pero no cuando son de orden diferente. Añado que es imposible comparar evidencias entre cosas que son de distinta especie y naturaleza.

Ved aquí por qué vuestro principio no puede tener aplicacion en este caso. Yo hablo de los hechos, y vos hablais de los misterios ó de los dogmas. Estos son por su naturaleza obscuros: no tenemos en este estado de vida órganos proporcionados para entenderlos, y así no puede caer sobre ellos la evidencia; pero sí puede y cae en

efecto sobre los hechos, como los milagros y otras cosas positivas de este género.

Así ved que vuestro raciocinio lo confunde todo, y viola las reglas mas sencillas de la lógica. Pues cuando yo os hablo de la evidencia de los hechos, me respondeis con la obscuridad de los dogmas, y quereis comparar la evidencia de los primeros con la de los segundos, no siendo posible hacer una justa comparacion entre estas dos tan diferentes especies de evidencia.

Segundo sofisma: Vos suponeis que la evidencia de la contradiccion de los dogmas es mayor que la de la verdad de las pruebas. Yo voy á probaros que todas los evidencias son iguales, y que no puede haber una mayor que otra, sobre todo entre objetos de órden diferente. Porque ¿que es evidencia? Es la percepcion ó el conocimiento claro y distinto de que una cosa es tal, y que es imposible engañarse viéndola. Por ejemplo, me es evidente que el todo es mayor que su parte, que los ángulos de un triángulo equilátero son iguales, que en un círculo las líneas rectas que salen del centro á la circunferencia deben ser iguales entre sí; y ¿por qué? Porque desde que entiendo la significacion de las palabras que anuncian estas proposiciones, me es imposible no reconocer su verdad.

Del mismo modo me es evidente que San Fernando conquistó á Sevilla, que Felipe V vino á

España, y que ahora diez años yo existia; ¿y por qué? Porque tengo de todos estos hechos una conviccion tan clara, tan fuerte, tan segura y luminosa, que cuando yo mismo hiciera los mayores esfuerzos para ocultarme su evidencia, no me fuera posible dudarlos un instante.

Ve aquí dos evidencias de un órden diferente: ¿quién se atreverá á decir que la una es mayor que la otra, sin trastornar los principios mas simples de la razon? Desde que una cosa es evidente, tiene ya toda la claridad, toda la precision y toda la luz que puede tener en su órden: si la faltara alguna cosa, dejaria de serlo; y si pudiera aumentarse, no era todo lo que debía ser. Así no es posible medir las evidencias, ménos compararlas; y es un error pretender que supuesto que una lo sea, pueda ser mayor ó menor que otra.

Si alguno me viniera á decir que tal círculo geométrico es ménos círculo que otro de la misma especie, yo le preguntaria: ¿los puntos de la circunferencia de este círculo de que hablais, estan igualmente distantes de su centro, ó lo estan desigualmente? Si me responde que su distancia es desigual, yo le diria: ¿Pues cómo le llamais círculo? ¿No veis que le falta la propiedad mas esencial? Si me responde que su distancia es igual, entónces le diré: ¿Cómo podeis decir que es ménos círculo, pues tiene el mismo carácter y las mismas propiedades que el otro? Esto es tambien

lo que responderé al que me diga que una evidencia. . . .

¿Pero qué, le interrumpí, una verdad no puede hacer mas impresion, ó no puede ser mejor ó mas claramente percibida? ¿No se me puede presentar con mas claridad una evidencia que otra? Sí, señor, me respondió; pero esto no depende de ellas, sino de la disposicion de vuestro espíritu, y desde que no veis un objeto con toda la claridad de su evidencia, es seguro que no la teneis.

Con todo, padre, le volví á decir, me parece que la evidencia es mas clara cuando se ve apoyada con muchas y diferentes pruebas, que cuando no tiene mas que una sola demostracion. Es imposible que no se someta mas al imperio de la verdad el que la ve en todos los puntos del objeto, que aquel que solo la percibe en la fuerza de un raciocinio. Y si no, ¿por qué los que quieren persuadir multiplican las pruebas, y fortifican las unas con las otras? ¿Por qué vos mismo me dais tantas razones para probarme la verdad de los hechos del Evangelio, sino porque conoceis que la evidencia tiene sus grados, y que una prueba puede persuadir lo que no han podido otras?

No, señor, me respondió: supuesta la evidencia, el número de pruebas no añade nada. Desde que mi razon ve la verdad con la luz de una demostracion, ya llegó al mas alto punto de claridad á que pudo llegar, ya no tiene á donde ir.

bir. Las otras pruebas pueden tener en sí luces muy vivas, pero yo las veia ya en la primera demostracion, y no son aumento, sino reproduccion de la misma luz. Muchos caminos me pueden conducir á un término; pero aunque yo no haya llegado sino por uno solo, ¿quita eso que por otras sendas lleguen tambien otros al mismo término?

No digo por esto que no sea útil y aun necesario mostrar á los hombres las verdades con muchas y diferentes pruebas; no porque con ellas crezca su evidencia intrinseca y real, que desde que se supone no puede dejar de ser, ni puede ser mayor, sino porque los entendimientos son diferentes, y porque el que no conoce la fuerza de una razon, puede conocer la de otra; y si yo multiplico mis pruebas, no es porque yo crea aumentar su evidencia, sino por acomodarme á esta diferente disposicion de los entendimientos.

Así, decir que se debe preferir la mayor evidencia á la menor, es abusar de los términos, porque no puede haber mas ni ménos en las evidencias. Puede haber evidencia de dos verdades que parecen contrarias: entónces no queda otro arbitrio que el de conciliarlas; y cuando despues de todos sus esfuerzos la razon no alcanza á hallar esta conciliacion, reconoce su insuficiencia, y se humilla; pero no por eso puede rechazar ninguna, ni decir: Yo prefiero lo que es mas evidente, porque una evidencia no puede ser destruida por otra. Dos

evidencias no se pueden destruir; es necesario que subsistan ambas, sea que se descubra, ó no se pueda descubrir el medio de conciliarlas.

Por ejemplo, yo tengo evidencia de que soy libre: no solo la razon me lo dice; sino la experiencia, mis remordimientos, mi arrepentimiento, y todas mis sensaciones me lo persuaden. Con todo, tambien me es evidente que Dios sabe lo que tengo de hacer, pues no puedo concebir á un Dios sin la presencia infalible y absoluta de todo. Dios sabe, pues, lo que yo he de hacer, y no puede engañarse; por consiguiente, yo no puedo dejar de hacer lo que Dios ha previsto que yo haré.

Siendo esto así, como soy libre para no hacer lo que es indispensable que haga, ve aquí dos evidencias, la una de mi libertad, y la otra de la presciencia divina; y las dos parece se contradicen. La razon humana no puede por sí sola conciliarlas. ¿Qué hará, pues? ¿Arrojará la una? ¿preferirá la que le parece mas evidente? ¿Y cómo discernirá cuál lo es? ¿Se creará un autómeta ó un agente necesario incapaz de mérito, que no seria justo castigar, pues solo se consideraria como un instrumento ciego, y sin arbitrio para no dudar de la presciencia de Dios? O por el contrario, ¿por reconocer su justicia y su bondad, dudará de su ciencia infinita?

No hará lo uno ni lo otro; se tendrá por libre, pues siente interiormente que lo es: adará la

presciencia divina; y si no puede conciliar lo uno con lo otro, reconocerá la limitacion de su razon; considerará que Dios no ha querido revelarnos todos sus secretos, sobre todo los que no nos son necesarios. Tendrá por cierto que esta dificultad, que á su corta capacidad parece insuperable, á los ojos de la verdad no puede serlo, y que lo que no entiende ahora, lo podrá entender algun dia: aplicad estas dos evidencias á las vuestras. Pero vamos adelante.

Tercer sofisma: Vuestro raciocinio supone los dogmas cristianos absurdos, y de esta suposicion nace toda la dificultad. ¿Pero cómo lo podréis probar? Nosotros confesamos que son oscuros é incomprensibles, que la debil razon humana no puede penetrarlos, y que no los comprenderá hasta que se los descubra el mismo que ahora se los propone para ejercicio de su fe; pero de esto á ser absurdos y contradictorios hay una inmensa distancia. ¿Qué, la razon humana lo comprende todo? ¿Y basta que ella no entienda una cosa para que sea absurda? ¿Se deben llamar contradictorias dos proposiciones solo porque ella no alcanza el modo de conciliarlas? ¿Y no será mas justo llamar superior á la razon lo que á ella misma le parece contrario?

Para poder asegurar que una proposicion es absurda, es indispensable tener un conocimiento entero y perfecto de todas las ideas que contiene;

y para saber si estas ideas se contradicen ó se excluyen, no es ménos necesario conocer todas sus propiedades, y estar seguro de conocerlas bien. Sin esto se aventura mucho la verdad; porque el que juzga sin esta instruccion preliminar y completa, podrá hacer un juicio falso, si viendo solo las partes que le presentan un aspecto de contradiccion, se le escapan otras en que hubiera podido ver el nudo secreto que concilia las discordancias aparentes: es imposible, pues, juzgar con seguridad un objeto sin conocerle perfectamente por todos sus lados.

Ahora pregunto yo: ¿Qué mortal puede conocer todas las relaciones y extension de nuestros misterios? ¿Quién ha podido medir toda su profundidad? ¿Dios le ha revelado todos sus arcanos? ¿No hay para él verdades inaccesibles? ¿El hombre que tanto se engaña hasta en lo que presentan sus sentidos, pretende registrar con certeza los secretos del cielo? Si no sabe tanto como Dios, ¿cómo se atreve á llamar absurdo lo que se le prueba que Dios ha dicho?

¿Cómo quiere juzgar por sí mismo, cuando no se le han dado órganos propios para conocer verdades sobrenaturales? Cuando los objetos de la revelacion que se le presentan, no solo son superiores, sino excéntricos y de un orden elevado, á que no puede alcanzar su inteligencia, ¿no le basta que se le pruebe y se le demuestre que viene

de Dios? ¿Y serán los hombres tan insensatos, que pongan en balanza con la fuerza de la verdad divina los torpes esfuerzos de una razon tan orgullosa como débil!

¿Qué quiere decir absurdo? La reunion de propiedades incompatibles, que mutuamente se excluyen en la misma substancia, ó la subtraccion de alguna de sus propiedades esenciales. Cómo, pues, puede llamarse absurdo lo que no puede ser íntimamente conocido? ¿Cuál es la propiedad esencial de un misterio? Ser obscuro; porque si no lo fuera, no fuera misterio. ¿Cuál es su objeto? Ejercitar nuestra fe, y cautivar nuestra razon. Es, pues, necesario que presente puntos que parezcan discordantes; porque si fueran claros y simples como los primeros principios, no tuvieran necesidad de la fe, todo el sistema de la religion se trastornaria, y el cristianismo no fuera lo que Dios ha querido que sea.

Para decidir, pues, si nuestros misterios son absurdos, no se debe examinar si confunden nuestra razon, ó si sobrepujan á nuestras ideas naturales; porque esta debe ser su propiedad esencial; y léjos de que por esto se puedan llamar absurdos, el colmo de lo absurdo es decir que lo son; porque esta contradiccion aparente es una propiedad tan esencial de su naturaleza, que sin ella no pudieran subsistir los misterios,

Si yo os dijera, que me parece absurda la exis-

tencia de Dios, porque no puedo comprender la extension y la infinidad de sus perfecciones, vos me diriais, que si yo pudiera comprenderlas, no serian inmensas é infinitas como son. Vuestro raciocinio es el mismo, y os doy la misma respuesta. Vos decís: los misterios son incomprendibles, oscuros, parecen absurdos; así no pueden ser ciertos, y por mas que se me prueben, no los debo creer. Yo os digo: si pudiérais entender los misterios, si no hallárais dificultad en ellos, no serian misterios. ¿Cómo podeis inferir la imposibilidad de un objeto del mismo principio que constituye su naturaleza? Si no decidme: ¿cómo puede haber misterio que sea claro y conforme á las ideas simples y naturales? No es, pues, su obscuridad ni sus aparentes contradicciones lo que debe deteneros; y lo único que debeis examinar es, si verdaderamente han sido revelados.

Para hacer esto mas sensible demos un salto hasta Jesucristo. Supongamos que un hombre va á escuchar sus predicaciones, y que le oye decir: Yo soy el Mesias que los profetas han predicho; yo soy Hijo de Dios y la verdad eterna, que vengo á enseñar á los hombres el camino del cielo; yo vengo á derramar mi sangre para reconciliarlos con mi Padre justamente irritado contra ellos; y al mismo tiempo le oye todos los demas misterios que publicó en el curso de su mision.

Este hombre se asombra, y su razon se confunde con tantos y tan extraordinarios discursos, y responde á Jesucristo, que le es imposible creer lo que no solo no puede entender, lo que no solo es inverosímil y obscuro, sino lo que le parece repugnante y contrario á la mas clara evidencia de su razon.

Supongamos que Jesucristo le replica: Mi Padre quiere conducir á los hombres al cielo por el sacrificio de la fe; exige de ellos que se hagan como niños, cuya inocente simplicidad créa hasta lo que no entiende; y ha resuelto dar su reino á los simples y humildes; y no á las almas orgullosas, que no se fían sino en sus propias luces. El incrédulo le vuelve á responder: ¿Y quién me asegura que tú me dices la verdad? Mi testimonio, le vuelve á decir Jesus, no fuera nada, si no le acompañara el que me ha enviado. Pero yo te daré pruebas de mi mision con milagros tan evidentes, que te persuadirán que Dios me autoriza y habla por mis labios. Veo que mi doctrina confunde tus ideas, te parece contraria á la razon; pero quando veas el poder que Dios me ha dado sobre los hombres y sobre la naturaleza, no podrás dudar que te hablo en su nombre.

Este Ser soberano que te ha sacado de la nada, á quien lo debes todo, y cuyos designios son mas superiores á tus ideas que el cielo á la tierra; Dios cuyo nombre es la verdad, quere conducirte

á su gloria por el camino de estos misterios oscuros, de estos absurdos aparentes, y te prohíbe toda duda, toda desconfianza, que sería injuriosa á su veracidad. ¿Te atreverás, mortal miserable, á decir que Dios debe acomodarse á tu capricho, ó sujetarse á la pequenez de tus ideas? ¿Quién eres tú para enmendar la plana á tu Dios? Lo único que puedes hacer es servirte de la razón que te ha dado, para examinar si es verdad que yo te engaño, ó si es verdad que te hablo en nombre y con la virtud del que no puede mentir.

Para quitarte toda duda, yo quiero que tu razón sea el juez, y tus sentidos los testigos; su testimonio es el mas simple y persuasivo, porque es palpable, y resulta de los hechos. Empecemos pues: traeme sin distinción todos los enfermos que se me acerquen, y con sola una palabra quedarán sanos. Ni tanto es menester, nombrales solamente, y aunque ausentes, quedarán curados: que vengan los energúmenos, y verás como quedan libres: yo resucitaré á los muertos, y también moriré yo mismo, porque debo salvar á todos con mi muerte; pero al cabo de tres días saldré del sepulcro triunfante y glorioso, y volveré á conversar con los vivos.

En fin, supongamos que Jesucristo le haya hecho testigo de todos estos estupendos milagros, ¿qué le podrá decir este hombre que parecía tan indócil? ¿Le dirá que á pesar de todos los pro-

digios que le muestra, no puede creer los dogmas que le enseña, porque son absurdos? Este discurso sería insensato; porque desde que le ve obrar con la virtud de Dios, no debe dudar que dice la verdad; y por mas opuestos que le parecen á su razón, esta es la que debe ceder y humillarse.

Dirá que aunque los milagros sean ciertos, no bastan para vencer su repugnancia natural. Pero con esto destruye la mas alta y la mas segura de las pruebas, establece el mas duro y feroz pirronismo, hace á Dios cómplice de la mentira, y le quita este medio exterior, con que distingue su palabra divina de la de los impostores ó falsos profetas. Y se le responderá: Dios no hace estos prodigios, sino para declarar con ellos, que el que los hace en su nombre, no puede engañar en la doctrina.

Si responde como vos, que los milagros son claros y evidentes, pero que es mas clara y evidente la contradicción de los dogmas; se le dirá que esta repugnancia imaginaria es la cuestión, que esta es petición de principio, y no prueba otra cosa, que su corta y limitada comprensión; que la luz y la evidencia de los milagros debe suplir á la que falta en los misterios; que la aparente contradicción de los dogmas, léjos de destruir la certidumbre de los misterios, la demuestra; que Dios puede obligar al hombre á que crea lo que

no comprende, sin que nadie pueda atreverse á reconvenirle; que es imposible que Dios haga milagros en favor de una doctrina falsa; y que ya tiene bastante experiencia de la flaqueza y las ilusiones de su razon aun en las cosas mas visibles y naturales, para no confiar en ella, y mas en asuntos tan elevados, y que le son tan superiores.

Se le añadirá: Dios no quiere, ni vos podeis ser juez de los dogmas, porque no teneis órganos proporcionados, ni aun para concebirlos. Objetos tan altos están fuera de la esfera de vuestra inteligencia, pero podeis juzgar de los milagros, porque están no solo en la esfera de vuestra razon, sino de vuestros sentidos. Estos son hechos simples y desnudos, que es fácil comparar, y se os han dado principios para discernirlos, y reglas infalibles que pueden aseguraros de su certeza.

Por eso Dios ha hecho estos milagros, para que sirvan de fundamentos á vuestra fe, y de preservativo contra el error. La luz que os quita en los dogmas, os la derrama con abundancia en los milagros. Os dispensa del estéril y laborioso afán de examinar misterios á que vuestra corta razon no pudiera alcanzar; y os conduce por la senda segura de los hechos, en que el talento mas débil puede caminar sin trabajo ni riesgo. Respeta, pues, el dogma y créele, porque Dios le revela; pero examina los milagros, y decide si vienen de Dios.

En esta suposicion, señor, ¿qué otra cosa puede hacer aquel incrédulo, que examinar de buena fe los milagros de Jesucristo? Y este es nuestro caso. Todos los racionios sobre el dogma no pueden ser mas que vanos esfuerzos, y jamas llegará nuestra razon á penetrar los: así toda nuestra discusion debe terminarse á los hechos. La única cuestion que debemos examinar es, si Jesucristo es Dios: si lo es, todo lo que digamos contra el cristianismo no puede ser mas que blasfemia y error; y por mas que nuestra razon.... Aquí le interrumpí, y le dije: Sin duda, si fuera posible probar que Jesucristo es Dios, como se pudiera.... ¿Pero quién es capaz de probar cosa tan absurda? Vos volveis á vuestras ideas, me dijo; yo os he probado, que nosotros no tenemos la fuerza ni los medios para tratar de absurdo lo que no podemos conocer bien.

Te confieso, Teodoro, que yo estaba oprimido con tanto peso de razones; que me hallaba tan sorprendido de su novedad, como admirado de la lógica y la fuerza de aquellos racionios, que á pesar mio me parecian evidentes y claros. Por mas que hacia, ni podia encontrarles un vicio, ni veia donde los podia morder. Casi avergonzado de mi derrota, pero sin querer confesarla, artículé no sé qué palabras, que no podian tener sentido, y solo me acuerdo que le dije: Estos dis-

... cursos son vagos, y serian interminables. Pásemos á otra cosa, decidme, Padre....

El me interrumpió, y me dijo: Vos vais á proponerme otras objeciones, que serán de la misma especie; y yo no podré dar mas que las mismas respuestas. Esto sí que será interminable, porque nada es mas fácil, que poner dificultades sobre las cosas mas claras y evidentes ¿Qué será, pues, en las que son tan altas y sublimes? La razon humana ve con tanta obscuridad ó con tan corta luz los objetos, que pocas telarañas bastan para ofuscarla, y un sofisma solo es capaz de turbarla.

Acordaos del filósofo griego, á quien un sofista pretendió probar, que no habia ni era posible que hubiese movimiento en la naturaleza, y se lo probaba con tan especiosos sofismas, con razones tan capciosas, que despues de largas discusiones el filósofo no sabia ya qué responder, hasta que impaciente se levantó, y se puso á marchar, diciendo: Ve aquí movimiento.

Este es el modo como piensan los hombres; las cosas sensibles y palpables obran mas sobre ellos que todas las especulaciones. Vos me pondréis argumentos sin fin, yo os daré respuesta sin término; y despues de haber corrido mucho, hallaremos que no hemos adelantado un paso. En efecto como es tan fácil hallar dificultades á todo, estas son interminables. Es como la hydra,

que cuando se le corta una cabeza, la nacen otras. Por eso no es posible acabar, y despues de haber objetado mucho, y respondido mas, apenas se llega á descubrir la verdad, ni se halla un punto en que poder fijarse.

Pero como es fácil y cómodo este método para seducir á los ignorantes, se sirven de él los crédulos. Proponen dificultades sin número; y ya se ve si será fácil hallarlas en asuntos de tanta obscuridad y elevacion, cuando se encuentran tantas en las cosas mas visibles y palpables. Acumulan, pues, objeciones sobre objeciones, añaden sofismas á sofismas. Juntan con la mala fe y las reticencias la malignidad y las calumnias, y de todo esto forman un conjunto de falsos resplandores que deslumbra á los que no estan bien instruidos.

Se les responde; pero ellos ó no leen las respuestas ó se desentienden, y sus sucesores las reproducen como si nada se hubiera respondido. Hoy mismo repiten como nuevas las que propusieron Celso, Porfirio y Juliano en los primeros siglos de la Iglesia; y aunque disueltas desde entónces por los primeros padres, las han reproducido en cada siglo, y las han renovado en el nuestro con la misma confianza. Los lectores, ó incautos, ó solo deseosos de divertirse, leen sus libros escritos con elocuencia y gracia, y no leen las respuestas que indubitablemente son mas cir-

cunstanciadas y serias. Con eso beben el tósigo sin el antidoto, y el error se propaga sin término,

No usemos, pues, señor, de este método. Si queremos seriamente descubrir la verdad, es menester buscarla en ella misma. Esto es, examinar si la religion cristiana viene de Dios; si Jesucristo, que venia á publicarla en nombre de Dios, probó su mision de una manera tan clara y evidente, que la razon guiada por sus propias luces no se pueda resistir á la conviccion; en una palabra, si Jesucristo es Dios. Ya veis que esta cuestion sola lo dice todo; porque si se prueba que lo es, ¿quién que tenga el juicio sano, y la mas ligera idea de la verdad y de la soberanía de Dios, no sacará por consecuencia infalible y necesaria que es menester creer cuanto nos dijo, y obedecer cuanto nos mandó?

En lugar, pues, de detenernos en las ramas y en objeciones que pueden responderse, y que cuando no se pudiera responderlas, no probarian otra cosa que la limitacion de nuestro entendimiento, es menester acercarse al tronco y examinar si los cimientos en que estriba el cristiano son sólidos y verdaderos, ó fútiles y despreciables. Si los incrédulos hubieran seguido este camino, estudiando la religion y examinándola en sus pruebas fundamentales, considerándola en toda la armonía y proporciones de su conjunto, se hubieran ilustrado con su luz divina, y hubieran evitado tantas inep-

cias, falsedades y errores con que la calumnian.

Lo que importa, pues, examinar, es el origen de esta religion, sus progresos; si los hombres que la han comunicado en nombre de Dios han mostrado en sus acciones y virtudes los títulos de su mision, hasta llegar á Jesucristo, que siendo su verdadero fundador ha debido mas que ninguno dar pruebas mas claras é indubitables de ella. Porque ¿cuál es la cuestion? Nosotros para decirlo damos por pruebas los hechos de Jesucristo; los incrédulos para negarlo no pueden tener prueba ninguna, ni pueden alegar otra cosa que la imposibilidad que les parece ver, la obscuridad y pretendida contradiccion de los misterios, y las repugnancias de su razon. Ya veis la ventaja que tiene el que afirma cuando prueba, contra el que sin probar nada solo niega; porque mil negaciones voluntarias no pueden destruir una prueba sola que pruebe bien.

Pero despues de todo, cuando al que niega se le presentan pruebas, lo ménos que puede hacer es examinarlas para despreciarlas si son fútiles, ó rendirse si son sólidas, y va de buena fe.

Este camino ahorra mucho tiempo, y evita muchos extravíos; porque supongamos por un instante que habiendo examinado todas las pruebas que yo alego en favor del cristianismo, vos las hallais frívolas y podeis manifestar su error ó su inutilidad; al instante la discusion se acaba, y me dejais

sin medios de persuadiros. Si por el contrario yo os pruebo con evidencia que Jesucristo es Dios, y vuestra razon no puede resistir á la fuerza de mis pruebas, así tambien se acaba la discusion, porque en este caso ya no valen nuevos argumentos ó dificultades; todas quedan aniquiladas y destruidas. Una verdad que ha quedado demostrada, destruye por sí misma todo lo que se puede imaginar contra ella.

La razon humana siempre oscura, y jamas tranquila en lo que no la presentan sus sentidos, podrá proponer nuevas objeciones; pero yo la haré callar diciéndola: Jesucristo, que es Dios, lo ha dicho. Si puedo satisfacerlas lo haré, y si no, confesaré que es limitacion de mis luces. Ella replicará que su objecion es evidente; yo confesaré que como es evidente que Jesucristo es Dios, me atengo á lo que él dijo: que no puede haber dos evidencias contradictorias, y que así estas aunque lo parezcan no pueden serlo. Confieso que me parecen contrarias; pero como no puedo dudar de la divinidad de Jesucristo, y de que ha dicho lo que yo sostengo, me persuado á que esta contrariedad es solo aparente, y que en efecto habrá un modo de conciliar lo que me parece evidente, con la inmutable verdad que debo suponer en Jesucristo; y en fin, que la razon puede engañarme, y que no me puede engañar la verdad eterna, que es Jesucristo.

Confieso, padre, le dije yo, que me asombráis. Yo no puedo dejar de reconocer vuestras luces y buen juicio, y con todo os veo hablar con tanta seguridad y conviccion, que si no os conociera mas que por este lado, os tuviera por un loco ó frenético. ¿Qué, vos pretendéis convencer á un hombre sensato de que Jesus, á quien los judíos crucificaron en Jerusalem como un malhechor, era Dios? Vos mismo creis esto posible, ¿y podeis imaginar que si esto fuera capaz de probarse con evidencia, una cosa tan grande, tan importante y tan extraordinaria se hubiera escondido á los judíos, á los romanos, á tantas naciones sabias, y á tantos filósofos ilustrados? Es hasta donde puede llegar el delirio de la demencia.

Eso, me respondió, puede pareceros así; pero si tuviérais la paciencia de oír las pruebas, y conociérais en efecto su fuerza, de modo que vuestro talento aunque grande no se pudiera resistir, ¿qué me dijerais entónces? Que eso no puede ser, le repliqué, y que yo no perderé mi tiempo en escuchar tan necias ilusiones. ¡Un hombre Dios! ¿y no un hombre como quiera, sino un hombre pobre y obscuro, que fué condenado por los de su nacion á un suplicio afrentoso! Esto es peor todavía que adorar las cebollas de Egipto.

Con todo eso, señor, si os dignárais de escuchar las razones, puede ser que entónces no os pareciera tanta locura. Haced este esfuerzo, y

por lo ménos tened el gusto de avergonzarnos de nuestra ignorancia; yo soy uno de los ménos hábiles de mis compañeros: no es esto desconfiar de mi causa, sino de mis talentos, y como en esta casa hay muchos varones sabios mas capaces que yo de mostraros la verdad, dadme licencia para que os traiga uno, y tened la paciencia de oírle. No, padre, le respondi; vos sois el que me habeis hablado con tanta jactancia, y vos debeis ser el que me convenza. Esa humildad no es ahora del caso, y no olvidéis que vuestra arrogancia me ha dicho que me probará con evidencia que la religion cristiana es verdadera, y que Jesucristo es Dios.

No, señor, no lo olvidaré; y pues os contentais con mi débil talento, os obedeceré fiado en la bondad de mi causa y en los auxilios é ilustraciones del cielo, pero yo puedo hacerlo por diferentes medios. Es verdad que la mayor demostracion de la religion cristiana resulta del conjunto de toda ella: de esta inmensa, armoniosa y bien proporcionada reunion de sus partes, que desde el origen del mundo hasta nosotros manifiesta en todas y cada una de ellas que viene y no puede venir mas que de Dios; pero esto seria mas largo, y podria fatigar vuestra paciencia: me contentaré con probaros que la religion cristiana es la sola verdadera, y que su fundador Jesucristo es Dios, por alguna de las pruebas separadas; co-

mo estas son muchas, voy á proponeros algunas para que vos mismo escojais aquella en que querais que yo me fije. Esto me es igual, porque aunque son diferentes todas se reunen en un punto, que es mostrar la divinidad de la religion y de su fundador.

Si yo os pruebo, señor, que Dios desde el principio del mundo prometió un Mesias; que despues los profetas inspirados lo anunciaron con señales que no pueden ser equívocas, pues determinaron así sus acciones como el tiempo de su vida: si os pruebo que los mismos profetas probaron su inspiracion no solo con milagros, sino prediciendo ántes de muchos siglos cosas contingentes y futuras, que no se podian saber sino con la divina luz, y que todas ellas se han cumplido á la letra, como consta por documentos irrefragables: si os pruebo que Jesucristo vino en el tiempo indicado por los profetas, que trajo todas las señales con que le anunciaron, que cumplió todo lo que habian predicho, y en fin, que él mismo predijo todo lo que se ha verificado despues; vos me confesaréis que de tantas pruebas reunidas, enunciadas con la mayor claridad, resulta con evidencia que una religion fundada sobre ellas debe ser divina, porque Dios solo puede inspirar á los hombres el conocimiento de las cosas futuras; porque Dios solo ha podido darles el poder de hacer milagros; y que todo lo que ellos dicen auto-

rizado con estas pruebas, es necesariamente verdad, pues viene de Dios.

Pero si, dejando esto aparte, os pruebo con la misma evidencia que Jesucristo y sus discípulos hicieron milagros públicos y notorios, tan incontrastables, que sus mismos enemigos se han visto obligados á confesarlos, vos me confesaréis que la religion que predicán es la verdadera; pues ellos no podían hacer prodigios tan superiores al esfuerzo humano, sino con el poder de Dios; y porque es imposible que el Dios de la verdad diese su poder á impostores que predicasen una falsa doctrina.

Si os pruebo, por no entrar en tanta discusion, un hecho solo, y es, que Jesucristo prometió ántes de morir que resucitaria, y que en efecto resucitó, habló y conversó con los hombres, tampoco me podréis negar que es Dios; porque Dios solo puede resucitar por su propia virtud.

Si os pruebo.... No mas, padre, le interrumpí, no paseis adelante; probadme con la evidencia que me prometeis que Jesucristo resucitó, y esto basta. Si me probais que Jesucristo fué verdaderamente muerto, y que despues de muerto volvió al mundo á cumplir su palabra; y que esto sea tan claro y evidente, de modo que la razon mas perspicaz y desconfiada no pueda hallar una razon prudente de dudar, me daré por vencido.

Pero, padre mio, hasta ahora no se ha visto

que nadie resucite; y os prevengo que yo no me contentaré con las pruebas que de ordinario os bastan para creer los milagros que refieren vuestras crónicas. Para que yo crea un hecho tan único, tan estupendo y sobrenatural, necesito de mayores y mejores pruebas, que para creer que Julio César fué el primer emperador de Roma, y que Bruto le dió la muerte en el senado.

Yo espero, me dijo, daros mas y mayores; y desde luego os digo, que vuestra eleccion ha sido acertada, porque este hecho es el artículo mas fundamental de nuestra religion, y la base sobre que estriban los otros. S. Pablo decia (1): „Que si la resurreccion no es verdadera, nuestra fe es vana;” pero tambien se puede decir que si es verdadera, es consiguiente que todos los demas artículos lo sean.

Por otra parte, la resurreccion es un hecho solo, aislado, digámoslo así, y que puede verse mas fácilmente por todas partes, pues no está complicado con otro. Consiento, pues, porque toda la disputa se reduce á un punto solo decisivo; porque una vez que se apruebe ó se rechace, corta de raiz las demas disputas: y es tambien el artículo mas fecundo; porque con solo que haya Jesucristo resucitado, las esperanzas de los cristianos son tan inmensas como seguras, y las desgracias de los incrédulos son tan terribles como ciertas.

(1) 1. Corinth. xv. 17.

Para desempeñar el asunto que tomo á mi cargo, me parece que estoy obligado á tres cosas: la primera á exponeros las razones que tienen los cristianos para creer la resurreccion de Jesucristo, ó los principios en que se fundan para asegurar que es un hecho cierto. La segunda, probaros que estas razones ó principios son tan evidentes, que es imposible que una razon que no esté pervertida pueda dejar de convencerse. Y la tercera, que despues os proponga tambien sin disimulo, con franqueza y buena fe, las razones que proponen los incrédulos para no creerla; que os deje á vos mismo pesar la fuerza de unas y otras; que vos mismo seais el juez; y en fin, que yo os proponga las consecuencias que pueden resultar de la incredulidad, para que vos mismo compareis cuáles son mas justas y naturales, y cuáles serian mas intolerables y absurdas.

Me parece que por este método es mas fácil reconocer la parte flaca que puede tener el sistema cristiano ó el del incrédulo; porque al fin iremos á parar en alguna de estas consecuencias tan absurdas y contrarias á la sana razon, que manifiestan desde luego su falsedad, tanto en las reglas de la buena lógica como en el uso ordinario de las personas de buen juicio. Si despues de haberos enterado de todo, os parece que las pruebas en vez de ser claras y convincentes son ilusorias y frívolas; si á pesar de mi exposicion vos

perseverais en la idea de que la resurreccion es contraria y repugnante á la razon, yo he perdido mi causa, la discusion termina, y no debo volver á importunaros.

Pero si veis que no podeis manteneros en aquella opinion sin venir á parar á conclusiones ó consecuencias, que son evidentemente contrarias al sentido comun; si observais que para sacudiros de su fuerza necesitais recurrir á principios falsos ó contradictorios, ó á sosteneros con aserciones inciertas ó dudosas; si no podeis responder á mis dificultades sino con subterfugios ó extravíos, que os hacen perder de vista el punto principal; si os hallais forzado para desembarazaros de mis racionios justos y metódicos, á embrollar y obscurecer la materia, porque no podeis dar una respuesta directa y precisa á las razones que se os presentan, entónces debeis reconocer que vuestra opinion no es la verdadera y que los cristianos tienen de su parte toda la razon. ¿Quereis aceptar este partido?

Padre, le respondí, yo no deseo mas que saber la verdad; no puedo tener otro interes: y aunque estoy íntimamente persuadido que emprendeis un imposible y que el celo de vuestra religion es el que os tiene tan iluso, os prometo sinceramente el deponer todas mis opiniones. Os escucharé con precaucion para no dejarme alucinar; pero no veréis en mí ni obstinacion ni or-

gullo; pues si fuera posible que vos me pudiérais persuadir, mi propio interes me obligaria á abandonar todo error.

Pues siendo así, me volvió á decir, yo confiado en el auxilio del cielo empezaré, porque sé que no es el que planta ni el que riega, sino Dios solo el que da el incremento; pero ya es tarde, reservemos esto para mañana, y tened presente que la religion es de un órden sobrenatural, y que no puede regularse únicamente por las ideas humanas: que la palabra de Dios es por sí misma fuerte y eficaz; pero que no produce su efecto sino cuando se escucha con ánimo sincero y con deseo de encontrar la verdad: que un espíritu mal dispuesto podrá oirla sin que la penetre; porque se ocupará mas en examinar la parte que le parezca débil para combatirla, que no la que por su solidez debiera persuadirle que toda verdad es hija de Dios y descende del cielo, que solo la divina luz nos la puede comunicar, y que así debemos todos recurrir al Padre de las luces; yo para que purifique mis labios y os la pueda presentar sin profanarla ni enflaquecerla, y vos para que os abra los oidos del corazon, y fructifique en él su celestial semilla.

No olvideis, señor, que Dios se comunica á los humildes y repele á los soberbios; así arrojad lejos de vos todo espíritu de vana curiosidad ó presuncion. Pedidle sencillez y docilidad; y estad

cierto que no os ha traído aquí sino para desengañaros, para que entreis en su rebaño; pues con solo que vuestra obstinacion no resista á su gracia, quedará vuestra alma penetrada de su voz celestial.

Sola una cosa me queda que recomendaros, y es que cuando empiece á desenvolver mis pruebas, no me interrumpais hasta que las haya terminado. Vos mismo debeis conocer el motivo: en ellas todo se enlaza, todo se eslabona; las primeras partes estan enlazadas con las últimas, y todas unidas entre sí. Una dificultad á que fuera preciso responder, una reflexion que nos pudiera atajar, nos haria perder el hilo, y nos extraviaria. Así os suplico encarecidamente que tengais la paciencia de oirlas todas sin interrumpirme: despues podeis decirme lo que os parezca, y yo procuraré satisfaceros lo mejor que pueda. Prometí que lo haria así, y él se despidió emplazándome para el otro dia.

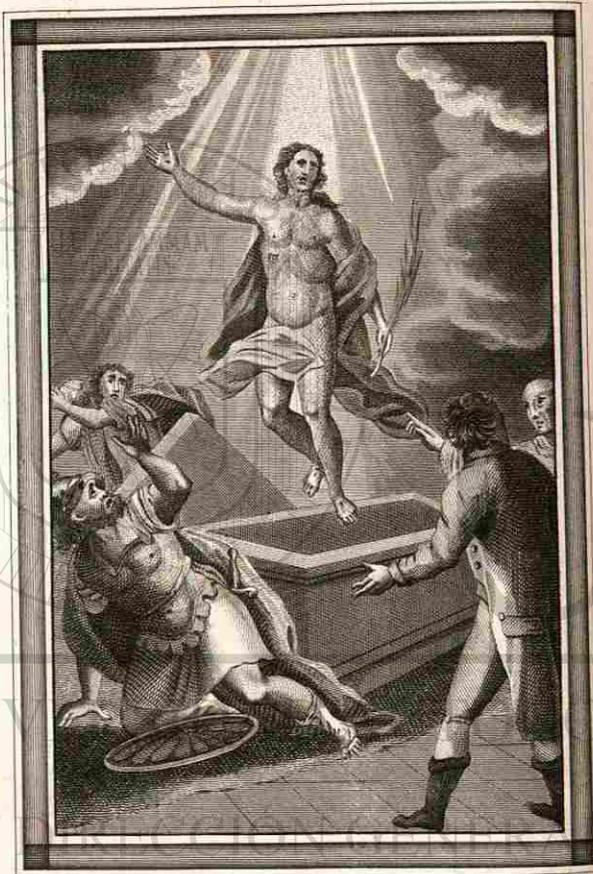
No podré explicarte, Teodoro, cómo quedé, cuáles fueron las sensaciones de mi corazon, ni los efectos que estos discursos producian en mi alma. Me parecia estar como el que se prepara á un grande viaje, ó como aquel á quien se ha prometido mostrarle cosas nuevas, extrañas y asombrosas. Mis afectos eran confusos y encontrados: habia instantes en que viendo la imperturbable seguridad de aquel hombre, tenia una es-

pecie de temor de que me venciese, y necesitaba de echar una ojeada sobre la ilustracion de mis principios y la de los grandes hombres que los siguen, para volver en mí.

Sobre todo me asombraba la monstruosa reunion de tanta elocuencia y talento, de tanta instruccion y tan sana lógica con tanta credulidad y fanatismo; y seguro de la bondad de mi causa, me parecía que podría divertirme desengañando á este buen hombre, haciéndole confesar que si no era un charlatan que ponderaba sus drogas, era un iluso seducido por falsos racionios.

Me acordaba de tí y demas amigos, y me decía: Ninguno de ellos imagina que yo espero mañana un fanático, que vendrá á enseñarme su religion, y tiene la pretension de persuadirme. ¡Pero qué podía hacer? Yo debia mantenerme oculto en el monasterio, y dejar pasar algun tiempo para que se apaciguase el rumor que debia haber causado la muerte del extrangero, y salir con menos riesgo: pues el acaso me ha traído aquí, continuaba yo, ¿qué puedo hacer sino hablar y sufrir á este hombre á quien debo tantos servicios?

¿Quién sabe tampoco si esta será una de las mejores aventuras de mi vida? En primer lugar conoceré por experiencia los medios y recursos del fanatismo; y si se trocara la suerte y en vez de ser el convertido fuera yo el convertidor, esto seria chistoso; me daría ocasion de reir con



*Tratado de la Resurreccion de Jesu-
Christo, por toda la Carta VIII. y sig.^{tes}*

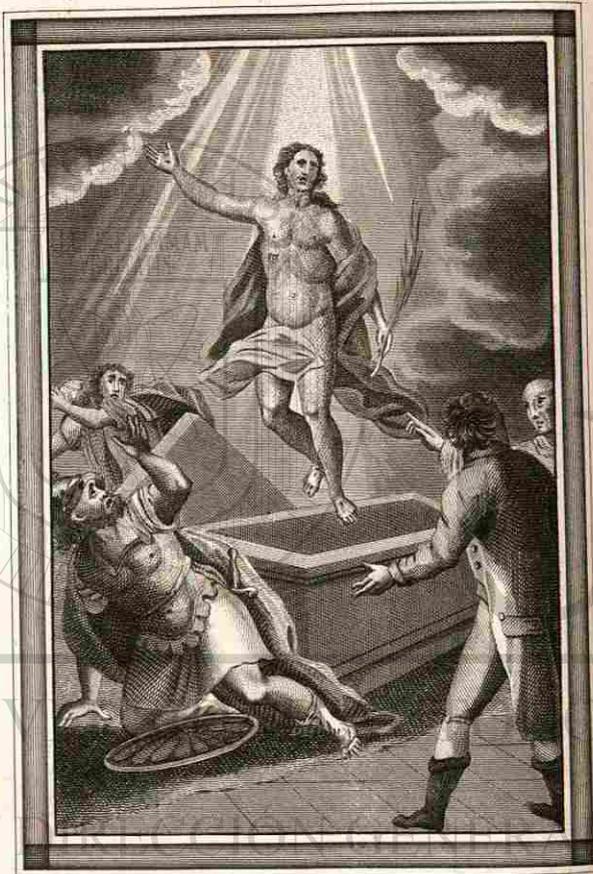
mis amigos, y sería hacer un buen servicio á este mi favorecedor, que por su dulzura y modestia merece ser feliz.

En estas reflexiones pasé hasta el dia siguiente, en el que sucedió lo que verás en mi primera. A Dios, Teodoro.

CARTA VIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: vino el padre, y apenas tomó asiento cuando me dijo: Hoy estamos emplazados para examinar los mayores milagros que hubo ni pudo haber jamas, que son la resurreccion y la ascension pública de Jesucristo; milagros que no solo son grandes por sí mismos, sino que estan encadenados con los otros milagros y con los demas hechos de su vida, porque si la resurreccion es cierta todo lo demas lo es: Jesucristo es Dios, y euanto dijo Jesucristo es verdad: estas son consecuencias necesarias. Así, con la prueba sola de estos milagros, su mision, su divinidad, su



*Tratado de la Resurreccion de Jesu-
Christo, por toda la Carta VIII. y sig.^{tes}*

mis amigos, y sería hacer un buen servicio á este mi favorecedor, que por su dulzura y modestia merece ser feliz.

En estas reflexiones pasé hasta el dia siguiente, en el que sucedió lo que verás en mi primera. A Dios, Teodoro.

CARTA VIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: vino el padre, y apenas tomó asiento cuando me dijo: Hoy estamos emplazados para examinar los mayores milagros que hubo ni pudo haber jamas, que son la resurreccion y la ascension pública de Jesucristo; milagros que no solo son grandes por sí mismos, sino que estan encadenados con los otros milagros y con los demas hechos de su vida, porque si la resurreccion es cierta todo lo demas lo es: Jesucristo es Dios, y euanto dijo Jesucristo es verdad: estas son consecuencias necesarias. Así, con la prueba sola de estos milagros, su mision, su divinidad, su

Evangelio, su doctrina, su Iglesia, en fin, todo el cristianismo queda canonizado.

Lo singular es, que estos milagros tan grandes, tan estupendos, tan difíciles de creer, y aun de imaginar si no fueran verdaderos, son los mas claros, los mas evidentes, los mas fáciles de probar, y los que tienen en su favor pruebas mas positivas y mas indubitables. Parece que la Providencia, para quitar toda excusa á los incrédulos, quiso que fuesen mas fácilmente demostrables estos milagros que lo prueban todo, y que son la base y columna de la religion.

Empecemos por los hechos históricos en que todos convienen. Nadie duda que en tiempo de Augusto nació en Belen, lugar de la Judea, un hombre llamado Jesus, que fué crucificado en Jerusalem en el de Tiberio y cuando Poncio Pilato era gobernador de la provincia. Este hecho está probado no solo por los cristianos que le adoran, sino por los turcos que le veneran, y por los mismos judíos, que desde entónces le dieron por desprecio el apodo del instrumento de su suplicio, y aun hoy mismo llaman con el mismo á los cristianos.

Los gentiles hacen tambien mención de Jesus. Suetonio habla de él dándole el nombre de Cresco, que es el de Cristo mal pronunciado; Tácito habla positivamente de su muerte; Plinio refiere que los cristianos le adoraban como á su Dios,

y que eran gentes virtuosas, sin otro defecto que una excesiva tenacidad en su religion; Luciano, para burlarse de los cristianos, dice que su Dios murió en una cruz, que les hizo creer que todos eran hermanos, y que despues que renunciaron la religion de sus padres, se sometieron á las leyes del Crucificado.

Juliano, que no podia negar ni su crucifixion ni sus milagros, solo se esforzó á disminuirlos. Dice que se hace mucho ruido con los milagros de Jesucristo; pero que mientras vivió en la tierra no hizo nada extraordinario, á ménos que no se mire como una maravilla dar vista á algunos ciegos, sanar algunos paralíticos, y curar de los espíritus malignos algunos energúmenos: todo esto en su concepto no era nada, porque en su opinion otros habian hecho lo mismo. Filostrato para persuadirlo inventó los milagros de Apolonio; y los Judíos habian publicado que si Jesucristo habia hecho milagros era porque habia descubierto la verdadera pronunciacion del nombre *Jehova*: ridículos subterfugios, pero que prueban la evidencia de los hechos.

Celso, el mas hábil y mayor enemigo de los cristianos, no solo reconoce la existencia de Jesucristo; sino confiesa una gran parte de los hechos que refieren los evangelistas, su nacimiento, su huida á Egipto, sus viajes por las aldeas y lugares para predicar en ellos y hacer paten-

tes sus milagros, el modo con que fué vendido, y últimamente, su muerte y pasión. Es verdad que todo lo refiere dándole un mal colorido para hacerlo ridículo; pero no es ahora mi objeto mostrar lo absurdo de sus racionios; Orígenes lo hizo: á mi me basta que él confiese la realidad de los hechos, porque no era posible negarlos.

Es, pues, indubitable que Jesucristo murió en la cruz, y lo es tambien que el mismo Jesucristo lo habia predicho muchas veces á sus discípulos, añadiéndoles que no se desconsolasen, porque resucitaria al tercero día (1). Nadie duda de la prediccion, pues no solo era pública en Jerusalem antes de su muerte, sino que sirvió de fundamento á su condenacion. Los testigos le acusaron delante de los jueces de haber dicho (2) que destruiria y reedificaria en tres dias el templo, que era una de las figuras bajo la cual profetizaba su muerte y resurreccion; figura que los judíos entendian en el mismo sentido, pues por esto fueron á decir á Pilatos: „Señor (3), aquel seductor cuando vivia dijo: Yo resucitaré al tercero día; mandad pues, que su sepulcro sea guardado tres dias; no sea que sus discípulos vengan de noche, le roben y digan al pueblo que resucitó de entre los muertos.“ Esta impostura se-

(1) Matth. xvii. 22. et xxvii. 63. Marc. ix. 30. et x. 34. Luc. ix. 22.
 (2) Matth. xxvi. 61.
 (3) Matth. xxvii. 64.

ria peor que la primera. Pilatos les respondió: „Guardias teneis: aseguraos como os parezca.“ Este es hecho constante que no se puede disputar.

Ahora bien, ántes de pasar adelante observemos que Jesucristo habia hecho esta prediccion muchas veces y de varios modos, anunciando que los principales sacerdotes, escribas y doctores de la ley serian los autores de su muerte (1). Era pues, dueño de evitarla si hubiera querido, porque para esto le bastaba irse á otra parte; pero léjos de eso riñe y censura á Pedro, que queria disuadirle el morir. Es claro, pues, que su muerte era no solo libre, sino que él mismo la consideraba útil, necesaria, y que debia producir efectos ventajosos. ¿Qué efectos ventajosos pudiera producir su muerte si fuera como la de los hombres, si no estuviera seguro de que podia resucitar como lo prometia, pues solo podia hacerla útil con su resurreccion?

Observemos tambien que la víspera de su muerte hizo una institucion que no se hizo nunca ni se hará jamas; una fundacion en memoria de ella y con el fin de recordarla. Manda positivamente que sus discípulos la repitan, la renueven y la hagan en su conmemoracion (2); y no dice que

(1) Marc. viii. 31. 32. 33.

(2) Luc. xxii. 19. et 1. Corinth. xi. 24.

la hagan hasta que resucite, sino hasta que vuelva. Así no solo asegura que resucitará presto, sino que volverá al fin de los siglos: y todo esto prueba que Jesucristo previó su muerte, que la sufrió voluntariamente, que se preparó para ella, y que consoló á sus discípulos con la esperanza de la resurreccion.

Ahora digo yo: O cuando Jesucristo decia estas predicciones, cuando mandaba renovarlas en su memoria y á su ejemplo hasta que volviere al fin de los siglos, ¿estaba seguro de su resurreccion, ó no lo estaba? Si no lo estaba, ¿qué queria decir todo aquello? Su conducta es la de un hombre insensato, á cuya extravagancia no seria posible encontrar nombre. ¿Cuál podia ser su designio? ¿Qué interes ni qué objeto podia tener en aquella farsa? ¿Qué ilusion podia producir un hombre que dentro de pocos instantes va á morir, y que su muerte va á desengañar en breve de que no era mas que un miserable mortal y juntamente un impostor?

Y si no es mas que esto, ¿por qué no huye para evitar la muerte, pues todavia lo puede hacer cuando cena? Que se me diga tambien ¿qué quiere decir la ceremonia que instituye en memoria de su cuerpo? ¿Qué memoria merece un cuerpo que presto será despojo de la muerte, que quedará siempre en su poder, y cuya corrupcion no se puede esconder á sus discípulos? Un hombre

que engañara así, no solo no seria virtuoso y cuerdo, sino ó impostor y vil, ó estúpido y demente; y la vida, los hechos y los discursos de Jesucristo desmienten ciertamente la posibilidad de uno y otro carácter.

Veamos ahora por otro lado. Si Jesucristo está seguro de resucitar, no lo podia estar sino porque sentia en sí una virtud poderosa y divina con que lo podia hacer; aquella misma virtud con que dió vista á los ciegos, salud á los enfermos y vida á los muertos. De esto resulta que estos milagros fueron ciertos, pues quien podia resucitarse á sí mismo, podia tambien resucitar á otros: resulta tambien que Jesucristo debia tenerlos por tales, pues si los hubiera creido falsos, no pudiera creer que su resurreccion seria verdadera; y resulta últimamente, que si los creia ciertos, no podian dejar de serlo, porque los hechos eran de tal naturaleza, que es imposible que se engañe el mismo que los hace.

No era posible que Jesucristo se figurase que con poco pan habia sustentado cinco mil hombres una vez, y cuatro mil otra; que habia resucitado al hijo de la viuda de Naim, á la hija de Jayro, á Lázaro de Bethania; que habia hecho andar á Pedro sobre las aguas, y otros muchos prodigios, si no fueran ciertos; y el que ha podido hacer estos prodigios merece ser creido cuando predice su resurreccion.

Consideremos esto mismo por otro aspecto. Es indubitable que Jesucristo ántes de morir no sólo predijo su muerte, sino tambien todas las circunstancias de ella. Este fué el cargo principal de que se le acusó en su causa, y es evidente que habia dicho en presencia de las tropas del pueblo que le seguian (1): Cuando yo fuere levantado de la tierra, atraeré á mi todas las cosas. Es evidente tambien que las gentes que lo oian, lo entendieron en el mismo sentido en que lo decia Jesucristo; esto es, que moriria y con muerte de cruz, pues se decian entre sí (2): ¿Cómo ha de ser este el Mesias, pues dice que ha de morir levantado en una cruz, cuando el Mesias debe vivir eternamente? Es cierto tambien que Jesucristo insistió repitiendo: Conviene que el Hijo del hombre muera de este modo. Es, pues, claro, que no sólo profetizó su muerte, sino la calidad de su suplicio, y en tiempo en que nadie podia saberlo.

Pero no es esto solo; porque despues á sus apóstoles les individualizó hasta las más menudas circunstancias, y las mas eran de un género que nadie las podia prever (3). Nosotros, les dijo, vamos á Jerusalem, y allí el Hijo del hombre será entregado á los gentiles: *Será ultrajado, escarnecido, azotado y crucificado.* Le afearán el rostro

(1) Joan. cap. 12. v. 31.

(2) Joan. ibi. v. 34.

(3) Matth. cap. 20. v. 18.

con salivas, y morirá lleno de oprobio. Ya los profetas muchos siglos ántes habian profetizado que estas serian las circunstancias con que debia morir el Mesias. Ya el mismo Jesucristo habia declarado que él era el Mesias, y que en su persona se debian cumplir todas aquellas profecias, y entónces no hace otra cosa que declarar á sus discípulos que ya ha llegado el tiempo de que se cumplan todas, expresándolas por menor. Ahora digo yo: No hay mortal que sin una luz divina pueda saber el tiempo de su muerte, y mucho ménos las circunstancias que deben acompañarla. El mismo Salvador habia dicho una vez: Estad prontos, porque no sabeis ni el día ni la hora; y otra vez, dijo: Estad prontos, porque cuando ménos penseis vendrá el Hijo del hombre. Pero cuando no lo hubiera dicho, ¿qué mortal no tiene en sí mismo la conviccion íntima de que ni él ni hombre ninguno puede desde lejos adivinar el día de su muerte, y mucho ménos las circunstancias inciertas, oscuras y contingentes que deben concurrir en ella? No hay nadie que no sienta que esta prevision está fuera de las concepciones del espíritu humano, y que este es un conocimiento únicamente reservado á la Divinidad. Así, pues, siendo indubitable que Jesucristo las predijo todas con una descripcion tan circunstanciada; si la historia acredita que los sucesos correspondieron á las predicciones, no puede el en-

tendimiento humano resistirse á la induccion que resulta de que el que con tanta seguridad profetizaba lo que tan exactamenté se ha cumplido, veia con una luz superior á la que se ha concedido á los hombres. ¿Y qué será si á estas predicciones capitales se añaden otras muchas, que por su pequeñez, su contingencia y multitud son ménos susceptibles de cálculos, conjeturas ó combinaciones?

¿Si hubiera profetizado, por ejemplo, que seria vendido? ¿Si hubiera expresado el precio en que debía serlo, y el empleo que se haria de este dinero? ¿la distribucion de sus vestidos? ¿las suertes que se echarian sobre su túnica? ¿la hiel que se le debía presentar? y otras mil cosas, todas menudas, que no eran regulares, que solo se ejecutaron en la muerte de Jesucristo, y que se hicieron solo para que se verificasen las profecías que deberian cumplirse en la muerte del Mesías. *Ut adimplerentur Scripturae*, dice un evangelista (1); y *ut adimpleatur Scriptura*, dice otro (2).

La historia cuenta que Jesucristo ántes de morir habia predicho á todos sus apóstoles que uno de ellos le habia de entregar; que á otro, que era San Pedro, le profetizó que tres veces le habia de negar, añadiéndole que no obstante aquella flaqueza, su fe no faltaria, y que despues de su con-

(1) Matth. xxvi. V. 56. (2) Joan. xiii. V. 18.

version confirmaria en ella á sus hermanos; que cubierto de lágrimas predijo á Jerusalem que seria destruida y arrasada hasta los cimientos, y otras mil cosas que todas eran contingentes, y dependian de causas libres: cosas que podian muy bien no suceder, y que no se podian conjeturar; cosas de tal especie, que siendo inciertas, y debiendo estar escondidas en los arcanos de la ciencia divina, solo puede reputarse loco y temerario el que se atreviera á asegurarlas desde tan léjos: y como es indisputable que Jesucristo las aseguró, ó es menester concluir que era el mas temerario de los hombres, ó es preciso examinar la historia para ver si se han cumplido con una exactitud que no deje lugar á la duda, ni puedan atribuirse al acaso, porque de este cotejo resultará el concepto que debe formarse del profeta.

Si la historia acredita que todas aquellas profecías, aunque tan multiplicadas, menudas y contingentes, se han cumplido con exactitud, es imposible resistir á la demostracion que resulta de que aquel hombre estaba inspirado; que era un profeta verdadero, y en el caso de Jesucristo resulta tambien que era el Mesías, y lo que es mas, que tambien era Dios. Esto es tan claro, que no es posible que un juicio sano no sienta la evidencia de esta induccion, y es muy fácil demostrarlo mirándolo por partes.

Es profeta, porque no puede dejar de serlo el

que predice cosas futuras que dependen de causas contingentes y libres, que estan fuera de todo cálculo y combinacion humana; sobre todo, cuando por su muchedumbre y obscuridad no puede el buen sentido atribuirselas al acaso.

Si Jesucristo era profeta inspirado y verdadero, no podia dejar de ser el Mesías, porque decia que lo era, y no podia mentir el que Dios inspiraba con una luz divina, que era garante de su sinceridad; y porque prediciendo en su persona la muerte y las circunstancias de ella, que los otros profetas habian vaticinado para la muerte del Mesías, probaba con su verificacion que lo era; y si habia probado que era profeta por haber predicho su muerte con las circunstancias que la acompañaron, probaba tambien que era el Mesías, pues murió con la muerte, y del modo con que este debia morir.

Lo que es mas, tambien probaba que era Dios, porque no solo predice lo que solo Dios podia saber, sino que hace lo que solo Dios puede hacer. El que conoce lo mas oculto de los corazones, el que penetra las mas escondidas intenciones de los hombres, y sabe lo que han de hacer ántes de que ellos mismos lo sepan, y tal vez aunque ellos crean lo contrario, tiene necesariamente la luz de Dios. *Scrutans corda & renes Deus.* En fin, si se verificó todo lo que Jesucristo predijo, aunque fuese tanto y tan imposible de prever, si en

nada se engañó, es necesario reconocer que hablaba con el Espíritu divino, y que no podia mentir en nada. Y si ha predicho tambien su propia resurreccion, como no se puede dudar por el testimonio mismo de sus acusadores, ya tiene mucho derecho para que ántes de resolver nada en nuestro juicio, esperemos siquiera á ver el éxito de los sucesos.

No hay nadie que no deba suspenderse y decir: El que ha predicho tantas cosas tan obscuras, y únicamente dependientes del libre arbitrio de los hombres, y no se ha engañado en ninguna, tampoco se ha engañado en su muerte, ni en ninguna de las circunstancias que nadie podia prever. Ahora predice su resurreccion. Lo ménos que puedo hacer es suspenderme hasta que llegue el tiempo de verificarla. Y si por accidente, cuando llega este tiempo, vienen otros nuevos motivos poderosos, que por sí solos inducen á creerla, ¿cómo es posible que esta prediccion anticipada no corrobore mucho los nuevos testimonios que procuran acreditarla? Examinemos, pues, los de la historia, para ver si son conformes con las profecías, y no nos atengamos sino á los que sean tan ciertos, tan públicos y notorios, que no sea posible dudar de su autenticidad. Pero ántes es preciso confesar, que si estos testimonios agenos acreditan que resucitó, como predijo, se fortifican mucho en aquella anticipada prediccion.

Después de haber examinado la disposición de Jesucristo, veamos la de los sacerdotes, escribas y fariseos; veamos la relación que hicieron los soldados destinados á guardar el sepulcro, que guardaron tan mal: la consideración de estas circunstancias puede darnos mucha luz en el examen de un hecho que es tan importante y esencial.

Se ha visto que los fariseos, los doctores de la ley, y en general cuantos componían el gran consejo, movidos por la misma pasión con que hicieron morir á Jesucristo, recelaron que sus discípulos robasen el cuerpo, y dijese que había resucitado. Su diligencia con Pilatos, el ardor con que procuraron la muerte de Jesús, y los esfuerzos con que solicitaron poner una guardia para impedir la sustracción del cadáver, deben persuadir que harían lo que la prudencia más exquisita les aconsejaba, para no dar lugar á un error tan contrario á su honor, á su opinión, y que manifestaría su injusticia.

Es, pues, natural que encargasen mucho á sus soldados una custodia fácil, que no debía durar más que tres días; y es natural que escogiesen hombres de su confianza, para que no se dejasen sobornar, ni permitiesen que por descuido ó de otro modo se robase un cuerpo que tanto les importaba conservar en el sepulcro.

¿Pero qué es lo que sucede? A pesar de tanta guardia y de tantos encargos, el domingo por la

mañana el cuerpo no está en el sepulcro, y no se sabe lo que se ha hecho. ¿Dónde está, pues? ¿Quién lo ha sacado, ó cómo ha salido? Los soldados se habrán dejado ganar á fuerza de dinero. ¿Pero quién puede haberlos corrompido? No los discípulos, porque son pobres, porque están dispersos, porque el temor los ha hecho ir cada uno por su lado. ¿Cómo es posible que hombres sin medios, y que con la fuga se esconde cada uno á su propio peligro, imaginasen corromper soldados encargados de la custodia por los principales de la nación, y que exponían su vida si se averiguaba su negligencia ó su traición?

Será, pues, que los discípulos habrán ido á robarle de mano armada, y que los soldados no se habrán atrevido á oponerse. ¿Pero cómo se puede suponer que aquellos soldados sean tímidos, y que los discípulos que en la pasión y muerte de su Maestro dieron tantas pruebas de serlo, se transformen de repente en hombres tan valerosos y determinados, que emprendan á pesar de una guardia robar por fuerza un muerto, que abandonaron de miedo cuando estaba vivo? Por otra parte, no es lo que dicen los guardias.

¿Pues qué dicen? Que los discípulos le robaron cuando ellos dormían: mala excusa y mala tropa. ¿Dónde ni en qué tiempo se ha visto que los soldados se entreguen todos al sueño, sin dejar un centinela que vele y advierta? Este ha si-

do el primer elemento de la disciplina militar en todos los siglos y en todas las naciones; y no se puede presumir que ninguna tropa lo abandone, sobre todo la que está tan encargada de guardar un cuerpo cuya extracción se teme. Pero si á pesar de toda la inverosimilitud, estos soldados han sido capaces de tanta negligencia, ¿cómo no se ha castigado su delito? Por otra parte, yo quisiera que me explicasen cómo si estaban dormidos pueden saber que son sus discípulos los que le han robado?

Todo esto es incomprendible; pero lo que me espanta mas es que el gran consejo ó el sanedrín no procure por su propio honor y por el interés público averiguar la verdad. ¿Por qué se contenta con esta excusa tan inverosímil y miserable que nadie podrá creer? En efecto, este asunto causa ya tanto rumor en Jerusalem, que muchos se convierten despues; en un dia solo cinco mil personas han creído en la resurrección, y han adorado al hombre que hicieron crucificar. ¿No es tiempo de manifestar este robo, y quitar todo crédito á la seducción?

¿Por qué, pues, no estrecha á estos soldados? ¿Por qué no les hace su proceso? Ellos estan en Jerusalem; el gran consejo tiene todo el poder y autoridad; su honor está comprometido; le importa mucho castigar la negligencia, ó hacerles confesar su perfidia, obligándolos á declarar quién

los ha sobornado, ó cómo se han dejado sorprender; esta diligencia es necesaria, tanto para justificar su conducta en la muerte de Jesucristo, como para desengañar al pueblo, que empieza á declararse abiertamente por aquel que ya ha resucitado.

Pero aun hay mas: cincuenta dias despues de la muerte de Jesucristo, y en la fiesta llamada Pentecostes los apóstoles y sus discípulos se deramaron por Jerusalem, y con voz alta y á gritos publican en calles y plazas que Jesucristo ha resucitado; que ellos todos lo han visto, que se les ha aparecido muchas veces, que han hablado con él y le han tocado; que habia subido al cielo á su vista y la de otros muchos; en fin, que les habia enviado al Espíritu Santo que estaba en ellos; y con cuya virtud podian hacer y en efecto hacian milagros (1).

Parece que por lo ménos ya es tiempo de que el consejo tome la mano; de que haga callar á estos atrevidos impostores que turban el pueblo y seducen á muchos simples, profanan la religion y el culto establecido. Ya es necesario manifestar que éstos mismos falsarios son los que han robado el cuerpo: que los haga, pues, prender, y que los fuerce á decir la verdad; que los confronte con los soldados; que haga prender tambien á

(1) Véanse los Act. Apost. II. 20.

Nicodemus y José de Arimathía, para que declarasen qué es lo que han hecho de aquel cuerpo; y que en fin, la impostura sea conocida y descubierta. Estas son las diligencias ordinarias para comprobar los delitos y reconocer los delincuentes.

Lo singular es que el Consejo, tan ardiente en la muerte de Jesucristo, tan activo y solícito en la colocacion de la guardia, no hizo nada de esto, y se contenta con llamar á los apóstoles para intimarles que no vuelvan á predicar en nombre de Jesucristo, amenazándoles con castigos en el caso que reincidan; y lo que hay de mas extraordinario es, que ni siquiera entónces se atreven á acusarlos de haber robado el cuerpo mientras los guardias dormían.

Es claro, pues, que su política consideró necesario echar tierra á este asunto, y que lo mas prudente era dejarlo caer, porque no seria posible persuadir á nadie que los discípulos habian robado el cuerpo. En efecto, ¿quién podia creer que esos hombres tan pobres, tan tímidos y tan pocos se hubiesen unido para empresa tan difícil, como levantar una piedra, romper un sello y arrancar del sepulcro un cadáver á vista de una guardia escogida, encargada y puesta de propósito contra ellos mismos?

¿Qué apariencia habia de que los soldados se entregasen tanto al sueño, que los discípulos pu-

diesen tranquilamente y sin temor de que alguno despierte, tomarse tanto tiempo como era necesario para una operacion tan larga y laboriosa, para una operacion que no solo pedia espacio y libertad, sino que no se podia hacer sin ruido; pues era menester levantar una piedra enorme, romper el sello, desliar el cuerpo, quitarle el sudario y todo el lienzo de que estaba cubierto, segun consta de la uniforme relacion del hecho?

Ya hemos visto la conducta de los judíos; veamos ahora la de los apóstoles. Estos dijeron unánimes que habian visto y hablado al mismo Jesus que fué crucificado. Yo quiero suponer que esta asercion, aunque tan unánime, fué mentira; pero para suponerlo es menester suponer tambien que se concertaron entre sí, porque sin un concierto precedente era imposible estar tan concordados, y el engaño presto se desharia por su discordia. Unos dirian que sí; otros que no: uno que se apareció á muchos; otro que á pocos ó á uno solo, y el tercero que á ninguno. Unos lo contarían de una manera, otros de otra; y si habia entre ellos alguno que fuese sincero y de buena fe, diria que no habia visto nada. Es, pues, indispensable suponer que muchos hombres se habian reunido para publicar con uniformidad y con una constancia que los exponia á la muerte, hechos por su naturaleza increíbles, y que ellos mismos tendrian por falsos. Pero si me preguntan si es-

to es posible, yo respondo que no; y ve aquí mis motivos.

No se ha visto hasta ahora ni cabe en la razon que ningun hombre, sobre todo si no le excita un grande interes, se exponga á los suplicios y á la muerte, por sostener con tenacidad un hecho increíble que él tiene por falso. Y si por una especie de prodigio hubiera alguno capaz de esta disposicion, seria extravagante imaginar que muchos juntos lo sean; no cabe esto en el corazon humano.

¿Pero cuánto crece esta imposibilidad moral, cuando los mismos á quienes se imputa esta disposicion absurda, han dado en otras ocasiones pruebas de la contraria, mostrando prudencia y timidez? ¿Cuánto es mas insensato imaginarlo de hombres distinguidos por sus virtudes; de hombres que saben que una mentira en materia tan grave, seria un delito incompatible con la vida eterna; de hombres, en fin, que si la resurreccion no es verdadera, han sido los primeros engañados, que ya no podian dudar que el que creyeron Mesias no era mas que un impostor, y por consiguiente no podian tener interes para sostener tan inútil delirio?

Por otra parte, ¿cómo es posible concebir que un concierto hecho entre hombres capaces de tanta iniquidad, pueda subsistir tanto tiempo? ¿Que no haya alguno que por evitar el suplicio, no dea-

cubra á los judíos la impostura con todas sus circunstancias? ¿Que los que hicieron traicion á Jesus cuando vivia, no se la hagan despues de muerto? Porque, en fin, miéntras vivia Jesus, podian esperar alguna cosa; pero despues de muerto, si su muerte era como la de todos los hombres, ¿qué podian esperar sino miserias y suplicios con la vergüenza de haberse dejado engañar por un impostor?

Estos mismos discípulos cuando estaban persuadidos de que su Maestro era el Mesias, prometieron no abandonarle, y decian: Vamos á morir con él; con todo, desde que le vieron preso fueron tan tímidos, que huyeron y le dejaron en manos de sus enemigos; ¿y se creerá que estos mismos hombres ahora que le ven muerto, y que deberian estar desengañados de que no es el Salvador que habian creido, tengan valor para inventar y sostener un concierto inicuo, una mentira que no puede serles útil para nada, y que nadie estará dispuesto á creer?

Porque ¿qué autoridad tienen para persuadir un hecho tan inaudito? ¿Qué ventaja les pudiera traer el persuadirle? ¿Qué efecto pudiera resultar, sino deshonorar á su nacion, suponiéndola el delito mas horrible? ¿Cómo, pues, estos hombres simples, sin interes ni objeto pueden sostenerle con tanta constancia? ¿Cómo es posible que jamas varien, que ninguno se turbe ni se desdiga, que todos su-

fran los mayores tormentos y hasta la muerte mas cruel, afirmando siempre que han visto lo que ninguno de ellos ha visto? La imaginacion no puede llegar á este extremo de locura tan combinada entre tantos genios tan diferentes.

Porque este concierto no solo ha debido hacerse entre los doce apóstoles, sino tambien entre los discípulos que ya eran numerosos. Jesucristo se apareció á muchas personas y en muchas ocasiones: unas veces á las mugeres, á las que ordenó decir á sus hermanos que fuesen á Galilea, que él los precederia; otras á Pedro solo; otras á los doce juntos. Unas veces los busca cuando pescan, y hace su pesca mas abundante; otras veces se les aparece cuando estaban juntos y hacian oracion. En una ocasion se junta á la mesa, come y bebe con ellos; en otra les da diversos documentos, y les recuerda lo que les habia enseñado ántes de morir; y hubo una en que se mostró á mas de quinientos que estaban juntos (1).

Una vez convence á un discípulo incrédulo, le hace tocar sus piés y sus manos, le hace tocar la herida de su costado, y le dice: Pon aquí tu dedo, mira mis manos, y no seas incrédulo. Otra vez se aparece á dos de sus discípulos que iban á Emaús, habla largamente con ellos, y les explica la Escritura; y en otra ocasion los junta y les or-

(1) 1. Corinth. xv. 6.

dena que vayan á enseñar á las naciones y á bautizarlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Por eso eran tantos los testigos oculares de la Resurreccion. San Pablo dice en una de sus epístolas que Jesus se apareció una vez á quinientos hermanos juntos; y añade que aunque algunos ya habian muerto, la mayor parte estaba todavía en vida. Yo pregunto: ¿Si San Pablo que predicaba una religion cuyo primer principio es la verdad, se atreveria á afirmar lo si no estuviera seguro del hecho? ¿Si un apóstol, que para obtener el fruto de su celo necesitaba conservar la opinion de su veracidad, se atreveria á citar testigos que pudieran desmentirle? Y vuelvo á preguntar: ¿Si es posible que sin motivo ni interes, tantos y tan diferentes hombres se conciertan para persuadir un hecho, que á no ser cierto seria ridículo y absurdo? Yo digo que esto no es humano, ni posible ni imaginable.

Por otra parte, para suponer que estos testigos han mentido, es menester suponer cosas mas increíbles; porque es cierto que mientras Jesucristo vivió y eran sus discípulos, se mostraron tan pusilánimes y débiles como los hombres ordinarios. No se les vió mas que sentimientos conformes á los que el amor de la conservacion inspira. Seguian á Jesucristo, porque esperaban que fuese el Mesías; pero tenian mucho temor de la muer-

te, temblaban del sanedrín; y desde que se veían en un peligro, ó expuestos á alguna tempestad, clamaban á Jesucristo para que los librase.

¿De dónde proviene, pues, que estos hombres tan vulgares y tímidos, de repente, despues de la muerte de Jesucristo, sean capaces de arrojo tan temerario, como inventar tan inverosímil impostura, y sostenerla con tanta tenacidad? ¿Cómo se conducen con un carácter y firmeza que no es dada á la flaqueza humana? Su corazón, pues, se ha mudado, y su razón se ha invertido: ¿y con qué estímulo? porque desde que ven á Jesucristo muerto ya no pueden esperar nada. ¿Cómo no huyen? ¿por qué no se esconden? Pues si Jesucristo los ha seducido, si no ha resucitado, nada pueden ganar en ser reconocidos por discípulos suyos. ¿Qué esperanza les podía quedar viendo que el que les habia prometido la vida eterna, diciendo que él era la resurrección y la vida, está él mismo sujeto al poder de la muerte?

No es posible entender este trastorno. Mientras esperaban en Jesucristo lo temían todo, y ahora que ya no podían esperar en él, no temen nada. Quando creían servir á Dios sufriendo por Jesucristo, pues le tenían por su enviado, eran tímidos y cobardes; y ahora que debían saber que no le sirven, pues Jesucristo muriendo los ha desengañado, no solo le defienden intrépidos y valerosos, sino que inventan una mentira con

que ultrajan á Dios, y se deshonran ellos mismos. ¿Quién podrá comprenderlo?

Yo quiero suponer que los apóstoles y discípulos fuesen tan ignorantes é imprudentes, que se atreviesen á concertar una impostura tan grosera; pero era menester estar privados de todo rayo de luz para no ver que una novedad tan extraña, que apenas sería creída siendo cierta, no podía acreditarse siendo una patraña tan visible. Que era imposible concertar bien hechos tan complicados y diversos entre tantas y tan diferentes personas; pues unos dirían de una manera, otros de otra, y su diversidad debia descubrir la impostura. Que no todos quizá se acomodarian á consentir en apoyar el embuste, y que uno solo bastaba para descubrirlos á todos. Que era muy fácil que alguno los delatase, porque eran pobres, y porque mintiendo no podían ganar mas que los tormentos, la prision y la muerte; en vez de que aquel que diría la verdad, dando gusto á los primeros señores del estado, podia adquirir dinero y proteccion: uno solo, que aunque deseoso de entrar en el concierto tuviese el justo y natural temor de ser descubierto por alguno de los otros, bastaba para no entrar y desconcertar á los demás.

Todas estas ideas eran simples y naturales: no hay hombre por limitado que sea á quien no se le presenten; pero yo quiero suponer que estos

hombres eran tan insensatos y estaban tan ciegos que no vieron nada de esto, ni tuvieron temor de nada; quiero tambien suponer lo que únicamente pudiera hacerlo verosímil, esto es, que toda esta muchedumbre se volviese loca con el mismo género de locura, y precisamente en el mismo tiempo que fué el de la muerte de Jesucristo: ¿os parece esto verosímil? ¿os parece posible? Pero cuando lo fuera, no seria por eso posible el concierto, pues quedan inconvenientes mayores que superar.

Porque con todo lo que hemos dicho, no hemos despojado á estos hombres mas que de la razon. ¿Pero quién podrá quitarles los sentimientos naturales, estos sentimientos íntimos y siempre inseparables, de que ni la enfermedad ni la locura ni otro ningun estado puede despojar al hombre mientras vive y siente? Tales son el horror del dolor, y el amor del placer, ó el bienestar. Que se me explique ¿cómo estos hombres siendo tantos, han podido sufrir con tan heroica constancia los azotes con que se les maltrata, los tormentos, cadenas y prisiones con que se les aflige, los desprecios y oprobios con que se les humilla, y en fin, los horrores de los suplicios dolorosos con que se les quita la vida? Y que se me explique tambien ¿cómo esta insensibilidad y extravagancia ha podido durar tanto tiempo? ¿cómo se ha sostenido con un heroismo, que nun-

ca tuvo igual, sin que jamas se desmintiese ninguno?

Ve aquí, señor, las consecuencias y los inconvenientes que es indispensable superar para suponer aquel concierto. Pero volved la medalla: suponed por un instante que la Resurreccion es verdadera; entónces todo es claro, todo se explica fácilmente, y es natural que suceda lo que en efecto ha sucedido; los hechos que refiere la historia son verosímiles y naturales, y no hay dificultad en nada. Yo voy, señor, á presentaros estos hechos, y observad, que no hay ninguno que no sea sencillo y fácil, que no sea público y notorio, que no sea indubitable y constante, que no sea no solo cierto y probado, sino tambien comprobado por los otros hechos de la historia, sin que sea posible ni racional el negarlos ni aun dudarlos.

Ve aquí los hechos: Que mientras Jesucristo vivió, sus apóstoles y discípulos eran groseros, ignorantes y tímidos; que desde que vieron preso á su Maestro, huyeron y le abandonaron; que Pedro, el primero de todos, que parecia el mas amante y valeroso, le negó tres veces sin mas motivo, que el miedo que le inspiró una criada; y que en fin casi todos le dejaron solo en el momento de la muerte: esto es posible, verosímil, y nadie lo negará. Tampoco se puede negar, que despues de la

muerte de Jesucristo estos mismos hombres, como si se hubieran revestido de un nuevo espíritu se derramaron por las calles y plazas de Jerusalén, publicando que Jesús, á quien los judíos habían crucificado, era el verdadero Mesías ó el enviado de Dios, el libertador de Israel, prometido á los patriarcas, y anunciado por los profetas, en fin, el Redentor del mundo. ¿Y por qué esto? Porque Jesús había resucitado como lo había predicho, y que ellos le habían visto y le habían hablado; que por espacio de cuarenta días se les había aparecido muchas veces, y que les había hablado y dado diferentes instrucciones, hasta que lo vieron subir al cielo. Digo que esto no se puede negar, porque son los principios del cristianismo, y los medios con que se propagó por toda la tierra, y subsiste.

Ahora se pregunta: ¿Cómo hombres que eran tímidos y miserables, se atrevieron á declamar con tanta fuerza contra el suplicio de su Maestro condenado por los primeros magistrados de la nación? ¿Cómo apesar de que los ponían en prisión, los azotaban, y los amenazaban con la muerte, continuaban en publicar aquellas mismas cosas, de modo que al instante que los ponían en libertad volvían á empezar de nuevo? Y se responde, que nada podía impedir que no creyesen y dijesen lo que ellos habían visto; y que su fe diminuta y confusa mientras Jesucristo vivía, ha-

día adquirido un grande grado de fuerza, cuando por su resurrección y su ascension vieron con evidencia que era el Mesías.

Se pregunta: ¿Cómo tantos testigos de tan diferentes genios y condiciones, así hombres como mugeres, estuvieron tan uniformes en la relacion de un hecho tan extraño? Y se responde, porque le vieron, y habiendo visto todos lo mismo, era preciso que lo mismo dijeren todos.

Se pregunta: ¿Cómo unos pescadores ignorantes, que poco ántes no sabían hablar, hablan ahora con tanta fuerza y elocuencia que persuaden á millares de judíos? Ellos mismos responden, que Jesucristo ántes de subir al cielo les había prometido enviarles su Espíritu: que en efecto el día de Pentecostes descendió sobre ellos, y que él era el que hablaba por sus labios. Es menester que esto sea verdad; porque si no, es imposible concebir, cómo hombres tan groséros podían convertir á tantos, entre quienes podia haber algunos instruidos; ó cómo podían ser entendidos por judíos de diferentes naciones, que hablaban distintas lenguas, y que estaban en Jerusalén por acaso, y solo por concurrir á la solemnidad de aquel día.

El Evangelio dice, que en efecto los apóstoles hablaban toda especie de lenguas, y eran entendidos de todos. Me parece que esto era indispensable; pues de otro modo seria imposible que

hiciesen tantas conversiones. Por otra parte, las conversiones son ciertas y evidentes; pues con estos primeros convertidos se formó la primera Iglesia de Jerusalem, y las que despues se formaron en los demas paises, cuya sucesion viene hasta nosotros. Asi, estos hechos evidentes comprueban la inspiracion de los apóstoles; y si este milagro es verdadero, todos lo son, porque estan enlazados entre sí. Pero yo no quiero por ahora valirme del Evangelio para nada; despues hablaremos de su autoridad. Mi designio en este momento es no servirme mas que de hechos indubitables y notorios, de hechos que no se puedan negar, y cuyo testimonio sea tan evidente, que no se pueda resistir á la prueba que producen.

Los únicos hechos, pues, á que me atengo por ahora son, que los apóstoles, los discípulos y aun las mugeres predicaron que habian visto la Resurreccion y la Ascension de Jesucristo. Me parece haber manifestado la imposibilidad de que tantas personas pudiesen concertarse para inventar y sostener esto, si no fuera cierto, y probado por razones sacadas de la naturaleza de las cosas; ahora la voy á probar por otras sacadas de la naturaleza y calidad de los testigos.

¿Quiénes son estos testigos? Ya hemos dicho que eran hombres simples, pescadores groseros, sin ingenio ni talento, sin uso del mundo, sin amigos ni protectores que puedan sostenerlos. No

es, pues, posible suponerles ni la malicia necesaria para urdir una invencion tan monstruosa, ni la industria y artificio que seria menester para persuadirla, ni los medios oportunos para llevarla al cabo; sobre todo, si se reflexiona, que lo que decian era contra los hombres mas poderosos del estado, que tenian muchos medios de reprimirlos, de desengañar al pueblo y demostrar su falsedad.

¿Qué mas eran? Hombres que no habian recibido instrucciones sino de Jesucristo, el enemigo mayor de la mentira; por consiguiente que no podian ignorar que su Maestro desaprobaba su conducta, si no era sincera. Por otra parte eran hombres de virtudes eminentes, y conformes en todo á los documentos que les habia dejado. ¿Cómo pues es posible, que los que le obedecen en todo le falten en este solo punto? Su virtud era tan conocida como respetada; sus mayores enemigos, los mismos que los aprisionaban y azotaban, jamas pudieron acusarlos del menor delito. Por el contrario, admiraban su valor, su celo, su desinterés y otras mil virtudes que les captaron en efecto la veneracion pública; y contribuyeron mucho á multiplicar las conversiones que hicieron.

No es, pues, posible imaginar, que hombres tan desinteresados y virtuosos hayan querido deshonorar á Jesucristo por servirle; que los que sacrifi-

caban no solo sus propios intereses, sino su tranquilidad y su vida por ser útiles á los demas, quieran deshonorarse á sí mismos, exponiéndose á ser descubiertos como autores ó cómplices de una iniquidad. Su razon, su propio interes, la inocencia de su vida, todo en fin, resiste á la idea de que hayan querido engañar.

¿Pero no podian estar engañados ellos mismos? No, no lo podian estar, y ve aqui los motivos. Es muy fácil concebir que un hombre de juicio y virtud pueda engañarse, cuando se trata de un dogma, de una opinion ó de una doctrina; porque le entendimiento, único juez de todas las ideas especulativas, no tiene siempre todas las nociones necesarias para discernir bien lo verdadero de lo falso, y con una sola que le falte, ó una sola que no vea bien, puede fácilmente formar un juicio errado y engañarse.

Pero cuando se trata de hechos palpables y sujetos á los sentidos; cuando se trata de cosas públicas y circunstanciadas, que acaecieron en tal tiempo y tal lugar; de cosas que han sido vistas por muchos, y que todos las han visto del mismo modo, es imposible que se engañen todos.

Apliquemos estos principios de verdad eterna á los apóstoles y demas discípulos. Lo que estos dicen únicamente es, que has visto á Jesucristo resucitado, y que le vieron subir al cielo. Ve aquí hechos simples, desnudos y sujetos á los sen-

tidos. Aquí no hay ideas, especulaciones ni dogmas; todo es sensible y palpable. ¿Cómo, pues, pudieron engañarse? Ellos conocian muy bien á Jesucristo, pues vivieron familiarmente con él mucho tiempo. Jesucristo fué condenado por el Sanedrin, fué clavado en una cruz: este suplicio le dejó señaladas diversas cicatrices: su suplicio fué público, su muerte notoria; y no solo fué muerto, sino tambien embalsamado y enterrado.

Este hombre de que hablan los apóstoles, y dicen: Jesucristo que ha sido muerto y enterrado, y que nos ha prometido que resucitaria, ha resucitado en efecto; porque se nos ha aparecido muchas veces, y no solo ha conversado con nosotros, sino tambien ha comido, y hemos tocado y palpado sus cicatrices, y ademas nos ha dado diversas instrucciones. Al principio no lo podiamos creer; pero al fin nos hemos visto forzados á rendirnos al repetido y constante testimonio de nuestros ojos y nuestros oidos. Es imposible engañarse en estos hechos, como es imposible engañarse, cuando se ve que un muerto ya corrompido resucita; porque los sentidos bastan para asegurar lo que es palpable.

Añadamos, que estos testigos no eran crédulos. Jesucristo se les apareció estando todos juntos, excepto Tomas (1). Aunque las puertas

(1) Luc. xiv. 39.

estaban cerradas, entra, se les presenta delante y los saluda. Ellos se asombran; pero lejos de creer la verdad, imaginan que es una ilusion, un fantasma, y es menester que Jesucristo los asegure, y que para persuadirles, haga que le toquen y palpén con el fin de mostrarles que tiene huesos y carne, y que no es un fantasma. Para darles mas pruebas de que está vivo, come y bebe en su presencia; y todo esto fué menester para persuadirlos.

La misma dificultad aparece en la conducta de Tomas. Este viene despues que Jesucristo ha desaparecido; los otros le cuentan lo que ha pasado, Tomas no cree nada; y á pesar del unánime testimonio de todos, que le aseguran haberle visto, y haber conversado con su maestro, Tomas concluye que no lo creerá si no le ve. Jesus quiere convencerle, y en otra aparicion en que él se encuentra, le increpa su incredulidad, y le manda poner la mano en sus llagas (1). Tomas lo hace, y no pudiendo resistir á la evidencia de esta prueba, se arroja á sus piés, y le adora como á su Dios. Jesus le dice: Tú has creído porque has visto: bienaventurados los que no vieron y creyeron. ¿Se puede decir que testigos de esta especie son crédulos?

Pues bien, estos testigos tan incrédulos al prin-

(1) Joann. xx. 24. hasta el fin.

cipio, creyeron despues con tanta fuerza y firmeza, que siendo de la mas baja extraccion del pueblo, se atrevieron á improperar á los primeros del estado el delito de haber dado la muerte á Jesucristo; y no solo publicaron á todo riesgo su Resurreccion y su Ascension, sino que consignaron estos hechos en libros escritos para instruir á la posteridad. ¿Pero qué libros? Es imposible leer el nuevo Testamento sin admirar el carácter de verdad, de originalidad y grandeza que se descubre en el libro único, inimitable y sublime, que manifiesta en sí mismo que no es obra de hombres.

La elevacion de sus pensamientos, la magestuosa simplicidad de su expresion, la novedad y pureza de su doctrina, la importancia y la universalidad del corto número de sus preceptos, su admirable proporcion con la naturaleza y las necesidades del hombre, la ardiente caridad que con tanta generosidad promueve, y en fin, el sentido misterioso y verdaderamente teológico que encierra, son atributos y perfecciones que no se hallan en ninguna produccion del espíritu humano.

Añadid el candor, la ingenuidad, la modestia, ó por mejor decir, la profunda humildad de sus autores, el olvido perpetuo de sí mismos, la noble simplicidad que no les permite hacer la menor reflexion ni el elogio mas breve de las acciones de su Maestro, la sencillez con que refieren las cosas mas grandes, sin mostrar el mas

liger designio de excitar la admiracion, ni otra solicitud que la de instruir y mejorar: todo en fin, manifiesta que estos escritores no se propusieron mas que enseñar á los hombres lo que era esencial á su felicidad.

Tan llenos estan de este espíritu, y tan léjos de sí mismos, que cuando exponen las mas importantes verdades, olvidan todos los adornos; su estilo es al mas sencillo. Por ejemplo, el leproso extendió su mano y se halló sano.... el enfermo cargó su lecho y se puso á andar.... Sin duda que este es el verdadero sublime, porque cuando se habla de Dios, no se puede decir mejor sino que manda y que la cosa es hecha; pero este sublime no es estudiado ni nace del arte, sino del objeto; es sublime porque el hecho lo es; el escritor no podia dejar de expresarle como era.

Peró lo mas singular de todo es, que estos mismos hombres que fueron los escritores de aquel libro, y los testigos de los hechos y prodigios que contiene, hacian ellos mismos otros prodigios iguales; ellos tambien decian á un paralítico: Levántate y anda; y el paralítico se levantaba y andaba. A pesar de un poder tan sobrenatural no solo desprecian el aplauso de los pueblos, sino que les explican positivamente, que no son ellos los que los ejecutan (1). Uno de ellos les dice:

(1) Actor m. 10. 12.

¿Por qué os asombráis de esto? ¿por qué nos miráis con admiracion? Como si hubiéramos hecho marchar á este hombre por nuestro propio poder ó virtud, cuando es por la de Jesucristo. ¿Qué corazon sensible puede ver tanta sinceridad y desinteres sin sentirse conmovido? ¿Y qué hombre de esta especie no son buenos para testigos? ¿Quién se atreverá á recusarlos? ¿quién podrá imaginar que sean capaces de mentiras monstruosas?

No olvidemos tampoco, que cuanto contiene este libro admirable ha sido compuesto y publicado poco despues de los sucesos: y aquí quisiera haceros una reflexion. ¿Quién puede imaginar, que nadie se atreva á escribir y dar á leer á sus contemporáneos unos hechos de que ellos deben ser tambien testigos, si no fueran ciertos? Y cuando esta presuncion no fuera tan fuerte, á lo ménos se debe creer que si no fuesen conformes á la mas exacta verdad, los autores procurarian no individualizarlos mucho, porque cada circunstancia añadiría un medio de descubrir la falsedad.

Peró observad el Evangelio: todo está circunstanciado: los nombres de las personas, su calidad, su oficio, su habitacion, sus enfermedades, los lugares, los tiempos, y otras mil cosas menudas, que determinan el hecho de la manera mas precisa, de modo que cada uno conoce, que si se hubiera hallado en el sitio y en el tiempo en que pasó

el suceso, le hubiera sido fácil examinarle. Sus autores tienen enemigos que han mostrado un gran deseo de desmentirlos, y ninguno se atreve á negar la verdad de los hechos; solo procuran deslucirlos, atribuyéndolos á la magia, lo que en cierta manera es confesarlos.

Y no se puede decir, que quizá los antiguos los negaron y escribieron contra ellos, y que han podido perderse estos escritos; porque hoy existe una nacion entera, que desciende sin interrupcion de los enemigos de Jesucristo, que ha recibido en herencia su odio y sus opiniones, y que conserva escrupulosamente las tradiciones y escritos de aquel tiempo. Es constante que tambien conservarian estos, si los hubiera: el interes de los padres era producirlos, y el de los descendientes conservarlos. Pues los apóstoles acusaron á sus magistrados de haber crucificado á su Mesías, ¡con qué facilidad los que tenian el gobierno en la mano hubieran podido confundirlos! ¡con qué solicitud sus historiadores los hubieran denunciado á la posteridad! Pero léjos de esto ellos callaron, y se multiplicaban los convertidos cada dia.

Tampoco puede atribuirse el silencio de los magistrados á desprecio ó indiferencia; pues siempre que imaginaban poder encontrar medio para descubrirles alguna falsedad, practicaban todo cuanto podian para descubrirla. Su desgra-

cia era, que como todo era cierto, á pesar de sus esfuerzos no pudieron hallar la menor falta; las informaciones que hacian, se volvia contra ellos, y quedaban avergonzados. Pudiera producir mil ejemplos; me contentaré con el del cojo de nacimiento.

Apénas los apóstoles empiezan á predicar la Resurreccion, cuando los jueces les hacen comparecer en los tribunales (1). Los examinan, y ellos repiten lo que habian dicho al pueblo: les amenazan y les mandan guardar silencio. En efecto, al entrar en el templo dos de ellos curan á un hombre que nació estropeado: el tribunal lo sabe, y al punto los hace comparecer: les pregunta, ¡con qué virtud y en que nombre han hecho aquella cura? Los reos responden: Gefes del pueblo, pues nos haceis comparecer por haber hecho bien á un hombre miserable, y pues nos preguntais en qué nombre lo hemos hecho, sabed, ó jueces, y sepa tambien todo el pueblo que lo hemos curado en nombre de Jesus á quien vosotros habeis crucificado.

¡Quién no se asombra de ver á dos pescadores que puestos en juicio léjos de captar la benevolencia de los jueces, empiezan por darles en cara con un delito atroz, y acaban por confirmarles el hecho que mas los indigna! Y de este lance solo re-

(1) Actor. v. 1.

sulta un racionio tan simple como convincente. Si el Crucificado lo ha sido justamente; si no es cierto que haya resucitado; y si el milagro de la cura tampoco es cierto, los magistrados deben estar seguros de todas estas falsedades, pueden dar las pruebas de todo, y deben justificarse, manifestar la malicia de los apóstoles y castigarla. Esto es natural; pero no es lo que hicieron. Sigamos la historia.

Cuando los gefes del pueblo vieron la osadía de estos dos discípulos, que supieron serlo del Crucificado, y que eran hombres sin letras y del comun del pueblo, quedaron atónitos; pero como veian tambien allí al que quedó curado, no podian decir nada. Al fin los mandan salir del consejo, para consultar entre sí; despues los vuelven á hacer entrar, y les prohiben con amenazas hablar ni enseñar en nombre del Crucificado.

¿Quién podia esperar esta conclusion? ¿Qué, estos senadores tan enemigos de los discípulos y tan irritados no se atreven ni á desmentirlos ni á castigarlos? ¿Los discípulos son impostores, atestiguan una resurreccion falsa, acreditan un milagro que no han hecho, lo atribuyen á un malhechor que ellos han condenado, les hablan con firmeza; y ellos se contentan con repetirles una vana prohibicion de predicar? Los jueces confiesan, pues, que el milagro del cojo es cierto: y pues se hizo en nombre de Jesucristo, tambien lo es que este

ha resucitado: por lo ménos es evidente, que lejos que prueben lo contrario, confiesan tácitamente la resurreccion.

¿Qué se puede inferir de una conducta tan extraña? Que los jueces no se atrevieron á proceder contra los apóstoles, apesar del modo con que estos los trataban, porque los hechos eran tan notorios y públicos, que no hubieran hallado creencia en el pueblo. Se dice, que solo aquel milagro convirtió cinco mil personas (1); y es muy creible. Por eso los jueces no se atrevieron á condenarlos ni á negar el hecho; pero intentaron desacreditarlo, atribuyéndole al arte mágica.

Cuando jueces, que tienen en su mano todo el poder y autoridad, para probar la falsedad de un hecho, se ven reducidos á la necesidad de decir, que se hace por magia, no pueden confesar mas claramente su verdad.

No acabaria, señor, si quisiera exponeros todos los ejemplos de esta naturaleza. Solo os pido que hagais una reflexion, y es que el milagro de la resurreccion, que tanto aseguran estos testigos, es un eslabon de la cadena con que se eslabonan los que precedieron, y otros muchos que se hicieron despues, tales como la Ascension del Señor, y la venida del Espíritu Santo. Todos estos milagros estan encadenados entre sí, y componen

(1) Actor, iv. 4.

un total ó conjunto tan seguido, que unos dependen de otros, y todos se sostienen entre sí.

Porque si es cierto que los apóstoles tuvieron el don de lenguas, y que por eso pudieron convertir á judíos de diversas naciones, también lo es que Jesucristo ha resucitado. Si está probado que Jesucristo hizo milagros en su vida, y que predijo su resurrección, no puede quedar duda de que resucitó. Con una de estas cosas que se prueba, todas las demás quedan probadas. Veamos, pues, lo que añaden de nuevo estos testigos.

Dicen, que después de haber visto á Jesucristo resucitado, después de haber conversado con él muchas veces, lo vieron subir al cielo. Y para probar este nuevo milagro presentan otros muchos testigos, que lo fueron de este hecho, sin haberlo sido del otro, de modo que la resurrección adquiere un mayor grado de seguridad y certidumbre por este grande y numeroso concurso de testigos que vieron la ascensión; y esta es otra infalible prueba de la resurrección, como ella lo es de todos los demás milagros y maravillas de su vida.

El hecho es que los apóstoles, los discípulos conocidos por tales, las mugeres y otros muchos que se agregaron de nuevo, hasta el número de quinientos dijeron (1): Que todos á tal hora, tal

(1) 1. Gorinth. xv. 6. Actuum 1. 9. & 10.

día y en tal lugar habían visto subir al cielo á Jesucristo, después de haberse despedido de ellos. Todos repitieron lo que les había dicho, y refirieron todas las circunstancias del hecho sin discrepar en nada. Supuesta esta relación uniforme, ó el hecho es cierto, ó todos son impostores; porque es imposible imaginar que hayan podido engañarse. Todos conocían á Jesucristo, el hecho sucede cuarenta días después de la resurrección, que había dado grande motivo á hablar y estar informados de todo, y tuvieron tiempo y medios para reflexionarlo bien.

Por otra parte, el hecho sucede al medio día. El sol alumbraba cuando dicen que Jesucristo se elevó al cielo. ¿Cómo, pues, es posible concebir que tanta multitud haya podido engañarse? ¿que todos hayan podido creer que veían en el mismo instante el mismo objeto y del mismo modo, si ninguno viese nada? Reflexionad que esta no es una imagen rápida ni una aparición muda. Jesucristo les habla, les da preceptos, les manda que no se alejen de Jerusalem hasta que hayan recibido el Espíritu Santo; les hace promesas, y promesas tan altas, que no pueden venir sino de Dios, pues les promete que les asistirá, y estará con ellos hasta el fin de los siglos; y por último, les manda que bauticen en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Ve aquí lo que cuentan unánimes todos los tes-

tigos; y aquí no cabe engaño. O dicen la verdad ó mienten; ó es una conjuración ó una realidad; y si es mentira, caemos con mas fuertes razones en los mismos inconvenientes que hemos visto, para probar la imposibilidad de que los apóstoles pudiesen concertarse en fingir el hecho de la resurrección. Digo con mas fuertes razones, porque el número de los testigos es mucho mayor, y las dificultades del concierto, tanto como los peligros de su descubrimiento, crecen en razón de su número. Uno solo que sea infel ó tímido los desconcierta á todos; y si aquella maquinación nos pareció imposible, esta debe serlo mucho mas.

Porque en fin en la resurrección no habia mas que los apóstoles, y otros pocos que lo decian, y todo se quedaba entre ellos; pero que se me diga: ¿Cómo ó en virtud de cuál encanto han podido hacer ver y oír á otros muchos lo que en efecto no veían ni oían? ¿Con qué máquina han hecho subir la figura de un hombre al cielo? ¿Con qué prestigio han hecho aparecer dos hombres vestidos de blanco, que les dicen: Galileos, el mismo Jesucristo que ahora veis subir, un día le vereis bajar? ¿Con qué virtud secreta han podido grabar en la memoria de todos las palabras que dicen haberle oído, la promesa de enviarles el Espíritu Santo, y todas las demas?

Cuando los apóstoles hubieran tenido bastante

ingenio y malicia para concebir este plan; cuando se suponga que hubieran puesto por escrito los puntos en que todos debian convenir, ¿cómo podian esperar que tantos testigos y tan diferentes quisiesen adoptarle y sostenerle con tanto riesgo, solo por complacerles? No hay quien se atreva á sostener una mentira, sino cuando espera darla un colorido de verdad; pero cuando la falsedad es visible, nadie imagina inventarla ni persuadirla; por eso nadie ha emprendido hasta ahora persuadir que nació con alas, y que vuela.

Que se me diga tambien: ¿Cómo hombres que suponen malvados, pues sostienen á toda costa una mentira, muestran tanto ardor por persuadir la que no puede producir otro efecto, que acreditar á Jesucristo y el moral de su Evangelio? ¿Cómo hombres que no se suponen estólidos, esperan encontrar compañeros que quieran sufrir los tormentos mas terribles por ayudarles á sostener una ficción, y que en fin pretendan por medio de una traición propagar y extender la virtud? Hay en todos estos racionios un tal complejo de absurdos y contradicciones que desde luego saltan á la vista.

La verdad es que no cabe en el corazón del hombre perder su libertad, su reposo, sus amigos y la vida por sostener una mentira en que no tiene interés, y ménos en sostenerla con tanta firmeza. El que se reconoce impostor se siente abru-

mado con su conciencia; desde que se acerca el peligro tiembla, y el mas atrevido cuando se ve delante de la autoridad que lo estrecha, y del riesgo que lo amenaza, se acobarda. Así son los hombres por lo comun; uno solo que no fuera así, sería un fenómeno; ¿qué serian, pues, muchos á un tiempo y por la misma causa?

Pero lo que da el último grado de evidencia es la venida del Espíritu Santo; pues con ella cumplió su promesa, y los apóstoles recibieron muchos dones, todos grandes y sobrenaturales: tales fueron los de ciencia, de lenguas, de hacer milagros, con la facultad de comunicar á otros este mismo poder.

Que los apóstoles hayan recibido estos dones es una cosa evidente, y que resulta de los mismos hechos, que son notorios, probados y subsistentes; si no, considerémoslos separadamente. No se puede negar que recibieron el don de lenguas; pues de otro modo ¿cómo hubieran podido convertir á tantos extranjeros de idiomas diferentes, que habian venido á celebrar la Pascua en Jerusalem? En solo un dia convirtieron cinco mil, en otro tres mil. La conversion de estos judíos es indisputable; pues con ellos se formaron las primeras Iglesias, de quienes se han formado despues las nuestras; y toda la historia atestigua la formacion de estas Iglesias antiguas, de que los apóstoles fueron los primeros pastores.

El don de la ciencia no es ménos evidente; pues ya sabemos lo que eran los apóstoles en tiempo de la vida y de la muerte de Jesucristo: pescadores ignorantes y groseros, tímidos que le abandonaron, estúpidos que no le entendian; pero observadlos ahora despues de la muerte de Jesus, y cuando el Espíritu Santo ha venido ya sobre ellos. ¿Acaso estos hombres parecen los mismos? Ni les queda rastro de lo que fueron. ¿Qué valor! ¿qué intrepidez! pero también ¿qué ilustracion! ¿qué elocuencia! ¿Y por ventura sin tenerla les hubiera sido posible convertir á tantos millares á pesar de la resistencia y autoridad de los principales de aquel pueblo?

Pero si esto no basta, leed las primeras cartas que escribieron á las Iglesias que fundaron, y decidme si os parece, ¿qué la sublimidad de aquel estilo, la profundidad de aquella doctrina, la elevacion de aquellos pensamientos puede ser obra de groseros y de ignorantes? ¿Quién, pues, les ha dado de repente tanto saber, y tantas ideas de riquezas y expresiones? Y no me digais que han podido escribirse despues por otros sabios; porque es indubitable que ellos mismos las escribieron, y que se conservan tales como las escribieron, sin la menor alteracion.

La prueba es incontestable; pues no puede dudarse que ellos remitieron estas cartas á las Iglesias á quienes las escribían, y que estas llenas de

respeto las leían continuamente en comun; que remitían copias á las Iglesias con quienes estaban en correspondencia, para que se aprovechasen de su lectura; y que unas y otras guardaban los originales y las copias con un respeto religioso, como un depósito sagrado. La confrontación que se ha hecho despues de unas y otras, ha probado con una demostracion incontestable que son las mismas, y que se han conservado en toda su integridad y pureza.

En cuanto al don de hacer milagros no es ménos evidente, y lo prueba tambien la misma serie de los hechos: pues es constante que los apóstoles no pudieron vencer la obstinacion de tantos judíos, ni hacerles creer cosas tan inverosímiles y extraordinarias como la Resurreccion y Ascension de Jesucristo, sino á fuerza de milagros: ya hemos visto el del cojo de nacimiento. La historia cuenta otros muchos, y es preciso que sean verdaderos, porque sin ellos no se puede concebir cómo unos pobres hombres pudieron hacer tantas conversiones.

Tambien es preciso que sea cierto lo que cuenta la historia, de que estos mismos apóstoles podían comunicar, y comunicaban en efecto, el don de hacer milagros á los que creían en Jesucristo. Cuenta que así lo hicieron con Cornelio el Centurion y con otros muchos; añade que estos dones fueron tantos y se hicieron tan comunes, que Si-

mon el Mago quiso comprarlos con dinero. Esto es bien extraordinario, pero no puede dejar de ser cierto; porque los mismos á quienes lo decían los apóstoles, lo creían, señal segura de que lo veían, ó se verificaba en ellos mismos; y la prueba de que lo creían es, que se convertían y adoraban á Jesucristo; pues ellos fueron los fieles que formaron las primeras Iglesias.

De aquí resultan varias reflexiones. Ya hemos visto lo absurdo que seria imaginar, que los apóstoles, que ya conocemos por hombres desinteresados y virtuosos, se atreviesen á atestiguar los milagros de Jesucristo, si no los hubieran visto. ¡Pero cuán absurdo seria imaginar que se atreviesen á decir, no solo que los vieron, sino que ellos tambien podían hacer otros semejantes; y lo que es mas, que podían comunicar este mismo poder á otros, si no estuvieran en estado de verificarlo? Para llegar á este extremo de arrojo y temeridad, es menester un grado de demencia, que no es posible concebir; y cuando esto fuera posible, no se concebiria jamas, cómo hombres tan locos y ligeros hubieran podido convertir á tantos.

El hecho indisputable y de que es imposible dudar es, que convirtieron una gran muchedumbre; pues no es posible dudar que fundaron muchas y numerosas Iglesias. Y de este hecho solo resultan como consecuencias necesarias, que persuadieron la verdad de los milagros de Jesu-

cristo, contando los de su Resurreccion y su Ascension; que si prometian hacer milagros, los hacian en efecto; que si decian que podian comunicar el mismo don, le comunicaron en realidad á muchos de los que habian persuadido; pues habiéndolo prometido, los que los escuchaban no hubieran podido estimarlos ni respetarlos, si no les hubieran visto cumplir las promesas, ni hubieran querido convertirse. Sola la verdad de los hechos puede explicar sus conversiones; y pues no puede negarse que se convirtieron, respecto de que fueron los primeros cristianos nuestros padres, resulta por una conviccion irresistible, que los hechos fueron verdaderos.

En efecto, señor, supuesta esta verdad, ved los grados de evidencia á que podia subir la conviccion de los apóstoles. Primero. Jesus, Hijo de Maria, dijo que era el Mesías; y para probarlo ha hecho cosas que no pueden dejar de ser milagros, tales como resucitarse á sí mismo; y nosotros todos lo hemos visto. Segundo. El mismo Jesus nos ha comunicado el poder de hacer milagros iguales; y nosotros los hacemos. Tercero. Tambien nos ha dado el poder de comunicársele á otros, como en efecto los hacen. El primer grado de evidencia es ya fuerte; porque es mucho escuchar testigos de esta clase, que dicen haber visto los milagros de Jesucristo, y que lo sostienen en medio de los tormentos. Mucho

mas es oír y ver que ellos los hacen; ¿pero cuánto mas es ver que pueden comunicar este poder, y le comunican á los que creen en Jesucristo? Parece que este es el último grado de la evidencia, y que es preciso rendirse á tanta demostracion.

Me seria muy fácil, señor, multiplicar las pruebas; para haceros ver por distintos medios la incontrastable verdad de estos milagros; porque fueron notorios, hechos en presencia de muchos testigos, y su fruto está á la vista en el establecimiento y extension de la Iglesia. Parece que la Providencia quiso, que no quedase duda en la verdad de estos hechos, y que fuesen tan ciertos como palpables, á fin de que un buen juicio bastara para percibirlos y asegurarse de ellos.

Tened presente, que no hay en la historia profana un hecho tan constante ni tan probado como el de la Resurreccion de Jesucristo; y este prueba todos los demas: que el Evangelio, sin considerarle mas que como una historia humana, es mas digno de fe que todas las demas, porque no hay ninguna que tenga á su favor ni tantos autores coetáneos, ni tantos monumentos subsistentes que comprueben los hechos que refiere; que este libro fué escrito en tiempo en que vivian los testigos, y que no era posible se escribiesen cosas que no fuesen ciertas, y de que sus enemigos se hubieran servido para desacreditarle; que San Pablo hablando de la Resurreccion escribia,

que todavía existían muchas de las quinientas personas que lo habían visto; que San Juan en su primera carta empieza diciendo: Que va á escribir lo que sus ojos han visto, y lo que sus manos han tocado; que todos los demás autores fueron no solo testigos, sino instrumentos de lo que refieren; y que la fuerza de estos testimonios en tiempo en que los hechos estaban recientes, obligó á muchos millones de personas no solo á someterse á su verdad, sino á practicar una religion austera.

Me pesa mucho que me haya sido preciso para obedéceros tratar este punto solo, desenlazándole de todos los otros que encadenan el admirable edificio de la religion; porque si os la pudiera mostrar en grande, fijando vuestra vista en la inmensa extension de todo su plan, hubiérais visto que viene de Dios, y que todos sus monumentos, desde el instante de la creacion, estan encadenados entre sí, y vienen á terminar en Jesucristo, sin que sea posible encontrar una línea de division. Señor, ¡qué designio tan grandioso! ¡qué obra tan magestuosa!

Apénas peca el hombre, cuando Dios le castiga, pero le promete un Libertador; renueva esta promesa á Abraham, á Isaac y á Jacob; á este último le añade que saldrá de la raza de su hijo Judá; empieza á cumplir su promesa, y escoge al pueblo hebreo para que sea depositario de ella;

suscita á Moises para que le sirva de caudillo, y este prueba su mision con milagros tan estupendos y tan públicos, que aquel pueblo, aunque indócil y perturbador, se le somete; le sostiene con la esperanza del Mesías, y promete conducirle á la tierra que Dios le habia destinado.

Los monumentos de estos milagros existen hoy en los ritos y en la sinagoga de los judíos: Dios los conserva para que nos sirvan de testigos. Llevan los hebreos á la tierra prometida, adoran al Dios de Moises; pero el principal fondo de su religion es la esperanza de este Libertador. Sus deseos religiosos y sus ruegos se dirigen al cielo, para que cuanto ántes envíe al que llaman Deseado de las naciones. De tiempo en tiempo vienen profetas que renuevan la memoria de este Mesías: unos le describen; otros fijan el tiempo en que debe llegar, y todos tienen el mismo anhelo.

Cúmplese por fin el tiempo en que Daniel habia predicho la llegada de este Enviado. Los judíos le aguardan con tanta ansia, que se engañan, y toman partido por otros que no lo eran; pero entonces nace Jesus, hijo de María, y nace en Belén, donde otros profetas habian dicho que debia nacer. Nace pobre, y vive obscuro, sin pensar más que en prepararse á su mision; aguarda la edad de treinta años fijada por la ley para poder predicar; desde que la cumple, corre los lugares y aldeas de la Judea, predica un Evangelio nue-

vo, descubre verdades divinas hasta entónces ignoradas, exhorta á una moral pura, superior á cuanto los hombres habian enseñado; pero moral severa, que si era conforme á la razon sana, era contraria á la naturaleza pervertida, y debia excitar su repugnancia.

A pesar de su pobreza, de su obscuridad y de la austeridad de su doctrina, el pueblo le ve una magestad tan respetable, y le observa virtudes tan sublimes, que se siente forzado á escucharle con veneracion y deferencia. Le dispensa tantos beneficios, en su favor hace tantos milagros, que por sí mismo adivina que es el Mesías. ¿Y cómo podía dejar de adivinarlo, pues le ve mandar á los elementos, multiplicar los panes, y resucitar los muertos? ¿Quién sino el Mesías? ¿qué otro que el Libertador que esperaba, podia ejecutar tantos prodigios?

Los sacerdotes y doctores, envidiosos de tanto aplauso, recelan que quiere destruir la ley de Moises y desacreditarlos. Jesus les dice: Si no creéis mis palabras, creed en mis obras; pero ellos no creen nada: sus pasiones los ciegan. Quanto mas le veneran los pueblos, se irritan mas los gefes; lo prenden, lo examinan, y le preguntan quién es; él lo dice, y su respuesta les parece blasfemia; buscan testigos falsos que le actusan sobre un equívoco, y sin mas exámen le condenan.

Para obtener la ejecucion le conducen á un

tribunal superior y extranjero; allí se le vuelve á preguntar de nuevo, y él vuelve á responder casi lo mismo: el juez reconoce su inocencia, y lo quiere librar; pero los magistrados que le han sentenciado, persisten en pedir su muerte; intimidan al juez, y este lo abandona; entónces le crucifican y entierran: los mismos magistrados sellan su sepulcro, y ponen soldados para custodiarle; pero apesar del celo tan activo y de la vigilancia tan interesada, el cuerpo no parece, ni se sabe donde está: los guardas para disculparse dicen que se durmieron, y que sus discípulos le robaron; pero estos aseguran que Jesucristo resucitó, que se les ha aparecido, y que ha hablado con ellos.

En efecto, estos pobres pescadores ignorantes y tímidos, que abandonaron á su maestro en el momento de su pasion, poco despues de su muerte con un valor heroico cuentan á todos una historia tan prodigiosa, como parecia increíble. Dicen que Jesus, despues de haber sido crucificado, se les ha aparecido en diferentes ocasiones, unas veces estando juntos, y otras estando separados; que han comido y bebido con él; que los ha instruido de muchas cosas; que al cabo de cuarenta dias los llevó al monte de las Olivas, y que allí en su presencia y la de otros muchos se despidió de todos, diciéndoles que no se les volveria á aparecer, pero que presto les enviaria su Espíritu.

Que en efecto le vieron subir al cielo, y pocos dias despues estando juntos en oracion, descendió sobre ellos el Espíritu Santo; que este les comunicó el don de lenguas, lo que probaban hablando y entendiendo los diferentes idiomas de los que estaban entónces en Jerusalem; el de hacer milagros, y lo probaban haciendo muchos; en fin, el de poder comunicar este don á otros, como en efecto le comunicaban.

Los magistrados instruidos de estos discursos, y queriendo atajarlos, los citan á su tribunal, y examinan los hechos. Los reos léjos de intimidarse, les impropéran en presencia de todos el enorme delito de haber hecho crucificar al Mesias que ha resucitado. Los magistrados no los castigan, y es porque no se atreven; pues ven que el pueblo está por ellos á causa de los milagros que hacen, y se contentan con mandarles que no prediquen en el nombre de Jesús.

Peró apesar de sus amenazas, los discípulos continuan sus exhortaciones, repiten los mismos hechos, y los comprueban con nuevos milagros, que aumentan y multiplican las conversiones. Para sosegar la conmocion y el fermento del pueblo, se toman medidas mas activas; se manda prender á los discípulos y encerrarlos en una cárcel; pero el ángel del Señor los saca de ella, y este nuevo prodigio confirma mas á los que estaban convertidos, y hace convertir á otros de nue-

vo (1). Y apesar de cuantas amenazas y rigores se practican, todos los testigos siempre firmes y siempre imperturbables, sostienen con el mismo vigor sus testimonios, sin que jamas ninguno se haya desmentido.

Despues para obedecer á su Maestro, que les mandó publicar su Evangelio á todas las naciones. . . . Cuando el padre llegó aquí, sonó la campana, y segun su costumbre, se puso en pié presuroso para ir al coro. El se fué, Teodoro; pero se fué sin que yo pudiera ni levantarme para responder á su cumplido, ni decirle una palabra sola: yo quedé como inmóvil, como enagenado y fuera de mí. ¡Cómo podré pintarte la situacion de mi alma? Yo estaba como si me hallara de repente en una región nueva y asombrosa, de que no habia tenido la menor noticia: yo me hallaba atolondrado, aturdido y como abrumado con el peso de una enorme losa, que me angustiaba el pecho, y que no podia sacudir.

¡Cuántos eran los objetos de mis reflexiones! ¡cuántos los motivos de mi asombro! ¿De dónde habia sacado el padre tantas pruebas tan claras y convincentes? ¿Cómo los filósofos, que tanto impugnan la religion, no hacen mención, ni se hacen jamas cargo de tantos y tan graves hechos, los cuales por sí mismos manifiestan la importan-

(1) Act. Apost. V. 18.

cia? ¿Cómo yo mismo que he leído tantos libros, que pasaba por erudito y aplicado, nunca he encontrado en mi camino nada que me haya podido dar estas noticias, ni excitar estas reflexiones? Yo me creía sabio, y á vista de este padre soy un niño. Yo creía á los filósofos como los primeros ingenios del mundo, y en sus libros se lee todo ménos lo único que importa saber: ó no lo saben, y yo estaba engañado; ó lo saben y lo callan, y en este caso no proceden de buena fe.

Porque hablemos claro: los discursos del padre son justos, exactos y naturales. No es posible encontrarles vicio ni defecto, y las consecuencias son legítimas de hechos constantes, indubitables y conocidos; no es posible disimularse ni la seguridad de sus principios, ni la estrecha union y cadena de todos sus discursos; no hay donde morder en todo lo que ha dicho. ¿Seria posible que hubiese una verdad de esta importancia, que fuese conocida de estos hombres oscuros y vulgares, y que quedase escondida á los mas ilustres y penetrantes ingenios de la tierra? ¿Seria posible que ellos fueran los sabios y nosotros los ignorantes? Seria posible... Y echaba una ojeada sobre todas las consecuencias.

Esta idea me hacia estremecer: yo queria apartarla de mí, porque me contristaba; pero se me volvía á presentar aquel escuadron de pruebas tan ordenado y tan unido, que no dejaba resquicio pa-

ra penetrarle. Yo conocia bien que todo esto me era nuevo, que mi espíritu no estaba familiarizado con aquellas ideas, y que pudiera ser que viéndolas despacio y de mas cerca, pudiese encontrarlas su parte débil; pero no podia dejar de confesar que á la primera vista me habian parecido terribles, inexpugnables y victoriosas, y que por lo mismo merecian mucho estudio y mucho exámen.

Luchaba con mis propios pensamientos. Bien veia que no podia satisfacer las reflexiones del padre; pero echaba un momento la vista sobre el objeto en sí mismo, separándole de todos aquellos ratiocinios, y entónces mi espíritu se sosegaba, y decia entre mí: ¡Un Dios muerto! ¡un Dios resucitado! esto es imposible: solo un visionario puede creer en tal absurdo. El padre lo prueba ó aparenta probarlo; pero todo se prueba en el mundo, ¡y el que ha estudiado la materia, y ha aprendido su texto ó su sermón, puede sorprender al que le escucha desprevenido! El padre ha podido dar una apariencia de verdad á lo que es de su naturaleza tan increíble; pero cómo podrá responder á las dificultades que le puedo presentar? La elocuencia y el ingenio pueden fascinar y dar bulto á lo que no tiene realidad; pero cuando se apura la verdad en el crisol del exámen, es preciso que se deshaga todo lo que no es sólido. En estas agitaciones pasé la noche, y el único

partido que tomé fué aplicarme á recoger en mi espíritu todas las objeciones que me pudieran ocurrir, para presentárselas, esperando que no las podría resolver, y que yo hallaría en la discusión los medios de conocer la parte débil de todos sus discursos. Lo que pasó en la conversacion del otro dia, será el objeto de mi primera carta. A Dios, Teodoro.

CARTA IX.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

Teodoro mio: yo habia pasado toda la noche ménos ocupado en hacerme cargo de las razones del padre, para penetrar toda su fuerza, que en juntar objeciones para combatir las. Me parecia vergonzoso que un pobre eclesiástico, que yo habia creído ignorante y vulgar, como los otros, pudiese vencerme en esta lucha, y así me armé de cuantas reflexiones me suministraron mi razon y mi lectura. Las creí insolubles, y me decia: Pues el padre ha podido sorprenderme con la novedad de sus razones, yo le estrecharé con la fuerza de las mías. Si yo no puedo responder á sus difi-

cultales, tampoco podrá responder á las que voy á proponerle, y quedarémos iguales. Con esta disposicion, luego que llegó, empezó nuestra conferencia. Para evitar las repeticiones, dividiré nuestras réplicas con rayas, y el contexto te hará reconocer al interlocutor.

Yo dí principio de este modo: Ya vísteis que ayer os escuché con atencion, y os confieso que me habeis sorprendido y embarazado. Me habeis dicho muchas cosas muy fuertes y nuevas para mí, que no han dejado de hacerme grande impresion. Reconozco que no es posible considerarlas atentamente, sin sentirse como casi necesitado á rendirse, y que los que se fundan en las pruebas que me habeis expuesto, no son tan insensatos como yo pensaba; porque no es posible revestir mejor con el semblante de la verdad y de la razon un sistema que por sí mismo presenta el de la contradiccion. Creo tambien que será menester talento y estudio para despojarle de las formas especiosas que le habeis dado, y reducirle á su figura natural.

Pero despues de haberos confesado con sinceridad el efecto que me ha producido, permitidme que os pregunte: ¿Cómo un hombre de la instruccion y talentos que mostráis, puede persuadirse é intenta persuadirme seriamente tanto agregado de absurdos y contradicciones?

Considerad: ¿cuántas imposibilidades contiene y

partido que tomé fué aplicarme á recoger en mi espíritu todas las objeciones que me pudieran ocurrir, para presentárselas, esperando que no las podría resolver, y que yo hallaría en la discusión los medios de conocer la parte débil de todos sus discursos. Lo que pasó en la conversacion del otro dia, será el objeto de mi primera carta. A Dios, Teodoro.

CARTA IX.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

Teodoro mio: yo habia pasado toda la noche ménos ocupado en hacerme cargo de las razones del padre, para penetrar toda su fuerza, que en juntar objeciones para combatirlas. Me parecia vergonzoso que un pobre eclesiástico, que yo habia creído ignorante y vulgar, como los otros, pudiese vencerme en esta lucha, y así me armé de cuantas reflexiones me suministraron mi razon y mi lectura. Las creí insolubles, y me decia: Pues el padre ha podido sorprenderme con la novedad de sus razones, yo le estrecharé con la fuerza de las mías. Si yo no puedo responder á sus difi-

cultales, tampoco podrá responder á las que voy á proponerle, y quedarémos iguales. Con esta disposicion, luego que llegó, empezó nuestra conferencia. Para evitar las repeticiones, dividiré nuestras réplicas con rayas, y el contexto te hará reconocer al interlocutor.

Yo dí principio de este modo: Ya vísteis que ayer os escuché con atencion, y os confieso que me habeis sorprendido y embarazado. Me habeis dicho muchas cosas muy fuertes y nuevas para mí, que no han dejado de hacerme grande impresion. Reconozco que no es posible considerarlas atentamente, sin sentirse como casi necesitado á rendirse, y que los que se fundan en las pruebas que me habeis expuesto, no son tan insensatos como yo pensaba; porque no es posible revestir mejor con el semblante de la verdad y de la razon un sistema que por sí mismo presenta el de la contradiccion. Creo tambien que será menester talento y estudio para despojarle de las formas especiosas que le habeis dado, y reducirle á su figura natural.

Pero despues de haberos confesado con sinceridad el efecto que me ha producido, permitidme que os pregunte: ¿Cómo un hombre de la instruccion y talentos que mostráis, puede persuadirse é intenta persuadirme seriamente tanto agregado de absurdos y contradicciones?

Considerad cuántas imposibilidades contiene y

supone el hecho solo de la Resurreccion de Jesu-
cristo! ¡qué conjunto de cosas tan absurdas como
contradictorias! ¡Un Dios que se encarna, que su-
fre, que padece, que muere y se resucita! ¡Pue-
de esto caber en una razon sana, y que no está
trastornada por el ardor de un frenesi? Desde
luego todo esto parece indecente é indigno de la
sabiduría de Dios y de su magestad. ¡Por ventu-
ra Dios necesita, para obtener sus fines, valerse
de medios tan ridículos, y que se parecen tanto á
los humanos?

Resucitarse á sí mismo es una contradiccion
manifiesta: resucitar á otros es ya un prodigio
que no se puede concebir. Por mas esfuerzos
que haga la razon, no puede comprender cómo
es posible que se pueda volver á animar un cuer-
po, que se pueda restituir á su primera armonía
una máquina ya desorganizada, restablecer sus re-
sortes y proporciones, y volver á unir dos subs-
tancias que las leyes naturales habian separado.

Y si esto no se puede concebir, ¿qué será resu-
citar á sí mismo, salir del sepulcro por su pro-
pio poder, abrir los ojos á la luz cuando la muer-
te se los ha cerrado; en fin, volver por sí mismo,
y empezar á existir de nuevo, cuando ya se ha
perdido la existencia? ¿No es este un prodigio que
no se conoce sino como un imposible? Si yo os
dijera que un ente ha salido por sí mismo de la
nada, vos me responderíais con razon que esto es

imposible, y que implica contradiccion; que la na-
da y el ser estan en una distancia infinita; que la
nada no puede hacer nada, y ménos darse ella el
ser: yo os digo lo mismo. La muerte es la nada
de la vida, y es tan imposible que un muerto que
no tiene vida se la dé á sí mismo, como lo es que
un ente que no existe, se dé el ser á sí propio.

A vista de esta demostracion palpable, ¿qué
fuerza me pueden hacer todas las pruebas que los
ingenios acumulen contra ella? Cuando á las que
me habeis alegado ayer añadiérais otras infinitas,
pudiérais embarazarme; pero todas deben ceder
á la evidencia de estas ideas.

El padre me respondió: ¿Qué, señor? Yo os he
probado ayer con pruebas evidentes y positivas
que Jesucristo resucitó, y en vez de proponerme
razones que destruyan la fuerza y la verdad de es-
tas pruebas, venis á exponerme imposibilidades
vagas, que no son mas que imaginarias. Yo os
he demostrado la Resurreccion; y vos me respon-
deis por toda razon que es imposible. Para com-
batirme, era menester probarme que mis pruebas
son ó falsas ó débiles; pero mientras vos las de-
jais en todas su fuerza, yo tengo derecho de de-
cir: Yo os he probado la existencia de la Resur-
reccion, y estoy en regla; porque del acto pruebo
la potencia. Mi racionamiento es este: pues Jesucris-
to resucitó, pudo resucitar: vos haceis el inver-
so: Jesucristo no ha resucitado, porque esto es

imposible. Yo os preguntó: ¿Cuál de los dos se conforma más á la sana lógica?

Yo pudiera, pues, contentarme con esta respuesta, y á cada una de vuestras objeciones ó imposibilidades responder simplemente: Está probado. Vos me diriais: Esto es indigno de Dios; y yo: No ciertamente, pues que lo ha hecho; Dios no puede hacer nada indigno; sin duda vos os engaiais. Esto es contradictorio. No, pues es evidente que ha sucedido; y mientras no destruyérais las pruebas en que me fundo, pudiera fácilmente y con una palabra deshacer vuestras objeciones.

Con todo, vamos á examinarlas. Decis que el hecho es extraordinario, incomprendible. ¿Quién lo duda? Acaso es el mayor de los que se pueden imaginar. Es verdad; pero está probado; pero no se puede dejar de creerlo. ¿Pretendeis que sea superior al poder divino? Esto sería temerario; porque ¿quién puede atreverse á marcar los términos de la Omnipotencia?

Pero es contradictorio. ¿Qué hombre tiene la inteligencia necesaria para distinguir los límites de la posibilidad? ¿y quién tampoco me podrá asegurar que hay en ello contradicción? ¿Qué es resucitar un muerto? Volverle á dar la vida. El que hizo al hombre, el que le dió la vida, el que se la quita cuando quiere, ¿no podrá dársela una segunda vez y mil, cuando lo tiene á bien su providencia?

¿Pero resucitarse á sí mismo? ¿resucitarse cuando ya separada el alma del cuerpo, no puede ella tener influencia sobre él?... ¿Y quién ha dicho que el alma de Jesucristo resucitó su cuerpo? El que resucitó á Lázaro, el que resucitará á todos los hombres, Dios, en fin, fué el que lo resucitó.

Pero esto es indecente é indigno de Dios. Mucha temeridad sería decir esto, despues que se ha probado que Dios lo ha hecho. ¿Pero en qué se opondrá este tan estupendo y superior milagro á las divinas perfecciones? ¿Cómo ó por qué se opondrá su realidad á la justicia, á la santidad, la sabiduría, la misericordia, la bondad ó la veracidad de Dios? ¿Y qué, un milagro que prueba la divinidad de Jesucristo y la verdad de la religion cristiana, os parece superfluo ó indigno de la magestad de Dios?

¿Ay, señor! si conociérais bien la religion cristiana, si supiérais por ella cuánto es el amor de Dios para los hombres, la bondad con que desde la creacion les prometió un Redentor, que debia ser su único Hijo, la atencion con que preparó su venida, el cuidado con que separó de todos á un pueblo, para que de él se formase el que hoy le adora por Jesucristo, no extrañaríais que hiciese un milagro que debia ser tan glorioso á su Hijo y tan útil á los cristianos; pues es el que mas ha servido á establecer su fe, y es hoy mismo el que mas los consuela con la esperanza de su felicidad.

Esto no es del momento; me basta deciros por ahora que no hay en la Resurreccion las contradicciones que aparentais; que léjos de haber indecencias, no se ven mas que pruebas de la bondad divina, que ha querido dejar á los hombres medios fáciles y evidentes de reconocer la verdadera religion. Y aun quando hubiera cosas que nos parecieran contradictorias ó indecentes, nos debiéramos someter; porque por un lado está demostrada su verdad, y por otro debemos reconocer que nuestra razon es limitada, que nuestra sabiduría no es la de Dios, que nosotros podemos engañarnos, que lo que nos parece imposible no lo es para Dios, que lo que nos puede parecer contradictorio puede no serlo, y ciertamente no lo es, cuando pruebas irresistibles nos han demostrado su realidad; en fin, que no podemos ser responsables de no entender los misterios que no alcanzamos; pero que lo serémos mucho, si despreciando las luces que Dios nos envia, y poniendo una injusta y nimia confianza en las sugerencias de nuestra razon, nos dejamos seducir del amor propio, y no abandonamos el error de sus opiniones.—

Ya os entiendo, padre, le repliqué; me baldonais que despues de haberme probado la Resurreccion con pruebas positivas, yo me contento con producir os reflexiones vagas y generales: teneis razon; yo sé que este método es defectuoso; que

todos los argumentos negativos no pueden destruir una afirmacion suficientemente probada, y para combatirla es indispensable atacar y deshacer las pruebas en que se funda; y pues parece que me desafia ya este empeño, voy á tomarle, y verémos si en esta parte son mas felices mis esfuerzos.

Vos no teneis mas fundamento para creer la Resurreccion, sino que el cuerpo despues de enterado no volvió á parecer, no se pudo encontrar. Esta es la basa en que los discípulos fundaron la relacion de que se les habia aparecido. ¿Pero por qué esta relacion no ha podido ser una fábula? ¿Quién puede asegurarme que ellos mismos no le robaron? No me olvido de lo que me habeis dicho: confieso que atendida la calidad de sus personas, su dispersion, su experimentado carácter de timidez, la guardia que los observaba, y todas las demas circunstancias del suceso, es muy difícil concebir que se hayan atrevido, y ménos que hayan logrado una empresa tan difícil y tan superior á sus fuerzas; comprendo todas las dificultades de esta suposicion.

¶ Pero despues de todo aquí se trata de un hecho mas extraordinario y mas lleno de dificultades que las que puede tener la suposicion misma: no es nada ménos que un muerto que se resucita á sí mismo; y esto es mil veces mal difícil de creer, que no el que sus discípulos le pudiesen ro-

bar. Cuando yo me veo en el conflicto de dos extremos, es natural que mi razón se incline al partido que presenta ménos dificultades, y que me diga: Parece en efecto imposible que estos pobres hombres tuviesen medios ni fuerzas para esta empresa; pero el cuerpo no parece, y él ha salido de algun modo.

Puede ser que estos hombres encontrasen medios que yo ignoro; puede ser por ejemplo que pudiesen embriagar los guardias, que los pudiesen corromper. Esto no es verosímil, no es probable, pero no es físicamente imposible, como lo es que un muerto se resucite, y salga por sí mismo de su tumba; y en este caso, ¿quién puede dejar de determinarse por aquel partido?

Por otra parte, los guardias han dicho que se durmieron, y que los discípulos se aprovecharon de su sueño para robarle. Ve aquí un rayo de luz que me empieza á manifestar el modo con que la cosa ha podido suceder. Bien sé que si dormían no lo podían ver; pero quizá fingieron que dormían, y quizá sobornados afectaron el sueño, para dejar hacer, y luego dicen á los magistrados que dormían para disculparse. Puede ser esto, pueden ser otras mil cosas; y cualquiera que se diga será ménos increíble que la resurrección de un muerto.

Veme ya, pues, sin embarazo; y toda la ventaja está por mí. Si los apóstoles me alegan la im-

posibilidad del robo, yo les manifiesto la posibilidad; si ellos son los testigos de la Resurrección, los guardias lo son del robo; si estos tienen el interés de disculparse y alegan el sueño; aquellos tienen el interés de su amor propio y la gloria de su Maestro; si los primeros dicen cosas absurdas, indignas de creencia, estos dicen cosas naturales y posibles. Así testigos por testigos, estoy por estos; y desde que yo presento un medio que puede explicar los hechos sin recurrir á milagros tan fuera de toda creencia, me basta proponerlo para destruirlos.—

Yo creía, señor, haberos dicho lo bastante para haceros conocer la imposibilidad de que los discípulos fuesen los autores de este robo. Pudiera añadirlos ahora, que cuando os fuera posible figurarme un plan tan regular y seguido de todas las circunstancias históricas del hecho, que me pudieseis indicar paso á paso y minuto por minuto lo que pudieron ejecutar para su logro; cuando pudieseis concertarle con tanto ajuste que nada en él resistiese á las leyes de la naturaleza y de los usos, no por eso adelantaría un paso. Hubiérais hecho una fábula ingeniosa, una novela verosímil; pero no sería un principio de prueba. Las verdades de hecho no se prueban sino con otros hechos ó con testigos.

¿A dónde iría á parar la certidumbre de la historia y el reposo del espíritu, si para desmentir

Las pruebas bastara intentar suposiciones arbitrarias, ó imaginar probabilidades verosímiles? Las conjeturas no prueban otra cosa que la fecundidad del ingenio; pero deben ceder á la prueba mas ligera, sobre todo en asuntos de esta consecuencia. Y cuando yo os he alegado tantas, tan sólidas y convincentes, no es de pensar que con una *puede ser* lograréis destruirlas.

Lo peor es que, si quereis reflexionarlo bien, veréis que aun ese *puede ser* es imposible, y que la subtraccion del cuerpo no es el fundamento ni la prueba de la Resurreccion, sino la multitud de testigos oculares los mas dignos de fe que la vieron y la certifican. Vos me oponéis testigos á testigos; pero, señor, ¿conoceis bien vuestros garantes, y olvidais lo que son los míos? ¿Podéis comparar los guardias á los apóstoles? ¿Qué son ellos? Hombres mercenarios, que léjos de exponer su vida por declarar una verdad, dicen una mentira manifiesta para disculpar su aparente falta; mentira tan visible, que los jueces á pesar de su saña y del interes de su gloria, no se atreven á seguir, porque conocen que nadie la creería: ¿y quereis poner en contrapeso este testimonio visiblemente falso de hombres oscuros y desconocidos con el de los apóstoles, que lo decían en medio de las amenazas y tormentos con riesgo de su vida; con el de los apóstoles, varones justos, que vivian una vida santa, y que re-

vestidos del poder divino multiplicaban las conversiones á fuerza de milagros? ¿Cuál es, señor, vuestra balanza?

—Confieso que la distancia es inmensa. Pero omitiendo todo esto, explicadme, padre, ¿por qué la Resurreccion de Jesucristo no fué mas pública? ¿por qué á lo ménos no lo fué tanto como su muerte? ¿Por qué, pues hizo este milagro, no le hizo de una manera tan notoria y evidente, que nos quitase toda especie de duda, y nos obligase á creerlo? ¿Por qué no se dejó ver de todo el mundo? ¿por qué no habló con todos? ¿por qué se contentó con mostrarse á pocas personas, y eso por poco tiempo, pues ellas mismas dicen que al cabo de breves dias subió al cielo?—

Me parece, señor, que oigo hablar á los judíos, que cuando estaba en la cruz le decian cosas muy parecidas. Las gentes del pueblo le decian: Tú que destruyes el templo y le reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo. Los grandes y los entendidos decian: El ha salvado á los otros, y no se puede salvar á sí mismo; si es rey de Israel, que baje ahora de la cruz, y creeremos en él. Sin duda que estos señores se imaginaban que Jesucristo debia servirles á su gusto, y que no podia manifestar bien su poder, sino haciendo lo que ellos le dictaban: así le prescriben con exactitud el tiempo y el modo, y parece que le imponen condiciones para creerle. Querian...

Yo me sentí picado, y le interrumpí: No, padre, vuestra comparacion no es justa, ellos le insultaban; y yo hago un racionio sensato y juicio, cuya fuerza destruye vuestra resurreccion, porque ve aquí lo que digo: Es cierto que si Jesucristo ha resucitado, no ha podido hacerlo sino para dar una prueba visible de su poder y su divinidad, para acreditar lo que habia dicho, y persuadir la religion que predicaba: en este milagro tenia sin duda el mismo objeto que tuvo en los demas, si fueron ciertos: vos decís que todos los otros fueron públicos, y que los hacia á la vista de todos; y yo digo: ¿Cómo el de la Resurreccion, que era mas importante y mas decisivo que ninguno, no le ha hecho de la misma manera? ¿Cómo se ha contentado con hacerle como á medias, como á obscuras, con comunicarlo nada mas que á un corto número de personas?

Pues la Resurreccion era la última y la mayor prueba que podia dar de su mision, parece que debia ser tambien la mas auténtica. Todos los juicios debian verla, y parece que la luz del sol no debia bastar para alumbrar y quitar todas las nubes al prodigio. Un Dios infinitamente bueno y poderoso, cuando se trata de su gloria y de nuestro bien, debe emplear para conseguir lo que desea los medios mas seguros y eficaces. Se debia á sí mismo y nos debe á nosotros darnos una conviccion tan irresistible, que no solo nos forza-

se á la persuasion, sino que nos diese documentos firmes para cerrar la boca á los incrédulos. Con esto solo, ó sin mas que este esfuerzo, todo el mundo se hacia cristiano, y la religion se propagaba en un instante.

Para esto, pues, parecia regular y conveniente que Jesucristo hubiese salido vivo de su sepulcro á la vista de todo el pueblo y de sus mismos jueces; ó que pues murió en la plaza, se apareciese en ella, y que hablase con todos; ó que en fin, se mostrase de una manera tan evidente y pública, que no pudiese quedar el menor lugar á la duda de nadie. Esto seria mas digno de su bondad, esto hubiera hecho mas honor á su poder y á su gloria, esto hubiera sido mas seguro para los hombres, y esto, en fin, seria obrar como Dios.

¿Pero quién me persuadirá que Jesucristo lo es, y que ha resucitado, cuando se me dice que en vez de servirse de uno de estos medios dignos de su grandeza, resucitó á solas, se apareció únicamente á pocos de sus discípulos, dejando á todo el resto del mundo en la obscuridad, en la desconfianza, en las sospechas de la verdad, y sin conseguir el fin que él mismo se propone? Un prodigio tan asombroso, que solo bastaba á producir la conversion del mundo entero, no produce, ó casi no produce efecto. Todos los esfuerzos de Jesucristo se malogran, porque los hace á obscuras, porque solo los participa á otros, en quienes no

puedo ni me debo fiar, pues son hombres como yo, que pueden engañarse ó engañarme: en fin, quiere que mi fe, mi creencia, mi felicidad dependan del crédito que dé á esos hombres. ¿Por qué, pues, no me la hace ver á mí mismo, si desea que yo la reconozca?

Porque, padre, ó Jesucristo deseó que todo el mundo se hiciese cristiano, ó no lo deseó. En el primer caso, suponiendo que fuese Dios, era natural que emplease los medios oportunos y eficaces para lograr su intento, y le hubiera conseguido, si se hubiera aparecido de uno de los modos patentes que he indicado. No habiéndolo hecho, ¿qué ha resultado? Que pocos han creído en él. ¿Y de aquí qué se infiere? Que no tomó los medios necesarios para obtener sus deseos; y yo vendré á una serie de consecuencias necesarias, que cada una bastará para echar por tierra la Resurrección; porque yo diré:

Jesucristo resucitó para hacer ver que era Dios, y que el universo le adorase; pero el hecho es que entónces pocos creyeron en él; que hoy mismo la mayor parte de los hombres no le conoce ni le adora, y que muchos que le conocen, ni le adoran ni creen en él. ¿Pues cómo siendo Dios, no ha podido lograr sus fines ni sus deseos? ¿Cómo siendo Dios, ha hecho tantos esfuerzos, como nacer, sufrir, morir y resucitar, sin poder obtener el precio de tantos sacrificios?

¿Por qué si es Dios, no tomó medios mas eficaces? ¿Cómo siendo Dios, no previó que cuanto hacia no era suficiente? ¿Cómo no previó que su Resurrección de la manera que la hizo no bastaría á persuadirlos á todos, y que era menester hacerla de un modo tal que por su evidencia y universalidad quitase todas las dudas, ó que tomase otro medio que fuese mas seguro?

Si no pudo resucitar mas que de la manera que resucitó, no era Dios, porque Dios lo puede todo: si pudo y no lo hizo, sabiendo que lo que hacia no era bastante, no era Dios; porque Dios es bueno, no hace cosas inútiles, y si ama al hombre, debe hacer lo que le sea mas conveniente; y así, á vista del poco fruto que produjo la Resurrección de Jesucristo, se debe inferir que ó no lo previó, ó que no pudo hacerla mejor, ó que no quiso; y en todos esos casos no es Dios. Pero la consecuencia mas natural de todas es que la dicha Resurrección parece ser una patraña mal urdida, que de la manera que se refiere es indigna de Dios, y que solo pueden creerla los hombres débiles. Ved, padre, si podeis desembarazaros de este laberinto, y hacedme mas justicia, reconociendo que no hablo tan sin razon como dais á entender.

—No niego, señor, que vuestras reflexiones sean especiosas, y confieso presentan una apariencia formidable; pero procuraré satisfacerlas, y vos mismo juzgaréis en vista de mi respuesta. Em.

pezaré por deciros que con vuestro argumento mismo puedo probaros que no hay Dios; y ve aquí cómo: Si hubiera un Dios, esto es, un ser infinitamente bueno, sabio y poderoso, nos hubiera dado pruebas tan visibles, tan palpables de su existencia, que fuera imposible que nadie dudase de esta verdad. El se debía á sí mismo, y debía á nosotros iluminarnos de tal manera, que nunca ni ninguno pudiera tener la menor duda; porque de este modo todo iría mejor sobre la tierra; ó no habría delitos ó serian mas raros, las virtudes fueran mas comunes y serian mas puras, los hombres mas dichosos, y la misma Divinidad seria adorada con culto y respeto mas sincero.

Con todo, el hecho es, y vemos por experiencia, que hay muchos que no creen su existencia, y que enteramente se abandonan á sus pasiones. Seria, pues, consecuencia que no hay Dios; porque si le hubiera, es seguro que un Dios que todo lo preve, y que es tan bueno y poderoso, hubiera dado á los hombres tantas pruebas de que existe, que ninguno pudiera dudarlo. Y si no que se me diga, ¿por qué habiendo previsto que las pruebas que ha dado no serian suficientes, no ha dado otras mayores? Y yo concluyera como vos: si no lo ha previsto, no es sabio; si lo ha previsto y no ha podido darlas, no es poderoso; y si podia y no ha querido, no es bueno; y terminaria con decir que la existencia de Dios es una patraña.

Si yo, señor, os presentara estas reflexiones, vos me respondiérais que Dios ha dado tantas pruebas de su existencia, que deben bastar á todo hombre juicioso y de buena fe; que si á pesar de esto hay hombres que las desconocen, es porque no se aplican á instruirse, ó porque se dejan cegar de sus pasiones; que es mucha temeridad increpar á Dios que no nos haya dado pruebas mas visibles; que debemos aprovecharnos de las que nos ha dado; que desde que hay un buen camino para llegar al término, es ridículo quejarse de que no haya otros; que seria tan loco como irreverente tener á mal que el Criador no nos haya dado lo que no quiso darnos; que seria necedad el censurar su conducta, sin poder conocer sus motivos, y cerrar los ojos á la luz con el pretexto de que no es mas luminosa; que el hombre á quien se da una antorcha para que se dirija en la obscuridad de la noche, seria insensato si la apagara, porque le falta la luz del sol, y que merecia ó perderse ó precipitarse; y que, en fin, habiendo nosotros recibido tantas luces en la razon y la religion, nos debemos aprovechar de ellas, sabiendo que bastan para conducirnos sin peligro.

Vuestra respuesta seria sólida y verdadera, y es la misma que ahora os doy: Yo os he probado la Resurreccion de Jesucristo por pruebas históricas del hecho, que producen una conviccion tan evidente, que ningun juicio sano puede resistirse;

yo os he mostrado fundamentos tan claros, que por sí solos, independientemente de otros muchos, bastan para que la razon se determine. ¿Os parece justo que despues de haberos puesto de bulto un objeto, que despues que vos le habeis visto me digais que no existe, porque debiera verse con luz mas luminosa? ¿Os parece razonable acusar á la Providencia de lo que no ha hecho, sin hacer cuenta de lo que hizo, y pretender que vuestro capricho sea la regla de su sabiduría? ¿Os parece cuerdo oponer las ideas de lo que pudiera ser á lo que ciertamente es; dejar de creer lo que se percibe, porque no se ve lo que se quisiera percibir; y en fin, atacar con las quimeras de la imaginacion actos públicos, hechos probados, que solo son los que pueden decidir en asuntos históricos de semejante naturaleza?

¡Dios mio! ¿á dónde irian todas las verdades? ¿dónde pudiera fijarse la certidumbre humana, si se dejara vagar la imaginacion á la ventura? Todo se volveria confusion. No hay hecho por auténtico, por probado que estuviese, que no se pudiera contestar. Un carácter dificultoso y suspicaz hará problemático todo lo que quiera, las pruebas mas demostrativas no le convencerán; despues de unas pedirá otras, y otras despues de estas, sin que sea posible terminar; y para satisfacer á la triste fecundidad de sus recursos, seria menester abandonar todas las reglas del buen sen-

tido y de la crítica, y correr aquí y allá sin principio ni regla fija, siguiéndole á todos los extravíos á que nos quisiese trasportar. Señor, cuando se quiere apurar una verdad, es menester poner un freno á la imaginacion, y no dejarse conducir mas que por las reglas del buen juicio.

Por ejemplo, vos me decís que si la Resurreccion de Jesucristo hubiera sido pública y manifiesta, la hubieran creído todos los judíos, porque la hubieran visto: yo os digo que aunque la hubieran visto, no la hubieran creído, y os lo voy á demostrar. Los otros milagros de Jesucristo eran públicos y manifiestos; todos los veian ó los podian ver, pues se hacian en las calles y plazas. Los que hicieron despues los apóstoles eran de la misma naturaleza, y los que hicieron despues sus sucesores tambien lo fueron, y no solo en la Judea, sino por toda la tierra todos han sido notorios. Los mismos enemigos de la religion los confesaban, y por eso se multiplicaba tanto el número de los cristianos; con todo, ha habido muchos que ni los creyeron ni se convirtieron. Ve aquí, pues, milagros públicos é indisputables que no han producido su efecto; y vos me confesaréis que los que no creyeron la resurreccion de Lázaro, podian muy bien dejar de creer la de Jesucristo.

Pero dejando aparte todas estas respuestas, permitid que os diga, que volveis á los argumen-

tos negativos, y que estos no pueden probar contra los hechos positivos. La nada no puede probar nada: y por un consentimiento universal la objecion mas insoluble, y á que no es posible responder, no puede destruir las pruebas que establecen y demuestran, y solo sirve para hacer patente la ignorancia del que ha probado. Y si este principio es verdadero en los objetos de la fisica y de la naturaleza, ¿qué será en los de la religion tan elevados y superiores á nosotros?

Yo pudiera, pues, confesar, que no alcanzo á resolver vuestra dificultad, sin dejar por eso de apoyarme con los piés y las manos sobre mis pruebas, ni desconfiar un instante de su verdad. Pudiera deciros, que no soy capaz de juzgar lo que Dios no ha hecho, ni del por qué no lo ha hecho; pero que no puedo dejar de juzgar de lo que hizo, cuando me lo manifiesta con pruebas élaras que me lo hacen ver: que lo que pudiera ser y no es, no existe; que así no puede presentar luz á mi inteligencia, y que esta no se puede ocupar mas que de objetos reales; que yo puedo seguirlos, cuando la evidencia va con ellos y me acompaña; pero que al instante que me abandona, me detengo y los dejo.

Ya se ve, que con estos principios no me pueden embarazar las mayores dificultades, porque supuesto que os haya probado la verdad de la Resurreccion, no me pueden hacer fuerza vuestras

reflexiones. Vos me diréis: la Resurreccion podia ser mas pública; sin duda: hubiera sido mejor; no lo creo, pues Dios no lo hizo; hubiera persuadido á todo el mundo; lo dudo. Pero porque no fué pública; ¿se infiere, que no ha sido de la manera que fué? Porque no se hizo como os parece que se debia hacer, ¿todas las pruebas que os he alegado, han perdido su fuerza? Esta seria una lógica de nueva especie, y equivaldria á este discurso: yo tengo cien razones seguras y convincentes, de que tal hecho es cierto; pero como yo pido una mas, ó la explicacion de una dificultad que no se me puede dar, echo por tierra las cien razones, y no lo quiero creer.

Ve aquí en substancia vuestro racionio. Despojémosle de sus agregados, y verémos que se reduce á esto: Yo no creo la Resurreccion de Jesucristo tal como se me refiere; porque si fuera cierta, siendo obra de Dios, hubiera sido mas pública y gloriosa. Es como si me dixerais: Yo no creo que este sol que me alumbra, sea obra de Dios, porque si lo fuera, seria mas grande y luminoso; y como á todo lo que ha criado, se ha servido ponerle un carácter de limitacion, y que pudiera haberlo hecho mejor de lo que quiso hacerlo, vos pudiérais concluir siempre, que nada de lo que veis puede ser obra de Dios. Ved hasta dónde la imaginacion puede extraviarse, cuando no la refrena la modesta cordura de la razon.

¿Qué es menester, pues, para no descaminarse? Contentarse con lo que puede saberse, tenerse firme sobre lo que se nos deja ver, y someterse con humilde resignacion á lo que se nos esconde. Yo os he dicho el modo como pasó la Resurreccion de Jesucristo, y os he probado con evidencia su verdad; vos no contento me decís: ¿Pero por qué esta Resurreccion no fué pública? Yo os respondo, que mi cortedad no conoce los caminos de Dios, que yo ignoro sus designios: pero que los respeto, porque sé que un Criador tan infinitamente sabio y bueno debe obrar siempre con proporcion á tan divinos atributos; que pues no quiso que su Resurreccion fuese mas pública, es claro que convenia que no lo fuese.

Vos replicáis, que no hubiera habido incrédulos. Yo he respondido, que lo dudo; pero que cuando fuera cierto, puede ser que en el plan de la sabiduría divina, fuera útil que hubiera incrédulos para la mayor perfeccion del cristianismo, ó para otros fines que yo no alcanzo. Vos insistís: Yo no puedo creer que sea perfeccion lo que es visiblemente defecto. Pero esto es porque juzgamos sin conocimiento y con temeridad; es porque queremos decir con ligereza de lo que apenas podemos entrever; es en fin, porque con una vista corta queremos registrar una extension inmensa.

UNIVERSIDAD ALICANTINA

Vengamos á la conclusion, para ver cuál de nosotros está mas cerca de la verdad. Vos decís, que la Resurreccion debia ser pública, y no podeis darme mas que razones de congruencia que dependen únicamente de vuestro modo de ver y pensar; yo lo niego, fundado en que ni vos ni yo podemos juzgar bien sobre lo que Dios debe ó no debe hacer; y al contrario infiero, que no lo debia hacer, pues que no lo ha hecho. No me contento con esto, sino que añado: Jesucristo ha resucitado, y os lo pruebo con pruebas tan evidentes, que es imposible no sentir las con las mas simples nociones de la razon, y sin que podais alegar una prueba directa y positiva contra su verdad.

Observad la diferencia que hay entre nosotros, y ved quién está mejor puesto, ó mas bien sentado en esta lucha. Vos guiado de vuestra imaginacion, de vuestras ideas y de la imaginaria esfera de vuestras oscuras posibilidades vais á penetrar, increpar y censurar la conducta de Dios; yo guiado de la conducta de Dios conocida, demostrada y evidente voy á suponer el punto de la razon, de la utilidad y conveniencia: decid vos mismo ¿cuál de los dos está en mejor camino? ¿quién tiene la ventaja? Vos no podeis deshacer ninguna de mis pruebas, y yo deshago vuestros raciocinios por un principio que vos mismo me debeis confesar, y es que nosotros no podemos penetrar los designios de Dios.—

Yo estaba confundido con el peso y fuerza de razones tan claras; no obstante me atreví á replicarle: Aunque no podemos penetrar los designios de Dios, nos ha dado una razon para juzgar si las obras que se le atribuyen, son dignas de su bondad y de su grandeza.—Así es, señor, pero esto tiene su justa medida; y si no explicadme: ¿por qué Dios no crió el mundo cien mil años ántes? ¿Por qué un Criador tan bueno y poderoso no tomó las medidas mas prontas para mostrar cuanto ántes su grandeza, sacar á luz las criaturas y verter sobre ellas sus beneficios? ¿Por qué tardó tanto en empezar? ¿Cómo un Dios tan bueno perdió tanto tiempo en hacer bien? Cuando vos me respondiéreis á estas preguntas y otras de esta especie, yo podré mostraros la causa por qué la Resurreccion de Jesucristo no fué mas pública. Entre tanto solo os diré, que aunque yo no puedo saber los motivos secretos de la conducta de Dios, sé y debo suponer, que todo lo que hace es justo, sabio, y tanto que no puedo engañarme en esta idea, porque nace de la que debo tener de un Ser infinitamente perfecto.—

Padre, por todas partes me salis al encuentro, y me atajais los pasos: vuestra agilidad es grande, y vuestra elocuencia me ha deslumbrado; pero ahora veo que os meteis en la trinchera ordinaria, en que se meten todos los fanáticos, y de que es imposible sacarlos. Desde que se hallan

oprimidos con la fuerza del raciocinio, se acogen al misterio, y despues que se han derramado con mucha fecundidad y aparato de ciencia en las ideas que pueden serles favorables; quando se les hacen objeciones que no tienen respuesta, entónces se hacen modestos, confiesan su ignorancia, y se acogen á las vias de Dios desconocidas, y á la profundidad de sus arcanos. Mas simple seria decirlo desde el principio, y confesar llanamente, que no es posible saber ni creer nada con seguridad.

Yo os he hecho un raciocinio muy simple y mucho mas evidente que vuestras pruebas. Yo os he dicho: segun vos mismo el fin de la Resurreccion era convencer al mundo con este milagro de la divinidad del Evangelio y de la religion cristiana: la Resurreccion, como se ha hecho, no lo ha conseguido, y hubiera podido conseguirlo, si hubiera sido pública y patente. No se puede pensar que un Dios sabio no tome las medidas propias y eficaces para lograr el fin que desea: luego esta Resurreccion no viene de Dios, ó lo que es mas cierto, no es verdadera: y vos en vez de responderme directamente, en vez de indicarme cómo puede ser de Dios, siendo tan imperfecta, y habiéndose mostrado casi inútil, en vez de explicarme claramente, qué motivos ha podido tener Dios para no hacerla tan útil y tan pública como la razon me dice, que podía hacerla para conseguir

su fin, os acogeis al recurso ordinario de los que no tienen razon, que es la limitacion de vuestras ideas, y la incomprendibilidad de los caminos de Dios. Esto es envolverse en la obscuridad, y no es filosófico.

—¿Cómo, señor? Yo me envuelvo en la obscuridad, cuando os he probado con pruebas demostrativas y evidentes, que Jesucristo resucitó? Me parece que en esto no hay obscuridad, y que no puede haber nada mas claro; ahora me preguntais....—

Es verdad que me lo habeis probado, y debo confesar que vuestras razones son positivas, naturales y convincentes, que me rinden, y que mi razon no sabe resistirlas; pero para fundar mi conviccion entera no bastan; pues desde que concibo que esto no es conforme á la bondad y á la sabiduría de Dios, nada puede ni debe persuadirme.—Pero no podeis engañaros en este concepto? No debeis decir mas bien: pues el hecho está probado, Dios sin duda le hizo; y pues lo hizo, es claro que así debia de ser.—Con este método no se podria discurrir nada; seria menester arrojarse con indolencia en los abismos de la profundidad divina.—Se podrá discurrir de todo, pero con medida: y con la sonda en la mano iremos adelante, hasta que nos alcance la luz que nos alumbrá; pero cuando esta nos abandone, nos detendremos, no daremos un paso mas por temor

de precipitarnos, y nos contentaremos con andar en el espacio que ya tenemos conocido.

Por ejemplo: yo tengo bastante luz para saber que Jesucristo ha resucitado. Vos me preguntais ahora, ¿por qué no resucitó de otra manera? Aquí la luz me falta, porque no sé, ni Dios me ha revelado los motivos que tuvo; pero como por otra parte tengo bastante luz para saber que Dios hace lo que mas conviene, no dudo que pues resucitó de esta manera, fué ella sin duda la mejor.

Vuestra razon inquieta y curiosa viene á decirme: Pero si hubiera sido pública, se hubieran persuadido mas. Yo la digo, no lo sé; vos me replicais: Pero para convencerme es menester que me persuada, que esta conducta no es digna de Dios, ni contraria á su sabiduría. Yo respondo: Vos debeis suponerlo, aunque no se lo parezca á la ligereza de nuestra imaginacion: y observad que yo no lograria nada en descubriros las razones por qué Dios prefirió esta resurreccion secreta á la pública; porque como son infinitas las maneras con que pudo resucitar, vos podriais imaginar despues otra que os pareciera mejor: y cuando por ejemplo hubiera resucitado en la plaza de Jerusalem, pudiérais preguntarme, por qué no resucitó en la de Roma; y así hasta lo infinito.

Si para creer una verdad no bastara la evidencia del hecho, sino que fuera necesaria tambien la de los motivos, no pudiérais creer ni los mas

visibles fenómenos de la naturaleza, ni ninguno de los hechos históricos, ni ménos ninguna de las verdades marales; porque nunca podeis tener evidencia bastante ni de los resortes interiores de su juego, ni de los motivos secretos que los produjeron, ni de los principios en que se fundan.

No hay cosa en que yo no podré repetir vuestro raciocinio. Yo os probaré con vuestro mismo argumento, que la religion natural es una fábula; porque os diré: El fin que podia tener Dios en inspirar la religion natural, era hacerse conocer al hombre, para que este le adore y le tribute el culto que le debe. La religion natural, tal cual es, no lo ha conseguido; pues vemos el mundo lleno de ritos absurdos, de ceremonias ridiculas, de sacrificios execrables. El insensato dice en su corazon: No hay Dios; y otros no ménos insensatos dicen: que el Señor ha abandonado la tierra á sí misma, y no se ocupa en lo que hacen los hombres. Añadiré: es cierto que Dios lo hubiera conseguido, si se le hubiera manifestado de una manera mas pública ó patente; no se puede pensar que un Dios sabio no tome las medidas propias y eficaces para el fin que desea; luego la religion natural no viene de Dios, ó lo que es mas cierto, no es verdadera.

Con el mismo argumento os probaré, que nada es cierto, que nada es bueno, que nada puede venir de Dios; porque como por una parte todo es

imperfecto en el mundo, y por otra los alcances de la razon son bastante limitados; como las vislumbres de la imaginacion son infinitas, siempre que esta en los delirios de su frenesí conciba que una cosa pudiera ser mejor, concluirá que no es de Dios; y acabará por probar, que esta máquina del mundo no es obra de sus manos, porque no se cumple el fin para que Dios le hizo, pues hay vicios, y que Dios hubiera podido fácilmente hacerlo mejor.

¿Adónde nos llevaria, señor, vuestro raciocinio? ¿Cómo no temblamos de creernos mas sabios que Dios, y de atrevernos á censurar su conducta? ¿Cómo osamos decidir, que una cosa es mejor que la que vemos? ¿Cuántas veces nos engañamos? ¿Tenemos bastantes nociones de la totalidad del mundo, para juzgar bien de cada cosa en particular? ¿Conocemos bastante las relaciones y cadenas con que está enlazado el universo, para discernir lo que es mejor para la especie humana? Si tenemos una idea justa de Dios, ¿podemos dudar, que no tenga razones justas, sabias y santas para hacer todo lo que hace, aunque se escondan á nuestra inteligencia? Sus pensamientos estan mas lejos de los nuestros, que el cielo de la tierra: nuestra soberbia debe desagradarle, sin que jamas pueda satisfacer nuestra curiosidad. ¿Qué podemos pues hacer? Yo os lo repito: ser prudentes y moderados, aprovecharnos de las luces que nos

da, pues bastan á conducirnos en esta vida, y á dirigirnos bien á la otra, y adorar con rendimiento los secretos que no ha querido revelarnos.

Pero para acabar de tranquilizar vuestro espíritu, procuraré con la debida reserva y respeto deciros algo de lo que puede alcanzar nuestra débil comprension en estos arcanos escondidos; y lo que voy á deciros puede responder tanto á la induccion que he hecho de la religion natural, como á lo que habeis dicho contra el secreto de la Resurreccion. Parece, señor, y esto se ve por los efectos, que Dios ha querido por razones de sabiduría y de bondad, que tanto la religion natural como la revelada, tuviesen en sí mismas tal carácter de claridad y evidencia, que el hombre fuera inexcusable, si no le rindiera el culto que le debe.

Por eso ha hecho en la primera, que las ideas propias, los sentimientos interiores, y todos los objetos que le rodean, lo exciten al conocimiento de su Creador, á fin de que le reconozca y le adore; y por eso tambien á la religion revelada la ha revestido de pruebas tan claras y evidentes, que es imposible que la razon pueda cerrar los ojos á su luz. Yo he manifestado muchas razones con motivo de la Resurreccion, y pudiera manifestar otras muchas, si quisiera: en todas veriais que Dios ha derramado la luz á manos llenas, tanto para hacernos conocer que la religion es obra suya, co-

mo para instruirnos de lo que debemos practicar. Esto era digno de la bondad de Dios; porque habiendo criado al hombre para conocerlo y adorarle, era consiguiente que le diese en la religion natural todas las luces y sentimientos necesarios para que conociese y sintiese su existencia; y en la revelada todas las pruebas que pudiesen acreditarle su divino origen, y todos los documentos que le enseñasen lo que debia hacer para adorarle, como quiere ser adorado. Esto es lo que ha hecho Dios con abundancia, y en esta parte todo es luz, todo es claridad,

Pero no ha querido contentar su curiosidad, y lo que es mas, ha querido tambien exercitar su fe; pues el menor obsequio que puede hacer el hombre á Dios cuando está seguro que habla, es creer lo que le dice, y suponer apesar de las repugnancias de su razon y de la aparente contrariedad de sus ideas, que Dios tiene superiores razones para todo lo que hace.

Supuesto este orden ó economía, era necesario que en una y otra religion hubiese una parte muy clara y otra obscura, y esto es lo que hay. Todo convence al hombre de la existencia de su autor: los cielos se lo predicán, y la naturaleza se lo dice con elocuente voz. Así no hay nacion, por bárbara é inculta que sea, que no reconozca y adore la Divinidad; pero como el hombre por otra parte es libre y sujeto al error, muchos han

caído en absurdos vergonzosos. Se puede presumir que si Dios hubiera querido manifestarse de una manera mas palpable; si hubiera querido imprimir en sus almas una idea mas clara de su grandeza y magestad, se hubieran descaminado ménos.

Pero nosotros, que conocemos su sabiduría y su bondad, y que no podemos descubrir sus motivos secretos, solo podemos decir: que Dios tendrá buenas razones; que quizá ha querido que con esta menor luz puedan adquirir la felicidad que les prepara; porque con mayor luz, no hubiera mérito ni ejercicio de virtud. Y sobre todo, diremos: que Dios les ha dado luz suficiente, que si se han descaminado, es por su culpa, y que son inexcusables de no haber seguido la luz que tenían, pues era la bastante.

Ve aquí lo que se puede aplicar á la religion revelada, y ve aquí tambien lo que puedo responderos á vuestro argumento sobre la Resurreccion. Todo me prueba con evidencia, que Jesucristo ha resucitado de la manera que me lo refiere el Evangelio. Vos me confesais que las pruebas son claras y convincentes, y esto me basta. Despues venis á decirme, que si la Resurreccion hubiera sido pública, se hubiera persuadido mayor número de judíos, y conseguido mejor su fin: yo no veo esto tan claro; pero cuando lo fuera, debo repetiros lo que ya dije para una y otra religion.

Que yo, que conozco la bondad y sabiduría de Dios, pero que no alcanzo los motivos secretos de su conducta, no dudo que tenga buenas razones para hacer lo que hizo: que quizá no ha querido darnos mas que esta luz, para que con ella logremos nuestra mayor felicidad, porque con mayor luz no tendria mérito alguno el obsequio de nuestra fe. Sobre todo diré, que el que ha visto las pruebas de la Resurreccion de Jesucristo, tiene ya luz suficiente; y que si la abandona, porque no se le da otra mayor á gusto de su antojo, es inexcusable, por no haber seguido la que ya tenia, y que era bastante.

— Vos me haceis temblar, padre, y comienzo á desconfiar de adelantar con vos un paso, porque teneis respuesta para todo: pero explicadme solamente, ¿por qué si la Resurreccion de Jesucristo es verdadera, no han hecho mencion de ella los autores profanos? ¿No es esta una grande presuncion de su falsedad? Porque, padre, si ha habido en el mundo un prodigio asombroso, un hecho único que no tiene compañero, y que es capaz de sorprender y espantar al universo, es este: un suceso de esta naturaleza si estuviera probado, no podia dejar de admirar á toda la tierra, y no era posible que le olvidase ninguno de los autores contemporáneos; no habria reino, provincia ni rincón, que no le depositase en sus archivos y le grabase en sus anales para transmi-

tirlo a la posteridad, como un hecho tan inaudito como nuevo.

Y no me digais, que este silencio puede venir de olvido, ó del desprecio con que entónces Roma y las demas grandes naciones miraban á los judíos. Yo sé que estos eran muy despreciados, y que se hacia poco caso de lo que pasaba entre ellos; pero á pesar de esta razon, si fuera cierto que en su comarca hubiera existido un suceso de esta especie, su novedad, su extrañeza, su importancia hubiera propagado la noticia por todas partes, y la hubiera llevado hasta los palacios y los tronos.

¿Podeis imaginar que si fuera cierto que ahora resucitase un muerto en la aldea mas oculta de una nacion, la obscuridad de su cuna impediria que su noticia se derramase por todos los espacios de la tierra? Seria, pues, mala excusa el desprecio general de las naciones para los judíos, porque esto no bastaria para ignorar, olvidar y no escribir asunto tan extraordinario.

¿De dónde viene, pues, que tantos autores han hablado de tantas cosas y de tan poco momento, no han dicho una palabra de esta Resurreccion asombrosa? Porque los únicos que hablaron de ella, fueron algunos pocos judíos que los cristianos llamaron apóstoles y evangelistas. ¿Y quiénes son estos? Hombres bajos, ignorantes, discípulos de Jesucristo, por consiguiente intere-

sados, que escriben en secreto, que no escriben para las demas naciones, sino para ellos mismos; pues no publicaban sus mismos libros, y léjos de comunicarlos, era un delito entre ellos mostrarlos á los gentiles.

A vista de estas indisputables circunstancias, ¿qué me dice mi razon? Que si los hombres ilustrados, que escribian los anales públicos del mundo, no escribieron este hecho, apesar de su importancia y magnitud, es porque no fué cierto; porque en caso de serlo, no puedo suponer que lo ignorasen, y que si algunos judíos lo escribieron, fué porque quisieron hacérselo creer á sus descendientes por la gloria de su Maestro, y por la que ellos mismos creian hallar en criar una religion nueva; pero que astutos y prudentes, considerando que no podian hacer creer desde luego un milagro que no existia, se contentaron con escribirlo y derramarlo al principio entre ellos mismos, esperando que el tiempo fuese poco á poco extendiendo y acreditando la impostura, para que despues, y cuando ya no hubiese quien la pudiese contradecir, se pudiera entónces manifestar con arrogancia.

Vos diréis que yo hago una novela bonita; pero yo os diré, que esta manera oculta y misteriosa con que los evangelios corrian solo entre los nuevos cristianos; esta precaucion tan cuidadosa con que los escondian á los gentiles y judíos, has-

ta castigar y mirar con horror á los que les comunicaban su lectura, me hace temer, que no iban de buena fe, y que habia alguna alevosia en sus designios. La verdad no se esconde; y si la Resurreccion era tan cierta, ¿por qué escondian tanto el libro que la referia? Yo no lo comprendo; pero aunque vos me respondeis fácilmente á todo, me parece difícil explicar el proceder cauteloso de los primeros discípulos de Jesucristo, y mucho mas el silencio absoluto y general de los autores profanos.

—Vuestra objecion, señor, parece justa, y contiene varias partes: procuraré satisfacer á cada una con separacion. Pudiera responder en general, que todas estas nuevas reflexiones son tambien negativas, y que ya hemos visto que los argumentos negativos no prueban nada por sí mismos, y ménos pueden probar contra pruebas positivas.

Pudiera hacerlos observar de paso que es una grande presuncion en favor de mi causa, y muy contraria á la vuestra, ver que despues de muchos esfuerzos no se pueda presentar contra la Resurreccion ningun hecho positivo, nada que tenga apariencia de prueba, nada que pueda destruir ninguna de las que nosotros alegamos, nada que pruebe ó que nuestros hechos son falsos ó que no convencen de lo que queremos convencer; ó de que sacamos de ellos conclusiones

falsas: y esto era necesario para combatirnos. ¿Qué fuerza nos pueden hacer los autores que no han hablado? Los que no dicen nada, nada pueden probar; y cuando produjeran alguna presuncion, las presunciones no son pruebas.

Pero voy á responderos directamente, y empezaré por deshacer las nieblas y desconfianzas con que quereis cubrir la primera publicacion del Evangelio. Vos dais á entender, que los primeros cristianos escribian sus evangelios en secreto para ellos mismos, que los escondian de los judíos no convertidos y de los gentiles, y fundais en este proceder sospechas contra su verdad; pero el hecho no es cierto, y al hacer esta objecion vos confundis las épocas.

Es verdad que hubo un tiempo en que los cristianos se hicieron un punto de conciencia de no entregar sus libros sagrados á los gentiles, y que á los débiles que los entregaban los separaban de su comunion, los miraban como traidores, y los llamaban con el afrentoso nombre de Libélicos. En efecto la palabra de *traidores*, que se hizo despues tan comun en nuestra lengua, y que tiene hoy una significacion mas extendida, trae su origen de la de *traditores*, que quiere decir haber entregado los libros de la religion, delito grande, porque las circunstancias le hacian equivocar con la apostasia; pero esto fué muy posteriormente, y cuando la persecucion

se habia hecho mas general: ve aquí el motivo.

Entre los medios que los tiranos inventaron para exterminar el cristianismo, uno de los mas fuertes, quizá de los mas fuertes y quizá de los mas astutos, era quitar á los cristianos sus libros de religion, pareciéndoles que por este medio les quitarian la facilidad de ejercitarla, de propagarla y enseñarla á sus hijos. El emperador Juliano fué uno de los que usaron de este ardid con mas teson. Les mandaban, pues, entregar los evangelios, para quemarlos; y este acto de entregarlos parecia ya una señal de infidelidad. Muchos débiles los entregaron por temor; los constantes los defendian, y preferian el martirio á semejante cobardía. Vé aquí cuándo y por qué escondian sus libros á los gentiles.

Pero no fué así poco despues de la muerte de Jesucristo, y al principio de la publicacion del Evangelio. Entónces los cristianos que adoraban á su divino Maestro, y que sabian que todo en él era precioso, procuraban recoger todos los hechos de su vida, todas sus acciones, y hasta los menores de sus discursos y palabras, y formaban cuerpo de historia, que es lo que llamamos Evangelios. Como entónces no habia imprenta, usaban solamente de la escritura, pero se multiplicaban copias, que servian para el uso de las familias cristianas; y lo que es mas, cada uno era dueño de escribir la historia á su modo, añadien-

do ó quitando á su arbitrio, segun su talento y devocion.

De aquí resultó, que estas historias ó evangelios particulares se multiplicaron mucho: fué natural que con el trascurso del tiempo, y á medida que se alejaban los sucesos de la época en que pasaron, una devocion poco ilustrada hubiera introducido en los que escribian de nuevo hechos pocos seguros, y con solo el apoyo de tradiciones populares. La Iglesia, que en materias tan sagradas usa de la mayor circunspeccion, y que no quiere que los fieles veneren sino lo que con toda seguridad es digno de veneracion, entre tantos evangelios distinguió y abrazó cuatro, de cuyo origen y autenticidad no se podía dudar porque fueron compuestos ó por apóstoles ó por compañeros suyos, con aprobacion de los primeros, y que habian sido respetados por todos los fieles desde los primeros dias del cristianismo.

Entónces la Iglesia declaró, que solo estos debian ser la regla de nuestra creencia. Con esto los cristianos los adoptaron exclusivamente, continuándoles el respeto y veneracion que siempre les habian dado. A los otros se les dió nombre de *apócrifos*, no porque fuesen fabulosos ni por que fuese falso todo lo que contenian, sino porque podia haberse introducido entre ellos alguna cosa que no fuera tan segura; y desde que estos evangelios perdieron su autoridad, es natural

que se les abandonase, que no se sacasen nuevas copias, y que poco á poco se perdiesen.

Voltaire ha hecho mucho ruido con estos evangelios, ha tenido el improbable y estéril trabajo de desenterrar algunos, y de abultar sus libros con las copias literales, Pretende que eran mas de cincuenta, y es probable que fuesen mas de quinientos; porque entónces cada uno los escribia como sabia, y con las noticias que podia recoger. Es natural que la devocion los multiplicase, y tambien lo es que el tiempo haya destruido muchos sin dejar de ellos la menor noticia.

Pero que sean cincuenta ó mil, ¿qué induccion puede sacar Voltaire de este hecho, que inculca con tanta ostentacion? Cuando ántes que se hubiera puesto una regla, se multiplicasen las historias, ¿qué puede probar mas que la devocion y el deseo de conservar la memoria? Cuando en algunos se hubieran introducido hechos que fueran ménos auténticos, ¿en qué pudiera perjudicar esto á la autenticidad de los recibidos, que fueron los primeros y los mas venerados en todo tiempo por los fieles? En efecto no se percibe qué objeto pudo proponerse en tan inútil y fastuosa erudicion.

Pero esto, que nada prueba al intento de Voltaire, debe probar que vuestras sospechas son poco fundadas, y que los hechos que las producen, no son ciertos; pues es claro que los cristia-

nos, léjos de esconder entónces los evangelios, los multiplicaban, se servian de ellos en las familias, y los propagaban comunicándolos á las que se hacian cristianas; y que este fué el modo con que cada dia el cristianismo iba tomando la prodigiosa extension á que llegó despues.

Por otra parte, ¿cómo se puede decir, que los cristianos escondian sus evangelios, cuando los apóstoles y demas discípulos desde los primeros dias empezaron á publicarlos, y predicar la Resurreccion no solo en las plazas y calles, donde convertian judíos á millares, sino en las sinagogas mismas, y hasta en la presencia de los jueces, que los hacian comparecer? ¿Cómo podeis imaginar, que estos hombres por su gloria y la de su Maestro escribiesen en secreto un milagro, que no existia, desconfiados de que le creyesen los actuales para hacerle creíble á sus descendientes, cuando es visible que ellos mismos le aseguraban y certificaban haberle visto, no solo al pueblo que creia, sino á los jueces mismos que los amenazaban con la muerte?

Vos veis pues, señor, que estos hechos que son tan públicos como ciertos, desmienten con claridad vuestras sospechas: que si hubo un tiempo en que escondian los evangelios, porque las circunstancias lo requerian, no lo hicieron así cuando la religion empezaba, sino que al contrario los publicaban, y que llenos de ardor y de caridad

procuraban extenderlos á costa de su propia vida. Así, habiendo disipado con evidencia este nublado, pasemos á otro.

Vos extrañais que los autores profanos no hayan hecho mencion de la Resurreccion de Jesucristo; y de su silencio inferis que no fué cierta: me parece que la consecuencia no es legítima; lo mas que podeis inferir es que no la vieron ó no la creyeron, ó no la quisieron escribir. Pero replicais: ¿Cómo no oír ni escribir un hecho tan extraordinario, tan nuevo, tan capaz de asombrar toda la tierra? Yo pudiera responderos, que esto no debe parecer tan difícil, si se observan las circunstancias, y tambien pudiera pedirós que vos mismo lo observeis.

La Judea era un pequeño y despreciado canton de la tierra, Jesucristo pasaba por hombre obscuro, sus discípulos eran pescadores pobres y groseros, el milagro de la Resurreccion por razones que Dios ha tenido no fué público, sino como hemos visto, secreto y progresivo. Jesucristo se manifestó diversas veces, pero no fué mas que á los suyos: estos le vieron, pero no fueron creidos: muchos se convirtieron; pero otros no se quisieron convertir, sobre todo, los principales como Pilatos, Herodes, los sacerdotes, los Escribas y doctores no se convirtieron: todo esto formaba un cuerpo de presunciones para los que estaban léjos, y no podian intruirse por sí mismos.

Un hecho de esta naturaleza no puede ser creído ni sostenerse, sino cuando es verdadero: sola la verdad puede darle consistencia; porque toda mentira se disipa con el tiempo; pero tambien para que la verdad, cuando no nace apoyada con toda la luz de la evidencia, pueda sostenerse y propagarse, necesita de tiempo; él solo es el que da las ocasiones de que se manifieste, y él solo la puede consolidar, y esto es lo que ha sucedido con el cristianismo.

Pero mientras llega este efecto del tiempo, los que no han venido todavía al de la claridad, no pueden verla, y se dirigen por las ideas generales que dominan. Así, la noticia de un hombre resucitado en la Judea, que estaba solo acreditado entre un pequeño número de judíos tan desautorizados como lo era él mismo, crucificado por sentencia de sus jueces, y despreciado por los sabios y los principales, no podia entónces hacer mucha sensacion en Roma. La noticia ó no llegaría á hombres ocupados en el gobierno del mundo, en el estudio de las ciencias, de su ambicion y sus placeres, ó llegaría como una de las muchas fábulas, en que los instruidos se rien de la simplicidad del pueblo, y en las que la imaginacion no se detiene. Así podia suceder muy bien que la Resurreccion no hubiese llegado á los oidos de muchos escritores de Roma, ó á los autores ilustres de otras partes, ó que si hubiese llegado; la oyesen en su principio con desprecio.

Ved, pues, como no es extraño que muchos de ellos no hablasen de ella en sus obras; y á pesar de estas reflexiones, yo he citado ya á Suetonio, á Tácito, á Plinio, á Luciano, á Josefo, á Juliano, á Celso, todos autores profanos, gentiles ó judíos, que hablaron de Jesucristo y su Resurreccion bien ó mal, como era natural, segun sus opiniones, y segun las pocas luces que podian tener de un suceso que pasó léjos de ellos, y que no pudieron examinar por sí mismos; pero no me detengo en esto, porque no es el modo con que pretendo responderos, y lo vais á ver.

Vos decís, señor, que si la Resurreccion fuera cierta, los escritores profanos no la hubieran olvidado, y que su silencio es un indicio de su falsedad: yo no quiero combatir este raciocinio, y me ciño á haceros una pregunta: Si yo pudiera mostraros veinte textos formales de autores gentiles ó judíos, que dijeran que la Resurreccion era cierta, ¿qué diríais?—

—Yo diría que entónces era necesario creerla, porque á la prueba positiva que vos dais del testimonio unánime de los discípulos, que aseguraron haberla visto, y que la predicaron, se añadiría el de los autores de aquel tiempo, que con el suyo mas desinteresado y mas instruido, formarian una reunion de pruebas que no sería posible resistir: confieso que por mí no sabría que decir mas, y temo que me haria cristiano á mi pesar; pero no

tengo esta inquietud, porque no me los podréis mostrar.—

—Señor, vamos despacio; puede ser que sí, y entendámonos. ¿Qué debemos entender por escritores profanos? Si entendeis gentiles ó judíos, que por no estar bien instruidos no sabian ó no creian la Resurreccion, me pedís una cosa contradictoria; porque ¿cómo pueden escribir que la Resurreccion es cierta los que no la saben ó no la creen? Digo contradictoria, porque los suponeis profanos, y no lo serian; pues con solo el hecho de creer la Resurreccion, dejarían de serlo, y pasarían á ser cristianos. Lo único que podeis razonablemente pedir es, que os muestre escritores de otras sectas y otra religion que la cristiana, que estando en el caso de poder informarse, han conocido la Resurreccion y la han escrito. Y si puedo mostraros tambien que la creyeron tanto, que dejaron por ella su antigua secta, y adoptaron el cristianismo, me parece que su testimonio será mucho mas persuasivo. Entónces estos autores eran profanos ayer, y son cristianos hoy; su dicho adquiere fuerza; y si lo escribieron en tiempo en que se escribia tan poco, no me podréis negar que he encontrado mas de lo que podíais pretender.

—Yo no sé lo que queréis decir; lo que yo digo es, que soy bastante racional, para no extrañar que no hablasen de la Resurreccion los chi-

nos y los persas; ¿pero por qué no la escribieron los griegos y romanos que estaban cerca, no siendo probable que todos ignorasen un hecho tan extraordinario, si fuera cierto? ¿por qué no la escribieron los mismos judíos? Bien sé que entonces se escribía poco; pero entre los pocos libros que han venido á nosotros, nos han pasado otras noticias: ¿cómo no nos han comunicado esta la mayor de todas? Vos me ofrecéis veinte textos formales, y yo me contentaría con cuatro ó seis.

Pues, señor, yo puedo daros no veinte textos, no veinte autores, sino millares y millones, todos contemporáneos, que escribieron la verdad de la Resurrección, no con tinta, sino con sangre, y la certificaron no solo á la última hora de su vida, sino entre los tormentos de la muerte; en una palabra, la innumerable tropa de judíos y gentiles que se convirtió con la evidencia de este milagro, de aquellos que le dejaron escrito á todos los siglos con su propia sangre.

Por ejemplo, Santiago entre los judíos por su conocida virtud había merecido el renombre de justo; los escribas, viendo la conmoción que producía en el pueblo lo que decían los apóstoles de la Resurrección, imaginan que Santiago, que gozaba de la mejor y mas general estimación, no sería por su conocida virtud capaz de apoyar una mentira, y que bastaría que él la desmintiese para que nadie la creyera: van á hablarle, y le di-

cen que es necesario desengañe al pueblo, porque todos creerán lo que él diga.

Santiago no se explica; pero dice que está pronto á decir la verdad al pueblo; le hacen subir sobre un techo, y los escribas y fariseos le dicen desde abajo: Tú que eres justo, y el único á quien todos debemos creer, pues que hay otros que quieren engañar al pueblo con ese Jesus que fué crucificado, dinos la verdad. Entonces Santiago, levantando la voz, responde: La verdad es, que ese Jesus de quien habláis, resucitó, que ahora está sentado en el cielo á la diestra de su Padre, y que un dia debe volver á juzgar á los hombres. Muchos creyeron este testimonio tan público; pero los fariseos irritados le precipitaron abajo, y le hicieron morir. Me parece, señor, que este es un buen autor, que dejó escrito con su sangre un excelente texto.

Estevan tambien....—Yo le interrumpí: vos vais á hablar de los apóstoles y mártires; pero esto es volver al principio, y todo ese número no añade nada á vuestra prueba. Ese tropa era compuesta de los mismos discípulos de Cristo ó de algunos débiles que los creyeron. Yo no hablo de esas gentes; yo necesito de otra especie de testigos, de hombres que sean extraños, imparciales é ilustrados.—

Y bien, señor, no reñirémos por esto. Me conformo con vuestra idea, y desde luego doy por

recusados á los apóstoles, á los evangelistas, á los discípulos, en fin, á cuantos siguieron á Jesucristo: consiento que su testimonio, aunque tan uniforme y tan constante, aunque dado á tanta costa, sea por ahora tenido por nulo, y que no estimemos mas que los extraños é imparciales que hayan podido hablar en esta materia. ¿Estais contento? —Sí, padre; y si me producís testigos de esta especie, que por su parte corroboren lo que dijeron los discípulos, me daré por vencido. —

Pues bien, señor, os tomo la palabra, y vos mismo los vais á encontrar presto; porque los discípulos, evangelistas y apóstoles eran un número muy corto, y los cristianos que se convirtieron, y no eran ellos, desde luego fueron muy numerosos, y los mártires innumerables. De aquí debéis inferir que los imparciales y extraños fueron muchos, y no se puede pensar que todos hayan sido precisamente débiles. Esta presunción sería por sí sola temeraria; pero lo es mucho mas cuando se considera que la mayor parte murió con una constancia heroica por defender con firmeza esta misma verdad. Sería muy ridiculo pensar que eran pusilánimes unos hombres que manifiestan un carácter tan relevante. Ve aquí un inmenso número de los testigos que buscáis, y que se agregan á los discípulos para persuadiros la verdad.

Si quereis alguna cosa mas determinada, tambien os la puedo dar. Voy á presentaros un au-

tor, que ciertamente no podeis recusar, pues no solo era imparcial y extraño, sino sabio y enemigo. Este es Saulo, que no habia visto ni conocido á Jesucristo, sino que profesor celoso de los ritos judáicos, por principio de religion perseguia con furor á los nuevos discípulos de Jesus. Este ardiente y fervoroso judío, haciendo el camino de Damasco, precisamente con el fin de ir á perseguir los cristianos, cae del caballo, dice que Jesucristo se le aparece, y en una palabra, se muda tanto, que al instante se hace uno de los apóstoles mas activos, publica la divinidad y la Resurreccion de Jesucristo, y acaba por convertir innumerables gentiles, de modo que él fué el que introdujo entre ellos la religion cristiana, y terminó su apostólica vida en los tormentos por confesar esta misma Resurreccion. Me parece que este es un testigo sin tacha, y que no hay por donde recusarle.

Yo pudiera presentaros tambien los muchos y grandes varones que ilustraron la cuna de la Iglesia: filósofos de toda especie, hombres de ilustre calidad, como los Policarpas, los Ignacios, los Justinos, los Ireneos, los Lactancios, los Clementes de Alejandria, los Origenes, los Tertulianos y otros muchos, que no solo la adornaron con sus virtudes, sino que la defendieron con sus sabios escritos. Algunos de ellos y sus apologías se han salvado del estrago del tiempo, y han podido lle-

gar á nuestras manos. ¿Y qué, señor, testigos y autores de esta especie no son dignos de crédito?

Para poder mostraros los muchos, grandes y sobresalientes ingenios que ha tenido la Iglesia en todo tiempo, sería menester referiros su historia. Pero ¿cómo es posible esconderse el rápido y progresivo movimiento con que fué siempre creciendo el cristianismo, pues el que existe hoy es un monumento visible del modo con que ha ido llegando hasta nosotros? ¿Y á qué se ha debido esta progresion tan seguida y caudalosa, sino á los nuevos milagros que hacian los apóstoles, á los que despues de ellos hicieron sus sucesores, y en fin, á los que se repitieron en los primeros siglos?

Porque debeis observar que cada siglo tenia sus convertidos, á causa de los milagros que veian. Por ejemplo, los del primer siglo, que no conocieron á Jesucristo, y que fueron discípulos de los apóstoles, como Ignacio, Policarpo y otros, se convirtieron porque vieron los milagros de sus maestros, que se decian testigos de la Resurreccion. Los del segundo, como Ireneo, Justino y los demas, se convirtieron porque vieron los de sus maestros Ignacio y Policarpo; y de este modo se fueron enlazando las conversiones de unos en otros, hasta el entero establecimiento de la Iglesia. El último milagro que se hizo estaba encadenado con una descendencia seguida y sucesiva con los que hicieron los apóstoles para per-

suadir la Resurreccion. ¿Y qué, señor, tantos testigos de unos milagros que los forzaron á mudar de ideas, y á sacrificar su vida por confesar la Resurreccion, no os parecen buenos textos para probarla?

Yo os he cumplido mi palabra; yo os he presentado en los judíos y gentiles convertidos millares de testigos, que vieron los milagros que los convirtieron, y que fueron autores prácticos que con su sangre escribieron con caracteres eternos é indelebles el de la Resurreccion. Y considerad la diferencia que hay entre los autores que os presento, y los que vos me pedis. Si yo os produjera veinte testigos formales de autores profanos, vos pudiérais decirme con razon que los unos estaban muy léjos del teatro para estar bien informados del suceso; que los otros no habian escrito sino por rumores populares, que la autoridad de aquellos es sospechosa, que el testimonio de estos es vago, que el sentido del tal pasage no es claro, que el del tal otro es equívoco, que tal autor no ha hecho mas que copiar á otro, que aquel era crédulo y estaba mal instruido; en fin, vos podiais hallar razones tal vez justas para debilitar el testimonio de todos.

Pero yo os presento no veinte, sino millares de autores de toda excepcion, sin que sea posible poner la menor de estas tachas á ninguno de ellos. Es verdad que ya no son profanos, porque se han

convertido, y se han hecho cristianos; pero un momento ántes de convertirse lo eran, y si han dejado de serlo, es porque han sabido ó han visto cosas que los han convencido. No podeis decirme que no eran contemporáneos, que no estaban bien informados, que escribieron por rumores populares, que estaban léjos del suceso: por el contrario debeis suponer que se instruyeron bien, pues pudieron y que la evidencia de la verdad los forzó á mudar de opinion, que cada uno era testigo del milagro que le convirtió, y que no se contentaron con creerlo y decirlo, sino que perdieron la vida por acreditarlo.

¡Ah, señor! cada autor escribe en su gabinete lo que quiere, y de ordinario se escribe con ligereza, sin profundizar mucho la verdad de lo que se escribe: basta que se pueda adquirir reputacion; pero no se procede así, cuando depende la vida de lo que se dice ó escribe, cuando es menester sellar con su sangre la verdad que se defiende. Yo creo sin dificultad, decia Pascal, á los testigos que se dejan degollar por no ofender la verdad: testigos que prefieren los tormentos y la muerte á la flaqueza de desmentir el hecho que han visto, tales testigos merecen ser creidos. En todos los demas puede haber mucho que rebajar, pero en estos no cabe engaño ni error.

Añadid ahora, que diez testigos oculares que mueren por sostener la verdad de un hecho que

dicen haber visto, son mas creibles que diez mil que quisieran negarle, y deben persuadir mas que cien millones que guardan silencio. Veinte textos de autores, aunque fueran juiciosos y verídicos, no deben hacer tanta fuerza como muchos pueblos de mártires; y el silencio de todos los historiadores, que es mudo, no pudiera ser tan elocuente, como un rio de sangre, que atraviesa los siglos, publicando siempre la verdad.

Peró yo tengo mayores ventajas, pues como habeis visto, este silencio no existe; y si todavía no os basta, si quereis que sean precisamente hombres que no creian en la Resurreccion los que hablen de ella, os citaré los innumerables autores profanos, que en sus historias cuentan la asombrosa firmeza con que los cristianos sufrian la muerte para confirmar su certidumbre. Pues no es dudoso que se les hacia padecer tantos tormentos, porque confesaban la divinidad de Jesucristo, fundados sobre su Resurreccion; y en verdad hablan de ésta los que refieren que se padecia por ella.

No solo los historiadores, sino los filósofos y los poetas han escrito desde los primeros siglos la constancia mas que humana con que los cristianos, hasta en el suplicio mismo, confesaban é invocaban á Jesucristo resucitado; conocian pues este prodigio. Así no se puede decir que han guardado un profundo silencio: y me parece que

os he probado sobradamente, que no solo puedo mostraros veinte, sino millares de autores, que eran profanos, y dejaron de serlo porque se convirtieron; y otros millares que, aunque no se convirtieron, no hablaron ménos de la Resurreccion que confesaban los cristianos.

—Confieso, Padre, que no sé qué deciros; vuestra sagacidad me embaraza. Vos me decís cosas que yo no sabía, y sobre que no habia reflexionado. Ya os he dicho, que yo no he hecho un estudio serio de estas materias; así no es mucho que á cada paso me cerreis la boca; pero yo quisiera veros entrar en batalla con hombres mas hábiles que yo, con un Voltaire, por ejemplo, ó con un Rousseau; ellos sabrian responderos.—

—¿Qué, señor? Muchas fruslerías. Me tratarian con mofa y desprecio. Si hubiera testigos, dirian chistes picantes, ironías sazoadas; ¿pero qué podrian decir de sólido? ¿Cómo se puede resistir á la verdad? ¿Qué puede la superioridad de la elocuencia y del ingenio contra la masa irresistible de la conviccion? Seria mucha desgracia que el error pudiese alucinar con sus falsos resplandores, y que la pura y brillante luz de la verdad no pudiese deshacer sus prestigios falaces; pero gracias á Dios no es así. El error domina cuando no se le combate, y cuando las pasiones le dejan tranquilo en la posesion del trono que le forman; pero cuando la verdad aparece, di-

sipa los vapores del engaño, como el sol las nieblas de la noche, y el que no cierra los ojos y desea conocerla, no puede dejar de ver y sentir la hermosura de su puro esplendor.

—Pero, Padre, vuestras pruebas me hacen fuerza, mi razon queda convencida, no sé qué responder; pero mi corazon se resiste.... Cuando pienso en un Hombre Dios, en un muerto que se resucita, y en todas las consecuencias que esto trae, mis sentidos se amotinan, la sangre me bulle, todo se me olvida, y experimento una gran repugnancia.—

Eso es natural, señor. El entendimiento es hecho para ver la luz, y no puede dejar de verla cuando se le presenta; pero de la cabeza al corazon hay un espacio inmenso. Para que un hombre marche, no basta que el sol le muestre el camino, es menester que su voluntad quiera ponerse en movimiento, que haga un esfuerzo, y que se mueva; así no basta que la razon nos alumbre, es menester que se mueva nuestro corazon, y esto no lo puede hacer sino la gracia. Es verdad que Dios no la niega al que la pide, y ya es una muy grande haber convencido á la razon; ¿pero cuántos hay.... Estando en esto suena la campana, el Padre se va, y yo quedé sumergido en confusiones. Hoy estoy cansado de escribir. En mi primera te contaré las resultas. A Dios, amigo.

CARTA X.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

QUERIDO Teodoro: ¿quién es capaz de pintar el estado de terror y trepidación en que quedé cuando el Padre me dejó? ¿Cómo es posible recoger y reducir á orden el inexplicable tropel de ideas confusas y turbadas que atropellaban y afligian mi imaginación? No: jamás podré describirte ni las angustias de mi espíritu, ni las amargas inquietudes de mi corazón. ¡Qué! decía yo con gritos que me aterraban á mí mismo, ¿será posible que yo no sea mas que un necio? ¿que esos filósofos no sean mas que hombres ligeros que se dejan alucinar de sus pasiones? ¿y que este eclesiástico que yo veía no ha mucho con el mayor desprecio, sea el único sensato entre nosotros?

¡Cielo! si Jesucristo se ha resucitado, Jesucristo es Dios; y si es Dios, ¿qué será de mí? Entonces repasaba interiormente mi vida y el desorden de mi conducta, mi abandono á los deleites mas obscenos y á las pasiones mas abominables, mi en-

tera abjuración de todo acto religioso, mi desprecio á todo lo que era cristianismo, mi odio á todo lo que podía tener relación con la Iglesia y los eclesiásticos, el tedio y furor encarnizado con que ó me burlaba de ellos, ó los perseguía. En fin, revolvía en mi memoria el olvido de todas mis obligaciones, las injurias que hice á mi virtuosa y respetable muger, la mala educación que daba á mis hijos, y las continuas injusticias con que trataba á mis vasallos, dependientes y criados; todo esto se me presentaba junto como una masa inmensa de iniquidad y horror, y en el estremecimiento que sentía, gritaba como un frenético: ¡Ah! Jesucristo, si eres Dios, ¿con qué horror me debes estar mirando!

Algunas veces no pudiendo soportar el peso de tantas angustias, quería consolarme y persuadirme á mí mismo, que acaso todo lo que el Padre me ha dicho, no sería mas que una ilusión; que él podía con su ingenio y elocuencia darle un aspecto que imponía; pero que desmenuzado por hombres hábiles prodria hallarse frívolo. Y con este pensamiento recorría en mi espíritu sus pruebas con deseo de encontrarlas fútiles: pero cuando volvía á refrescar el orden, la fuerza y claridad con que yo las percibía, volvía á gritar: No, estos no son sofismas del ingenio; la verdad hablaba por sus labios, y la evidencia brillaba en sus discursos.

Entre tantas reflexiones que me acongojaban, me ocurrió una nueva, que me hizo dar un vuelco al corazón, y esta fué la muerte que dí al extranjero. Hasta entónces este suceso no se me habia presentado sino como una desgracia de que me consolaba fácilmente, porque la atribuía á su petulancia y orgullo. Mi amor propio se disculpaba porque mi intencion no fué matarle, porque él mismo se arrojó sobre mi espada, y porque en mi espíritu la idea de la muerte se terminaba en ella, y no pasaba jamas á las consecuencias de la otra vida.

Pero ahora que por la primera vez empecé á sospechar con viveza que podía haberla, y que se castigarían en ella los excesos de esta, mi imaginacion se detuvo. Esta desgracia que habia mirado con tanta ligereza, tomó á mis ojos un carácter mas grave, y me produjo un sentimiento amargo en el corazón. La conciencia empezó á hablarme, y me dijo que, si en el combate su imprudencia le condujo al estrago, yo habia sido el agresor, y que mi envidia, mi aversion y mal humor fueron la primera causa de aquel daño. Este remordimiento me atravesó el alma, y me llenó de terror.

Pero lo que acabó de confundirme, y apuró mi constancia, fué la idea de Manuel. ¡Ay, infeliz! decia yo corriendo por mi cuarto, tú sabes ahora, tú has visto ya la verdad. Si hay un Dios justo,

si ama la virtud, si castiga los vicios, ¿cómo puede haberte recibido? ¿cuál será tu suerte? ¡Santo cielo! ¿no es locura haber vivido de esta manera? Cuando el cristianismo fuera falso, cuando ninguna revelacion fuera cierta, si es verdad que hay un Dios, y que él nos inspira las ideas de la virtud, y nos da á conocer la fealdad del pecado, ¿con qué ojos puede haber visto tus acciones? ¿con qué ojos verá las mias tan parecidas á las tuyas? Este pensamiento me hacia estremecer.

Para descansar de mis angustias volvía á detener mi vista en la apacible imagen de aquel devoto y religioso padre. Su dulce y penetrante voz resonaba en mis oídos: repasaba en mi memoria su dulzura, su caridad y su paciencia: le comparaba con Manuel, conmigo con nuestros amigos, y con cuantos filósofos conozco, que viven dando satisfaccion á sus sentidos: en la comparacion me horrorizaba de nosotros. ¡Ay! volvía á decir, este Padre puede estar iluso, puede ser fanático; pero él es mil veces mas dichoso que todos nosotros juntos: él vive en paz, y goza tranquilo de su inocente vida, y todos los que se dejan....

Y si es verdad que hay un Dios, que nos mira desde el cielo, y que nos aguarda para tratar á cada uno segun sus obras, ¿qué diferencia pondrá entre nosotros? Y desde ahora mismo ¿con qué ojos

tan diferentes debe mirarnos? Cuando este buen padre estuviera engañado, no puede dejar de serle agradable un hombre que vive con tanta pureza, inocencia y caridad: un hombre que le hace tan penosos y continuos sacrificios, porque piensa que le agrada con ellos; ¿pero cuánto debe serle odioso el que, como yo, no piensa mas que en satisfacer sus gustos con riesgo de desagradarle y aun de ofenderle?

¿Quién sabe si nosotros somos los locos; y si estos buenos y simples cristianos que tenemos por insensatos, son los cuerdos, y los que juzgan bien? Porque ve aquí un cálculo muy breve: ó ellos se engañan ó nosotros. Si ellos se engañan, ¿qué han perdido? Por pocos dias de vida se han privado de cortos placeres que no satisfacen, han sufrido mortificaciones ligeras que pasan, y cuando el tiempo se ha consumido, todo lo pasado es nada; porque ¿qué es lo que queda despues de haber vivido? Pero si no se engañan, si es verdad que hay otra vida eterna, y que en ella se pagan los delitos de esta....¿cielo, qué alternativa tan terrible!

El Padre tiene razon. Las pasiones nos ciegan para no ver cosas tan claras. La filosofia y la razon, que tanto ostentamos, no son mas que pretextos para contentar nuestros gustos. Si á lo ménos, ántes de abandonar la religion, se empezara por estudiarla, por examinarla; si se pu-

diera por lo ménos alegar, que se habia heecho algun exámen de sus pruebas...pero abandonarla sin entenderla, y despreciarlas todas sin conocer ninguna, es una ligereza que muestra que solo se abandona porque incomoda.

Lo peor es que estamos tan ciegos, que vivimos tranquilos, y que nos parece que sabemos cuanto hay que saber: pero en lo poco que me ha dicho el padre, ¿cuánto me ha dicho, de que yo no tenia la menor noticia? ¿cuánto que me ha sorprendido y asombrado? Yo creia que para saber la religion bastaba leer á los filósofos, y empecé á ver que vivia muy engañado. ¿Pero cómo no reflexionaba que la mayor parte de estos sabios que la desprecian y se burlan de los que la respetan, viven dando rienda suelta á sus deseos? ¿Cómo no comprendia que no eran garantes suficientes para fiarse en ellos, y que no pueden librarnos de las consecuencias? ¡Manuel! ¡infeliz Manuel! ¿han podido ellos servirte de disculpa?

¿Y qué! este padre que muestra tanto talento y luces, ¿no es mas que un insensato que crée delirios? Este hombre que hace una vida tan austera, ¿está alucinado con ilusiones de que tan fácilmente se desengañan los mundanos? Y tantos otros que hacen los mismos sacrificios, ¿no son mas que estólidos, dignos de irrisión? ¿pues cómo son tan virtuosos y benéficos? ¿Por qué esos filósofos tan ilustrados y entendidos son orgullo-

tos, intratables y avaros? ¡y estos hombres tan crédulos y necios son tan pacíficos, desinteresados y modestos? Un error que produjera estos efectos, valiera mas que una verdad capaz de concudir á los otros excesos. ¡Pero ay! ¿dónde está la verdad? ¿Dónde puede estar sino donde está la virtud? ¿Qué triste será conocerla tarde, y cuando ya no haya remedio! Yo me acerco al fin de mi carrera: Manuel la terminó, y no puedo tardar en ir á juntarme con él en el sepulcro.

Yo pasé toda la noche en estas ó semejantes ideas. Mi agitacion era tan fuerte que no podia sosegar en el lecho, y me fué preciso salir muchas veces, y pasear por mi cuarto, porque no me era posible reposar un instante. Ya era cerca de amanecer, y apesar de mis esfuerzos el sueño estaba muy distante de mis ojos. La sangre me circulaba como un torrente por las venas, y un calor extraordinario me devoraba las entrañas: al fin, despues de largas ansias, vencido por la fatiga cerré los ojos á la luz, y se entorpecieron mis sentidos.

No creo que durase un cuarto de hora mi enagenamiento: pero este cuarto de hora fué terrible. Léjos de sentir la calma de aquel dulce reposo: que sirve de descanso al trabajo del dia, sentia una agitacion tumultuosa del turbado y confuso desórden de todas mis potencias. Al instante me ví rodeado de imágenes funestas, de espan-

tosos fantasmas, que me llenaron de terror. Me pareció que me hallaba en una tenebrosa region, en que reinaba un triste y pavoroso silencio; no veia mas que una luz funesta y denegrida que apenas alumbraba, para poder divisar las tumbas y esqueletos de que estaba cubierta.

No dudé que me hallaba en el sitio destinado para que habiten los muertos. La profunda inmovilidad de cuanto allí yacia, añadida al horrendo y lúgubre aspecto de cuanto se miraba, produjeron en mi alma sensaciones de horror. ¡Pero cuánto creció mi sobresalto, cuando ví que las tumbas se movian; qué se abrian los sepulcros, y vomitaban de su seno esqueletos animados, que con semblante cárdeno y horrible corrian presurosos, y se mezclaban los unos con los otros!

Todos tenian el aspecto hórrido, el ademan dolorido, y el gesto amenazador y espantoso; todos echaban los ojos sobre mí, y cuando pasaban cerca, me arrojaban ojeadas de cólera y furor, como si se indignasen de verme todavía con vida, y que no los acompañase ya en su triste suerte. Me figuré que algunos decian en voz baja: No tardará. Observaba sus fisonomías, pero estaban tan desfiguradas, tan deshechas, que no las podia distinguir.

En esto veo un grupo que se abalanza contra mí: viene con tal impetu, y me amenaza tan de cerca, que me parece imposible evitar la violen-

cia de su choque. Quiero huir, y no puedo; mis miembros torpes y embargados no obedecen á mis deseos, ni aun el temor los puede forzar á la fuga, y me creo despojo de su saña. ¡Pero cuál fué mi espanto! ¡cuál mi dolor! cuando entre los que estaban á la frente veo, conozco y distingo al infeliz extranjero, víctima de mi propia mano, que pálido, descarnado y con los ojos llenos de furor me amenaza, y quiere con mi muerte vengar la que yo le habia dado.

Aparto los ojos para no ver el golpe que me va á descargar, y veo por el otro lado á mi amigo Manuel que no ménos descolorido y horroroso, pero todavía mas colérico y feroz, me amenaza tambien con mayor fiereza. Yo hubiea sido víctima inevitable de su furia, si una voz sepulcral que me hizo estremecer, no los hubiera detenido, gritándoles: No es tiempo todavía; presto, presto.

Al instante todos aquellos cadáveres y espectros huyen presurosos, y se vuelven á esconder en sus sepulcros: desaparecen todos los fantasmas, cesa todo el horrible y tumultuoso rumor, y empieza otro nuevo y pavoroso silencio, parecido á la insensibilidad de la nada; pero no dura mucho, porque poco despues oígo salir de lo interior de los sepulcros gritos horribles, dolientes alaridos que parecian exhalados por los muertos, á la manera de los que estan en los tormentos.

Aquella region se transformó en un teatro de angustias, en que solo se escuchaba el lamento y vivia el dolor. La impresion que sentí fué tan terrible, que despierte con sobresalto, y me encontré anegado en sudor.

Salto del lecho aterrado y despavorido, todos los miembros del cuerpo me temblaban, no podia apartar de mí aquellas imágenes terribles de que estaba llena mi imaginacion, y aunque corria de un lado á otro, me seguian á todas partes sin dejarme sosiego. Me costó mucho trabajo y mucho tiempo poder tranquilizar la inquietud de mi ánimo; fué menester que recurriese á mi filosofia, y echase mano de todas las luces de mi razon para volver en mí, y reflexionar que un sueño no podia ser mas que el efecto de una fantasía agitada, y el delirio de una imaginacion encendida. Me avergoncé de mi flaqueza, y de que un instante de horror pudiese producirme una impresion tan profunda; así me propuse desecharlo, y no decir al padre nada, pareciéndome que esto podria darle una baja opinion de mi espíritu.

Pero aunque conseguí dar alguna calma á mis sentidos, me sentí muy cansado. Sea que la fiebre me quitase las fuerzas, ó que el insomnio y la tormenta de la noche me hubiesen abatido, apenas tuve bastante esfuerzo para volver al lecho, y no me hallé en disposicion de levantarme; de modo que cuando el padre vino á la hora ordina-

ria, se sorprendió de hallarme acostado todavía. Se llegó á mi cama con ademan afectuoso á preguntarme el motivo de esta novedad, y yo le dije que habia pasado mala noche; pero él debió de advertir mucha alteracion en mi semblante, pues observé que se demudaba el suyo, y que con intereses inquieto y temeroso quiso informarse de la causa de mi indisposicion.

Entónces le dije: ¡Ay, padre! ¡qué mal me habeis hecho! Yo vivia tranquilo, nada era capaz de alterar la quietud de mi alma, y me parece que hubiera tenido bastante firmeza para soportar sin turbacion todas las desgracias de la fortuna y de la vida; pero vos habeis venido á levantarme dudas que no tenia, á excitarme inquietudes que no me atormentaban, y vos seréis la causa de todas las amarguras que puedo tener en adelante: vos me habeis hecho un mal oficio, y ciertamente jamas os lo podré perdonar.—

No es esta mi intencion, señor; y yo fuera muy infeliz, si pudiera culparme de haber turbado un instante de vuestra vida. ¿Pero no es bueno conocer el peligro para evitarle? ¿no es útil conocer la verdad para seguirla?

—Ve aquí las grandes palabras con que se acerca á los necios, el peligro, la verdad.... todo esto suena mucho, y no significa nada. Porque ¿quién puede estar cierto de nada? Lo que yo digo es que todas vuestras razones pueden bastar

para hacerme temer el peligro, sin que basten para hacerme evitar; que podrán darme una idea de lo que llamais verdad, sin que jamas puedan tener fuerza bastante para obligarme á abandonarlo todo por seguirla: así lo que podréis conseguir es darme inquietudes y temores. Vos me turbaréis en la posesion tranquila de mis ideas, vos tendréis la gloria de hacerme infeliz; pero jamas conseguiréis persuadirme de manera que os crea ciegamente, y que lo abandone todo con sacrificio de cuanto pienso y amo, para seguir vuestros sistemas, que si pueden ser ciertos, tambien pueden ser falsos. En fin, vos podeis causarme todos los inconvenientes, sin procurarme ninguna de las ventajas; y en una palabra, hacerme mucho mal, sin poder jamas hacerme bien.—

Pero, señor, en materias de esta importancia, cuando no hubiera mas que el menor grado de probabilidad, la menor vislumbre de apariencia, la inmensidad del riesgo....

—Vosotros, las buenas gentes, los devotos, los santos, os imaginais que con una palabra todo está dicho, y que desde que habeis pronunciado, que es prudente tomar el partido mas seguro, no hay mas que poner mano á la obra, y andar adelante. Vosotros no teneis pasiones, negocios ni relaciones con el mundo: nada os embaraza, nada os ataja, en sacudiendo la capa, ya estais libres, y nada os estorba para ir adonde quereis. ¿Pero podeis

imaginar que todos son así? ¿podeis figuraros que todos tienen las ideas tan dóciles, las percepciones tan cómodas, que han de percibir las cosas del mismo modo que vosotros?

Pues bien, yo os repito, que desde que no podeis convencer con tanta evidencia, que obligueis á un hombre á que se mude por entero, que cambie su cabeza, que se arranque el corazón, que se despoje de todas sus opiniones, sus gustos, sus amistades, en fin, de todo lo que formaba la sustancia de su existencia, vos no haceis mas que asesinarle; porque sin hacer que consiga vuestra imaginaria felicidad, no podeis obtener mas que la triste satisfaccion de amargarle sus placeres; y si en el fondo teneis razon, solo lograréis el hacerle mas culpado....

Ya consideras, Teodoro, que este loco discurso no podía ser mas que efecto de la fiebre: el padre le escuchaba atónito, pero sin desmentir un instante su invencible paciencia; y despues que me dejó decir estos y otros muchos dislates de la misma especie, sin alterar la dulce y apacible modestia de su voz, me respondió.

—Yo sé, señor, cuán difícil es que un hombre que está fuera de las sendas de la religion y de la virtud, vuelva á ellas. No ignoro lo que cuesta á la razon someterse á la fe, y cuán duro es sacrificar todos los sentimientos del corazón á la austeridad de una ley tan pura como la cristia-

na. Sé que este es un esfuerzo superior al hombre, y que jamas la naturaleza ha podido conseguir este triunfo; pero lo que ella no puede por sí sola, lo puede con la gracia de Dios. Y Dios puede....

—Yo estaba tan frenético y deslumbrado, que sin ningun miramiento le interrumpí con violencia: ¡Dios! ¡y siempre Dios! Yo sé por mi desgracia que lo hay. No se me puede esconder, que pues existo, y existe todo lo que veo, es necesario que exista el que nos hizo; pero esto mismo es lo que me aflige; porque si existe, debe desaprobar mis acciones y conducta. Algunas veces me consuelo con la esperanza de que puede ser que me engañe, y que quizá tendrán razon los que piensan que el acaso es el autor de cuanto existe; esta idea me halaga, porque en este caso no tengo que temer. Y sobre todo esto, un Dios solo no me acobarda mucho, porque quizá no le importa lo que yo hago; y si es bueno, como lo debo creer, por lo ménos no me hará eternamente infeliz.

Pero vos no os contentais con un Dios; vos quereis tambien á Jesucristo, vos pretendéis que Jesucristo es Dios. Ayer me probásteis que ha resucitado, y con pruebas que parecen tan claras y evidentes que no es posible responder. Esto es lo que me turba; porque si es verdad que Jesucristo ha resucitado, Jesucristo es Dios; y si

es Dios, yo soy el mas infeliz hombre del mundo. Ve aqui lo que habeis conseguido conmigo, y lo único que jamas podréis conseguir, esto es, hacerme dudar de una cosa que me parecia evidentemente absurda é imposible; pero ¿qué lograis con esto? ¿cuál será el fruto de esta persecucion? Emponzoñar mi vida, amargar todos los instantes de mi existencia, y nada mas; porque bien podréis hacerme vacilar, pero jamas me podréis convertir.

¡Cielos! si yo llegara á estar seguro, á no poder dudar, que Jesucristo es Dios, ¿qué sería de mí? ¿Sabeis, padre, que yo soy su mayor enemigo? ¿Sabeis que nunca he podido creer en él? ¿Sabeis que siempre he reputado su culto una supersticion tan grosera como todas las que han corrido por el mundo?

Sabed pues todo esto, y sabed tambien que no solo le he despreciado, sino que le he aborrecido; porque me ha parecido el pretexto de que en todos tiempos se han servido los eclesiásticos para seducir á los pobres pueblos, para alucinarlos, establecer un imperio de dominacion sobre las conciencias, y apoderarse de todas las dignidades, riquezas y autoridades de los estados. Esta ambicion fundada sobre la credulidad de los pusilánimes, me ha excitado siempre la mas viva indignacion.

Con estos principios mi corazon ardia en un furor que me parecia justo, contra todo lo que

tenia viso de cristiano. Yo hubiera querido arrancar á Jesucristo de sus altares, hacer desaparecer la Iglesia de la tierra, y condenar todos sus eclesiásticos al trabajo. Los progresos de la religion me affligian, y la filosofia de mi corazon me hacia llorar esta desgracia de los hombres. La autoridad de los eclesiásticos me irritaba, no podia sufrir su jurisdiccion, sus prosperidades me affligian, sus adversidades y abatimientos me alegraban, sus historias me llenaban de ira, y yo vivia continuamente encendido en cólera contra este culto.

Mi corazon, lleno de una filosofia dulce que me hacia amar los hombres y desear la felicidad de su vida, sentia con dolor estos errores, que veia por la ignorancia comun tan generalmente difundidos. Yo hubiera querido ser soberano para desengañar á mis vasallos, sabio para instruir á los hombres, poderoso para extirpar tantos abusos; y ya que no tenia medios para empresa tan superior á mis fuerzas, á lo ménos contribuia con cuanto estaba de mi parte, á conseguirlo en lo que alcanzaba la esfera de mi actividad. Así he procurado desengañar á cuantos he podido, y sin cesar he iluminado con los principios de una filosofia ilustrada á mis amigos, criados y dependientes, ya instruyendo á los unos, ya burlándome de los otros, ridiculizando siempre todo lo que tenia viso de religion.

Puedo lisonjearme con la idea de que he logrado hacer algunas conquistas á la razon; y cuando esta era la pasion mas dominante de mi vida; cuando yo la hubiera sacrificado por curar á los hombres de la supersticion, y cuando mi anhelo era conducirlos á la felicidad por la luz de una filosofia racional, vos venis de repente á persuadirme que ese Jesucristo que aborrezco, porque me parece el pretexto de todos los males de los hombres; que ese Jesucristo á quien hago la guerra desde que me conozco; que ese Jesucristo que yo quisiera desterrar del mundo es Dios, y que ha de ser mi juez; que hay otra vida que no acaba, y que de su mano dependen mis destinos eternos.

Yo pensaba, padre, en ilustraros á vos mismo: yo me figuré que, teniendo tantos talentos como os veo, seriais capaz de escuchar la voz de la razon. Creí que nacido y educado entre los errores de la supersticion, sin haber oído jamas otra cosa que sus máximas, podiais haberlas adoptado; pero desde que rayasen á vuestra vista las luces de una filosofía ilustrada, vuestro buen sentido les daria la preferencia; que yo podia hacer en vos una ilustre conquista; que me seria fácil haceros conocer la futilidad y el poco fundamento de vuestra creencia; y que si no lo podia conseguir, por lo ménos me divertiría con vuestro embarazo, y os quitaria el deseo de volverme á persuadir.

Con estas intenciones consiento en oiros, y tengo la desgracia de ver que estais mejor instruido de lo que yo pensaba; que los fundamentos que yo creia muy ridiculos son tan sólidos que no solo me embarazan, sino que no veo cómo es posible responderles. Vos me habeis probado la Resurreccion de Jesucristo, que prueba todo lo demas, de una manera tan clara y victoriosa, que me habeis dejado atolondrado y confundido. Y ve aquí lo que causa mi turbacion; porque con este discurso habeis hecho necesaria toda la desgracia de mi vida, y la ulterior amargura de mis dias es ya inevitable. Escuchadme, padre, y ved si tengo razon.

O teneis razon en el fondo, ó no la teneis: ó Jesucristo es Dios, ó no lo es: si no lo es, vos me habeis probado su Resurreccion con tanta fuerza, vos habeis dado tanta apariencia de verdad á lo que suponemos engaño, que vos mismo no podírais destruir ya la impresion que me dejan vuestras pruebas. Es necesario que á lo ménos la duda se apodere de mi corazon, y que con ella habiten en él los temores y las inquietudes, que no pueden dejar de atormentarme en todas las situaciones de mi vida. Y si es verdad, si Jesucristo es Dios, y me ha de juzgar, despues de una conducta como la mia, ¿qué puedo esperar?... Misericordia... gritó el padre levantándose y extendiendo las manos al cielo. Yo me detu-

ve viendo su accion y movimiento; pero ó sea que el padre me considerase verdaderamente frenético, ó que me creyese enfermo y no le pareciese oportuno aquel momento para conversacion tan animada, se volvió á sentar, y tomando otra vez el tono dulce de su voz, me dijo: Yo creo, señor, que estais con la fiebre; y me parece que ahora es tiempo de pensar solamente en vuestra salud. Para lo demas habrá tiempo, y Dios lo dispondrá de modo que quedeis contento y sossegado. Ahora lo mas urgente es la salud; permitidme que vaya á llamar al enfermero, y que este vea si puede disponer algo para vuestro alivio.

En efecto, salió, y poco despues volvió con el enfermero, que me encontró con calentura, y me ordenó el reposo. No te contaré por menor lo que pasó en los tres dias que me fueron necesarios para recobrarne: las mismas atenciones de los asistentes, la misma caridad y prudencia de parte del padre, que jamas quiso consentir que yo á pesar de mis deseos le hablase en estos asuntos, diciéndome siempre que despues tendríamos tiempo para hablar, y que por entónces era preciso no pensar mas que en mi recobro. Yo me sujetaba por fuerza; pero entretanto admiraba su virtud, que cada dia ganaba mas mi corazon, y repasaba en mi memoria todo lo que me habia dicho. No podia desechar de mí aquel bien orde-

nado escuadron de pruebas, que mientras mas las observaba, me dejaban mas aterrado, y mis reflexiones me devoraban.

Por otra parte, mi nuevo y oficioso amigo me habia hecho ver en las últimas conversaciones tanta superioridad de talentos, que me habia forzado á sentimientos de respeto y veneracion. No es posible que te pinte la luz sobrenatural y celeste que brillaba en sus ojos cuando me referia las pruebas de la Resurreccion, ni ménos la fuerza y magestad con que respondia á todas mis objeciones. Me parecia un gigante, que con una maza en la mano se burlaba de los insultos de un pigmeo. ¡Qué pequeño me parecia yo mismo en aquel momento á mis propios ojos! Así, á los efectos de ternura y gratitud que me habia inspirado su oficiosa sollicitud por mi recobro, este hombre habia añadido los de una alta estimacion por sus talentos y persona. Ya no era para mí un eclesiástico, que yo suponía ser como creía que eran todos los de su trage; era un hombre superior, que me habia forzado á reconocer su ilustracion, y venerar su virtud.

Yo estaba, pues, obligado á mirarle con ojos muy diferentes que al principio, y me sentia interiormente corrido de haberme propasado en mis últimos discursos, tanto en las palabras como en el tono, á desacatos que no hubiera debido permitirme. Así, cuando despues de tres dias, que

ya estaba restablecido, me ví á solas con él, le dije: ¡Me perdonaréis, padre, mis imprudencias del otro dia?—¡Ay, señor! me respondió con ojos en que brillaba una alegría divina, ¡perdonaros? ¡y de qué? Yo no me ocupo en otra cosa que en dar gracias á Dios, que me hace ver la inmensidad de sus misericordias. Sí, señor, no lo dudeis; su poderosa mano está aquí, y la reverente humildad de mi fe la está viendo. Nada hace Dios que no sea un ejercicio de su bondad; y pues os ha traído aquí, tened por cierto que no ha sido en valde.

Sin duda es gran desgracia haber pasado una gran parte de la vida en la incredulidad, y no lo es ménos haber dado á la injusticia de las pasiones muchos años preciosos, que se debieran emplear todos en el estudio de la verdad y en la práctica de la virtud. ¡Feliz, mil veces feliz, únicamente feliz el hombre que ha sabido completar la carrera de sus dias, y que lleva á la tumba el delicioso consuelo de no haber amado en la tierra mas que al único bien, que va á encontrar en la eternidad! ¡Qué dicha puede compararse á la de morir, sin haberse dejado devorar por el remordimiento, y entregar á su Criador una alma intacta, nunca ajada por el impuro soplo de los vicios?

Pero aunque esto es verdad, tambien es cierto que nada es tan grande ni tan digno de la divina misericordia, como la piadosa aceptación con que

recibe el llanto y los suspiros del arrepentimiento. Su bondad nada desea tanto como recobrar un corazón que se le perdió en los abismos de la incredulidad. Nada le complace tanto como verle volver con la fe á reconocer su Padre y su Pastor, para amarle y adorarle con el culto de la religion que se dignó enseñar. Nada le interesa tanto como recibir en sus brazos paternales al hijo ingrato, que desconociéndole largo tiempo, se entregó al furor de sus pasiones, cuando volviendo en sí siente su miseria, y busca arrepentido el seno de su Dios.

Porque, señor, si Dios es magnífico y grande, cuando fortalece al hombre contra su flaqueza natural; si es gloria de su gracia preservarle de la corrupcion, apesar de los peligros que le cercan, no lo es ménos purificarle de la infeccion que ha contraído, sacarle de los abismos en que ha caído, y restituirle por su misericordia los derechos de que le habia privado su justicia. Este Dios de bondad, que tiene ángeles para que nos preserven de la caída, tambien los tiene para que nos saquen de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud; y parece que en cierto modo esta obra de la restauracion es mas difícil, y que muestra mas la fuerza de su poder y la extension de su clemencia.

En efecto se observa, que el que recobra la virtud despues que la perdió, siente mayor dulzura que el que nunca la ha perdido; como si Dios le

quisiera consolar del nuevo dolor que le causa la memoria de sus ingratitudes; como si quisiera hacerle sentir que el yugo que le va á imponer es mas dulce que el que le obliga á dejar en el mundo y en sus usos tiránicos; como si quisiera encadenarle á su servicio con lazos mas dulces, para que sean indisolubles; como si quisiera manifestar el gozo que tiene de haberle recobrado; en fin, como si tuviera recelo de volverle á perder, parece que se apresura á derramar sobre él á manos llenas sus riquezas, y hacerle gustar cuantas dulzuras reserva en los tesoros de su piedad.

Por eso vierte en su corazón una satisfacción inexplicable, un consuelo delicioso, un calor divino, una dulce confianza, que ya es parte de su inefable felicidad. ¡Ay, señor! no es posible dar nombre á esta efusión de la gracia en una alma penitente; porque no hay palabras que correspondan á la excelencia de lo que es divino: una comunicación tan íntima de su luz soberana no se puede expresar sino con el silencio, la inmovilidad y la profunda contemplación del corazón feliz, que la siente y se satisface.

No es la mayor injuria que se puede hacer á Jesucristo desconocerle, ultrajarle y ofenderle; la mayor sería desconfiar de su bondad, imaginar que puede haber delitos mayores que su misericordia, creer que haya culpas que su bondad no

quiera perdonar, ó manchas que no alcance á lavar su divina sangre.

Baja idea forma de Dios, y conoce mal su religión el que llega á temer que la enormidad ó la multitud de las culpas pueda detener un instante los impulsos de la misericordia. No es la gravedad de los pecados la que Dios considera, sino la viveza del arrepentimiento y la sinceridad de la resolución; y desde que advierte estos dos movimientos del alma, la sangre del Cordero todo lo lava, y la bondad divina todo lo olvida. El que era objeto de cólera pasa á serlo de amor, y el enemigo se transforma en hijo.

¡Ay, señor! un pecador verdaderamente convertido es un magnífico espectáculo para el cielo. Saulo era el mayor enemigo de Dios y de su Cristo; pero apenas movido por la gracia abrió los ojos, y conoce su yerro, Dios se complace en llenarle de todas sus riquezas. De vaso de ira le eleva á vaso de elección, le transforma en apóstol de las gentes, y el que era perseguidor de la religión, es el instrumento que la propaga con mas fruto.

Pero dejemos ejemplos que estan léjos de nosotros, y que se pudieran multiplicar sin fin. ¿Cuántos vemos entre nosotros mismos, que habiendo bebido el tósigo de la incredulidad, y despues de haber sido largo tiempo escandalosos y profanos, son hoy cristianos sometidos? ¿Cuán-

tos hoy dan gloria á Dios y á Jesucristo, que fueron muchos años sus enemigos mas encarnizados! Parece que Dios quiere sacar una nueva gloria, mostrando el poder que ha tenido en doblegar los corazones mas inflexibles y tenaces.

Nada es tan claro ni tan repetido en los divinos libros como este amor, este deseo, esta tierna solitud con que Dios anhela la conversion de los pecadores. Aborrece el pecado, porque la ingratitude y la malicia son incompatibles con su pureza y santidad; pero busca por sí mismo al pecador; y mientras le deja la vida, que es el tiempo de la misericordia, no solo está con los brazos abiertos para perdonarle, sino que le excita sin cesar con movimientos interiores para que implore su perdon. El pecado le ha arrojado de aquel corazon; pero el Señor no se aleja, á la puerta se queda, allí le toca con latidos secretos, con inspiraciones amorosas.

El Salvador nos ha repetido esta verdad en los discursos de su mision divina. ¡Qué imágen la del hijo pródigo y disoluto! Agobiado con el peso de su miseria, devorado por su vergüenza y sus remordimientos, vuela á los piés de un padre, que olvida en un momento todos los horrores del mas depravado de los hijos; sin tardar un instante, cede al imperioso ascendiente de la naturaleza y de la sangre; como si nunca le hubiera ofendido, se arroja con ardor sobre esta amada y tan-

to tiempo perdida parte de sí mismo; inunda con las dulces lágrimas de su alegría paternal aquellas mejillas ya marchitas con los trabajos y miserias; le estrecha con sus brazos, y le aprieta contra su corazon. ¡Qué espectáculo tan tierno! Una alma sensible no puede resistir á situacion tan dulce. Y cuando el Hijo de Dios para alentar nuestra confianza nos pinta la misericordia divina con colores de tanta fuerza y energía; cuando emplea medios tan delicados y victoriosos, ¿cómo es posible no distinguir en ellos los sentimientos del mas tierno de los padres y los afectos del mejor de los amigos?

El Evangelio está lleno de rasgos de igual fuerza; y Jesucristo no se ha contentado con decirlo, sino que tambien lo ha probado con su propia conducta. En el curso de su augusto y laborioso ministerio, nada ha encarecido tanto como el precio y la excelencia que contrae á los ojos de Dios el alma que dolorida de sus yerros implora su clemencia. Y si no, observad sus acciones.

Mientras rodeado de sus discípulos discurría por las aldeas y lugares de la Judea y Galilea, veía y escuchaba sin emocion alguna lo que podia interesar la curiosidad de los demas. Los objetos mas extraños, las revoluciones mas nuevas, las grandes empresas de los dueños del mundo, la magnificencia de los edificios, la antigüedad de los monumentos, todo le era indiferente: nada le

detenia ni fijaba, nada le sacaba un instante del profundo y magestuoso recogimiento con que meditaba de continuo establecer el reino de Dios y la salvacion de las almas sobre la ruina de los errores y de las pasiones de la tierra.

Pero cuando sus ojos reposaban sobre algun objeto que pertenecia á este grande y magnífico designio; cuando este Pastor soberano encontraba una oveja descaminada; cuando su espíritu empezaba á excitar en ella las primeras turbaciones que preparaban su retorno; cuando veia que iba á sacar un escogido del seno de la corrupcion; cuando mira, por ejemplo, á una pecadora famosa por sus escándalos, que ya aterrada de sus muchos excesos se apresura á buscarle, se arroja á sus piés, los oprime religiosamente con sus labios, los lava con sus lágrimas, y los enjuga con sus cabellos, entónces sí que se le ve enternecido y lleno de interes: se diria que inflamado con el ardor de su gozo siente y nos quiere hacer sentir toda la importancia de aquel caso.

Basta observar lo que dice y hace en aquella circunstancia para percibir su satisfaccion. Parece que tiene delante de los ojos el objeto mas grato que le pueda presentar el universo. No es mas que una pecadora, pero arrepentida; y esto ha bastado para que le ganase el corazon: reparad con qué interes y gozo la expone á la admiracion de los asistentes; observad como la postu-

ra de su humillacion, su llanto y los dignos frutos de su penitencia le parecen sublimes y gloriosos. ¡Cómo se manifiesta complacido en esta muger que está á sus piés, uno de los primeros y mas brillantes frutos de su mision divina!

Ved esa muger, dice á los circunstantes, y con estas palabras despierta su atencion, como si quisiera dar á este acto, que pasa en la obscuridad de una casa, la publicidad que merece un grande y memorable suceso; y como si quisiera dar valor y dignidad á cuantas circunstancias le acompañan, las hace reparar todas para darnos á entender que todo es precioso en las obras que inspira la gracia, que nada puede agradarle tanto como la conversion de un corazon, que no olvida nada de lo que se hace por su amor; pues su tierna fidelidad nos cuenta con exactitud hasta los mas pequeños sacrificios.

Es imposible, Teodoro, que yo te repita todo lo que el padre me dijo en este asunto; porque despues me habló del buen Ladron; me citó lo que dice el Evangelio de la alegría que hay en el cielo por la conversion de un pecador, mas viva todavia que la que produce la perseverancia de cien justos; en fin, me dijo tantas cosas, que no era posible retenerlas todas. Por otra parte te confieso que yo no las abria enteramente mi alma para recibir su impresion; así era indispensable que perdiesen conmigo una gran parte de su efec-

to. Mi corazón todavía mal dispuesto no se prestaba con sinceridad á sus discursos, y lejos de desear la convicción, no los escuchaba sino para encontrar motivos de disuadirme y razones para rechazarlos.

Pero á pesar de toda mi repugnancia, este santo y constante varón no se cansaba, y por espacio de tres días me habló siempre de la misericordia divina y de la inmensa caridad de Jesucristo para los pecadores, con tal tono de persuasión y de confianza, con afectos tan fervorosos y sensibles, que á veces me sorprendía el corazón y le encontraba casi persuadido. Era en efecto un río de elocuencia su aire, su gesto, la viveza de sus ojos, la rapidez y magestad de sus palabras, el tono de unción y santidad con que revestía sus discursos; todo en fin, lo que veía en él, se me figuraba mas que humano, y como si poco á poco me introdujera sus ideas, cada momento le daba una victoria sobre mi alma.

Habia instantes en que lograba arrebatarme de manera, que casi no respiraba por oírle. Me dejaba como absorto, como enagenado, como si el espíritu de este hombre asombroso comunicase con el mio, y le encendiese con el mismo fuego. Me parecía que sacaba su fuerza y su doctrina del seno mismo de la verdad; se me figuraba que hablaba de Dios como quien conocía su gloria y había visto ya los esplendores de su luz;

sobre todo escuchaba con interes y con gusto inexplicable lo que me decia de la dulzura y la facilidad con que Jesucristo perdona á los arrepentidos. La viveza con que me pintaba el amor, la ternura y los sacrificios de este divino Redentor, inflamaba mi corazón con afectos tan puros, tiernos y filiales, que casi no podia resistir á su impresion.

Pero habia otros instantes en que mi helada filosofía, mis antiguas opiniones, mis envejecidas costumbres, la imposibilidad de creer cosas tan extrañas, y sobre todo la dificultad de emprender una vida tan áspera y desabrida como la que impone el Evangelio, se volvian á apoderar de mi corazón, y ganaban el ascendiente primitivo. Entonces se enfriaba mi entusiasmo, llamaba tambien á mi socorro la memoria de nuestros filósofos ilustres, y estas ideas bastaban á destruir todo el encanto de aquella ilusion.

En uno de estos momentos infelices le dije: Padre, ¿cómo si Jesucristo es tan bueno, ha podido dar una ley tan severa, tan rigurosa, preceptos tan contrarios á la naturaleza, tan repugnantes al corazón, tan enemigos de los sentidos, y que en fin es casi imposible practicar? El cristiano no vive mas que de sacrificios y privaciones. ¿Qué importa á Jesucristo tanta y tan cruda penitencia? ¿Y por qué ha querido hacernos comprar la felicidad de la otra vida con las pe-

nas y miserias de esta? ¿No sería mas digno de su grandeza, siendo Dios, darnos la felicidad en todo tiempo y sin tanta costa?

Ve aquí, señor, me respondió, uno de los mayores obstáculos de la fe. No es por lo ordinario la razon la que se la resiste, es la flaqueza del corazon la que no tiene bastante valor para reformar sus costumbres. Los incrédulos se figuran que es un terrible y difícil empeño alistarse en las banderas de la religion. La idea de vivir como cristianos les contrista, y la observancia de las leyes religiosas se les presenta como una imagen lúgubre y austera que los horroriza; la vida de las personas devotas les parece tan grave, tan triste y desabrida, que piensan que no hay en ella un instante de gozo ó de consuelo, y que es menester un esfuerzo incesante y laborioso para sujetarse á la severidad de los sacrificios que impone el Evangelio.

¿Pero qué error, qué engaño, y qué desgracia que esto sea tan comun! pues es lo que mas generalmente detiene á los hombres en las sendas del vicio. Ninguno hay que sea tan injurioso á la dulzura de la fe y á la excelencia de los dones que el ejercicio de la religion comunica al hombre justo. Y aunque pudiera decirnos muchas cosas para probaros su falsedad, no os haré ahora mas que una reflexion, porque es mas personal á los incrédulos, y á los que se abandonan á una vida de disolucion.

Vos no me negaréis, señor, que este género de vida conduce insensiblemente á la pérdida de la salud y de las fuerzas; que se ven muchos jóvenes que en el tiempo en que el temperamento se forma y fortifica, ya llevan en sus mejillas marchitas las arrugas de la vejez, y estan mas cerca del sepulcro que los que han visto correr la mitad de un siglo; porque las pasiones que no se moderan, precipitan con celeridad en la tumba.

Pero cuando la fuerza de la constitucion resiste por algun tiempo á la fuerza de su impulso, es cierto que no tardará el dia en que sea menester apelar al socorro del arte. ¿Qué hacen entonces? Llamar al médico. ¿Y qué puede hacer este? Lo ménos que hará es imponeros el mismo régimen que os impone el Evangelio, y acaso será mas severo que Jesucristo. Es seguro que ordenará las mismas privaciones y sacrificios que ahora se hallan tan impracticables cuando la religion los ordena: declarará que no queda recurso ni esperanza si el enfermo no corta al instante todas las causas que han alterado su temperamento, si no se sujeta á la mas rigurosa continencia, y á la sobriedad y parsimonia mas exacta en el uso de todo.

Quizá exigirá mas, y hasta el sacrificio de los pensamientos; porque podrá decir que el efecto de los remedios depende de la libertad del alma, de la tranquilidad del corazon, y que es menes-

ter sacudir de sí toda idea, deseo ó memoria de cuantas imágenes puedan irritar y agitar los sentidos. Así una sola indisposicion hará que de repente el mismo que ayer nadaba en un mar de delicias, se halle hoy postrado en un lecho de dolor, y se vea víctima de sus pasiones y de sus suplicios. Súbitamente se encontrará tan crucificado al mundo como los mas antiguos y santos discípulos de Jesucristo.

¿Y por qué tanto valor y resolucion? Porque lo manda un hombre, que no tiene mas autoridad que la que le da el miedo de la muerte. ¿Y cuando Dios nos habla, y que debemos temer la muerte eterna, sus remedios nos parecen insoportables, y no tenemos valor para emprenderlos? El amor de la salud nos obliga á pasar por todo, nada nos acobarda ni detiene; y el deseo de una salud sin término no puede animarnos á los mas ligeros esfuerzos? ¿Cuántos enfermos hay en el mundo que sin reflexionarlo llevan ya sobre sí todo el peso de los preceptos de la fe, que sufren por fuerza las privaciones de la ley, que ya hacen lo que parece mas difícil en el camino del cielo, y á quienes no falta otra cosa que juntar con el sacrificio necesario el voluntario, santificar con su corazón los sufrimientos de la naturaleza, y añadir á las ventajas del recobro y de una vida tranquila todas las esperanzas y riquezas de la religion?

El médico, señor, no prescribe los medicamentos sino para restablecer el cuerpo, y el Evangelio prescribe los mismos para restablecer el alma. Si aquel pretende reparar los estragos que han causado el tiempo y las pasiones, este no solo pretende repararlos, sino impedirlos reprimiendo su violencia. Así el Evangelio no solo es la medicina de las almas, sino la perfeccion del arte, que cura y repara nuestros cuerpos, como lo es de las ciencias que ilustran nuestro espíritu, y de las virtudes que forman el buen corazón.

No hay casi enfermedad que no tenga su raiz en alguno de los desórdenes que el cristianismo prohíbe; y se pudiera demostrar con la mayor evidencia que si todos los hombres vivieran arreglados á la ley del Evangelio, se desterrarían de la tierra la mayor parte de los males y accidentes que nos conducen tan presto y tan temprano á la muerte. Se demostraria, que por fin se habia encontrado la verdadera medicina; que todos viriamos sanos y dichosos; que la muerte regularmente no seria mas que la última madurez de una sana y amable ancianidad, y que en fin, su guadaña no podria destruirnos con violencia, sino con el paso lento y progresivo de la naturaleza y del tiempo.

Preguntad, señor, á los que convertidos á Jesucristo han pasado algunos tiempos en los ejercicios de la virtud cristiana, y todos os dirán que

han encontrado el verdadero régimen que les sostiene una salud constante; todos os asegurarán que su regeneracion á la vida futura los ha hecho renacer tambien á la vida presente. Si se ve el ejemplo de algunos que sobreviven poco á su mudanza, es porque la demasiada intemperancia de su antigua vida habia enflaquecido las fuerzas de su temperamento, y la muerte estaba ya anidada en medio de sus órganos apurados. Pero observad que entre los que viven en el tumulto del mundo y en la agitacion de los placeres, no se ven tantos ancianos ni tan robustos como en los claustros austeros, en que se hace una vida religiosa.

Es muy raro ver morir la juventud ni la robustez en esos oscuros retiros, en que tantos amantes de la cruz y de la penitencia se santifican continuamente con el silencio, el ayuno y el trabajo. La muerte allí solo se atreve á acometer á aquellas cabezas venerables en quienes el tiempo ha consumido hasta las canas, y cuya calva agobiada se arrastra con pasos muy pausados á su tumba: los accidentes agudos y violentos son tan insólitos como las muertes súbitas ó anticipadas. Todos van á la eternidad, pero todos se siguen á otros con poca diferencia segun las graduaciones de su edad. El mal con que mueren de ordinario no tiene carácter distinguido, ni se le puede dar nombre; mueren por-

que son hombres, y porque es preciso morir: se acaban, se extinguen, y la mayor parte exhala el último suspiro, pidiendo á sus hermanos perdon de las faltas que no tienen.

No se muere así en el mundo: no mueren así los que vivian en la inquietud y desórden de las pasiones. Lo que en el retiro de una vida cristiana seria una indisposicion sin consecuencia, es para el que hace una vida tumultuosa, un sintoma muy serio y peligroso. La fiebre mas ligera basta para abrasar y consumir un cuerpo en que todo fermenta: así causa terror ver la rapidez con que la muerte arrebatara su víctima. Ayer apenas estaba indispuerto, y hoy una llama devora sus entrañas; no es sangre sino fuego lo que circula por sus venas; lo peor es que al instante la razon se turba, el conocimiento se pierde, la imaginacion delira, y ni siquiera deja á los que le lloran el consuelo de saber que murió sabiendo que moria.

Ved pues, señor, como la vida del Evangelio no es tan áspera como os parece. Ved que Jesucristo, para daros la vida eterna, no os obliga aun á tanto rigor como es el que prescribe un médico para restablecer la salud temporal. Es bien injusto quejarse de que para tanto bien se nos prohiban placeres vergonzosos y delincuentes, cuando el temor de la muerte basta para hacernos abstener hasta de los inocentes y moderados.

Y es menester estar ciego para no conocer que el Evangelio, al mismo tiempo que es la ley que debemos obedecer, es tambien la regla de nuestro bien y el remedio de todos nuestros males. S. Pablo decia (1) que la religion es buena para todo, porque si nos facilita la felicidad futura, tambien nos procura la presente. La lástima es que los que no conocen por experiencia la vida evangélica, no sienten la verdad de este discurso, y solo la sienten los que la experimentan, y no necesitan de que se les diga.

—Cuando eso fuera cierto, cuando fuera verdad que las austeridades que Jesucristo nos impone no contradicen á su bondad porque no son útiles y sirven á refrenar nuestras pasiones, ¿cómo podréis sostener que es bueno aquel que vino á espantar al mundo con el dogma terrible de un infierno? ¡Cielo santo! ¿qué doctrina tan abominable y espantosa! ¿qué bondad la de castigar á pobres criaturas que nacieron débiles y cercadas de pasiones fuertes con tormentos irrevocables y eternos que nunca acaban! No solo no cabe en la bondad, pero ni en la justicia del mas rígido, condenar á penas infinitas á un hombre cuya naturaleza es flaca y deleznable, por errores de un momento, por infracciones de un instante.

¿Cómo, si Jesucristo es Dios, ha podido ense-

(1) 1. Timot. iv. 8.

ñar un dogma tan duro? ¿Cómo, si es bueno, ha podido amenazar con una pena tan injusta? ¿Y en dónde cabe que aquel á quien se supone por atributo la suprema bondad, pueda jactarse y repetir que reserva y destina los mayores tormentos al infeliz, que él mismo abandona al furor de sus pasiones? Hay en esta monstruosa doctrina tanto horror, tanta iniquidad, tanta injuria á Dios, y tanto motivo de desprecio para los hombres, que yo no comprendo, cómo ha sido posible inventarla ni creerla; en cuanto á mí, yo la miro como el sistema mas odioso, mas funesto y mas contrario al reposo del alma. Si yo fuera capaz de ser cristiano, esta idea sola me haria la vida insostenible; pero á buena cuenta yo no soy tan débil: el Dios que yo puedo adorar no es un tirano, y jamas he creído ni jamas creeré una doctrina tan ridícula, como injuriosa á la bondad divina.—

¡Ay, señor! ¡y cómo os engañéis! Vos no quisiérais creer en el infierno, y puede ser que á vuestro pesar le creais mas de lo que quisiérais. Para quitarse de la vista tan espantosa perspectiva, no basta desearlo, ni basta adoptar las costumbres y el estilo de los que apostatan de la fe. Nada manifiesta tanto que esta creencia reside en un corazon con todos sus terrores, como el interes y el empeño con que se pretende destruirla; y yo diviso vuestra persuasion, ó á lo ménos vuestra duda, que quizá es mas turbulenta, en el mismo

conato con que os esforzais á seduciros. Es claro que os inquieta, pues teneis tan vivo deseo de arrancarla de vuestro pensamiento.

Lo mismo sucede á los incrédulos mas decididos. Observadlos, y veréis que jamas pueden sacudir de sí esta antigua y general creencia; y aun veréis que á pesar del atrevimiento con que se explican, el fondo de su conciencia está siempre trémulo y espantado. Contadles la muerte súbita de algun incrédulo impenitente, y los veréis turbarse y ponerse pálidos; os harán mil preguntas sobre todas las circunstancias del suceso; se informarán de la enfermedad, de la edad, del temperamento del difunto, y todo es para tranquilizarse, y ver si por alguna diferencia pueden encontrar motivo de esperar que no les sucederá lo mismo: todo es para librarse del terror que el suceso les inspira, con la esperanza de que no serán tan repentinamente sorprendidos, y que hallarán un instante para tomar partido mas prudente.

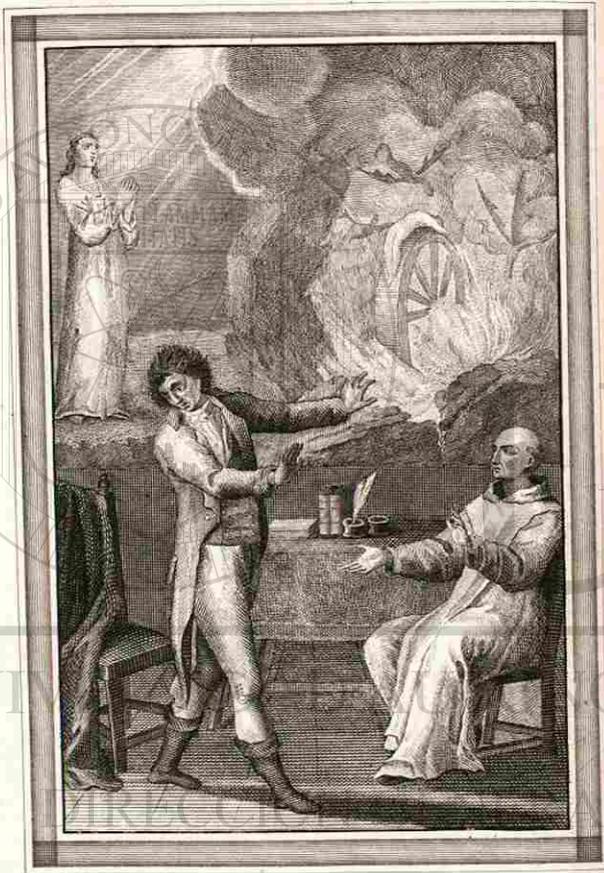
Así, señor, es menester distinguir bien estas disposiciones íntimas del corazón, y no llamar incredulidad á lo que no es mas que deseo de ella y un odio furioso á todo lo que refrena las pasiones. Este dogma no es terrible mas que para los incrédulos y malvados, porque no habla mas que con ellos; y la religion para ellos lo reserva. En el sistema práctico de la fe, ó en el ejercicio conti-



JANU

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS





El Infierno que tanto turba y contrista á los malos, no derrama la menor amargura sobre los corazones de los justos.

nuo de las virtudes, aunque se sabe que hay infierno; no horroriza, porque el corazón lo olvida para no pensar mas que en la felicidad suprema, que espera por la confianza que tiene en la bondad divina.

Así, aquel que no pueda soportar esta idea, debe apresurarse á ponerse en estado de no temerla, y reunirse con aquellos para quienes en efecto no existe. Este es el único partido prudente: porque el de pretender engañarse á sí mismo con blasfemias inútiles, no basta para tranquilizarse; pues á pesar de ellas siempre queda bastante luz para conocer que un corazón corrompido es digno de castigo, y que la justicia divina le sabrá alcanzar mas allá de la tumba.

El infierno que tanto turba y consterna á los malos, no derrama la menor amargura sobre los corazones arreglados. El buen cristiano no teme un porvenir desdichado; y mientras los incrédulos, que le niegan, sufren desde ahora una parte de sus tormentos, el virtuoso goza desde ahora la tranquilidad que aquellos desean vanamente, esto es, no teme las amenazas del Evangelio; por el contrario, espera una felicidad que en ningun caso los incrédulos pueden prometerse. El cuidado de rechazar todo excesivo temor y desconfianza, y la dulce esperanza en la bondad divina, son las primeras virtudes del cristiano. Así para librarse de los terrores del infierno, es menes-

ter en todos sentidos recurrir á la religion.

Si vos pudiérais abrir el seno, y penetrar los sentimientos del justo que practica sus preceptos, viérais que esos suplicios eternos, que tanto consternan á los viciosos, casi nunca turban la dulce alegría en que nada su sereno corazon. Solo se ocupa de la gloria que está preparada para los que creen y confían en Jesucristo; ni se acuerda de que en la otra vida hay otro estado que el que se prepara á los hijos de Dios: su alma está tan llena, tan embriagada con la magnificencia y riqueza de las promesas divinas, que no le queda tiempo ni gusto para pensar en otra cosa; no puede dar entrada á ninguna idea de terror, porque está toda ocupada con la esperanza bienaventurada.

Venid, señor, y registrad todos los aposentos y los rincones de esta casa; examinad todos mis muchos y santos compañeros; vedlos en el coro, en sus sacrificios, en sus recreaciones, no veréis que ninguno se inquiete por el terror de tan espantoso pensamiento: desde que entraron en la alianza de Jesucristo, todos viven con el amor y la confianza. Penetrad tambien esos claustros observantes, en que se guarda el Evangelio sin relajacion; levantad el tupido velo que cubre esas inocentes y puras esposas de Jesus, que léjos del mundo y sus delicias, que han abandonado, consagran su juventud y su inocencia al amor del Esposo que se dignó de recibirlas en su seno. Re-

corred todas esas casas devotas en que se profesa la virtud, y se repiten los ejemplos. Podréis hallar en ellas almas penitentes, que lloran los errores ó los pasados extravíos de su vida; pero no encontraréis ninguna á quien consterne de continuo la idea del infierno; porque todas han perdido el temor servil desde que dejaron los vicios que lo merecen. Su memoria se ha perdido tanto, que casi no se habla de él, para poder hablar mas de la bondad de Dios y de su gloria.

Però recorred despues todos los teatros profanos, todos esos suntuosos palacios en que habita el lujo con el vicio, todas esas sociedades filosóficas en que se derraman las nuevas y atrevidas opiniones, allí es donde oiréis hablar del infierno, como en un campo se habla del enemigo, porque se le teme, y puede sorprender. Oiréis que para destruirle, se echa por tierra toda moral, toda virtud, toda religion; pero tan inútil esfuerzo y conato tan ardiente hacen visible el poco crédito que se da á lo mismo que se procura persuadir; pues cuando se está convencido de una verdad, es superfluo el inculcarla tanto.

En fin, los incrédulos quisieran que no hubiera infierno, y tienen razon, porque está destinado para ellos; pero ni sus deseos ni sus blasfemias pueden hacer que no sea lo que es. Hallan incompatible la infinita bondad de Dios con la idea de que castigue con penas irrevocables y eternas á

hombres débiles por culpas pasajeras. Sin duda que el alma se llena de horror cuando considera que un hombre será víctima de un suplicio inmortal. Esta imagen nos espanta y horroriza, nuestro corazón se estremece, y confundimos la impresión de horror que reciben la flaqueza y sensibilidad humana, con las repugnancias de la razón, pretendiendo que nuestras aversiones naturales sean la regla que deba medir los castigos de Dios.

¿Pero qué nos debe decir el buen sentido? Que si el mismo Dios nos ha dicho que hay un infierno eterno, y siempre abierto á los piés de los que mueren sin haber adorado á su Dios, ó sin haber implorado su bondad, es necesario creerlo. Y que esta es una verdad infalible, pues aunque sea tan terrible para el que lo desprecia, Dios á vista de toda su clemencia la deja subsistir en toda su fuerza; vos vendréis entónces á alegarme razones interminables sacadas de la bondad divina y de la miseria del hombre, de la desproporción que aparece entre tormentos eternos y culpas transitorias, y otras mil reflexiones que se presentan desde luego al espíritu; pero yo responderé á todo: Dios lo ha dicho.

En fin, este es uno de aquellos casos de que hemos discurrido otras veces, y en el que el hombre se halla entre dos verdades que le parecen contradictorias, y que no lo son; pues aunque no alcance los medios de conciliarlas, son verdades,

y está obligado por su propia evidencia á creer una y otra. Hemos propuesto el ejemplo de la libertad del hombre, que parece incompatible con la presciencia divina; y á pesar de esta incompatibilidad, como por un lado el hombre sabe y siente que es libre, y por otro no puede dudar que Dios todo lo preve, está obligado á creer lo uno y lo otro; y su razón le dice que aunque él no sepa conciliar dos extremos que parecen contradecirse, es por defecto de su inteligencia, y que ciertamente se concilian, pues existen.

Lo mismo digo del infierno. Por un lado parece rigor condenar por una eternidad á un hombre débil; por otro no podemos dudar que Dios no solo es justo, sino infinitamente misericordioso. Pero como también es la eterna verdad, y no puede ni engañarse ni engañarnos, creemos lo uno suponiendo lo otro: y la razón nos dice que aunque nos parezca que esto no se concilia, es por nuestra limitación; que el infierno existe, pues Dios lo ha dicho; que nuestras ideas de justicia distan mucho de las de Dios; que cuando separamos los motivos de la suya, no solo hallaremos que ha sido justo el rigor con que castiga, sino que su justicia ha sido misericordiosa; que no habrá condenado que no conozca la bondad del Señor; y que si sufre, es por su propia culpa, pues nuestra razón no puede recibir idea que no suponga su justicia y su bondad.

Los incrédulos se cansan en repetirnos que Dios es bueno; pero nadie lo duda, y ninguno conoce mejor la extension de su misericordia que los que adoran los rigores de su justicia. Pero para persuadir que no hay infierno, no basta proclamar la bondad de Dios: es menester destruir toda la doctrina de la religion, trastornar lo mas indesquiciable, derribar el mas antiguo y sólido de los edificios; y en fin, probar la falsedad de un orden de cosas que ha empezado con el mundo, que está enlazado con la historia entera del género humano, y ha llegado hasta nuestros dias sin interrupcion. ¿Qué hombre en el mundo conseguirá empresa tan loca! ¿Quién no ve que si es difícil conciliar la verdad de las penas eternas con la bondad de Dios, es imposible abatir y echar por tierra todos los monumentos antiguos, que atestiguan con tanta evidencia la divinidad del Evangelio!

Vos quisiérais que Dios hubiera criado al hombre necesariamente bueno, que le hubiera cerrado todos los caminos, excepto el que dirige á la felicidad; pero vos quisiérais lo que seria contrario al designio de su sabiduría, que quiso hacerle libre. Y en la suposicion de darle libertad, ¿qué medida podia tomar mas eficaz, para que no abusase de ella, que amenazarle con un infierno? Decidme: Si fuera posible que Dios en el momento en que iba á criar este abismo espantoso, hubie-

se suspendido la accion de aquella ojeada universal con que registra todo lo futuro, ¿podia imaginar que hubiese una criatura tan estólida que quisiera precipitarse en él? ¿Qué medio mas activo era posible inventar para que no se aventurase? No se puede llamar libre al que se le obliga á marchar en una línea, donde no puede dar un paso sin precipitarse; pero cuando se le deja el arbitrio de alejarse del peligro, ¿quién puede presumir que no se aleje?

¿Qué hombre, si está en su juicio, usará de la libertad que tiene para abandonar la barca que le transporta, y sumergirse en el golfo que le sepulta? ¿Cuánto ménos se debia recelar que dejara la virtud que le salva, para caer en tormentos de que no es posible libertarse? Dios, pues, no podia ponerle una barrera mas fuerte, y era como precisarle en cierto modo á que escogiese la virtud. Solo el frenesí y la ferocidad podian arrojarse al vicio; y estos son accidentes raros que no se deben suponer en una naturaleza inteligente. Y si por su malicia hay muchos que se degradan y embrutecen hasta el punto de perder toda razon; si llegan á degenerar de tal manera, que mas estúpidos que las bestias se precipitan en la muerte eterna, ¿se puede improperear á Dios no haber hecho lo que era menester para hacerlos felices?

El hombre no tiene estímulo mas fuerte, ni siente una necesidad mas imperiosa que la de

amarse y de ser feliz: este es el deseo mas íntimo, mas vivo y mas inseparable de su corazón. ¿Cómo, pues, se le puede proponer medio mas eficaz para que sea dichoso, que amenazarle para que no deje de serlo, con penas tan terribles que no se pueda exponer á ellas sin aborrecerse, sin ser el mas cruel enemigo de su vida, de su alma, y en fin, sin resistir á los sentimientos mas invencibles de su propia inclinacion? Así los inexplicables horrores del infierno, por lo mismo que son tan terribles, tienen en sí mismos un carácter en que relucen la sabiduría y la bondad divina. Dios nos hubiera amado ménos, si hubiera hecho ménos por nosotros, haciendo consistir nuestros destinos en una alternativa ménos espantosa; porque no fuera tan urgente nuestro deber de adorarle y servirle.

Los incrédulos dicen que no hay proporcion entre los rigores de tormentos eternos y los límites de la perversidad humana; que el hombre que no puede ser infinitamente malo, no debe ser infinitamente castigado por un Dios justo, y que la pena con que se castiga la culpa debe ser limitada como su malicia. Estos racionios les parecen victoriosos, y los aprecian como una demostracion que no permite réplica; pero este error nace de que no tienen una idea bastante clara de la constitucion humana, y ménos del plan y designios de la religion.

Es cierto que el hombre no es infinito por su naturaleza y su ser; pero lo es por su voluntad y su tendencia ó propension. Todos los movimientos de su alma son un esfuerzo continuo para alcanzar la totalidad y plenitud de la existencia y la felicidad; y como la voluntad es el órgano y el principio de todas sus acciones, estas tienen el carácter de su origen, y se especifican por su naturaleza. Así, cuando la voluntad del hombre rompe la armonía que la mas justa y la mas irrevocable de las leyes establece entre sus facultades y los atributos divinos, no hace ménos que romper su íntima union con el Ente infinito, desprecia la infinita felicidad que este le ofrece, y espera hallarla en el falso halago de otra criatura, ó en las tinieblas de su propia dada: así busca el infinito fuera de la verdad. La justicia divina quiere que le halle, y el infinito fuera de la verdad no puede ser mas que el de tormentos y desgracias.

Por otra parte la íntima union que vino Jesucristo á establecer entre Dios y los hombres, nos ha sacado de los límites naturales de otras criaturas, nos ha elevado á un estado superior, y en este nuevo orden de cosas se deben pesar nuestras acciones y delitos. El fin de la Encarnacion fué asociarnos á la Divinidad. San Pedro dijo (1)

(1) II. Petr. I. 4.

que hemos recibido por Jesucristo dones inefables y preciosos, que nos hacen participantes de la naturaleza divina; esto es, que en virtud de nuestra consubstancialidad con Jesucristo, que es Dios y hombre, participamos de sus calidades. Así nuestra bondad ó nuestras virtudes, por nuestra unidad con él, adquieren en cierto modo el carácter de una perfeccion infinita, por eso merecen una infinidad de gloria; pero que si despues de haber llegado á tanta altura, nos degradamos hasta la iniquidad, adquirimos el carácter de una naturaleza infinitamente perversa, que merece ser infinitamente desdichada.

Así el hombre por el mérito de la redencion es en cierta manera infinito. Jesucristo habiendo merecido en su favor, le ha comunicado derechos infinitos á una gloria infinita. Si se aprovecha de esta gracia, conservándose fiel en alianza tan sublime, la limitacion natural de su ser desaparece, y no le estorba para recibir una gloria infinita el dia de su irrevocable incorporacion en la felicidad divina; pero si la viola y la pierde, entónces no presenta á la vista de la soberana santidad mas que el desprecio y la profanacion de esta infinita gracia, y á degradacion tan infinita no puede corresponder otra cosa que un suplicio infinito. Si no sufriera eternamente, no fuera tan infeliz como ha sido culpado; porque su delito es igual á la grandeza que ha perdido,

y esta grandeza no es otra que la misma de Dios.

Ved pues, como el infierno con todos sus tormentos califica la excelencia del hombre, y la religion le supone mucho valor y dignidad, pues le encuentra digno de tan terrible castigo, cuando no ha querido aprovecharse de las ventajas que le ofrece. No digais pues que el Dios que castiga así al hombre, no es justo ni piadoso. Decid por el contrario, que es preciso que el hombre redimido con la sangre del Redentor, trastorne monstruosamente los designios del Omnipotente, cuando malogra tan altas esperanzas; pues un Dios tan justo y tan elemente no ha podido encontrar menor satisfaccion para reparar su desacato, que una eternidad de tormentos.

El premio y la pena son entre sí proporcionados, y corresponden al estado de elevacion y orden sobrenatural en que está constituido el hombre y sus acciones morales; y así como la gloria del hombre justo será eterna, tambien lo ha de ser la pena del inicuo.

Tambien es evidente que el condenado por la justicia de Dios le conserva siempre el odio en que muere, y nunca jamas se arrepiente por su obstinacion; y por lo mismo que su malignidad continúa sin fin, su castigo tampoco le tiene. Ademas que el pecado en razon de ser ofensa de un Dios de infinita magestad, se considera revestido de cierta infinidad moral.

Ve aquí lo que nos debe decir nuestra razón, cuando no pudiendo dudar de la clemencia divina, tampoco puede dudar de la verdad de un dogma que el Evangelio acredita, y que después de su publicación todos los cristianos han creído. Si la razón orgullosa no le halla conforme á sus ideas; si quiere medir la justicia de Dios con la pequeñez de su regla; si quiere penetrar lo que no alcanza; si quiere discurrir sobre lo que no entiende; y en fin, si pretende juzgar lo que solo debe adorar y obedecer, entónces el buen sentido la debe hacer callar, y decirle imperiosamente como Jesucristo al Demonio: *Escrito está.*—

—Escrito puede estar, Padre; pero todo eso es incomprendible.— Sin duda, señor: ¡pero cuántas cosas lo son, sin ser por eso ménos ciertas?—Es verdad; pero esta es muy terrible.— La más terrible de todas: por eso es menester hacer cuanto es posible para no caer en las manos del Señor enojado.— ¡Un Dios bueno atormentar eternamente á criaturas miserables!— Como es justo, se debe así mismo el castigar los delitos.— Pero cuando están hechos; cuando el conocimiento llega después del daño...— Como es bueno, todo lo perdona: la penitencia todo lo lava, y su sangre todo lo borra. No es precisamente el pecado el que condena, sino el defecto de arrepentimiento, y la obstinación ó la falta de confianza en su misericordia.— ¡Quién puede mu-

dar de repente sus hábitos, sus costumbres, sus opiniones?— Con la gracia nada es difícil.— ¡Quién, sin estar acostumbrado, puede soportar el rigor de la ley cristiana?— Jesucristo ha dicho que su yugo es suave; porque él mismo ayuda á llevar la carga.

—Pero, padre, para arrepentirse es necesario creer, y nadie puede creer solo porque lo desea. Esta no es obra de la voluntad, sino del entendimiento; nadie puede persuadirse lo que quiere, la fe es un don de Dios, y no se adquiere.— Es verdad, pero se obtiene.— ¡Con qué medios?— Con la oración, y con un exámen serio, humilde y de buena fe.— Pues, Padre, para que veais que no me niego á nada de lo que está en mi mano, estoy pronto á escucharos. Explicadme ese plan del cristianismo, que tantas veces me habeis dicho ser un conjunto de luces y de verdades, que por sí mismo manifiesta que viene de Dios.

— Os he confesado con sinceridad, que las pruebas de la Resurrección me han embarazado mucho, y que he visto en ellas lo que no esperaba ni me parecía posible. Si pudiérais probarme con la misma claridad y fuerza los demás artículos, me embarazaríais más; pero tengo por imposible penetrar con la misma luz objetos oscuros por sí mismos, y hechos que han pasado en siglos tan remotos. No obstante veamos. El daño ya está hecho; ya me habeis dicho lo bastante para desper-

tar mis inquietudes, y turbar para siempre la antigua tranquilidad de que gozaba: acabad de emponzoñarme; salgamos de una vez, y veamos hasta dónde llega mi error ó vuestra ilusion.

No te diré, Teodoro, por qué motivo, ó con qué intencion tomé este partido, y ahora mismo que lo examino, no puedo adivinarlo, pues entónces no podia esperar fruto de esta diligencia. Es verdad que sus discursos me habian confundido; pero todavía no me sentia dispuesto á mudar de opinion, y ménos de conducta. No sé si todavía conservaba una esperanza secreta de que no podria desempeñar esta parte como la otra, y que esto me dejaría con ventaja. Quizá tambien lo hice por descansar un poco de las reflexiones urgentes con que me oprimia, ó en fin, lo que es mas cierto, Dios movió á mi corazon inicuo, para que por este medio acabase de entrar en él su divina luz.

El hecho es, que al instante que el padre vió que yo mismo le solicitaba para que me explicase el plan y las pruebas de toda la religion, su semblante modesto se cubrió de color, y sus ojos se encendieron en un júbilo celestial. Observé que con un movimiento indeliberado los levantó al cielo, y que despues volviéndose á mí, con su ordinaria suavidad me dijo: Con gusto, señor. Hay muchos en esta casa que lo pudieran hacer mejor que yo; pero pues me lo mandais, y ahora es tarde, empezaremos mañana.

El padre se fué, yo quedé como puedes discurrir, y poco despues me sentí como arrepentido de haber tomado este empeño, que me ponía en la necesidad de contrastar con el padre: pero nada de esto te puedo explicar, porque estoy cansado de escribir. En mi primera te diré lo que me pasó al otro dia.—A Dios, Amigo.

CARTA XI.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mío: el padre al otro dia empezó á cumplirme su palabra; ve aquí lo que me dijo.

Señor: la religion cristiana empezó con el mundo, y la verdadera religion no podía tener menor antigüedad. La razon basta para hacernos comprender que un Dios omnipotente, tan justo como sabio, no puede criar nada que no sea para su gloria, y que criando al hombre, la última y la mejor de sus obras, dotado de inteligencia y de un espíritu inmortal, libre y capaz de escoger entre el bien y el mal, de merecer y de desmerecer, era digno de su sabiduría y de su justicia, que le diera conocimiento de su Criador, y le hiciera sa-

tar mis inquietudes, y turbar para siempre la antigua tranquilidad de que gozaba: acabad de emponzoñarme; salgamos de una vez, y veamos hasta dónde llega mi error ó vuestra ilusion.

No te diré, Teodoro, por qué motivo, ó con qué intencion tomé este partido, y ahora mismo que lo examino, no puedo adivinarlo, pues entónces no podia esperar fruto de esta diligencia. Es verdad que sus discursos me habian confundido; pero todavía no me sentia dispuesto á mudar de opinion, y ménos de conducta. No sé si todavía conservaba una esperanza secreta de que no podria desempeñar esta parte como la otra, y que esto me dejaría con ventaja. Quizá tambien lo hice por descansar un poco de las reflexiones urgentes con que me oprimia, ó en fin, lo que es mas cierto, Dios movió á mi corazon inicuó, para que por este medio acabase de entrar en él su divina luz.

El hecho es, que al instante que el padre vió que yo mismo le solicitaba para que me explicase el plan y las pruebas de toda la religion, su semblante modesto se cubrió de color, y sus ojos se encendieron en un júbilo celestial. Observé que con un movimiento indeliberado los levantó al cielo, y que despues volviéndose á mí, con su ordinaria suavidad me dijo: Con gusto, señor. Hay muchos en esta casa que lo pudieran hacer mejor que yo; pero pues me lo mandais, y ahora es tarde, empezaremos mañana.

El padre se fué, yo quedé como puedes discurrir, y poco despues me sentí como arrepentido de haber tomado este empeño, que me ponía en la necesidad de contrastar con el padre: pero nada de esto te puedo explicar, porque estoy cansado de escribir. En mi primera te diré lo que me pasó al otro dia.—A Dios, Amigo.

CARTA XI.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mío: el padre al otro dia empezó á cumplirme su palabra; ve aquí lo que me dijo.

Señor: la religion cristiana empezó con el mundo, y la verdadera religion no podía tener menor antigüedad. La razon basta para hacernos comprender que un Dios omnipotente, tan justo como sabio, no puede criar nada que no sea para su gloria, y que criando al hombre, la última y la mejor de sus obras, dotado de inteligencia y de un espíritu inmortal, libre y capaz de escoger entre el bien y el mal, de merecer y de desmerecer, era digno de su sabiduría y de su justicia, que le diera conocimiento de su Criador, y le hiciera sa-

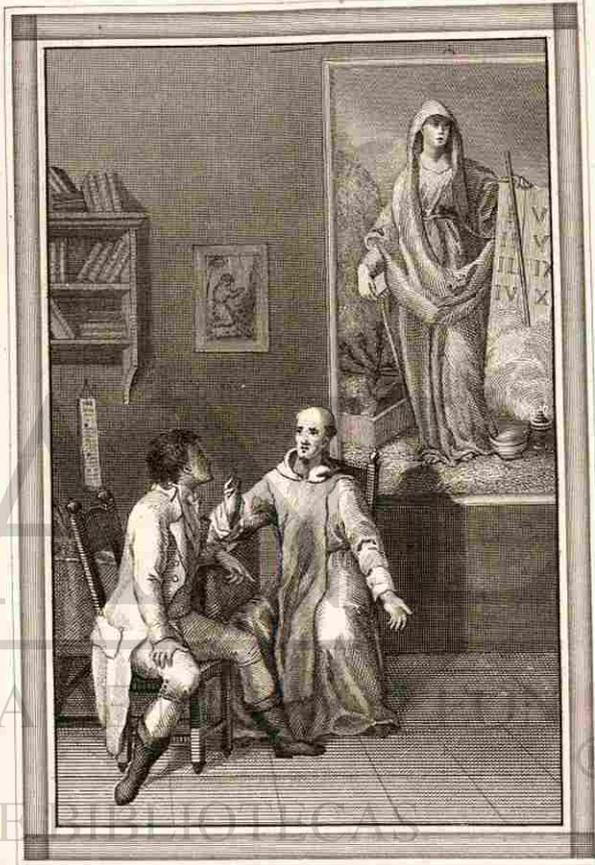
ber tanto las reglas con que debe vivir, como el culto que le debe tributar; que por consiguiente la primera obligacion del hombre era reconocerle, adorarle, obedecerle, y merecer por estas virtudes una felicidad que no puede dejar de ser eterna, pues su alma lo es.

Estas nociones tan simples y tan justas, que la razon nos dice, las repite tambien la religion, pues nos enseña que al instante que Dios crió á Adan, se lo hizo conocer, y le impuso leyes; que Adan débil se dejó seducir, y las violó; que Dios le castigó privándole del estado de inocencia en que le habia criado, dejándole en manos de su consejo, y condenándole con su posteridad al trabajo, al dolor y á la muerte.

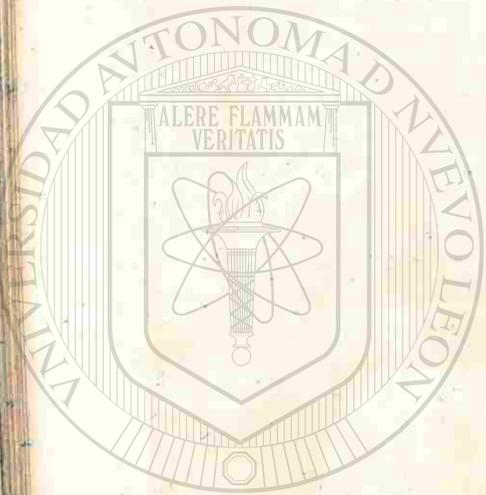
Pero que este Dios de bondad, que en medio de sus iras jamas olvida sus misericordias, desde entonces le consoló, prometiéndole que á su tiempo le enviaria al Hijo de la muger, que seria el reparador de aquel delito. *Yo haré, dijo en presencia de Adan al tentador disfrazado con la piel de la serpiente: yo haré que tú y la muger seais enemigos. El Hijo que nacerá de ella destrozará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcañal.* Esto es (1), él destruirá tu imperio, abatiendo tu orgullo, y tú destruirás lo que es débil en él.

Estas fueron las primeras palabras con que Dios

(1) Génes. iii, 15.



Tratado de la Religion Judaica, y pruebas que certifi- can viene de Dios desde el principio del mundo, por toda la Carta XI.



anunció á los hombres un Mesías, un Enviado, un Redentor, que debía reparar los daños de Adán. El Hijo de la muger no puede ser otro que Jesucristo. La primera parte de la promesa divina se cumplió, cuando con su muerte redimió á la posteridad de Adán, que habia quedado sujeta al imperio del diablo; y la segunda, cuando este con su rabiosa astucia indujo á los judíos á la muerte de Jesucristo.

Es verdad que entónces Dios no se dignó de revelar á Adán este consuelo con toda la claridad con que se explicaron despues los profetas, y con la evidencia con que los sucesos posteriores verificaron estas profecías en la persona de Jesus. Pero tal es el órden sabio de la dispensacion divina; jamas revela sus arcanos sino con oportunidad y á medida de las necesidades; y en este misterio tan digno de su grandeza, y tan importante para remedio de los hombres, observó esta bien ordenada progresion de luz y de claridad.

Reflexionemos de paso como á medida de que los tiempos se avanzaban, y que nuestras necesidades lo exigian, fué descubriendo este secreto soberano, sacándole de su seno divino, segun las circunstancias en que su conocimiento podia sernos útil.

A Adán no le dijo sino que enviaria un Redentor para que salvase su posteridad; esto bastaba para su consuelo. Dos mil doscientos y setenta

y un años despues promete á Abraham por recompensa de su heróica fe que saldria de su prosapia aquel Redentor. La misma promesa y en los mismos términos repite á su hijo Isaac.

Pero á su nieto Jacob añadió muchas luces; pues cuando este patriarca en el lecho de la muerte, cercado de sus doce hijos, les anuncia que formará cada uno una tribu, y explica á cada cual sus futuros destinos, asegura á Judá que el Redentor nacerá de la suya, y le añade (1): que su tribu obtendria el imperio de Israel, y que no se le quitaria hasta que llegase este Redentor que se esperaba. Muchos años despues Moises, poco ántes de morir, dijo expresamente á todas estas tribus (2): Dios suscitará de vuestra nacion uno de vuestros hermanos, que será un profeta como yo, esto es, legislador y gefe del pueblo; y añadió: escuchadle.

Pero hasta allí todas estas promesas no eran mas que generales; porque como he dicho, estando todavía léjos el nacimiento de este Salvador, no era todavía necesario ni útil declarar las señales características que le debian hacer reconocer, ni indicar el tiempo en que se le debía esperar. Dios no comunicaba sus luces para satisfacer la curiosidad de los hombres, sino para animar en ellos la fe, la confianza, y los deseos que debía

(1) Génes. xlix. 10.

(2) Deuter. xviii. 18. 19.

excitarles la esperanza de este Salvador. Por eso las proporcionaba á las circunstancias de cada siglo; y por eso cuando se acercó el instante de su advenimiento, las fué multiplicando hasta darlas al fin con abundancia. Los profetas posteriores fueron muy numerosos, y cada cual añadía un grado mas de luz á sus predecesores.

David, que como de la tribu de Judá y como rey de Israel por eleccion divina, estaba designado en la profecía de Jacob para ser uno de los ascendientes, derramó nuevas y grandes luces para que se le pudiera reconocer. Despues vinieron otros, y todos añadieron señales distintas y mas características que le debian distinguir. Unos anunciaban diversas cualidades y excelencias de su persona; otros profetizaron muchas circunstancias de su vida y de su muerte; y Daniel, el mas positivo de todos, determinó con precision el tiempo de su advenimiento.

Pero dejemos ahora este asunto, de que podremos hablar despues con mas extension. Esta breve noticia solo debe servir para observar que desde que Dios hizo entrever á Adán la esperanza de este Reparador, que debía librar á su posteridad del estrago de que era causa, este Reparador debía ser el primer objeto de su amor, de sus deseos y esperanzas; que sus hijos y descendientes noticiosos de esta promesa, y tan interesados en su cumplimiento, debian ser los herederos de

los mismos afectos; y que en efecto lo fueron todos los que no se olvidaron de Dios, ni abandonaron la religion y el culto de sus padres, tales como Abel, Sem, Noé, Job, Melchisedech y otros muchos.

Así, pues, rigurosamente hablando, todos estos fueron cristianos, pues todos aguardaban este Redentor, que habia de ser el Cristo ó el Ungido del Señor: todos suspiraban por este Reparador ó Mesías prometido, único y continuo objeto de su amor, de sus deseos y esperanzas, único medio de su felicidad eterna; pues no pudiendo por sí aplacar la justicia divina, solo lo podian conseguir por la esperanza de este Mediador y en vista de sus méritos futuros. Los judíos, á quienes despues Moises sacó de la esclavitud de Egipto y condujo á la tierra en que debia nacer y morir este Mesías, tambien lo esperaban, lo deseaban y no se pudieron salvar sino por él.

Así toda esta nacion no solo creia la promesa, sino que la deseaba, y fundaba en el advenimiento de Cristo toda la esperanza de su felicidad; y esto es tan cierto, que sus infelices descendientes, que ciegos desconocieron y crucificaron al Redentor divino, le esperan todavía sin mas diferencia de ellos á nosotros, sino que nosotros gozamos ya el fruto de la promesa, y aquellos no la gozan, y le esperan todavía. Pero los que le reconocieron y los que ántes de su venida le espera-

ron, fueron cristianos en su corazon; y unos y otros han hallado en sus méritos el remedio de los males de Adan.

Dejemos ahora estas reflexiones, y volvamos á la historia. Los descendientes del infeliz Adan, herederos de su flaqueza, habiéndose multiplicado mucho, se vieron obligados á dividirse y formarse en naciones diferentes: se derramaron por la tierra; y con el transcurso de los siglos no solo perdieron la memoria de los sucesos primitivos, no solo abandonaron la religion de sus padres, sino que olvidando hasta la idea del verdadero Dios, se dieron á la idolatria mas grosera, y se entregaron á los deseos insensatos de su corazon.

Las generaciones sucesivas corrompieron todos sus caminos, y merecieron que se les escondiese la verdad, pues habian preferido la mentira. Pero Dios no usa siempre de su justa severidad, y consulta su misericordia. Despues de muchos siglos de excesos y de vicios purificó la tierra por un diluvio, preservó de la general inundacion una familia santa, que fué la del justo Noé, pobló con ella la tierra de habitadores nuevos, y dispuso otros medios que pudiesen conducir otra vez á los hombres á su primera institucion, y preparó los caminos para la venida del Redentor prometido.

Estos designios eran grandes; y para ejecutarlos escogió de entre las nuevas naciones el pueblo particular que he dicho, el pueblo hebreo, descendien-

te de Abraham, á cuya descendencia lo habia Dios prometido, y por eso desde entónces quiso llamarse Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. A este pueblo constituyó depositario de sus oráculos, promesas y leyes; le encargó el honroso cuidado de conservar la religion, y de trasladar á todas las edades verdades útiles; lo gobernó por sí mismo, pues aunque tambien gobierna el universo, en el pueblo hebreo ejercia al descubierto el imperio que en los otros ejerce de un modo invisible. Le comunicó una parte del misterio de sus consejos, le hizo saber su voluntad, le dió una ley, y le manifestó el juicio que hace de las acciones de los hombres, y los castigos ó recompensas con que los aguarda.

Lo que es mas admirable, y que yo os pido empecéis á observar es, que para que estas instrucciones y documentos no se borrasen de la memoria de los hombres, y para que al mismo tiempo sirviesen de prueba incontrastable á los pueblos futuros, los hizo consignar en monumentos tan auténticos y durables, que la misma nacion los ha respetado siempre, y los respeta hasta hoy como divinos; monumentos que existen todavía, y á cuya fuerza y convicción no puede resistir la buena fe.

Este pueblo estaba entónces reducido á las doce tribus que habian salido de los doce hijos de Jacob; pero se habian multiplicado mucho, y vivian en

Egipto sujetos á la mas miserable esclavitud; y para conducirlos á la tierra prometida, en que debia nacer el Salvador que lo repararia todo, Dios escogió uno de entre ellos llamado Moises, á quien nombró caudillo de todos los demas. El Señor se manifestó á este grande hombre mas que se habia hasta entónces manifestado á ningun otro mortal; le habla y dice (1): *Yo soy el que soy: como que Dios es el único que existe por sí mismo; como que á su vista todo lo que existe no es mas que sombra.* El Dios, Criador de todo, quiso ser conocido, y que se le adorase con este nombre incomunicable y magestuoso.

Moises fué, pues, el instrumento de que Dios se sirvió para comunicarse á los hombres, y hacerles saber su voluntad. A fin de que Moises pudiese probar su mision divina, lo revistió de fuerza y de poder, le comunicó una parte de su omnipotencia dándole virtud para suspender ó ir contra la naturaleza, siempre que fuera necesario.

Para que no se perdiera la historia de los sucesos primitivos, y que pasase con fidelidad á los siglos venideros, le mandó escribir un libro que refiriese todo lo acaecido desde el tiempo de la creacion hasta el momento de su existencia, y le mandó añadir todo lo que sucederia en el intervalo de su propia mision. Moises obedeció y es-

(1) Exod. iii. 14.

cribió estos libros. El mismo Dios le dictó una ley para el mismo pueblo, en que explicaba tanto lo que debían hacer para vivir entre sí con paz y justicia, como el modo y el culto con que le debían adorar.

Vos me diréis, señor, que os estoy contando una novela ó una fábula; que ¿cómo puedo saber historias tan antiguas y que parecen absurdas; que quién puede asegurar hechos tan lejanos y extraordinarios; que de dónde he sacado noticias tan inverosímiles? Pero yo puedo responderos que lo he sacado todo de esos libros que Moises escribió por orden de Dios, y que fueron dictados por Dios mismo: de esos libros, que son los mas antiguos del mundo, y los únicos que han podido enseñar al hombre su origen, su naturaleza y sus destinos; de esos libros escritos por Moyses, que fué caudillo de su pueblo, á quien hoy todavía la nacion judía reconoce por su gefe y por su legislador.

Por Moises, que al mismo tiempo que publicó este libro probaba su verdad y la divinidad de su mision con milagros tan indubitables y patentes, que el pueblo mismo que los veía no podía dudar que Dios le autorizaba, dándole poder para ejecutar prodigios tan superiores al esfuerzo humano. Por Moises, que no podía engañarse ni engañarlos; pues cuando hablaba de lo pasado, no referia sino lo que sabían casi todos, como que su objeto

no era instruir á sus contemporáneos, tan instruidos como él de aquellos hechos, sino conservarlos á la posteridad, para que no se perdiese entre los judíos la memoria, como se habia perdido en las demas naciones; y cuando hablaba de los que pasaban en la actualidad, no referia sino lo que todos estaban viendo á cada instante.

Finalmente, yo lo he sacado de unos libros, que al instante que salieron de las manos de Moises, fueron respetados de todo el pueblo que los recibia, y que eran compañeros y testigos de todo lo que cuentan; que hoy mismo son venerados y creídos por sus descendientes, como oráculos y depósitos de la verdad; y que por el sagrado y religioso respeto con que estos los conservan desde entónces, han podido llegar á nuestras manos íntegros, intactos y puros, sin que haya sido posible alterarlos ó corromperlos.

Ve aquí, señor, grandes títulos para obtener la creencia. ¿Y qué razon podrá resistir á su fuerza, si es posible mostrar al mismo tiempo su legitimidad? Esto es lo que esperó conseguir: yo os demostraré la autenticidad, la autoridad, la infalibilidad de estos libros, y por consiguiente que es imposible dejar de creer lo que se dice en ellos. Tened paciencia, y veréis como todo se va desenvolviendo poco á poco.

Que Moises haya sido legislador de los hebreos es un hecho acreditado por las pruebas mas segu-

ras, por la tradicion mas constante y mas universal, por los monumentos mas respetables, y por los testimonios ménos sospechosos. ¿Por qué, decia San Agustin, creemos con tanta seguridad, que ha habido en otros tiempos personajes famosos, grandes conquistadores, excelentes oradores y legisladores ilustres? ¿Con qué fundamento no dudamos del tiempo de los autores que han escrito ciertos libros? Es porque los contemporáneos no lo han dudado, y porque desde entónces la creencia se ha conservado entre los hombres. ¿Cuánto mas debe no dudarse de la legislacion de Moises, pues no solo sus contemporáneos recibieron los libros de su mano, los conservaron con respeto, y los siguieron de punto en punto, sino que los escritores posteriores los testifican de siglo en siglo, y no hay ninguno de sus libros en que Moises no esté citado como el fundador de la república judáica y como el primer legislador de la nacion?

¿Pero cómo era posible dudarle, cuando se ve que la autoridad de Moises y la certidumbre de la historia que ha escrito, eran todo el fundamento de las leyes, ritos, usos, ceremonias, fiestas, sacrificios, y en general de la conducta pública y particular de los judíos? Cerca de veinte siglos subsistió el estado político de este pueblo, y en todo este tiempo jamas reconoció otras leyes que las de Moises, ni tuvo otro culto que el que le

prescribió de órden de Dios en el desierto. Hoy mismo, despues de otros mil y ochocientos años, sus descendientes no conocen otra doctrina que la que recibieron sus mayores en los libros de aquel legislador. Que se me cite uno de cuantos formaron imperios, ó han dado leyes á las naciones, cuyo nombre y memoria haya venido hasta nosotros por una tradicion tan clara y tan seguida, ni que se haya merecido tan inalterable veneracion.

Cuando no hubiera otro fundamento para despreciar las paradojas de la incredulidad, que su imposibilidad de fijar el origen de esta tradicion, bastaria para cerrarles la boca. Pero hasta los escritores del gentilismo, que conocieron la nacion judía, la certifican, y sin hablar de muchos de sus libros que se han perdido, y que los padres citan en sus obras, los que nos han quedado bastan para acreditarla. Josefo afirma como verdad sentada, y no teme ser desmentido, que Moises vivia en tiempos anteriores á los tiempos en que la fábula supone sus dioses, sus reyes y sus héroes, por consiguiente muy anteriores á los siglos en que la historia habla de sus legisladores y de sus reyes.

—Estando aquí, me pareció que yo podía olvidar muchas especies, sobre todo el órden con que las referia; pedi licencia al padre para tomar la pluma, y hacer pequeñas notas que me las recor.

dasen. El padre me lo permitió, y estas notas son las que ahora me sirven para escribirte esta y las demas cartas; pero ¡ay Teodoro! ¡cuanto pierdes en mi resumen! ¡Qué abundancia, qué estilo, qué elocucion la de este hombre sublime! y al mismo tiempo ¡qué union, qué modestia, qué fuerza! Yo apunté lo que habia dicho hasta entonces. Me puse á escucharle de nuevo, y continuó así.

—No es ménos cierto que los libros de Moises son los mas antiguos de cuantos existen en el universo, y que han sido verdaderamente escritos por Moises mismo. Estos libros eran ya conocidos en tiempo de Antioco Epifanes, el mas implacable enemigo de la ley y de la nacion Judaica: tambien lo eran en tiempo de los primeros Ptolomeos; pues la traduccion de los Setenta los esparció por todas partes.

Tambien lo fueron de las diez tribus de Israel, cuando fueron transportados á Asiria; y fueron tan conocidos como reverenciados de los samaritanos, que los recibieron de las diez tribus separadas, y que los conservaron tan religiosamente como los judios. Todos confiesan igualmente haber recibido de Moises estos libros divinos, como una herencia preciosa, como un depósito sagrado.

Que se me explique cómo las diez tribus que se separaron de las dos, y que eran tan enemigas y zelosas de ellas, pudieron continuar respetando

los mismos libros, y viviendo bajo la misma ley, sino porque esta ley y estos libros existian ántes de su separacion, y eran mas antiguos que el cisma; pues es claro que la enemistad que el cisma produjo entre ellas, no permitia que las unas tomasen nada de las otras despues de su separacion.

Por el contrario, las unas hubieran sido testigos de la inovacion, y censores de su sacrilega osadia, si las otras se hubieran atrevido á atribuir á su legislador alguna cosa que no fuera cierta. La uniformidad de libros y creencia entre dos pueblos tan enemigos, y que con tan igual y rígido zelo respetaban todo lo que pertenecia á la ley, prueba invenciblemente que aquellos libros, que son los mismos que tenemos hoy, existian ántes de la separacion de las tribus en la nacion entera.

¿Y cómo ó por qué esta nacion adoptó y recibió en nombre de Moises unos libros, que no solo la obligaban á leyes y observancias extremamente dificiles y penosas, sino que la trataban con el mayor desprecio? Nadie ignora que en ellos se habla de aquel pueblo con deshonra y ultraje, como indócil y rebelde, como ingrato y ciego, como impío é idólatra, como que no hace lo que debe sino á fuerza de castigos, y que desde que se le deja de la mano, vuelve á caer en sus infamias; en fin, nada se dice en ellos que no deba envilecerle y avergonzarle,

Y si apesar de tantos improperios los adopta con respeto tan religioso, que no hay en el mundo ejemplo igual; y si hoy todavía conserva con el mismo estos monumentos de su deshonra é ingratiudes, ¿por qué será, sino porque se vió forzado á recibirlos por los innumerables prodigios que de órden de Dios hizo Moises á su vista para acreditar su mision?

Tampoco es posible negar la autenticidad de estos libros sin negar la historia entera del pueblo judío y todos sus monumentos. Los escritos de los profetas, los salmos de David, y los demas libros de la nacion estan fundados sobre los de Moises, como un edificio sobre sus cimientos. Todos se refieren al Pentatéuco como á un centro comun, todos son como las partes de un cuerpo indivisible, que se sostienen las unas á las otras.

Las diferentes épocas de los judíos son de la misma naturaleza que sus libros. Todas se corresponden y estan unidas con lazos indisolubles; todas presentan ó suponen una serie ordenada de hechos públicos, que á no ser verdaderos no fuera posible imaginarlos, y ménos persuadirlos á una nacion entera. En los tiempos de los jueces, de los reyes, de los pontifices, en fin, desde Moises á Jesucristo la ley ha sido citada, recibida, respetada y grabada en todos los corazones como el único fundamento de la religion y de la política de aquel pueblo.

Fuera de estos libros habia en la nacion otros monumentos imposibles de alterar, y mas propios á perpetuar la memoria de los grandes sucesos. Tales eran las fiestas, las ceremonias, y todo lo que servia al culto público. Esta era una historia viva que hablaba á los ojos de la nacion. En ella leia continuamente los prodigios de su legislador, oia la obediencia que debia á las leyes, cuya autoridad se sostenia con prodigios tan indubitables. El arca de la Alianza y la urna llena de maná eran un monumento auténtico é incontestable del alimento milagroso con que Dios los habia socorrido en el desierto.

La vara de Aaron conservada en el arca hacia ver que el soberano sacerdocio fué conferido á este pontífice y á su posteridad. Las tablas de la Alianza demostraban el establecimiento de la ley. La fiesta de pascua, que era la principal y mas augusta, recordaba la muerte de los primogénitos de Egipto, la libertad de los israelitas, y el paso del mar Rojo. La de Pentecostes conservaba la memoria de la promulgacion de la ley en el monte Sinai. Estos son hechos de que nadie duda, pues que aun los judíos de hoy los observan.

Ahora os pregunto: ¿Es posible imaginar que en medio de una grande nacion un impostor sin autoridad y sin milagros haya podido persuadir á sus contemporáneos, que han aprendido de sus

padres sucesos, de que sus padres no oyeron nunca hablar? ¿que recibieron leyes desconocidas hasta entónces? ¿que celebraban fiestas y cantaban en sus salmos maravillas que sus antepasados no supieron nunca?

¿Qué monstruos de opiniones, dice Bossuet, necesita adoptar el que quiere sacudir el yugo de la autoridad divina, y no reglar su creencia y costumbres sino por su razon pervertida! Para poder dudar que el Pentatéuco es de Moises, y si le tenemos tan entero como salió de sus manos, es preciso empezar por negar que los judíos hayan celebrado las fiestas, las ceremonias y los sacrificios que hoy mismo celebran, ó que nunca ha habido judíos; porque la existencia de esta nacion no está mas probada que la de su legislador Moises, y la de sus libros, fiestas, templos y altares.

Pero no nos detengamos en la legislacion de Moises, porque no hay quien se atreva á negarla; pasemos á examinar si estaba ó debia estar bien instruido de lo que escribia, y si ha sido fiel y verdadero en todo lo que ha escrito. No solo me será fácil probaros su instruccion y su veracidad; sino tambien que fué profeta, y que escribió inspirado por Dios.

En quanto á su instruccion es claro que no podia ignorar las tradiciones comunes y generales que ha consignado en sus libros, y que sabian to-

dos. Estas tradiciones eran recientes y casi de su tiempo. Sus primeros años coincidieron con los últimos de Abraham, y el nacimiento de este concurrió con la muerte de Noe, que habia vivido y tratado muchos siglos con Matusalen y Lamech, ambos contemporáneos de Adan. Las largas vidas de los patriarcas, y el corto número de las generaciones acercaban mucho el origen del mundo al tiempo de Moises.

Pero ni siquiera era posible que las ignorase; porque entónces todos los sucesos considerables eran públicos por los monumentos que se les consagraban. Abraham, Isaac, Jacob y los demas patriarcas habian erigido muchos para noticia de sus descendientes. Los cánticos que se cantaban en las juntas y las fiestas, eran una leccion continua que no dejaba olvidar los hechos memorables de su historia; su objeto era perpetuar la noticia y la gloria de las acciones heroicas y sublimes.

El mismo Moises indica en sus libros muchos de estos cánticos; pero se contenta con citar las primeras palabras, porque el pueblo sabia las otras. Tambien compuso dos nuevos. En el primero describió el tránsito triunfante del mar Rojo, y á los enemigos del pueblo de Dios anegados entre sus aguas: en el segundo cantó la gloria y la magnificencia del Señor, afeando al pueblo su ingratitud. Es pues evidente que estaba instruido de todos los hechos antiguos que refiere en el

Génesis; y como en los otros no refiere sino su propia historia, no podía ignorar los prodigios de que no solo fué testigo, sino tambien el instrumento.

En cuanto á su verdad confieso, que para creer los hechos que refiere, es necesario tener muchas pruebas, y de tal fuerza y energía, que no sea posible resistir á su evidencia; porque cuenta sucesos tan extraordinarios que parece no caben en la razon ni en la posibilidad: y si para dar fe á una historia ordinaria puede bastar la autoridad de un autor fidedigno, para creer la que es tan prodigiosa, sobre todo, la que debe servir de base á la religion, no basta la de muchos.

La razon debe decir cuando oye la asombrosa historia de Moises, que no la puede creer á ménos que Dios con milagros continuos no la obligue á cautivar sus propias luces por reverencia á la verdad divina: tiene derecho para decir, que si Moises quiere ser creído, es menester que Dios le anuncie como su enviado, y que autorice su mision con muchos milagros incontestablemente divinos.

Esto es precisamente lo que ha sucedido. Enviado Moises á Egipto para libertar al pueblo de Israel de aquella esclavitud, ejercitó un imperio absoluto sobre la naturaleza. Predijo que la resistencia del obstinado Faraon seia castigada, y de tal modo vencida, que este príncipe mismo lle-

no de terror seria el que daría mas prisa á los hijos de Israel para que abandonasen sus estados; que en una misma noche el ángel exterminador daría muerte á todos los primogénitos de Egipto, desde el hijo del rey hasta el del esclavo; que solo las casas de aquellos israelitas, cuyas puertas serian marcadas con la sangre del Cordero pascual, se salvarian de la cólera del cielo.

El suceso llena completamente la profecía: todo Egipto llora sus primogénitos: los hebreos son los únicos que no son comprendidos en este duelo universal: se les pide, se les ruega con porfía que reciban su libertad, y que se vayan cuanto antes para que cesen tan terribles males.

Pero el arrepentimiento sucede al terror. Faraon persigue á los israelitas, y estos se hallan entre la muerte que les presenta por delante un mar intransitable, ó la que les quiere dar por otra la numerosa caballería de Egipto que está ya cerca de alcanzarlos. Moises levanta la mano, toca al mar, y este se abre de parte á parte, dejando el paso libre á los hijos de Israel. Los egipcios intrépidos se arrojan en su seno para perseguirlos, y cuando ya estan salvos los Israelitas á la orilla opuesta, Moises ordena al mar, y este le obedece; se cierra y se traga á los Egipcios, á quienes los innumerables milagros precedentes solo habian servido para acabarlos de endurecer.

A los cincuenta dias de su salida de Egipto, y

salva ya la nacion tan á costa de milagros, llega al pié del monte Sinai. Allí fué donde Dios por el órgano de Moises les publica una ley con el aparato mas magestuoso; allí fué donde aquel santo legislador dió al pueblo las pruebas mas visibles de su comunicacion íntima con el Señor. ¡Qué maravillas no hizo á vista de todo Israel!

Algunos atrevidos forman el sacrilego proyecto de subtraerse á su autoridad, y usurpar el soberano sacerdocio. Los autores de la rebelion eran Coré, de la misma tribu de Moises, y Datan y Abiron, gefes de la tribu de Ruben, hijo mayor de Jacob. El pueblo les favorecia, y la sedicion parecia general: todo amenaza una entera subversion.

Moises quiere atajarla, y acompañado de Aaron y otros ancianos, va á las tiendas de los sediciosos, y dice al pueblo que se habia juntado: Alejaos de los sacrilegos: no toqueis á nada suyo, para que no os alcance su castigo: presto veréis que es Dios el que os habla por mi labios, y que nada hago por mí mismo. Escuchad:

Si estos rebeldes mueren como los demas hombres, no es Dios el que me envia; pero si por un prodigio sin ejemplo la tierra se abre debajo de sus piés para tragarlos vivos, y tragarse todo lo que es suyo, no dudaréis que es Dios el que castiga su rebelion y sus blasfemias. Dijo, y al instante la tierra se abre, y se los traga con sus tien-

das y todo lo que les pertenecia. Los infelices se sumergen en los abismos eternos, y la multitud aterrada con los gritos y alaridos que les oye, huye presurosa para que la tierra no los trague con ellos.

Si estos hechos y otros de la misma especie son ciertos, ¿quién podrá dudar que Moises obraba en el nombre del Señor? Y si no son ciertos, ¿cómo ha sido posible que los crean mas de seiscientas mil personas, que aquellos libres citan como testigos de vista? ¿Cómo estas mismas personas, en cuya presencia se asegura que pasaron, han instituido fiestas para celebrar y perpetuar su memoria? ¿Cómo todas ellas se sujetaron á una ley dura, incómoda y severa, que no tenia otro fundamento para probarles que era de Dios mas que la certidumbre de estos hechos?

¿Cómo el autor que los escribe se atreviera á publicarlos en tiempo en que los hebreos que cita podian desmentirle, y cuando todo el Egipto hubiera podido reirse de su falsedad? ¿Cómo las tribus de Leví y de Ruben consienten en su propio deshonor, sufriendo el que se atribuye á sus gefes, y que se engañe á la posteridad, haciéndola creer tan falso delito, y un castigo tan terrible como falso?

Y si no es verdad que por espacio de cuarenta años el celeste maná cubria todos los dias el campo de los israelitas; si no es cierto que una colum-

na de nube los cubria de día para defenderlos de los ardores del sol, y que la misma columna era luminosa de noche para alumbrarlos, ¿cómo se ha podido persuadir este doble prodigio á tantos millares de testigos?

Considerad, señor, que esos hechos no son rápidos, no pasan como relámpagos, no son de aquellos que no permiten examinarse despacio, y que pueden alucinar á espíritus ligeros y amigos de novedad; estos han durado cuarenta años continuos, eran públicos y siempre regulares; tampoco es posible sospechar ilusiones ó artificios, porque son superiores al talento y al esfuerzo humano. Así es evidente, que pues Moises los escribió eran ciertos, y que pues él mismo los predijo y ejecutó, era no solo profeta, sino que obraba inspirado por Dios.

En efecto, ¿qué otra luz que la divina le pudo descubrir cuanto nos refiere de la creación del cielo y de la tierra? ¿Quién le pudo instruir de tantos y tan grandes sucesos necesariamente anteriores á los mas antiguos monumentos que podían quedar entre los hombres? ¿Qué espíritu sino el de Dios le pudo transportar al origen de las cosas, y asociarle al privilegio de los espíritus celestes que asistieron al nacimiento del universo? Por eso empieza su historia como si fuera el Espíritu divino el que hablara: sin prefacio, sin exordio, sin exhortar á los hombres á que la crean, y

y sin dudar que sería creída. No produce mas garantías que la luz que lo ilumina, y la autoridad que se lo manda.

La historia de los siglos siguientes añade nuevos grados de certidumbre á los milagros de Moises y á la inspiración de sus libros. Después de su muerte Josué fué encargado de acabar la empresa y conducir al pueblo. No solo le sucedió en su autoridad, sino tambien recibió el mismo poder de mandar á la naturaleza. Los libros santos refieren los prodigios que hizo al paso del Jordan, los que ejecutó en Jericó, cuando derribó sus murallas, y se rindió á los israelitas, y otros muchos.

Estos prodigios estaban predichos, y se verificaron á vista de toda la nación; y para consagrar su memoria se erigieron monumentos á fin de que no los dudase la posteridad, como no los dudaban los testigos. Y este mismo Josué que hizo tantos milagros, hablaba de los de Moises como de hechos ciertos y conocidos, y respetaba la ley que publicó como una ley divina.

Los profetas posteriores que vinieron después de siglo en siglo, después de haber probado su propia misión con hechos igualmente incontestables y milagrosos, tributan á Moises los mismos respetos que Josué. Malaquías, el último de todos, termina sus profecías, su ministerio y el cánon de las antiguas escrituras con estas palabras:

„Acordaos de la ley de Moises, mi servidor, á quien dí mis órdenes en el monte Horeb.”

¿Quién, señor, es capaz no digo de destruir, pero aun de desquiciar una tradicion, una serie de hechos tan seguida, tan constante y tan respetada? ¿Quién puede romper una cadena tan eslabonada de testimonios divinos, que abraza sin interrupcion todos los tiempos? Los monumentos sagrados que forman la historia emblemática de los judíos, estan unidos, enlazados entre sí, y dependientes los unos de los otros. Los hechos mas extraordinarios que acreditaban los primeros, estan corroborados por los posteriores, que los miran como indubitables. Los milagros modernos eran hechos por los profetas, que estaban persuadidos de los milagros antiguos. Todos estos hombres divinos tienen el mismo carácter, gozan de la misma autoridad, y merecen la misma creencia que el primer legislador.

Así es preciso ó no creer nada ó creerlo todo: no es posible hacer distinciones ni dar preferencias. Un profeta solo de los últimos tiempos que se reconozca verdadero, basta para autorizar á todos sus predecesores; y un solo milagro que haya hecho, acredita todos los otros, porque no le ha podido hacer sino para probarlos.

De modo que para dudar de la divinidad de la Escritura no basta desacreditar alguno de los hechos ó atacar alguno de los milagros, sino que es

menester tener razones particulares para combatir la verdad y certidumbre de todos y cada uno de ellos; pues uno solo que quede verdadero, basta para echar por tierra todos los ratiocinios y argumentos: este solo debe probar la verdad de los demas que confirma.

Ademas, es menester que estas razones sean bastante poderosas, para que prevalezcan sobre la autoridad de una nacion que certifica lo que ha visto, sobre la tradicion constante de muchos siglos, y sobre los monumentos mas decisivos en punto de certidumbre moral. Si el incrédulo no se espanta con estas consecuencias; si se obstina en negar milagros tan sostenidos y enlazados con el culto religioso, con los usos civiles, con la constitucion política del pueblo hebreo; si no le detiene la reflexion de que es imposible dudar de su verdad, sin dudar de la existencia del mismo pueblo que los vió, los ha creído y los créa, entónces hará ver que no se puede abandonar la fe sin perder la razon.

Las innumerables profecías del Testamento Antiguo y su exacto cumplimiento, son otra prueba no ménos decisiva de que vienen de Dios; porque Dios, Criador de todas las cosas, es el único que puede regularlas. Todo está sometido á su poder, tanto la materia y los cuerpos, como las voluntades y las inteligencias. El es el único que puede hacer que todo le obedezca y sirva á sus

designios con una fuerza que supera todos los obstáculos. El solo puede conocer el porvenir, y él solo puede revelarlo á los que escoge para que sean sus órganos y sus enviados ó profetas; porque él solo conoce lo que ha resuelto de toda eternidad, y lo que debe ser ejecutado en el tiempo.

En fin, es el único que puede descorrer el velo que cubre sus impenetrables arcanos. Así, cuando un hombre anuncia desde léjos lo que todavía no existe sino en Dios, y cuando el suceso verifica la prediccion, es evidente que Dios le ha comunicado su secreto, y que le ha abierto el libro en que estan escritos sus divinos decretos.

Esto es claro, señor; y yo no acabaria, si quisiera referiros todas las profecias del Testamento Antiguo, que se cumplieron con asombrosa exactitud. Solo os apuntaré algunas. En el reinado de Ezequías, Sennaquerib, rey de Asiria, sitiaba á Jerusalem con un ejército formidable. La plaza estaba reducida á los términos mas estrechos, y todos creian que presto seria presa del vencedor; pero Isaias promete con seguridad que Dios hará perecer el ejército de los asirios (1). Esta prediccion, entonces muy inverosímil, se cumple á la letra.

El ángel del Señor en una noche quita la vida á ciento ochenta y cinco mil hombres. Sennaque-

(1) Isai. xxxvii

rib huye casi solo, sin haber sacado de su empresa mas que vergüenza y despecho, y al fin muere como Isaias lo habia predicho. Este prodigio fué tan público, que de todas partes vinieron los judíos á dar gracias á Dios, ofreciendo sacrificios en Jerusalem, y á congratularse con el profeta de la proteccion divina.

El mismo Isaias predijo otra vez, y en tiempo en que no habia la menor apariencia, las desgracias que amenazaban á Jerusalem y á la nacion entera. Predijo muchas veces, y en los términos mas precisos, la vuelta de la cautividad y la ruina de Babilonia. Lo que es mas, llamó por su nombre al que todavía no habia nacido, y que debia ser conquistador de aquella ciudad soberbia, y libertador de los judíos.

„Yo soy, dice el Omnipotente (1) por la boca „del profeta: Yo soy el que lo hago todo: el „que ejecuto los designios que he revelado á „mis enviados: el que digo á Jerusalem: Tú serás „repoblada: el que digo á las otras ciudades de „Judea: Vosotras seréis restablecidas: el que digo „á Cyro: Tú eres á quien confio mi rebaño: yo me „serviré de tí para que ejecutes mi voluntad. Es- „to digo al que hago rey, y tomo por la mano pa- „ra sujetarle las naciones: que ponga en fuga los „reyes enemigos: abro las puertas de las villas, y

(1) Isai. xlv. 24, & xlv. 1.

„quito todos los obstáculos. Yo iré delante de
 „tí. Humillaré los grandes de la tierra, romperé
 „las puertas de bronce y las barreras de hierro,
 „para que sepas que yo soy el Señor que te llamo
 „desde ahora por tu nombre.”

Despues añade: „Oigo la voz de los reyes con-
 „federados, de Cyro, rey de los persas, y de Da-
 „rio, rey de los medos, y de los pueblos que se
 „juntan. Babilonia tan magnífica y soberbia se-
 „rá destruida, como las villas impías. No será
 „habitada otra vez; jamas será reedificada. Sus
 „ruinas no servirán mas que para guarida de bes-
 „tias feroces y de serpientes. Exterminaré, dice
 „el Señor, el nombre y las ruinas de Babilonia.
 „Cubriré con un pantano el sitio que ahora ocu-
 „pa, y buscaré con cuidado hasta sus menores
 „vestigios para borrarlos.”

Ve aquí una grande y asombrosa profecía, re-
 velada á Isaias largos siglos ántes del nacimiento
 de Ciro. Todas las circunstancias estan indivi-
 dualizadas: el nombre de este príncipe, su carác-
 ter, sus calidades, sus funciones, el progreso y
 rapidez de sus conquistas, el modo con que debía
 tomar á Babilonia, y hasta la proteccion que de-
 bia dar á los judíos sus cautivos, restituyéndoles
 la libertad; y toda esta profecía tan circunstan-
 ciada se cumplió literalmente en todos sus puntos.

Joaquin reinaba despues de tres años en Jeru-
 salen. Nabucodonosor acababa de ser asociado

por su padre al imperio de la Caldea; y Jeremias,
 dirigiendo la palabra al pueblo de Judea, le predi-
 ce una ruina inmediata. Profetiza que Dios ha
 resuelto darle un castigo visible; que él y los pue-
 blos vecinos, nominadamente citados, serán suje-
 tos al rey de Babilonia.

„Porque no habeis oido mis palabras, dice el
 „Señor (1), haré venir los pueblos del Aquilon.
 „Los enviaré con mi siervo Nabucodonosor con-
 „tra esta tierra, contra sus habitadores y contra
 „las naciones que la rodean. Los haré pasar al
 „filo de la espada; haré que sean el terror y la fá-
 „bula de los demas del mundo, y haré de sus ha-
 „bitaciones una eterna soledad. Toda esta tier-
 „ra se transformará en un desierto horrible, y to-
 „das estas naciones serán sujetas al rey de Babi-
 „lonia.”

Pero no se contenta el profeta con anunciar es-
 ta grande y general desolacion de una manera tan
 precisa, sino que tambien predice la vuelta de los
 judíos á su patria, y lo que es mas, el tiempo que
 debe durar su cautiverio (2): „Cuando el tiempo
 „que habréis pasado en Babilonia se acercará á
 „setenta años, os visitaré y cumpliré la promesa
 „de volveros á vuestro pais. Pasado este térmi-
 „no de setenta años, entónces visitaré en mi có-
 „lera al mismo rey de Babilonia y á su pueblo, y

(1) Jerem. xxv. 9.

(2) Jerem. id. id.

„reduciré la tierra de los caldeos á una eterna soledad. He dado á Nabucodonosor mi siervo este pais, y los que estan en sus cercanías. Todas estas naciones se sujetarán á él, á su hijo y á su nieto, hasta que llegue el término de su reino.”

Decidme, señor, ¿si el espíritu humano por mas hábil que fuese era capaz de prever que el terrible y soberbio Nabucodonosor dirigiria sus armas contra Jerusalem? ¿que el templo seria destruido, que los vasos sagrados serian transportados y profanados, que la ciudad seria reducida á cenizas, que sus habitantes serian degollados ó hechos esclavos y conducidos á Babilonia, que los pueblos vecinos caerian igualmente en las manos del vencedor, y sobre todo, que el imperio de Babilonia y la posteridad de Nabucodonosor estaban tan cerca de su fin?

¿Quién podia prever, y ménos asegurar futuros tan contingentes? Y observad la infinita diferencia que hay entre las tímidas conjeturas de los hombres sobre los acontecimientos venideros, y la firmeza de las profecías, y ella manifiesta la certidumbre de la ciencia de Dios, y la fuerza de su poder.

En efecto estas predicciones eran tan claras y tan circunstanciadas, que los gentiles mismos que no las conocieron sino despues de su cumplimiento, se quedaron asombrados; y para eludir las con-

secuencias, se vieron en la necesidad de decir, que se habian hecho posteriormente á los sucesos. Pero los judíos que guardaban religiosamente los libros que las contenian, desmintieron aquella calumnia, y con esta contrariedad unos y otros sin quererlo ni saberlo, servian á la religion.

Los gentiles decian: Las profecías son tan positivas y precisas, que si fueran anteriores debian quitar toda duda. Los judíos decian: Isaías, Jeremías, Daniel y los demas publicaron de viva voz los oráculos que despues recogieron ellos mismos en los libros que corren en su nombre: el respeto antiguo y constante de nuestros padres hacia estos sagrados monumentos no permite la menor sospecha de alteracion ó de infidelidad; es pues indubitable que los iluminó una luz sobrenatural, y que fueron embajadores de Dios, para predicar estas verdades á los hombres.

Examinemos ahora estos libros en ellos mismos. La doctrina contenida en el Viejo Testamento manifiesta que no puede venir sino de Dios. Transportaos, señor, con la imaginacion al tiempo en que Moises y los demas profetas instruian al pueblo de Israel, y al mismo paso echad una ojeada á todos los otros pueblos de la tierra: ¿qué es lo que veréis en ellos, comprendiendo las naciones mas célebres, y que mas se aventajaron en luces y conocimientos?

El culto supremo indignamente tributado á vi-

les criaturas, el pudor prostituido hasta en los templos, la sangre humana inundando los altares, la razon natural degradada con opiniones tan saerilegas como absurdas, la naturaleza y la humanidad ultrajadas con los excesos mas vergonzosos. ¿Qué era el pueblo en materias de religion? Ignorante, estúpido y supersticioso, ¿Qué eran los filósofos? Igualmente ignorantes; pero mas culpados, porque eran mas orgullosos. En fin, toda la tierra estaba sumergida en espesas tinieblas, y no se divisaba un rayo de luz en tan profunda obscuridad.

En medio de este diluvio general de vicios y de errores se levanta en un rincón del mundo un pueblo grosero, que de repente manifiesta las ideas mas altas y sublimes de la Divinidad: un pueblo, que sobre el origen del mundo, sobre la naturaleza del hombre, su destino futuro, la virtud, la recompensa que le está prometida, y en fin, sobre la necesidad de un culto interior y espiritual sabe lo que ignora la filosofía de los mas sabios y célebres gentiles.

¿Dónde, pues, aprendieron los hebreos estas ocultas y elevadas verdades? ¿Quién les ha descubierto arcanos tan escondidos á los demas hombres á pesar de su utilidad y de su importancia? ¿Cómo una nacion tan inferior á las demas en las obras, artes y ciencias, pudo ser tan superior en los asuntos mas sublimes de religion? La causa

de esta ventaja es conocida; todo lo debió á los libros de Moises. ¿Pero quién sacó á Moises de la estúpida grosería, de que no pudo salir ninguno de los legisladores profanos? Quién podia ser sino es Dios, que se manifestó á este grande hombre, y le hizo depositario, órgano y ministro de su revelacion.

En efecto, no solo es el primero que nos descubrió la naturaleza y perfeccion del ser supremo, la excelencia del hombre, la inocencia y la gloria de su primer estado, la obediencia y gratitud que debe á su Criador, y el interes que tiene en serle fiel para ser feliz; sino que tambien nos instruye, de que nuestro primer padre abusó de estos beneficios, que fué infractor de la ley divina, que fué proscripto, y que en esta proscricion quedó envuelta su posteridad heredera de su corrupcion y de sus desgracias.

Sin la luz de la revelacion jamas hubieran podido conocer los hombres que nacen culpados; pero ¿cuánto interes tienen en conocer esta verdad! ¿Cómo sin este conocimiento, y en medio de tantas tinieblas y pasiones hubiéramos podido discernir ni les dones de Dios que hemos perdido, ni los que nos quedan? ¿Cómo hubiéramos podido conciliar la grandeza y nobleza de nuestro corazon con las continuas ruindades y flaquezas que sentimos? ¿Cómo hubiéramos podido explicar una elevacion que aspira hasta una felicidad infi-

nita y eterna, y una bajeza que renuncia destinos tan altos por los mas viles objetos?

El hombre ántes de saber la revolucion de su primer estado era para sí mismo un abismo profundo, un enigma incomprendible, un misterio impenetrable; quanto mas se aplicaba á conocerse, tanto ménos podia concebirse. Le parecia estar desterrado, y no sabia la causa; se sentia castigado, y no conocia su delito; deseaba restablecer el órden y la paz en sus sentidos, y no alcanzaba la causa por qué no podia hacerse obedecer.

Pero todo lo alcanza, todo lo entiende desde que sabe que el estado en que se halla no es aquel en que el hombre salió de las manos de Dios, y que la degradacion de su ser es la pena de su desobediencia. Ya no le espanta que se vea en la miseria un vasallo rebelde y desgraciado; ya comprende de dónde le viene su elevacion y su bajeza; y aunque llora sobre sus propias ruinas, y sufre sus estragos, no puede dejar de admirar los preciosos restos de su primer grandeza.

Es verdad, señor, que este es un grande y profundo misterio, y que el modo con que Adan pudo infestar á su posteridad es un secreto, que no puede penetrar nuestra inteligencia. De esto hablaremos despues, y ahora no os lo propongo sino para haceros conocer, que aunque la razon humana no descubre la justicia con que sus descendientes pudieron ser culpados, ántes de poder

abusar de su libertad, debe á lo ménos comprender, que una verdad tan profunda, tan extraña, tan contraria á nuestras ideas, no ha podido salir de la imaginacion de ningun hombre; que solo puede venir de la revelacion, y que no hubiera hallado creencia en la tierra, si no estuviera sostenida por la revelacion que apoyada ella misma por las pruebas mas evidentes obliga á que creamos todo lo que nos dice.

Pero para que esta verdad nos pudiese ser útil, era menester que la acompañase otra: de nada nos sirviera conocer la causa de nuestra desgracia, si no conociéramos el remedio. Y esto es lo que hacen las santas Escrituras; pues como os he dicho, al mismo tiempo que nos muestran el abismo en que arrojó á sus hijos el primer prevaricador, nos anuncian el Mediador ó Redentor que debia reparar aquel daño; nos anuncian que Dios por una misericordia digna de su grandeza, quiere restablecernos en nuestra antigua gloria; y nos muestran de léjos al Libertador, que hará cesar la maldicion pronunciada contra la raza delincuente.

Estas son las palabras que os cité al principio, y que para consolar á Adan pronunció Dios contra la serpiente, intimando al seductor su maldicion eterna. En su breve contexto se encierran grandes cosas. Predicen que de una muger bendita entre todas nacerá un hijo, que tendrá la naturaleza del primer hombre sin tener su corrup-

cion; que este hijo será el gefe y el padre de una nueva, santa y feliz posteridad; que no solo será justo, inocente, y de una clase separada de los pecadores, sino el autor de la inocencia, y el principio ó raíz de la justicia; que romperá la cabeza de la serpiente, que arruinará su imperio y destruirá su poder por medios que no podrán comprender ni los hombres ni el mismo tentador; porque no obtendrá la victoria con lo que en él parece fuerte, sino con lo que parezca débil; esto es con la carne, con sus ultrajes, con sus dolores y muerte; pues estos serán los instrumentos con que aplastará á la serpiente, y con que quitará toda la fuerza á su malignidad.

Y ved aquí como la religion al tiempo que nos humilla, nos consuela. Si nos hace conocer la miseria de nuestro origen, nos descubre un remedio poderoso: si nos aflige con la idea de nacer desagradables á los ojos de Dios, nos tranquiliza mostrándonos en los méritos de un Redentor la esperanza de la reconciliacion, y el principio de la penitencia.

¡Y qué prueba mayor de la inspiracion de la Escritura y de la verdad de la religion! Considerad, os repito, señor, si es posible que un hombre inventase una idea tan nueva y tan extraña como la del pecado original, que imaginase un Redentor, si aquel pecado no le hubiera hecho necesario; y qué impostor se hubiera atrevido

á fundar una religion sobre una promesa tan superior á todas las ideas, y á todos los esfuerzos del poder humano, si no lo asegurará la palabra de Dios?

Así es, señor. La promesa era suya; pero no debia cumplirse sino despues de muchos siglos. Era menester que el género humano conociese el exceso de sus males, la gravedad de sus daños, su corrupcion y sus tinieblas; era menester que una dilatada experiencia le enseñase, que ni la naturaleza con sus esfuerzos, ni la ley con sus ceremonias, ni la filosofia con su orgullo podian liberrar al hombre de la esclavitud del pecado, y ponerle en las sendas de la justicia; era menester que una larga esperanza, y una grande paciencia le hiciesen sentir todo el precio de su libertad.

Con estos altos y elevados designios Dios ordenó todos los sucesos de la tierra desde la caída de Adán hasta la venida del Libertador. Veamos rápidamente lo que nos dice la Escritura de estas edades primitivas del mundo, y verémos como en un magnífico espetáculo la omnipotencia del Señor en el gobierno de sus criaturas, su fidelidad en la execucion de sus promesas, y su independencia soberana en la distribucion de su justicia y de su misericordia.

Ya hemos visto que los descendientes de Adán, envilecidos y degradados por la desobediencia de su padre, apenas pudieron multiplicarse sin au-

mentar sus desórdenes y vicios; pero que en medio de esta depravacion universal, Dios se habia reservado algunos adoradores fieles. Tal fué Abel, cuyas ofrendas y sacrificios aceptaba grato el Señor, y que fué víctima de la envidia de Cain.

Dios dió despues á Adan un hijo nuevo, llamado Seth, y su descendencia heredera de su fe y de sus virtudes formó un pueblo particular, que mereció que la Escritura le haya dado el augusto nombre de *Hijo de Dios*. Pero despues llenándose la tierra de mas delitos y de mas delincuentes, aun estos hijos de Dios se corrompieron, se aliaron con los hijos de los hombres, esto es, con las naciones que desde el principio se habian pervertido, y la pena de esta prevaricacion fué el olvido de Dios, de sus promesas, y el de su Mesias ó Redentor.

Este contagio iba á cundir por todo el universo; pero Dios siempre misericordioso llama á Abraham y le destina para padre de un pueblo que conservase su culto y la memoria del Libertador que ha prometido. Abraham, su hijo Isaac y su nieto Jacob eran pastores que vivian en tiendas, y separados de las demas naciones: los tres fueron sucesivamente encargados de este depósito precioso. Sus descendientes cautivos y maltratados en Egipto no salen de aquella esclavitud sino por los grandes milagros de Moises, y vagan cuarenta años en el desierto.

Allí reciben la ley, y con esta muchas señales, muchas figuras para perpetuar su fe y animar nuevamente sus deseos. La promesa que al principio fué general, y que se habia determinado á la tribu de Judá, se fija en la familia de Isaí, y entre los hijos de este elige Dios á David, el último de todos, para que sea padre del Deseado de las naciones. Desde aquel momento los profetas no parecen ocupados mas que en su nacimiento, en sus misterios y su sacrificio; de modo que desde entónces él solo es el grande, el unico objeto de la religion judaica. A él únicamente se refiere todo el gobierno del universo, y toda la economía de la antigua alianza.

¿Quién sino Dios podia concebir designio tan magnifico? ¿Qué otra mano podia dibujar el plan de tan grande diseño? ¿Quién era capaz de unir tan estrechamente todas sus partes, de poner en ellas tanta armonía y unidad, de hacer que entren en ella todos los sucesos, de dar á cada una de las causas que concurren el grado de influencia necesario para el logro de todas, de arreglar las leyes de la naturaleza, para que contribuyan al acierto de asociar todas las naciones, y de separar una para darla la parte principal, y conducir la á este fin por espacio de cuarenta siglos?

El espíritu de Dios muestra á Jacob el destino futuro de sus hijos, y le revela que el Mesias saldrá de la tribu de Judá. Jacob, hablando con es-

te le dice (1): „Judá, tus hermanos te alabarán:
„tu mano se sentará sobre el cuello de tus enemi-
„gos: los hijos de tu padre se postrarán á tus piés:
„el cetro no saldrá de Judá, y habrá siempre con-
„ductores del pueblo nacidos de su estirpe has-
„ta que llegue el Enviado que aguardan las na-
„ciones.”

Observad que en esta profecía hay dos cosas igualmente ciertas. La una es que Jacob habla de aquel que habia sido prometido á Abraham, á Isaac, y á él mismo: de aquel que debia ser intérprete de las voluntades del Señor, fruto de sus promesas, y causa de bendicion para todos los pueblos; en fin, del Mesías que es el único que podia ser caracterizado por aquellas señales, y en especial por el incomunicable y augusto nombre de Deseado de las naciones.

La otra es que los judíos siempre han entendido así esta profecía; y así no se puede dudar que Judá fué escogido para ser el heredero de la promesa que debia tener el primer lugar entre sus hermanos, y que su tribu debia gobernar hasta la venida del Mesías. La historia justificó completamente la prediccion; pues despues de la bendicion de Jacob la tribu de Judá siempre conservó estas prerogativas.

Las diez tribus cismáticas se dispersan, se di-

(1) Genes. xlix. 8. 9. 10.

viden, se separan, y son transportadas para siempre de su patria. La de Judá jamas se divide, en el cautiverio mismo se mantiene unida, y se conserva entera, y cuando llega el momento que la Providencia habia señalado para recobrar su libertad, y que los profetas habian anunciado, vuelve á su antigua herencia como un cuerpo formado y conducido por Zorobabel, y vuelve mas dominante, mas célebre y mas ilustre que nunca.

De ella salen los magistrados, los senadores, y de ella misma su nombre á toda la nacion. Alejandro destruye la vasta monarquía de los persas que habian destruido el imperio de Babilonia. Los romanos conquistan los reinos que se formaron con los restos de la monarquía de los griegos, y solo la república judía se mantiene firme, y no titubea en medio de tan espantosas convulsiones.

Pero al fin llega su hora, y Dios que hasta entonces habia velado por su conservacion, quiere ya su exterminio. Tito se acerca á la frente de las águilas romanas, combate á Jerusalem y la toma. Judá pierde su templo, sus ciudades, su libertad, y hasta la posibilidad de formar ya un cuerpo visible. Queda tan dispersa, tan desmembrada como quedaron las diez tribus, y tampoco tiene gefes ni autoridad.

El profeta habia predicho todas estas desgracias, y los judíos las padecen todavia; pero tam-

bien habia dicho que estas desgracias no acontecerian sino en los tiempos en que debia llegar el Mesias. Asi es menester querer cegarse para no conocer, que pues ha ya mas de mil y setecientos años que Jerusalem fué destruida, y que la tribu de Judá está dispersa, sin templo ni autoridad ni gefes, ha otro tanto que nos ha venido el Mesias: y comparando la historia con las profecias, considerando de dónde ha venido á las naciones el conocimiento del verdadero Dios, y los demas efectos de la bendicion prometida, es tan evidente que Jesucristo es el Mesias, como es evidente que el Mesias vino ántes de la destruccion de Jerusalem, y ántes de la dispersion de la tribu de Judá.

La célebre profecía de Daniel no es ménos clara ni ménos precisa. El santo Profeta suspiraba porque llegase el término de setenta años que debia ser el del cautiverio de su pueblo y el recobro de su libertad; pero Dios le revela que en otro cierto número de años dará á aquel pueblo otra libertad incomparablemente mas preciosa.

„Yo estaba en oracion, dice Daniel, cuando el ángel Gabriel me habló de esta manera (1): El tiempo de setenta semanas es el que se ha fijado á tu pueblo y á tu ciudad santa, para que cese la prevaricacion, se acabe el pecado, se expie la iniquidad, para que la eterna justicia le suceda,

(1) Dan. ix. 21.

„que la revelacion y la profecía se cumplan, y que sea ungido el Santo de los santos. Sabe, pues, y compréndelo bien, que desde el dia que se dará la órden de reedificar á Jerusalem hasta el tiempo en que parecerá el Rey, que es Cristo, pasarán siete semanas, y setenta y dos semanas.” Todos saben que en el estilo de la Escritura las semanas no son de dias sino de años, como son las de Ezequiel, y como mucho tiempo ántes las habia nombrado Moises en el Levítico.

El profeta continúa: „Las plazas de Jerusalem y sus murallas serán, pues, fabricadas de nuevo, y despues de las setenta y dos semanas el Cristo será entregado á la muerte, sin que nadie se declare por él. El pueblo, que tendrá por gefe al príncipe que debe venir, destruirá la ciudad y el santuario. Su fin parecerá al de las cosas que se sumergen, y la guerra no se acabará sino por una entera desolacion, cuyo tiempo está fijado. El Cristo hará una firme alianza con muchos en una semana. En medio de esta semana hará cesar el sacrificio y la oblacion; se verán al rededor de la ciudad las abominaciones y la desolacion, y hasta la ruina total que ya está resuelta, se añadirá desolacion á desolacion.”

No es dable profecía mas clara y luminosa del Mesias. En ella está llamado por su nombre, y distinguido con sus títulos mas augustos: él solo es el Rey y el Cristo por excelencia, el Santo de

los santos, y la santidad misma, el autor y principio de la justicia: él solo es la verdad, el tipo de todas las figuras, y el cumplimiento de cuanto ha sido revelado á los profetas; él solo puede lavar las iniquidades que han manchado la tierra: él solo es la víctima capaz de expiar el pecado: él solo puede ser autor y pontífice de una nueva alianza, hacer cesar los antiguos sacrificios como insuficientes y estériles, y sustituirles un sacrificio único, una hostia eterna de infinito precio.

El profeta tambien anuncia que este mismo Cristo, que debe hacer cosas tan relevantes, será entregado á la muerte, y que el pueblo que le desconocerá dejará de ser su pueblo. Así para que la profecía se verifique, es menester que el Mesías sea condenado por el consejo de su nacion, y que por una ceguedad general Israel su pueblo le desconozca; es menester que su reino sea sin pompa, sin la decoracion exterior que de ordinario distingue á los reyes de la tierra.

El profeta añade: que el Mesías viene á reconciliar con Dios á los hombres, y que estos le condenarán á la muerte. Es, pues, consiguiente que en los designios de Dios su muerte sea el medio de expiar los pecados, y de producir esta reconciliacion. ¿Cómo, pues, con tanta luz han podido desconocer á Jesucristo los mismos que cumplieron esta profecía, los mismos á quienes su propio delito le hacia tan visible?

Los hechos son tan evidentes y constantes, que llegan hasta nosotros, y hoy subsisten los monumentos que prueban su verdad. Por ejemplo, Jerusalem fué ciertamente destruida por los romanos mandados por Tito; el templo fué arruinado hasta sus cimientos y convertido en cenizas. Solos estos hechos, estos espectáculos terribles, pasados ya cerca de diez y ocho siglos, cuyas ruinas existen todavía, son una demostracion invencible de que ya vino el Cristo; pues la ruina del templo y de Jerusalem debian ser en castigo de la muerte del Mesías, y hace tanto tiempo que estan uno y otro arruinados.

Ni es ménos visible que Jesucristo condenado por el consejo de la nacion y crucificado, era el Mesías que anunciaron los profetas, y aquel de quien hablaba Daniel en esta profecía; pues es indisputable que poco tiempo despues de su muerte el ejército romano destruyó á Jerusalem y quemó su templo, y que el mismo Daniel habia profetizado esta terrible y subsistente desolacion, como justo castigo de la incredulidad de los judios. Ve aquí sus palabras.

Despues de la muerte del Mesías y en castigo de tan enorme atentado, un pueblo conducido por su príncipe destruirá la ciudad y el santuario, y esta desolacion se parecerá á las cosas que se surgen: esta es la profecía; y la historia unánime refiere: Que despues de la muerte de Jesucristo

Los romanos conducidos por Tito arruinaron á Jerusalem, y quemaron su templo; que hicieron perecer por la espada ó la hambre la mayor parte de sus habitadores; que la venganza del cielo persiguió á esta infeliz nacion, y que sus tristes restos fueron transportados á los confines de la tierra.

De modo que todos los profetas habian predicho, y todos los judíos habian creído que el Mesías debia venir ántes de la ruina de Jerusalem, ántes de la destruccion del templo, ántes que se acabaran los sacrificios y el culto público. Esto es evidente, y tambien lo es que ha ya cerca de mil y ochocientos años que Jerusalem fué arruinada, que el templo fué destruido, que los sacrificios cesaron, que el culto público fué interrumpido, y que la posteridad de Jacob sufre la maldicion del cielo; pues no hay mas que abrir los ojos para ver su dispersion, sus calamidades y la verificacion de las amenazas que se le hicieron. Todas son, pues, pruebas públicas, monumentos subsistentes de que Jesus era el Mesías, y de que fué desconocido y condenado por su pueblo.

Parece que no cabe profecía mas clara que la de Daniel; pues todavía lo es mas la de Ageo. Despues que los judíos volvieron de su cautiverio, se les dió libertad para reedificar el templo, y empezaron á fundar los cimientos. Los que en su primera edad habian visto el primero, viendo lo léjos que estaba de su magnificencia, se angustian

y afligen; pero el profeta Ageo, á quien Dios revela lo que ha de suceder, publica la gloria del nuevo, prefiriéndole sin comparacion al antiguo.

„Valor, les dice (1): valor, Zorobabel; tú tambien, Gran Sacrificador y todo el pueblo, valor. „No temais, porque ve aquí lo que dice el Señor „Dios de los ejércitos: En breve conmoveré el „cielo, la tierra y el mar. Agitaré todas las naciones, y el Deseado de los pueblos vendrá; llenaré de gloria este segundo templo, dice el Señor; míos son todo el oro y la plata. La gloria „de este segundo templo sobrepujará la del primero, y en él daré la paz.”

Es claro que para que esta profecía se verificase, era indispensable que se cumpliese ántes que el segundo templo fuese quemado por los romanos. Es claro tambien que este templo ya no existe, y que muchos siglos ha que estan borrados hasta sus menores vestigios: es, pues, indubitable que la profecía está cumplida. ¿Y cómo ha podido cumplirse? ¿cómo ha sido posible que la gloria de este segundo templo sobrepujase la del primero?

Nadie ignora que este habia apurado las riquezas de David y de Salomon, que el mismo Dios habia dado el plan, y que se ejecutó con grandeza y magnificencia, y que el fuego del cielo consumió

(1) Agg. xx. 25.

las primeras víctimas que se ofrecieron sobre el altar. Todo esto es mucha gloria; y si el segundo templo no ha sido glorificado con la presencia del Mesías, ¿cómo ha podido sobrepujarla? Si la verdad en persona no vino á manifestarse en él á los hombres, y dar fin á las figuras, ¿en qué puede serle comparado?

Por otra parte, ¿quién es el Descado de las naciones? ¿Quién sino el Mesías puede remediar sus necesidades y satisfacer sus esperanzas? Despues de todo Ageo dice positivamente que vendrá al templo que fabrica Zorobabel, y que esto es lo que le dará tanta gloria. Si la profecía es cierta, es indispensable que haya venido, pues el templo ya está aniquilado. Ahora pregunto: Si ha venido, ¿quién puede ser sino Jesucristo, que estuvo en él, y despues de cuya muerte fué inmediatamente destruido?

La conversion de los gentiles es otra prueba palpable y subsistente tanto de la venida del Mesías, como de que Jesucristo es el mismo Mesías. Escuchad esto, señor: Nada ha sido profetizado tantas veces ni con tanta claridad como esta conversion futura, y la vocación de los gentiles al conocimiento de la verdad. Toda la Escritura parece ocupada en prepararnos á este grande acontecimiento, y era sin duda uno de los mayores prodigios que podia hacer el Omnipotente, el mas capaz de manifestar su bondad, y el mas digno de

su poder, haciendo ver que todos los corazones estan en su mano, que los muda cuando quiere, que dirige sus movimientos, y que ejerce sobre ellos un imperio soberano.

Pero este prodigio estaba reservado al Mesías. El privilegio de su nacimiento, el efecto de su palabra, y el fruto de su mision debian ser el disipar con el esplendor de su luz las tinieblas que cubrian el universo, y hacer de los judíos y gentiles un pueblo y una Iglesia. Por eso el Señor dirigiéndole la palabra, le dice (1):

„Yo te he establecido para ser Mediador de la
„alianza del pueblo y la luz de las naciones: para
„que abras los ojos de los ciegos; para que des li-
„bertad á los que estan atados con cadenas, y que
„saques de prision á los que yacen en tinieblas.....
„y no me basta que restablezcas las tribus de Ju-
„dá, y me conduzcas los que me he reservado en
„Israel. Yo te envio tambien para ser la luz de
„las naciones; pues por tí salvaré todos los pue-
„blos hasta los confines de la tierra.”

Es imposible explicarse mas claramente. El Mesías debe iluminar la tierra, enseñar á los pueblos la justicia, librarlos de las tinieblas y del cautiverio á que su seductor los habia reducido: así para saber si el Mesías hs venido ó no, no es menester otra cosa que echar los ojos sobre una gran

(1) Isaf. XLII. & XLIX.

parte de esta tierra, que ántes estaba sumergida en la idolatría mas grosera. Y pues muchas de las naciones ántes mas entorpecidas, no adoran ya mas que al Dios verdadero, y otras de las que pasaban por las mas cultas, como los griegos, romanos, egipcios y caldeos, han abandonado sus ídolos despues de tanto tiempo, es claro que el oráculo se ha cumplido, y que la conversion de los gentiles, que solo se prometió al Mesías, es á un mismo tiempo fruto y prueba de su venida.

Añadid á esto, que las mismas profecías advierten que el Mesías no hará esta revolucion por sí mismo, á causa de que la salud de los pueblos y la luz que ha de iluminarlos, debe ser el fruto de su muerte. La innumerable y eterna posteridad que se le promete, es la recompensa de su obediencia y de su sacrificio. El solo debe enviar sus discípulos por toda la tierra para purificarla, para consagrarla á Dios, y escoger en ellas sacerdotes y levitas que le ofrezcan un sacrificio nuevo, y hagan conocer que el sacerdocio de Aaron y el antiguo ministerio quedan abolidos. Escuchad lo que añade el Señor.

„Tú llamarás naciones que no te conocian. Los „pueblos que no te habian visto irán á tí, porque „Dios te ha cubierto de gloria. . . . Y el mismo „Mesías dice: Llegará el tiempo en que juntaré „los pueblos de todas las lenguas (1); vendrán, y

(1) Isai. Lxvi. 18. 413.

„verán mi gloria. Escogeré entre los hombres „que se hayan escapado de la incredulidad gene- „ral, algunos que marcaré con una señal particu- „lar, y los enviaré á las naciones que estan mas „allá del mar en Africa, en Lidia, en Italia, en „Grecia, en las islas mas lejanas: los enviaré á los „que nunca oyeron hablar de mí, ni han podido „ver mi gloria. Estos enviados la harán cono- „cer á esas naciones, y sacarán de en medio de „ellas á los que serán vuestros hermanos, ofre- „ciéndose á Dios como una oblacion santa, y yo „haré de ellos sacerdotes y levitas.”

Es claro, pues, por estas profecías que el Mesías no debia hacer estas maravillas por sí mismo sino por sus enviados; y habiéndolas hecho Jesuchisto por sus apóstoles, no se puede concebir la ceguedad de los que no quieren reconocer la conformidad de los hechos con los oráculos divinos.

Pero aun hay mas. Porque ha mas de mil y ochocientos años que Dios ha dispuesto que no se ejercite públicamente la ley de Moises, solo para hacer ver que el Mesías, que era su único objeto, ya ha venido, y la ha terminado. Los profetas tambien habian predicho que el Mesías aboliria la ley, y la sustituiria una alianza mas perfecta, un sacerdocio diferente, un sacrificio nuevo.

Si estas profecías no estan cumplidas, que nos diga el judío ¿en dónde sacrifica? ¿Cómo no ve que desde que Dios arruinó la ciudad, que era el

único centro de su religion; desde que destruyó el templo, en que solamente queria recibir aquellos sacrificios; desde que dispersó al pueblo depositario de aquel culto, y desde que le desterró para siempre de aquella region, puso obstáculos insuperables al ejercicio de esta ley?

¿Cómo no ve que Dios léjos de aprobar ahora y proteger aquel culto, le hace impracticable, y que el sacerdocio de Aaron y la sangre de los animales han cedido su lugar á otro sacerdocio mas excelente y á otra víctima mas pura? ¿Que la Eucaristia es hoy el sacrificio único, pero universal de todas las naciones; que los templos que santifica se han levantado en todo el universo, y que son una prueba visible de que el nombre de Dios es ya grande y terrible en todos los confines de la tierra?

Las profecías que aseguraban que despues de la venida del Mesías el templo de Jerusalem seria destruido, y jamas se volvería á reedificar, eran tan claras, y estaban tan extendidas, que nadie las ignoraba. Por eso los enemigos de los cristianos, despues de la muerte de Jesus y de la destruccion del templo, intentaron muchas veces reedificarle, persuadidos que si lo lograban, este hecho solo demostraba que Jesucristo no era el Mesías. Pero ninguno lo emprendió con tanto esfuerzo ni con intencion tan maligna como el apóstata Juliano.

Este emperador habia declarado una guerra abierta al Salvador, y mas astuto y encarnizado que ninguno, se imaginó que era bastante poderoso para desmentir las profecías, ó para hacer ver que no se podian aplicar á Jesucristo, si lograba reedificar otra vez el templo. Pensó que nadie se lo podia estorbar; pues dueño del imperio no habia quien pudiese oponerse á su designio.

Con este deseo, y para multiplicar los medios, excita á los judíos á que reedifiquen el templo, prometiendo acudirles con todas las fuerzas y los tesoros del imperio. Los judíos alentados con tan alta proteccion, vienen de todas partes, no excusan gastos ni preparativos, y empiezan por arrancar los cimientos antiguos para reedificarle sobre otros nuevos. Con esto acaban de verificar el oráculo de Jesucristo, que habia dicho no quedaria piedra sobre piedra.

Pero Dios, que se habia querido servir hasta allí de los judíos para verificar sus profecías, no les permite pasar mas adelante. Apenas empiezan á poner las primeras piedras, cuando la tierra indignada las arroja de su seno; un fuego, cuya actividad parecia dirigida por la divina mano, devora los trabajadores, los instrumentos y los materiales; su violencia es tan terrible y tan perseverante, que al fin triunfa de la obstinacion de los judíos y del maligno empeño del emperador. Este milagroso suceso fué tan público y notorio,

que no solo le refieren los historiadores cristianos, sino tambien los gentiles, y entre otros Amiano Marcelino. El hecho es que hasta ahora no se ha reedificado. El estado tambien en que hoy vemos á los judíos despues de tantos siglos, es prueba no ménos clara de que las profecias se han cumplido. Y si no que se explique ¿por qué un pueblo tan antiguo y tan favorecido de Dios hasta obtener el nombre de hijo suyo; por qué un pueblo unido con él por la mas estrecha alianza, y tan lleno de bienes y gloria perdió de repente todos sus privilegios? ¿Por qué quedó exheredado, proscripto, despreciado, y lo que es mas, por qué todos han creído que era digno de serlo?

El profeta Oseas, que no se contentó con predecirle sus desgracias, sino que le explicó los motivos, responde (1): Que es por haber desconocido al Cristo, por no haberse querido someter á su Rey, al verdadero David; sin embargo, añade el profeta, ellos le buscarán un dia, adorarán las humillaciones que han despreciado, se postrarán á los piés de su cruz, y temblarán en su presencia como en la de la magestad de su Padre.

De modo que es imposible decidir si debe admirarnos mas la profunda sabiduría de Dios en los designios de justicia ó de misericordia que excita á nuestra vista sucesivamente con su pueblo, ó la

(1) Ose. iii. 4. 5.

luz de los profetas que vieron ántes de los sucesos tantas circunstancias tan difíciles de preveer y tan inverosímiles.

Pero debe asombrar mas que entre tantos medios como Dios tenia para castigar esta nacion, haya escogido el de dispersarla por la tierra. Esto parece contener un alto designio, y que entra en el plan general de su providencia. Porque queriendo establecer la verdad de la religion sobre fundamentos indestructibles y siempre subsistentes, era menester que los judíos subsistiesen, para que su misma dispersion y ceguedad probase la certidumbre de nuestra fe. Porque si todos se hubieran convertido, serian testigos sospechosos; y si Dios los hubiera exterminado á todos, no hubiera testigos.

Observad, señor, que el pueblo judío era depositario de los santos libros que contienen las promesas del Mesías, y que por eso era menester que estuviera reunido en un cuerpo visible sin confundirse con los otros, hasta que se acabasen de escribir estos libros, y que todos los reconociesen por divinos, y que la venida del Redentor hubiese verificado sus promesas.

Pero desde que todo esto se cumplió, ya era conveniente que se dispersasen los judíos por toda la tierra para llevar á todas partes estos libros, para que en todas mostrasen el respeto y veneracion con que los miran, y para que los gentiles

recibiéndolos de manos tan poco sospechosas, hallasen en ellos las pruebas incontestables de que el Mesías que les anunciaban los cristianos, era el mismo de quien habian profetizado aquellos libros. De esta manera el cristianismo hallaba en todas partes testigos, y testigos sin tacha, presentados por sus mayores enemigos, que á su pesar comprobaban las profecías, y mostraban en el espectáculo de su castigo profetizado otra nueva prueba de su cumplimiento. Así servian de muchos modos á la demostracion del Evangelio.

Su conservacion no era ménos necesaria á los designios de Dios, y acaso era mas propia á manifestar su poder. Porque ¿dónde estan ahora tantos pueblos, que fueron en otros tiempos tan famosos? ¿Qué se han hecho esas vastas y opulentas monarquías de los asirios, caldeos, persas y medos? Dios se sirvió de ellas para la ejecucion de sus designios; pero desde que estos terminaron, desaparecieron de la tierra. ¿Quién puede distinguir hoy los antiguos romanos de los barbaros que inundaron la Italia? ¿los originarios españoles de los godos que los conquistaron? ¿Quién del oriente al poniente podria asegurar que una sola familia es *indígena* ó nativa del país? Así es que el tiempo se ha tragado todas las generaciones, todos los imperios; que todo ha mudado de aspecto, todo se ha mezclado y confundido, sin que las riquezas, ni el poder ni las ar-

mas hayan podido preservar á las naciones mas poderosas, y solo el pobre y pequeño pueblo judío se ha preservado de una subversion tan general. Los judíos de hoy son lo mismo que eran. Ellos conocen todavía y distinguen su ascendencia, suben hasta Abraham, y descienden sin interrupcion de los patriarcas. Todas sus desgracias y calamidades no solo no han podido romper, pero ni siquiera han escondido esta cadena, que los une entre sí, y que los tiene siempre separados de los otros pueblos en que viven, y que los miran con desprecio y asco.

Es imposible padecer mayores miserias, desprecio mas general; experimentar mas odio y vejaciones, que las que sufren de las naciones que los sojuzgan, y á pesar de tantos obstáculos humanos subsisten todavía. Parecen pequeños arroyuelos que atraviesan el anchuroso y profundo mar de las naciones, sin haber interrumpido su curso en tantos siglos, ni mezclado sus aguas con las del piélago que las recibe.

¿Pero cómo un pueblo tan corto, y que ya no consiste sino en familias particulares, ha podido conservarse intacto, sin tener ninguno de los medios que tenian, y con que no se han podido salvar tantas naciones poderosas? ¿Cómo no estando él incorporado en ellas sino como un agregado miserable, que se sufre con pena, ha podido resistir á los embates que las han destruido? ¿Y

cómo, en fin, ha salido de bajo las ruinas de todas para asombrar al universo?

Es menester querer cegarse para no ver en este estado no natural de los judíos una mano invisible y poderosa que los muestra á la tierra en señal de su cólera, que á pesar de ella los sostiene contra el odio público sin hacerle cesar, para que sean monumento vivo del cumplimiento de las profecías; y que, en fin, los conserva para la instruccion y el ejemplo de todas las naciones, sin que ellos se aprovechen de la proteccion de Dios y su paciencia.

Este prodigio parece mayor cuando se considera que fué profetizado. Los oráculos sagrados han dicho muchas veces que Israel subsistirá siempre en medio de sus castigos y miserias, hasta que Dios en el tiempo que tiene señalado su misericordia los llame á la fe y á la adoracion de Jesucristo; y esto sirve para entender la conducta de Dios y su profunda sabiduría. Los judíos castigados, dispersos y conservados por un milagro continuo dan testimonio á Jesucristo, y cuando se conviertan á nuestra fe, lo darán todavía mayor. Aquel será voluntario; este es á pesar suyo.

Si no fueran mas que castigados, no probarian mas que la justicia de Dios: si no fueran mas que conservados, solo probarian su poder; pero estando reservados para adorar un dia á Jesucristo, tambien prueban su misericordia. Así, la reu-

nion de estas circunstancias lo prueba todo. Su dispersion prueba que Jesucristo vino, y que ellos le crucificaron; su conversion, que aun no estan abandonados, y que un dia creeran en él.

Su corazon parece ahora inflexible; pero la misericordia divina les ha prometido un dia de favor, y tiene reservado un término á su incredulidad, como le habia reservado á la ingratitud de los gentiles. Nadie puede saber el tiempo en que ejecutará esta promesa que hizo á la última posteridad de Israel; pero como esta época debe ser la de una grande renovacion en la Iglesia, ó como dice el Apóstol, de una grande resurreccion, los cristianos debemos esperar este momento con firmeza, y apresurarle con nuestros gemidos y oraciones.

Estando aquí, calló un poco el padre, y luego me dijo: Me parece, señor, que basta por hoy. No quisiera fatigar vuestra atencion, ni abusar de vuestra paciencia. Si teneis la bondad de sufrirme, mañana continuaremos; y con esto se fué. Yo estaba tan atolondrado y tan fuera de mí, que apenas pude con labios balbucientes darle gracias. ¡Ay, Teodoro, qué hombre! ¡Cómo en aquel momento todos los filósofos me parecieron pequeños; cómo sus libros me parecieron frívolos y sus argumentos ridículos! ¡Qué pequeño me parecí yo mismo á mis propios ojos!

¡Cuánto habia que saber que yo ignoraba! Cada

dia veía cosas nuevas de que no tenía la menor idea, y con todo yo me creía muy instruido. Yo veía con desprecio á todos los que llamaba fanáticos, y que tenía por débiles y por ignorantes. Te aseguro que estaba interiormente corrido; que sentía en mí una especie de indignacion contra los hombres y los libros que me habian embarazado aprender lo que ahora escuchaba, y que me parecia mil veces mas sólido.

Pero lo dejo ahora para continuarte en mi primera lo que me dijo al otro dia. A Dios, Teodoro.

INDICE ALFABETICO

DEL TOMO PRIMERO.



A

- Abusos.** Los que se ven entre cristianos no son mas burlados de los incrédulos que llorados y sentidos de los pastores y ministros eclesiásticos, pág. 94.
- Adan.** Apénas caido, cuando ya se le promete su reparador, 302, 420.
- Ageo.** Su profecía sobre la venida del Mesías es todavía mas clara que la de Daniel, 466 y sig.
- Alcoran.** Está lleno de absurdos y contradicciones, 189.
- Alianza** entre la fe y la razon, y cómo se sostienen recíprocamente, 118.
- Alma.** Es un favor especial del cielo que no la satisfagan ningunos placeres del mundo, 6.
- Amor propio.** Son muchos y graves los daños que ha causado por medio de las ciencias y artes, 83 y sig.

dia veía cosas nuevas de que no tenía la menor idea, y con todo yo me creía muy instruido. Yo veía con desprecio á todos los que llamaba fanáticos, y que tenía por débiles y por ignorantes. Te aseguro que estaba interiormente corrido; que sentía en mí una especie de indignacion contra los hombres y los libros que me habian embarazado aprender lo que ahora escuchaba, y que me parecia mil veces mas sólido.

Pero lo dejo ahora para continuarte en mi primera lo que me dijo al otro dia. A Dios, Teodoro.

INDICE ALFABETICO

DEL TOMO PRIMERO.



A

- Abusos.** Los que se ven entre cristianos no son mas burlados de los incrédulos que llorados y sentidos de los pastores y ministros eclesiásticos, pág. 94.
- Adan.** Apénas caido, cuando ya se le promete su reparador, 302, 420.
- Ageo.** Su profecía sobre la venida del Mesías es todavía mas clara que la de Daniel, 466 y sig.
- Alcoran.** Está lleno de absurdos y contradicciones, 189.
- Alianza** entre la fe y la razon, y cómo se sostienen recíprocamente, 118.
- Alma.** Es un favor especial del cielo que no la satisfagan ningunos placeres del mundo, 6.
- Amor propio.** Son muchos y graves los daños que ha causado por medio de las ciencias y artes, 83 y sig.

Apolo. Llamábanle los mismos griegos oblicuo y falaz, 173.

De haber mentido él mismo se excusó con la fuerza del destino, 175.

Apologías de la religion. Las de Orígenes, San Justino y otros no han sido leídas de los filósofos incrédulos, 93.

Apologistas antiguos de nuestra religion, 192 y sig.

Apolonio de Tianeá. La historia de su vida y hechos escrita por Filóstrato, es indigna de toda fe, 198 y sig.

Apóstoles. Testigos irrefragables y oculares de la Resurreccion de Jesucristo, 267 y sig.

No pudieron ellos mismos engañarse, 275 y sig.

Es evidente que tuvieron el don de hacer milagros y el poder de comunicarlo á otros, 296 y sig.

Argumentos. Los de los incrédulos contra la religion no son mas de vanos sofismas; pruébase, 93, 204, 222, 227.

Autenticidad. La de los libros de Moises no es posible negarla sin negar la historia del pueblo judío y todos sus monumentos, 434.

Autores profanos antiguos. Nos dejaron sin pensar muchos testimonios de la Resurreccion de Jesucristo, 363 y sig.

Autoridad divina. Para negarla, dice el gran Bosuet que es necesario adoptar monstruos de opiniones, 436.

B

Bacon. Su dicho, que un poco de saber dispone á la incredulidad, y la mucha ciencia conduce á la religion, se verifica en los incrédulos de nuestros dias, 92 y sig.

Bayle. Ha sido el primer incrédulo escritor de nuestros tiempos, 96.

Bergier. Los incrédulos, de miedo no se leyese este sabio apologista de nuestra religion, usaban de la astucia de desacreditarlo, 56 y sig.

Bondad de Jesucristo representada en la del padre del hijo pródigo, 390 y sig.

Bondad amorosísima de Dios con el hombre en medio de su olvido y corrupcion, 457 y sig.

Bosuet. Su grave sentencia á favor de la autoridad divina, 436.

C

Caos terrible en que pretenden sepultarnos los incrédulos, 100.

Carácter de Apolonio Tianeó, 212 y sig.

Caracteres de los escritores del Nuevo Testamento, 279. Los de los divinos profetas, 170.

Cartas de los apóstoles, su legitimidad y excelencia, 297 y sig.

Cautiverios. Saludable y dulce es el que ejercita la fe sobre la razon, 119 y sig.

Celso. Fué el mas astuto sofista y enemigo de nuestra religion, 192.

Certeza de los milagros que obró Dios por medio de Moises, 438 y sig.

Cristiano. Cómo, si contiene en su esfera á la fe y á la razon, es invencible á todos los ataques de los incrédulos, 122 y sig.

Cristianos. Concilian clara y fácilmente las profecías que hablan de la grandeza y abatimiento de Jesucristo, 165 y sig.

Antes de la persecucion de la Iglesia no escondian los evangelios, como pretenden los incrédulos, 347 y sig.

Ciceron. Su apotegma gracioso en desprecio de los oráculos gentiles, 172.

Ciencias. El abuso que de ellas han hecho los hombres ha causado muchos desórdenes, 83 y sig.

Circunspeccion grande de la Iglesia en declarar por auténticos los cuatro evangelios, 349.

Conservacion. La de los judíos es un milagro continuado á favor de nuestra religion, 418 y sig.

Contradiccion. El argumento de los incrédulos para probar que la hay en nuestros dogmas es un mero sofisma, 222 y sig.

Contradicciones. Hay tantas en los escritos de los incrédulos, que los apologistas de la religion han hecho de ellas volúmenes enteros, 104.

Corazon del hombre. No es posible que halle paz ni reposo sino en la virtud, 6 y sig.

Cuánto contribuye la fé á su tranquilidad, 121. Solo el hombre en la tierra merecia la atencion de Jesucristo, 391 y sig.

Crédules. No lo fueron los apóstoles, ántes todo lo contrario, 283.

D

Daniel. Reflexiones sobre su profecía de la venida del Mesias, 462 y sig.

Daños que nacen de aprender superficialmente la religion, 60 y sig.

Debilidad de la razon humana, la reconoció y lloró San Agustin en su libro de las *Confesiones*, 121.

Vése claramente los grandes errores en que cayeron los mayores sabios de la gentilidad, 134 y sig.

Defectos. Son visibles los que desautorizan los supuestos milagros de los gentiles, 178.

Desacato execrable que hacen los incrédulos á la Divinidad, 69 y sig.

Dilema. Se hace ver con evidencia la futilidad del que usan los incrédulos, sacado de las profecías contra la divinidad de Jesucristo, 162 y sig.

Dios. Es evidente que nos ha revelado la religion, 112 y sig.

Cuán benigna y suavemente trata al pecador convertido, 387.

Dispersion. La de los judíos es un efecto admirable de la Divina Providencia, 475.

Doctrina. La contenida en el Viejo Testamento es manifiestamente dada por Dios, 451 y sig.

Dogma del infierno. Es como una barrera fuerte contra el vicio, y un poderoso estímulo para la virtud, 411 y sig.

Dogmas cristianos. El argumento que de su obscuridad sacan los incrédulos para impugnarlos es un sofisma, 411 y sig.

Don de ciencia. Fué comunicado á los apóstoles, 297.

Enemigos. Qué enemigos vino á vencer y venció Jesucristo, 166 y sig.

Enfermedades. No hay casi enfermedad que no tenga su raíz en alguno de los desórdenes que prohíbe el cristianismo, 399.

Entlace maravilloso entre la Resurrección de Jesucristo, su Ascension, y la venida del Espíritu Santo, 291 y sig.

Entrega de los libros sagrados á los gentiles, por qué se reputó antiguamente por una apostasía, 347.

Epicureos. Burlábanse de los oráculos de su tiempo, 174.

Error que alucinó á los judíos para que no reconociesen por el verdadero Mesías á Jesucristo, 149 y sig.

Escrito está. Solo con esta palabra se tranquiliza prudentemente el cristiano, 122, 128, 416.

Escritores gentiles que hacen mención de Jesucristo, 252 y sig.

Escritores profanos antiguos. No es nada extraño que no hayan hablado de la Resurrección de Jesucristo, 352 y sig.

Especies de incrédulos. Aunque varias, todas tienen por principio las pasiones y la ignorancia de la religion, 77 y sig.

Espíritu. La intemperancia del espíritu no li-sonjea ménos al hombre que los sentidos, 90.

Estado. Es por extremo inquieto el de un hombre entregado á sus pasiones, 9 y sig.

Evangelio. Aun contemplándolo solo como historia humana, es mas digno de fe que todas la historias, 301.

Evidencia. No hay una que sea mayor que otra, 221 y sig.

Extension del Evangelio. Demuéstrase que es obra de Dios, 186.

F

Fe divina. Es al mismo tiempo clara y oscura, 118.

Por la fe hace el hombre un sacrificio de su razon muy debido, 230 y sig.

Quedan probados todos sus artículos solo con probar que Jesucristo resucitó, 245.

La fe si no se adquiere, se obtiene: cómo, 417.

No es por lo ordinario la razon la que mas resiste á la fe, sino la flaqueza del corazon, 396.

Fe de Jesucristo. Otro de los poderosos motivos de credibilidad que tiene, es la sangre derramada de los mártires, por asegurar un hecho de que los primeros fueron testigos, y que los que lo recibieron de ellos no podian dejar de creer por venirles de hombres que lo acreditaban con sus propios milagros, 183.

Felicidad. No la tendrá jamas el hombre en los placeres, 6.

Fidedignos. Cuánto mas lo son los que mueren por una cosa que los que la escriben, 361 y sig.

Fiestas. Las de los judíos eran un recuerdo perenne de los prodigios que obró Dios entre ellos, 435.

Filosofia falsa. Aunque tan lisonjera y halagüeña, abandona á sus sectarios en la hora de la muerte, 12.

Filósofos incrédulos. Producelos el orgullo, 90 y sig.

Tal vez no creen lo mismo que á otros enseñan, 102.

Filóstrato. Análisis de la lisonjera, vana, pueril y

fabulosa historia que compuso de Apolonio, 201 y sig.

Fisica. Por el mal uso que han hecho de ella los hombres, cómo ha perjudicado á la religion, 84 y sig.

Fondo. El fondo y sustancia de nuestra religion es imposible contrastarlo, 97.

Fuego. El milagroso que acabó con las obras y obreros que trabajaban en la reedificacion de Jerusalem, es referido por historiadores cristianos y gentiles, 473.

Fundaciones de las Iglesias por los apóstoles. Qué consecuencias tan ventajosas se sacan de este hecho indubitable, 296 y sig.

G

Génesis. Por qué lo empezó Moises sin prefacion ni exordio, 442.

Gentiles. Su ignorancia en materia de religion, 134 y sig.

Hubo entre ellos muchos que se reian y despreciaban los oráculos de sus dioses, 169 y sig. Los que de ellos se convirtieron y murieron por la fe de Jesucristo son como unos escritores prácticos que con su sangre nos dejaron escrita y atestiguada la Resurreccion de nuestro Salvador, 356.

Hasta los gentiles se asombraron al ver el

cumplimiento de las profecías de Jesucristo, 450.

Su conversion es una prueba palpable y subsistente tanto de la venida del Mesías, como de que Jesucristo es el mismo Mesías, 468.

Gracia. A ella sola se debe creer en el Evangelio, 365.

Efectos admirables que causa en el corazon de un recién convertido, 388.

Grados de evidencia ó demostracion que tenia la predicacion de los apóstoles, 296.

Grandeza. Solo en la virtud se halla la verdadera, la sólida y sublime, 157.

Griegos. Cuán poco sabían de su Apolo, 172.

Guias. Los filósofos incrédulos son malos para guiar, 102 y sig.

H

Hecho de la Resurreccion de Cristo: no hay otro ni mas constante ni mas probado, 301.

Hechos de Jesucristo en que convienen todos los historiadores así sagrados como profanos, 252 y sig.

Hechos. Aquellos en que se apoya la religion son tales, que ningun filósofo incrédulo se ha atrevido á atacarlos, 95.

Historia. La de Moises es tan asombrosa, que fué necesario que Dios la autorizase con milagros, 438.

Historia evangélica. Ninguno de los antiguos se atrevió á impugnarla en los hechos históricos, 194.

Hombre. Para entregarse ó abandonarse á sus pasiones, necesita aturdirse y huir de sí mismo, 8 y sig.

El que se entrega y deja llevar de los placeres mundanos merece que se le compare á un monstruo efimero ó de un dia: el por qué, 14.

Cómo y cuánto ha abusado de las ciencias contra la religion, 84 y sig.

Antes de saber la revolucion que causó en su naturaleza el pecado, era un abismo profundo, un enigma incomprensible y un misterio impenetrable, 454.

I

Ignorancia grosera de Apolonio Tiano, 214.

Imprudencia. Cuán grande es la de los incrédulos, 69.

Incomprensibilidad. La de los misterios no es motivo para no creerlos, 130 y sig.

Incredulidad. Abrázala el corazon del hombre para pecar sin amargura ni zozobra, 5.

Es mucho mas dañosa que la fragilidad, 82 y sig.

La de los judíos es otra prueba de la divinidad de Jesucristo, 151.

Incrédulo. Disputa contra nuestra religion, y

queda vencido con sus mismas palabras, 312 y sig.

Incrédulos. Los hay, porque no se estudia bien la religion, 60.

Infierno. Por mas que los incrédulos procuran sacudir el temor del infierno, siempre lo tienen asido al corazon, 403.

Se horrorizan solo con dudar si Jesucristo es Dios, 379 y sig.

Cuál es el mayor obstáculo que tienen para abrazar nuestra religion, 395.

Léjos de ser un castigo injusto, nos muestra la excelencia del hombre redimido con la sangre de Jesucristo, 414.

Insensatez. La de un hombre entregado á los vicios no tiene comparacion, 15.

Es tambien muy notable la de los filósofos incrédulos y sus sectarios, 63 y sig.

Isaías. Cumplimiento exacto de unas particulares profecías de este profeta, 446 y sig.

Cuán clara é individualmente predijo la ruina de Babilonia doscientos años ántes que sucediese, 173 y sig.

Jacob. Reflexiones sobre su profecía de la venida del Mesías, 459 y sig.

Jerusalén. La ruina de esta ciudad y su tem-

plo es un visible monumento de la divinidad de Jesucristo, 465 y sig.

Jesucristo vino al mundo con sublime grandeza, aunque vino pobre y humilde, 159, 166.

Cuán terrible y espantoso es á los incrédulos, 379 y sig.

Desde que se prueba con evidencia su divinidad, toda cuestion queda decidida, 238 y sig.

La mayor injuria que se le puede hacer es desconfiar de su bondad, 388.

Judíos. Cuán neciamente juzgaron de los milagros de Jesucristo, 148.

Siendo como son nuestros mayores enemigos, se trasforman sin quererlo en defensores de nuestra religion, 152.

Si en su tiempo se hubiera escrito contra nuestra religion, sin duda que lo conservarían, 288.

El tiempo que habia de durar su cautiverio y la vuelta á su patria lo predijo. Isaías, 449.

Solo con verlos en el estado en que estan, tenemos á la vista unos continuos y subsistentes testigos de la venida del verdadero Mesías, 466 y 474.

Por qué mirándolos todos con desprecio y acaso se conservan ellos tan unidos entre sí, 477.

En ellos muestra Dios su justicia, su poder y su misericordia, 478.

Jueces. Muy malos lo son los incrédulos, y no

pueden dejar de serlo en materia de religion, 75 y sig.

Juicio. Muy despreciable es el que han hecho todos los sabios de Apolónio Tianeó, 212.

Juliano. Maligna intencion que tuvo en su vano y pertinaz empeño de reedificar el templo arruinado de Jerusalem, 472.

L

Legisladores antiguos. Todos fueron estúpidamente groseros: por qué, 453.

Lenguas. Los apóstoles recibieron el don de lenguas, 279.

Ley evangélica. Ligereza de los incrédulos en negarla, sin tomarse el cuidado de estudiarla, 67 y sig.

Su observancia es utilísima aun para la salud corporal, 399.

Ley de Moises. El no poder hoy sacrificar ni ejercer públicamente sus ceremonias, es otra prueba evidente de la venida del verdadero Mesías, 471 y sig.

Libros. Por qué agradan los de los incrédulos, siendo tan despreciables, 64, 96 y 237.

Libros sagrados. En tiempo de persecucion era un delito que se castigaba con excomunion el entregarlos á los gentiles, 347.

Libros de Moises. Su grande autoridad, 429 y sig.

Son los libros mas antiguos, 432.

Libros del Antiguo Testamento. Los mayores enemigos del cristianismo, son los mayores testigos de su veracidad, 476 y sig.

Lógicos. Se demuestra cuán malos lo son los incrédulos, 95.

M

Mahometismo. Debíó su extension á la espada y perfidia, 187.

Males que produciria en el mundo la incredulidad, 98.

Mano de Dios. Se muestra en la conversion de los judíos, 478.

Mártires de Jesucristo. Señálase una peculiar y propia prerogativa, 133.

Se pueden considerar como otros tantos escritores, que con su sangre atestiguan la Resurreccion de Jesucristo, 356.

Mesías. A medida que se iba acercando su venida, era profetizada con mas claridad, 422 y sig.

Es menester estar ciego para no ver en las profecías que vino ya, 462 y sig.

Por qué tardó tantos siglos en venir, 457.

Milagro del cojo de nacimiento. Reflexiones sobre este milagro, 289 y sig.

Milagros. Los de Jesucristo por qué no convencieron á los judíos, 147 y sig.

Tienen todas las señales evidentes de certidumbre, 179.

Ningun escritor gentil osó contradecirlos, 194.

Con la luz de estos milagros se recompensaba la oscuridad de los misterios, 233 y sig.

Milagros de Apolono. Ni los creía el mismo Filóstrato, escritor de su vida y milagros, 206.

Moral cristiana. Cuánta y cuán perfecta es su extension, 88.

Moises. Escribió sus libros por mandado de Dios, 427.

Misterios: No contradicen ni repugnan á la razon, 113.

Su oscuridad es ocasion de nuestro mérito, 118.

Tenerlos por absurdos por su oscuridad y aparente contradiccion, es el mayor de los absurdos, 227 y sig.

N

Nacimiento. Cuánto conduce que el hombre conozca que su nacimiento es ya con culpa, 453 y sig.

Nacion. La hebrea tenia en sus fiestas ceremonias y culto, una viva historia de los prodigios que en ella habia obrado Dios, 435.

De dónde tomó el nombre de judaica, 460.

Naciones. Todas, ménos la hebrea, fueron ántes de la venida del Mesías ignorantísimas en punto de religion, 452 y sig.

Nombre. A Moises se le manifestó Dios con un nombre incomunicable y magestuoso, 427 y sig.

Noticia. La tuvo Moises, y muy exacta de los antiguos sucesos que refiere en el Génesis, 436 y sig.

O

Objeciones. Muchas de las que puso Voltaire contra la religion, descubren una vergonzosa ignorancia, 60 y sig.

Las de los filósofos incrédulos no son mas que reproducciones de las que deshicieron los Santos Padres en su tiempo, 93 y 237.

Debilidad de las que objetan contra la Resurreccion de Jesucristo, 313 y sig.

Objeto. Cual fué el de la divina mision de Jesucristo, 159 y sig.

Objetos. En materia de religion, cuáles son los que puede descubrir con sus propias luces la razon humana, 119.

Obras antiguas originales. contra la religion, por qué no subsisten, 193.

Obras impresas. Las de los filósofos incrédulos son una apología de todos los vicios, 92 y sig.

Obsequio. Demuéstrase cuán racional es el que hace el cristiano de su razon por medio de la fe que profesa, 229 y sig.

Observaciones sobre la prediccion que hizo Jesucristo de su muerte y Resurreccion, 255 y sig.

- Odio grande** de los incrédulos á Jesucristo, 380.
- Opiniones.** Las de los filósofos incrédulos son varias, inconstantes, y entre sí opuestas 103.
- Oracion** alentando al pecador á que se convierta, 386 y sig.
- Otra contra el engaño comun de que la vida cristiana es triste y desabrida, 396 y sig.
- Oráculos** de los gentiles, fueron condenados en juicio por impostores, 170 y sig.
- Orgullo.** El de los incrédulos de nuestros dias no ha tenido semejante en todos los siglos anteriores, 87:
- Origenes.** Acérrimo defensor de nuestra religion contra Celso, el mas capcioso de los incredulos, 192, 253.

P

- Pablo (San).** Su conversion es un poderosísimo argumento á favor de la religion, 359 y sig.
- Partidarios.** Ni uno tuvieron los filósofos incrédulos si no fuera por las pasiones y la ignorancia de la religion, 105 y sig.
- Pascal.** Su sabia reflexion acerca de la rebeldia de los judíos, 153.
- Otra que hizo sobre los milagros, 178 y sig.
- Otra en aprecio de los mártires, 362.
- Pasiones.** Infeliz y triste felicidad es la que halla el hombre en la satisfaccion de sus pasiones, 8.

- Son el primer principio de la incredulidad, 72 y sig.
- Pecado,** Aunque arroja de nuestro corazon á Jesucristo, él es tan bueno que se queda á la puerta tocando con latidos secretos, 390
- Pecado original.** Motivo poderoso de su credibilidad, 454 y sig.
- Pecados mortales.** Merecen las penas eternas del infierno, 409 y sig.
- Pentateuco de Moises,** Para dudar de su legitimidad, es necesario negar que ha habido judíos, 436.
- Plan.** El de la religion es el mas digno de Dios, 62.
- Porfirio** el mayor defensor del paganismo, fué rechazado por Eusebio de Cesarea, 193.
- Principios** clarísimos y certísimos son los de la credibilidad de los misterios, 127.
- Profetas.** No se contradicen diciendo que habia de venir el Mesías con grandeza y abatimiento, 162 y sig.
- Sus profecías, aunque oscuras, como de cosas por venir, no eran ni ambiguas ni equívocas, 172 y sig.
- Hay tal enlace entre ellos, que uno solo que se reconozca por verdadero, basta para autorizar todos los demas, 444 y sig.

Razon del hombre. Hasta qué punto en materia de religion se le permite examinar, y cuándo debe someterse, 115 y sig.

Qué es lo único que debe examinar en el misterio de la Santísima Trinidad, 124 y sig.

Reflexiones sobre la profecía de Isaías, sobre la ruina de Jerusalem y Babilonia, 446 y sig.

Refutacion evidente del mahometismo, 186 y sig.

Religion. No se enseña por lo comun como se debe, 60.

No da acogida á ninguna pasion, 75.

Nunca ha temido las luces ni de la razon, ni de las ciencias, 86.

Es menester distinguir en la religion el hecho del derecho, 112, 138.

De dónde resulta la mayor demostracion de la religion cristiana, 242.

Por qué los enemigos de la religion han intentado tantas veces en vano reedificar el templo de Jerusalem, 473.

Resurreccion de Jesucristo. Es el artículo mas fundamental de nuestra religion, 245, 301,

Pruébase con evidencia por la relacion de los soldados que guardaron su santísimo cuerpo, 265 y sig.

Por la conducta del consejo ó *Sanedrin*, 266 y sig.

Por hechos indubitables y constantes, 277 y sig.

Resurreccion. Hácese ver que ni Filóstrato creyó la resurreccion de la doncella romana que atribuye á Apolonio, 206 y sig.

Respuesta. Con una sola se satisface á todas las objeciones de los incrédulos contra la Resurreccion de Jesucristo, 314.

Respuestas. Cuán vanas y débiles son las que dan los incrédulos para mantenerse en su incredulidad, 68 y sig.

Revelacion. Se apoya en unos hechos los mas ciertos y constantes, 94.

Si en la luz de la revelacion jamas hubieran conocido los hombres que nacen culpados, 453 y sig.

Rousseau. Fué inconstante en sus opiniones, y en muchas partes se contradice, 57.

Sabios. Los de la gentilidad en materia de religion discurrieron como unos niños, 134.

Sacerdotes. Los de los falsos dioses delante de los cristianos no osaban profetizar, 174

Sacrificio. El que hace de la razon el cristiano por la fe, glorifica á Dios como soberana verdad, 120.

Sangre. La de los mártires de Cristo fué fecunda simiente de cristianos, 185 y sig.

Santiago. Cuán eficaz y solemne testimonio tuvo en su martirio la Resurreccion de Jesucristo, 356 y sig.

Sinceridad de los apóstoles, 285.

Solucion á los argumentos negativos de los incrédulos contra la Resurreccion de Cristo, 314 y sig.

Sublimidad del estilo de los evangelistas sagrados, 285 y sig.

Sustancia. No tienen ninguna los escritos de los filósofos incrédulos, 95 y sig.

Suicidio. Solo los filósofos incrédulos no se avergüenzan de hacer su apologia, 101.

T

Templo de Jerusalem. Su ruina fué una de las grandes pruebas de la venida del verdadero Mesías, 465, 471.

Testamento Nuevo, Elogio de este libro divino, 285.

Testigos. Los apóstoles testigos de la Resurreccion comparados con los soldados de guardia, que decian haber robado el cuerpo de Jesucristo, cuánto desarma á los incrédulos, 320 y sig.

Título de hombres honrados. No le merecen los filósofos incrédulos, 88 y sig.

Tradicion. Certeza de la tradicion á favor de la religion, 142 y sig.

Tribus de Israel. Aunque se separaron entre sí, y se hicieron enemigos, unas y otras conservaron siempre el mismo respeto á los libros de Moises, 432 y sig.

Trinidad Santísima. Credibilidad de este sublime misterio, 123 y sig.

Tiranos. El mas fuerte, y quizá el mas astuto medio que usaron contra la religion, fué quitar á los cristianos sus libros, 348.

V

Venida del Espíritu Santo. Se demuestra con evidencia, 296 y sig.

Veracidad de los apóstoles en el testimonio que dieron de la Resurreccion de Cristo, demostrada con razones de la mas rigurosa crítica, 264 y sig.

Verdades utilísimas ignoradas hasta que Moises las descubrió, 452 y sig.

Victorias. Cuán grandes fueron las que obtuvo Jesucristo, 166.

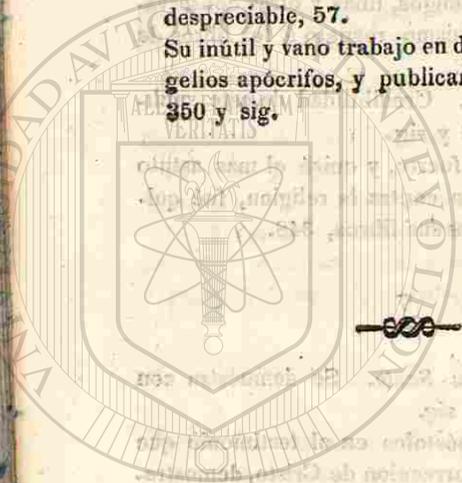
Vida cristiana. Es error grande pensar que es triste y desabrida, 396 y sig.

Virtud, Queda sin estímulo, si se quita la esperanza y temor de la otra vida, 99 y sig.

Virtuoso. Solo el virtuoso goza de reposo aun en esta vida, 8 y sig.

Voltaire. fué un escritor chocarrero, falsario y despreciable, 57.

Su inútil y vano trabajo en desenterrar los evangelios apócrifos, y publicarlos en sus escritos, 350 y sig.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

